Contents

Índice

Quadrivium
Carter & West 2

Diseño de portada: Andrea Ansola Fernández-Enríquez

Fecha de edición: Mayo de 2018

www.anabolox.com

A Gloria,
por su amistad y generosidad, pero sobre todo por ser un espíritu afín.

CAPÍTULO 1

1

Tenía el desafío ante sus propios ojos: «Llegados a este punto, el lector debería ser plenamente consciente de todos los acontecimientos indispensables para descubrir al culpable de los hechos que se narran en *El misterio de los polvos*, de manera que, a partir de un estudio diligente de lo que ha ocurrido antes, habría de poder deducir una obvia conclusión a lo que está por venir».

Kate West sonrió. Ellery Queen, todo un maestro del género policíaco, acababa de retarla y ella había vencido. Por un instante sintió una emoción similar a la que había experimentado cuando desgranó para el inspector Carter sus deducciones sobre el caso Allerton. Sin embargo, resultaba difícil equiparar la vida real con la experiencia espuria que ofrecía la ficción. Sus naturalezas eran demasiado distintas como para pretenderlo. Miró el libro y pasó las yemas de los dedos por la página en la que el escritor lanzaba el guante al lector. En esta ocasión se trataba sólo de un ejercicio de razonamiento lógico a partir de una obra narrativa pero, aun así, Kate juzgó estimulante la sensación. Siguió la última línea con el dedo índice: «...habría de poder deducir una obvia conclusión a lo que está por venir».

«Claro que lo deduzco», pensó. «De hecho, puedo aclarárselo ahora mismo, señor Queen. El asesino es...».

—¡Jimmy!

Un alarido recorrió el andén. Kate levantó la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó.

Un chico de unos doce años estaba en la vía, frente a la locomotora que entraba en aquel momento en la estación de Brougharry. *El misterio de los polvos* se le resbaló de entre los dedos y cayó a sus pies.

—¡Dios mío, Dios mío! —Corrió hacia la mujer que había gritado. Los pasajeros que aguardaban el tren, diseminados hasta entonces a lo largo del apeadero, se reunieron con ellas.

—¡Salta, chico! ¡Vamos, ven aquí!

Un hombre extendió el brazo hacia el muchacho, que ni siquiera desvió la vista, mientras varios pares de manos se alzaban hacia el cielo y se agitaban en el aire como las ramas de los árboles que sacude una tormenta, entre el barullo de voces inconexas que se mezclaban entre sí. El maquinista tiró de la cuerda del silbato, que resonó por toda la estación, y pisó a fondo los frenos de la locomotora. Las ruedas arrancaron chirridos y chispas de las vías, entre nubes de vapor. Kate se llevó las manos a las mejillas y se presionó las sienes con los dedos.

El estruendo no permitía distinguir ninguna palabra que no fuera la que leía en los labios desgarrados de la mujer que gritaba junto a ella. Miró al chico. Se mantenía firme sobre la vía, de cara al leviatán de hierro que se aproximaba, sin apartar la vista de él e impasible a la angustia que se vivía en el andén, a tan sólo un par de metros.

Otro hombre dio un paso adelante, pero su mujer le puso la mano en el pecho y lo detuvo. En la mirada de él asomó un ruego; en la de ella, el miedo. La mujer tiró de su marido hacia atrás y lo alejó del borde en el que la muchedumbre se agolpaba sin decidirse a intervenir. Kate la entendió. El amor volvía mezquino al ser humano. ¿Qué importaba la vida de un joven desconocido si a cambio se perdía la de aquél que más se amaba?

—¡Jimmy, por favor!

Ahora sí pudo oír la súplica de la madre, cuyo semblante, envuelto en lágrimas, la embrujó. Ajeno al tumulto que lo rodeaba, emergía otro de los rostros del amor: el del sufrimiento extremo. La madre agarraba el bolso, lo estrujaba contra el pecho como si en él fuera a encontrar el refugio que anhelaba su desesperación, y miraba alternativamente al chico y al tren que se le echaba encima. Kate se quitó los zapatos de medio tacón. Quizá la ausencia de amor volvía audaz al ser humano, o tal vez imprudente. En cualquier caso, ella no tenía que preocuparse por el sufrimiento de un marido, como aquella mujer que había impedido al suyo bajar a la vía. Se agarró al brazo de un joven que se encontraba junto a ella dispuesta a lanzarse al rescate, pero él la sujetó y sacudió la cabeza. El chico no tenía salvación.

Entonces, cuando la locomotora estaba a punto de engullir su vida, Jimmy dio un salto, apoyó la mano en el borde del andén y se impulsó con las piernas. Mientras el tren envolvía entre nubes de vapor al corro de pasajeros que se había reunido junto a la mujer, el chico apareció como un espíritu del otro mundo; un espíritu muy vivo, sano y salvo.

La madre lo abrazó, lo estrechó contra su pecho y le acarició el pelo. El corro se había ensanchado en torno a ellos.

—No quiere ir a un internado en Londres —sollozó—. Oh, Jimmy, Jimmy.

Se detuvo, lo apartó de sí y le miró a los ojos. Los dos permanecieron quietos un instante, observándose. Entonces la madre lo abofeteó. «Y la ira», pensó Kate. «Otra de las emociones engendradas por el amor». Uno de los pasajeros evitó que siguiera golpeándolo y una mujer entrada en años con aspecto de matrona la abrazó. La madre escondió el rostro en su hombro y se dejó llevar por el llanto. El tren se había detenido, el silbato ya no llenaba el espacio con su agudo pitido y las voces se habían ido apagando. Kate se escabulló entre la gente y volvió al banco donde había dejado sus

cosas. Recogió el libro del suelo y se sentó, reflexionando sobre los diferentes registros del amor, fuente tanto de las más admirables como reprobables acciones del hombre.

El corro alrededor de la mujer y el niño se disolvió, y los curiosos se dispersaron por el andén, pero el alboroto de aquéllos pronto fue sustituido por el de los pasajeros recién llegados. La señora Wright le había advertido de que la mayoría de los vendedores ambulantes que participarían en la feria anual de Brougharry llegarían en ese tren. Y tenía razón. En cuanto la locomotora se detuvo, las puertas de los vagones se abrieron y el andén se llenó de gente cargada con bultos, que se movía con lentitud y dificultad hacia la salida de la estación.

Desde el banco donde aguardaba, Kate miró al cielo. Sobre los aleros de hierro que protegían a los pasajeros, una masa nubosa de color gris sucio había acelerado la caída de la tarde y amenazaba con desplomarse sobre el hormigueo de cabezas y paquetes que se hacinaban junto a los vagones. Cuando la mayoría de los feriantes se apiñó ante los torniquetes de salida, Kate se puso en pie y sintió la brisa en el rostro. Se había levantado viento y tuvo que llevarse las manos a la falda, que se agitaba en torno a sus piernas como si hubiera cobrado vida. Las primeras gotas comenzaron a caer suavemente, casi como si quisieran acariciar. Había oído a la BBC anunciar fuertes tormentas para la zona de Brougharry y, pese al inicio de aquella lluvia sumisa, parecía que los meteorólogos iban a tener razón. El cielo se oscureció aún más y el viento se permitió la insolencia de colarse entre los pliegues de su camisa y recorrerle el torso. Kate se estremeció.

Se subió el cuello del abrigo de otoño y caminó por el andén en busca de su vagón, a contracorriente de los últimos vendedores que abandonaban el tren. Metió la novela de Ellery Queen en el bolsillo para protegerla de la lluvia y levantó la cara para sentir las gotas frías en la piel. No le importaba que el tiempo empeorara. Era viernes y, aunque debería acordarse de traer un abrigo más grueso el lunes, le agradaba la idea de poder disfrutar de dos días pasados por agua, al cálido amparo de su apartamento y con una pila de libros esperándola. Dio unos golpecitos a la novela a través de la tela. El señor Queen y ella tenían pendiente una conversación y una nueva partida. Miró de reojo al bolsillo. Con todo un fin de semana por delante, estaría encantada de aceptarle un par de nuevos retos.

Entonces un golpe la hizo trastabillar. Quizá el impacto la habría derribado si una mano no la hubiera sujetado con fuerza por la cintura, atrayéndola hacia sí. Un olor agradable que no supo identificar le invadió las fosas nasales cuando su nariz se sumergió en la lana oscura de una chaqueta. Concentrada en comprobar los números de los vagones, había chocado con un joven que aún estaba

bajando algunos bultos del tren.

—¿La he lastimado?

Kate dio un paso atrás y se frotó la nariz. Sí, el golpe contra el pecho de aquel hombre, duro como un roble, le había hecho daño, pero no podía culparlo.

—¿Se encuentra bien?

Kate sintió sus manos sujetándola por los brazos.

—Sí. —Levantó la cabeza y se encontró con los ojos del joven. Directos y escudriñadores, la observaban con un interés en el que creyó entrever cierto conato de seducción.

—Lo siento. No la vi.

—No se preocupe. —Kate apartó la mirada—. Ha sido culpa mía.

—¿Le duele? —El joven señaló la nariz con un dedo.

—No mucho. Se pasará enseguida.

—Si me permite, la ayudaré a subir y la acompañaré hasta su asiento.

Ella se detuvo un instante de espaldas a la puerta del vagón, como sopesando la posibilidad de aceptar el ofrecimiento.

—Gracias, no es necesario.

—Lo sé, pero aun así deseo hacerlo.

Él le sonrió y unos dientes blancos como la flor del azahar aparecieron tras los labios. Kate se obligó a apartar la mirada y se volvió hacia el tren. El segundo golpe en la nariz, esta vez contra un estómago fofo, fue menos doloroso, pero también mucho menos interesante. Una cesta de mimbre cayó al andén y su contenido, algunos paquetes de harina y un par de docenas de huevos, se estrelló contra el suelo.

—¿Qué hace? ¿Es que no ve por dónde va? —Un feriante entrado en años y kilos se encaró con ella.

—Discúlpeme.

—¿Disculparla? Mire qué estropicio. —El hombre señaló el suelo del andén, junto a la puerta del tren—. Me ha arruinado la mercancía.

Varias personas se detuvieron a observar la escena y en unos segundos un nuevo corro de curiosos se formó alrededor de ellos. Kate bajó la barbilla, se llevó los dedos a la frente y la masajeó sin apartar la vista de la cesta caída sobre las baldosas del andén. Se aclaró la garganta.

—Le pagaré el importe de los daños.

—¡Ja! ¿Daños? —El hombre irguió los hombros, pero no era lo suficientemente alto y tuvo que mirarla desde abajo. Kate percibió un destello de irritación en los ojos del feriante, que dio un paso y se acercó a ella—. ¿A este desastre lo llama *daños*?

La harina derramada junto a ellos comenzaba a mezclarse con los huevos rotos y la llovizna contribuía a que la mezcla se transformara

en una especie de vómito. El rubor le cubrió las mejillas al escuchar algunos murmullos a su alrededor y tanteó en el interior del bolso en busca del monedero.

—Prepare el billetero y una buena disculpa, jovencita.

—Oiga —El joven con el que había chocado primero se interpuso entre Kate y el feriante—, la señorita se ha ofrecido a pagar la mercancía estropeada y usted está sacando las cosas de quicio. Son cuatro paquetes de harina y unos cuantos huevos, por Dios. Tome el dinero y déjela en paz.

El joven cogió el billete que Kate había sacado del monedero y se lo puso en la mano al vendedor.

—No estoy seguro de que esto cubra los daños.

—Y yo estoy seguro de que sí.

—¿Qué ocurre aquí? —El jefe de estación se había acercado al ver el corrillo de gente.

—Nada, jefe. Este hombre dejó caer una cesta sin querer.

—Vamos, vamos, despejen el andén. ¡Vaya un desastre que ha formado!

—¿Yo? Pero si fue ella —protestó el feriante.

Con el rostro colorado como una cereza, Kate se agarró al pasamanos de la puerta del tren y cerró los ojos. Su fin de semana no parecía estar comenzando muy bien.

—Ha sido un accidente.

El jefe de estación miró al joven que había defendido a Kate.

—¿Está todo en orden, señorita?

Kate asintió y el joven corroboró su afirmación.

—Todo solucionado, señor.

—Pues, entonces, cada mochuelo a su olivo. El tren va a salir. Usted —El jefe de estación se dirigió al feriante que había tenido el roce con Kate—, recoja todo eso.

—¿Yo?

—Sí. Los productos son suyos, ¿no?

—Pero es ella quien los ha tirado.

—En el dinero que le ha pagado va incluida su recogida.

El feriante refunfuñó y se agachó para recoger la pasta que se había formado en el suelo del andén.

—Dese prisa —dijo el jefe—, va a comenzar a llover en serio y no quiero que se forme un basurero en mi estación.

El joven se volvió hacia Kate.

—Tranquilícese. Ya está todo arreglado.

—Muchas gracias. —Kate le tendió la mano y él la estrechó.

—Ralph Tradeford.

—Kate West.

—Siento el disgusto que se ha llevado, miss West.

Kate meneó la cabeza.

—Gracias por su ayuda —dijo.

—No tiene por qué darlas.

—Sí que tengo.

—No —cortó él, tajante—. Jamás permitiría que un tipo se aprovechara de una mujer.

El silbato sonó cuando las primeras gotas fuertes de lluvia comenzaban a caer y el tamborileo metálico que producían al chocar contra el alero inundó toda la estación. Kate se arrellanó en su asiento, sintiendo que las buenas perspectivas con que había dibujado el fin de semana se habían evaporado. Miró por la ventana y vio al joven alejarse, entre los regueros de lluvia que comenzaban a resbalar por el cristal. Habría deseado que él la acompañara, y no sólo a su asiento. No le gustaban los trenes ni la lluvia que azotaba las ventanas de los vagones. Cerró los ojos y se esforzó por no recordar.

2

Carter evitó de forma consciente la necesidad de moverse en el asiento. No podía ver el reloj de pared, cuyo inapelable tictac sonaba a su espalda, y tampoco se atrevía a consultar el suyo, pero calculaba que debía de llevar allí media hora.

Neil Chapman, el nuevo jefe de inspectores de Scotland Yard, lo había citado en su despacho, lo había saludado al llegar, le había invitado a sentarse y desde entonces no había pronunciado una palabra. Desde su lado de la mesa, Carter podía distinguir los documentos que componían su expediente. Chapman papeleaba con ellos, pero Carter estaba seguro de que no los estaba consultando. No era probable que citara a un inspector sin informarse antes de su historial. Debía de conocer su expediente de memoria y aquella dilación, pensó, tenía como único motivo la de poner a prueba sus nervios. Carter se preguntó si Chapman pondría en práctica aquella estratagema con otros inspectores y quiso creer que sí.

—Vaya —El inspector jefe tomó una de las hojas y siguió una línea con el dedo—, abatido en Dunkerque tras derribar dos *Stukas*. —Levantó la vista y lo observó por encima de las gafas—. De modo que tenemos aquí un héroe de guerra.

Carter no dijo nada y Chapman volvió a leer en silencio. Unos segundos después, lo oyó silbar.

—Seis meses en un hospital, ocho operaciones… Debió de ser duro —Chapman volvió a mirarlo.

—En efecto, señor. Lo fue.

—Sin embargo, veo que no volvió a pilotar, inspector.

—No.

—¿Por qué razón?

—Quedé impedido para ello.

—¿Tanto como Douglas Bader?

Carter se sonrojó. El jefe de inspectores parecía saber muy bien qué tecla tocar para arrancar la nota que buscaba, y en aquel momento la había obtenido clara y vibrante. En su interior, Carter escuchaba los lamentos del pundonor herido. El ejemplo de Douglas «Tin Legs» Bader, el as lisiado, un piloto de la RAF que había conseguido veinte victorias en combate a pesar de tener las dos piernas amputadas, había sido el que le había proporcionado el empuje y la constancia que necesitó para resistir aquellos seis meses de hospital, las ocho operaciones y las dolorosas sesiones de rehabilitación. Luego, cuando se incorporó al MI5 en lugar de emular a Bader y pedir el reingreso en la RAF en el momento en el que su país más lo necesitaba, su héroe se convirtió en una duda que desde entonces no había logrado solventar: la de si su ingreso en el MI5 no fue más que una maniobra de evasión para no tener que volver a volar.

—Es usted muy joven.

El inspector jefe volvía a la carga y a él le habría gustado no tener que parpadear para poder sostenerle la mirada. Aquella afirmación había sido una constante desde que fuera ascendido unos meses atrás. Desde entonces, había tenido ocasión de comprobar que el grado de inspector, a su edad, sorprendía a unos y molestaba a otros. Escudriñó a Chapman y creyó advertir que el inspector jefe pertenecía al segundo grupo.

—Yo no alcancé ese grado hasta los treinta —añadió, y Carter supo que no se había equivocado—. Debió de realizar usted una destacada labor como detective, señor Carter. Sin embargo —Chapman volvió a fijar su atención en el expediente y removió los papeles con desgana—, no encuentro registrado en su historial ningún hecho memorable que explique un ascenso tan rápido.

Era una pregunta, y Carter lo sabía, pero no podía responderla. Volvió a contener la necesidad de cambiar de postura y aguardó la siguiente andanada.

—¿Puede explicármelo?

—Si no encuentra la respuesta en el expediente, señor, lo siento pero no, no puedo.

Chapman sonrió. Miró el documento cuyas páginas permanecían extendidas sobre la mesa del despacho, ausente. Carter se mordió el labio y cerró los ojos un instante. Acababa de enfrentarse a su superior, negándose a responder una pregunta clara y directa. Una razón más para maldecir el día en el que Arthur Dwight le introdujo

en la vida de los Craddocks.

—Tendré que creer que se debe a una buena razón, inspector. —Carter le vio recoger las hojas y colocarlas en orden antes de guardarlas en la carpeta del archivo—. Es mejor opción que hacerlo arrestar por insubordinación, ¿no cree?

—Mucho mejor, sí, señor.

Chapman asintió con un gesto que a Carter le pareció cargado de desdén.

—Será nuestro secreto. Dejaremos en el limbo de los privilegiados el nombre de su benefactor.

Carter no movió un músculo. La nueva ofensa había alcanzado otra vez el objetivo y tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el deseo de aclarar que no era el niño bonito de un pez gordo. El recuerdo de Lord Craddock, de la amenaza en que se había visto envuelta la seguridad nacional y de la traición de Laura lo exigían.

—Espero, en cualquier caso —siguió Neil Chapman—, que este incómodo escollo no afecte a nuestra relación.

—No lo hará, señor.

—Estoy convencido de ello. Porque, en caso de hacerlo, tenga la seguridad de que no dudaré en apearlo de sus privilegios, vengan de donde vengan.

Carter calló mientras Chapman colocaba la carpeta del expediente en una mesa auxiliar y comenzaba a llenar de tabaco la cazoleta de su pipa.

—Dígame, inspector. ¿Qué sabe de mí?

Carter tragó saliva. El nombramiento de Neil Chapman le había pillado de vacaciones y, cuando miss Yeats lo llamó por teléfono para chismorreárselo, él no había prestado atención. Ahora se encontraba frente a su jefe directo, que le hacía una pregunta para la que no estaba preparado.

—Que estudió Derecho en Oxford —respondió— y que fue un *blue*.

—Es usted observador y posee una vista aguda que le permite leer la titulación del diploma que cuelga en la pared, detrás de mí. También es arriesgado. —Neil Chapman lo escudriñó sin disimulos—. Estoy seguro de que, pese a esa buena vista, es incapaz de leer los nombres de los remeros que aparecen en las dos fotografías que cuelgan junto al título, de modo que no puede saber si estoy en ella. ¿Cómo ha llegado a esa deducción?

—Es usted ancho de espalda, tiene brazos fuertes y manos recias, señor.

Chapman aspiró por la boquilla de la pipa y sonrió a Carter.

—¿Qué más, inspector?

—Su equipo nunca venció a Cambridge en las dos regatas en las

que participó.

Chapman mantuvo la sonrisa mientras apoyaba la espalda sobre respaldo de su asiento.

—Además de agudo observador, también es usted impertinente, aunque supongo que me lo merezco. En efecto, en ninguna de las dos fotografías aparece el trofeo.

La satisfacción de Carter se esfumó enseguida. Sabía que Chapman lo tenía en el punto de mira y aquella observación había sido un triunfo que no debería haberse cobrado. Se preguntó cuándo lo pagaría, pero no tuvo tiempo de calcularlo. La respuesta le llegó de labios del propio Chapman.

—No es usted un policía genuino. Es un piloto abatido por un aviador alemán más diestro que usted. Ingresó en el Yard porque no quiso volver a volar para Inglaterra y ha alcanzado el puesto de inspector de forma anómala. No dude de que descubriré por qué.

—Estoy seguro de que lo intentará, señor.

—En efecto. Y puede estarlo también de que no le quitaré el ojo de encima ni seré clemente con usted. —Chapman le dirigió una última mirada, desvaída tras una voluta de humo. Esta vez, Carter no parpadeó—. Será el inspector de guardia durante las cuatro próximas semanas, empezando ahora mismo. Le deseo suerte.

—Gracias, señor.

—Mucha, mucha suerte.

3

A horcajadas sobre él, la chica arqueó la espalda hacia atrás. Una mata de cabello castaño sobrevoló su cabeza y cayó como una cascada sobre su espalda desnuda. Apoyó las manos sobre el pecho de él, que aún la sujetaba por las caderas, y la respiración entrecortada de ambos fue apagándose poco a poco en la oscuridad del henil.

—Cómo lo echaba de menos.

—Yo también. —El joven aspiró una honda bocanada de aire y contempló el cuerpo de la chica, salpicado de sombras que la luz de la luna no era capaz de disipar.

—No sé si creerte. Empezaba a pensar que estabas evitándome.

—No seas tonta. —Las manos de él se deslizaron por los muslos de ella hacia abajo y luego hacia arriba.

—Me haces cosquillas.

—¿No te gusta?

—Sabes que sí. —Se inclinó y lo besó en la boca—. ¡Dos semanas!

—He estado ocupado.

—Pensaba que yo era lo más importante.

—Y lo eres. —Él se incorporó unos centímetros y trató de alcanzar sus labios, pero no lo consiguió. La joven lo empujó hacia atrás y le hizo caer de nuevo sobre el lecho de heno.

—¿Cuántas veces?

—¿Cuantas veces qué?

—Ya lo sabes.

—Acordamos que eso no afectaría a nuestra relación.

—Pues empieza a hacerlo. —La muchacha se irguió sobre las rodillas, pero él la sujetó y la obligó a seguir sentada sobre su pelvis.

—Empieza a no gustarme este acuerdo.

—Tampoco a mí.

Ella lo miró a los ojos y él no apartó la vista.

—Pero ya queda poco. ¿Podrás aguantar?

La vio sonreír con picardía entre el juego de luces y sombras.

—Puede... —La joven se movió sobre él y lo oyó gemir—, siempre y cuando no vuelvan a pasar dos semanas.

—Dame unos minutos y te compensaré.

—¡Fanfarrón!

El joven tiró de ella y luego la tumbó de espaldas.

—Veremos si después de esto aún crees que lo soy.

Tras las balas de heno, el hombre vio cómo el chico la besaba en el pecho mientras ella le agarraba por el pelo y gemía.

—Demuéstrame que estoy equivocada —la oyó decir.

En el ambiente comenzaba a percibirse el olor a tierra mojada y, a lo lejos, centelleaban relámpagos cada vez más luminosos y desafiantes. La BBC había anunciado fuertes tormentas. El hombre apoyó la espalda sobre una de las pacas y extendió los brazos ante él. Unas gotas de sudor le corrían por las sienes, que palpitaban frenéticas, pero las manos se mantuvieron firmes. Al sonreír, satisfecho, enseñó los dientes, blancos como la luz de la luna. Cruzó las manos sobre el regazo y esperó resignado a ser víctima del aguacero que se aproximaba. No podía salir de allí hasta que los jóvenes se marcharan. No le importó. En Cricket's Lodge nadie lo aguardaba.

CAPÍTULO 2

1

—¿A quién tienes intención de espiar esta mañana?

Eve dejó la pila de la ropa limpia sobre la cama y abrió el armario del dormitorio. William Despard sabía que el sábado era día de plancha para su esposa, y aquél en concreto se había dado prisa en acabar porque quería tener tiempo para echar un vistazo a las casetas de la feria que ya estuvieran abiertas. Despard soltó el visillo de la ventana tras el que se ocultaba y se giró ofendido.

—¿Tú también, Eve?

—Yo también.

Despard dio unos pasos por la habitación y apoyó la mano teatralmente sobre el cabecero de la cama. Le molestó que ella no lo mirara y prestara más atención a la tarea de colocar la ropa en los cajones que a su indignación.

—No tengo ninguna intención de espiar a nadie. Sólo estaba comprobando qué tiempo hace.

—Yo te lo diré: va a llover, como llovió anoche, como llovió al amanecer y como lo hará dentro de un rato.

—Pues yo quería estar seguro. Voy a salir a pasear con los perros.

—No te lo aconsejo.

Despard se apartó unos pasos del cabecero y se acercó al armario.

—Al fondo se ve clarear.

—Sí —Eve se detuvo y lo miró un instante—, quizá al otro lado del Canal ya esté despuntando el sol. Por Dios, William, la señora Hill no está. Se ha marchado a Escocia con su hermana para alejarse de Brougharry durante la semana de feria. ¿Qué crees que vas a averiguar observando las contraventanas cerradas de su casa?

—No estaba observando las contraventanas de la casa de la señora Hill. He dicho que quería comprobar el tiempo y eso es lo que hacía. Y ahora me voy.

—Harás mal. Va a llover otra vez.

—Me arriesgaré. Para tu información, la BBC ha hablado de tiempo estable y estoy seguro de que el sol ya está lamiendo las costas de Yorkshire.

Despard se calzó las botas de campo y salió por la puerta de atrás. Arriba, en el dormitorio, Eve se asomó por la ventana.

—Va a llover, así que no encontrarás a nadie por ahí a quien espiar.

—Confundes las palabras, querida. Deberías leer más. Yo no espío.

—Entonces me pregunto qué hacías anoche, oteando por la

ventana, cuando viste a Craig Dawes en bicicleta volver borracho a su casa, y qué hacías poco después cuando me narraste en directo la reyerta entre unos feriantes y, más aún, qué hacías exactamente a las dos de la mañana cuando ya me había dormido y me despertaste para contarme que un hombre llegaba a Brougharry por el atajo a Cricket's Lodge.

—Estoy casi seguro de que era Zachary Gray y también de que venía de levantar alguna falda. Pero no sé de quién. —Despard dio vueltas a la gorra entre las manos y perdió la mirada durante unos segundos en la nada; luego encaró de nuevo a su mujer—. No podemos permitir que Brougharry se convierta en un lupanar. El reverendo Bradley estaría de acuerdo conmigo y eso debería gustarte. Tendré que averiguar quién era ella.

—¡Jesús!

Eve desapareció tras los visillos del dormitorio y volvió a sus quehaceres. Cerró el armario, acomodó el jarrón con lirios que había en la mesilla de noche y bajó a servirse un té antes de salir a hacer algunas compras. Por la ventana de la cocina vio alejarse a su marido, camino del atajo que conducía a Cricket's Lodge, e intentó imaginar qué excusa inventaría esta vez para meterse en la casa de los Dawes y enterarse de que la señora Wright había preparado cordero para la comida o de que Betty Simpson había vuelto a retrasarse en su tarde libre. Quince años de matrimonio con el hombre más cotilla del planeta y, sin embargo, aún lo amaba. Apuró la taza de té y se puso el impermeable. Dijera lo que dijera la BBC, estaba segura de que volvería a llover.

2

Contaba con tiempo de sobra, o al menos eso había pensado Ben Robinson, jardinero de Cricket's Lodge, cuando aún tenía intención de tomar la carretera comarcal. La señorita Havering no esperaba que el señorito Craig llegara a Londres hasta media mañana, y Ben era un buen ciclista. Sin embargo, lady Dawes le había pedido que tomara el atajo hasta Brougharry, una opción que a él no le había parecido la más conveniente. Sabía que los caminos estarían embarrados tras la tormenta de la noche anterior y estaba seguro de que lo mejor era seguir la carretera, aunque supusiera dar un rodeo de varios kilómetros. A pesar de ello, la había obedecido. Aunque tratara de ocultarlo, Ben se había dado cuenta de que estaba tan nerviosa como su hijo Craig, sobre todo después de la riña que el joven había mantenido con su padre esa misma mañana y el nuevo disgusto que,

entre los dos, le habían ocasionado.

Ahora, enfangado hasta los tobillos, sabía que su primera opción habría sido la correcta. La tormenta de la noche anterior no sólo había cortado la línea telefónica de la casa, también había dejado los caminos intransitables. Metido en aquel barrizal, Ben se lamentó por no haber seguido su instinto. Unas veces las ruedas de la bicicleta se hundían en el barro y otras patinaban peligrosamente en la grava húmeda que cubría los baches del camino.

Desde el Cerro del Peregrino, Ben levantó la cabeza y sintió el aire frío y húmedo mezclarse con el sudor que le corría por la frente. Durante un momento la brisa lo refrescó. Luego, la diferencia de temperatura le enfrió el rostro. Echó un vistazo a lo lejos y pudo entrever el chapitel de la iglesia, sobresaliendo entre la masa oscura que los tejados de pizarra de Brougharry formaban a su alrededor. Tiró de la capucha hacia delante y hundió el mentón en el cuello de la pelliza. Aquél era el último lugar desde el que Brougharry podía verse. Después el camino descendía por una zona solitaria y envuelta en una masa arbórea que sólo se despejaba al alcanzar los campos de manzanos, pocas yardas antes de llegar al pueblo.

Las ruedas chapotearon al hundirse en una pequeña balsa y Ben sintió una sacudida en el sillín. Agarró el manillar con fuerza y murmuró un juramento. Una vaharada de vapor se le escapó de entre los labios. Si tuviera un accidente y no pudiera enviar el telegrama, el señorito Craig no se lo perdonaría.

Aspiró una bocanada de aire y pedaleó con más fuerza. Los campos olían a tierra mojada y el mundo parecía haber enmudecido por completo. Ni siquiera los pájaros trinaban. Otra ráfaga de aire frío volvió a golpearle el rostro. Ben levantó la mirada y observó el cielo. Aún estaba nublado y amenazaba una nueva tormenta. Debía apresurarse.

Dejó atrás el cerro y torció a la derecha, internándose en el camino que le llevaría directo a Brougharry. Era ancho y la pendiente de bajada facilitaba el pedaleo. Ben aceleró. A los lados, robles centenarios delineaban la senda y batían sus copas, rociando al jardinero con gotas de agua y arrullándolo con el sonido sedante de las hojas que se mecían. La bicicleta rodaba cada vez más deprisa y Ben achinó los ojos para protegerlos del aire afilado que los acuchillaba.

Quizá ésa fue la razón por la que no lo vio o tal vez porque nada le hizo sospechar que, con cada giro de las ruedas, se precipitaba, ya sin remedio, hacia los brazos de la muerte.

Corrió. Las perneras del pantalón se le enganchaban en las zarzas y los setos de grosella silvestres le desgarraban la tela, pero no le importó.

El instinto de supervivencia dictaba sus acciones y en aquel momento la orden era: «¡Huye!».

Dejó atrás el bosquecillo donde se había ocultado y se adentró en una zona de campo abierto. Sabía que le había descubierto. Aquellos ojos dominantes se habían detenido en los suyos y pudo leer en ellos con la misma claridad que en una página de la Biblia. Le buscaría, le encontraría y lo mataría como había matado a aquel ciclista.

Lo vio desde lejos, poco después de dejar atrás el Cerro del Peregrino. Ben pedaleaba a buen ritmo y, de repente, su cuerpo se había detenido en el aire unos instantes, como si una mano invisible lo hubiera agarrado por el cuello, mientras la bicicleta continuaba rodando unas yardas más hasta caer a un lado del camino. Después lo había visto desplomarse. Aguardó un instante, pero Ben no se levantó. No se había engañado en sus suposiciones. Abrió la boca, como si fuera a decir algo, y se quedó así, formando una *o* casi perfecta que no llegó a pronunciar. Se apoyó en el tronco de un álamo negro y lo abrazó, como si aquello pudiera darle consuelo. Luego vio a un hombre salir corriendo desde el bosquecillo que recorría el camino hacia Brougharry. Le pareció que lo hacía como un conejo cuyo escondite ha sido descubierto y huye para salvar la vida. Entonces no pensó en ello. El impacto de lo que acababa de ver lo había paralizado. Sólo después, cuando él mismo también echó a correr, pensó en la estupidez de aquel hombre-conejo. Debería haberse quedado a cubierto, escondido entre los escaramujos y los arbustos de cambronera, y no ponerse a la vista del hombre que apareció al otro lado del camino y lo observó en su huida.

CAPÍTULO 3

1

—Es terrible, Herbert. Olivia está destrozada. Te ruego que disculpes su ausencia, pero se encuentra demasiado afectada para recibir visitas. Tal vez esta noche, si las gotitas de láudano que le ha administrado el doctor hacen efecto, pueda cenar con nosotros.

—No es necesario que la excuses, Geoffrey, lo comprendo perfectamente.

Herbert Rush, inspector del Yard retirado, observó que su viejo amigo contraía la frente, cubierta de arrugas, e inclinaba el cuello. Le pareció que su angustia era tan intensa que a Geoffrey Dawes le resultaba imposible ocultarla, y dedujo que la llamada urgente que le había hecho su antiguo camarada de armas aquel mismo sábado, a la hora de la comida, se encontraba relacionada con la figura abatida que se encorvaba en aquel preciso instante frente a él, sentada junto a uno de los grandes ventanales de la biblioteca de Cricket's Lodge.

Sumidos en un silencio amable, Rush reflexionó acerca de las apariencias engañosas. Si hubiera debido juzgar por el recio apretón de manos con que Geoffrey lo había recibido unos minutos antes y el fugaz alborozo de su sonrisa, no le habría resultado difícil concluir que aún mantenía el porte imponente tan característico de su juventud; pero ahora, abandonado a esa abstracción en que se había sumido y a causa de la cual suele perderse el dominio del propio cuerpo, surgían sin recato las pasiones escondidas hasta entonces.

Rush encendió la pipa y volvió a mirar a Geoffrey desde detrás de las volutas de humo. La desesperación que manifestaban su aspecto avejentado y la mirada desleída eran tan evidentes que sintió lástima por él y se alegró de haber aceptado su invitación a Cricket's Lodge. Se acarició los labios con la boquilla de la pipa y se preguntó si podía llamar invitación a su llamada, que lo había sorprendido después de comer, mientras rastrillaba las hojas que el incipiente otoño comenzaba a esparcir sobre el césped de su diminuto jardín. Tras su retiro, Rush se había aficionado a la floricultura para ocupar las horas muertas, y hasta que descolgó aquel teléfono horas atrás, habría sido incapaz de imaginar lo cerca que se encontraba de retomar su vieja actividad. Después de oír lo que Geoffrey le contó, comprendió el alcance del problema y lo necesaria que resultaba su presencia en Cricket's Lodge, la vetusta mansión heredada, generación tras generación, por una inagotable sucesión de Dawes.

Hizo la maleta y tomó el primer tren para Brougharry. Geoffrey lo había recibido a la entrada de la casa junto a Adam, el mayordomo, y luego lo había llevado directamente a la biblioteca. Mientras

caminaba renqueante un par de pasos por delante de él, su amigo se había lamentado:

—Esta ciática me está matando. Hay días en que no puedo moverme sin la ayuda de un bastón.

—La edad no perdona.

—A ti, sin embargo, parece que te ha tratado bien.

—No creas. También tengo mis achaques.

Rush volvió a aspirar de la pipa mientras esperaban a que les sirvieran una colación. Las sombras de los dos amigos, moldeadas de forma caprichosa por la luz del sol mortecino de la tarde, se proyectaban sobre el entarimado del salón, cuya inmaculada limpieza no podía ocultar, sin embargo, las rozaduras apreciables en aquellas zonas por las que se transitaba con mayor frecuencia. Un espléndido ramo de azucenas rosadas y pétalos rizados reposaba sobre la mesita que los separaba. Rush lo observó con admiración.

—Olivia tiene mano para estas cosas —explicó sir Geoffrey al percatarse del interés de su amigo.

—Es tan bello... Yo también he cultivado azucenas en mi jardín, pero no tan hermosas como éstas.

—Proceden de nuestro invernadero.

Rush asintió.

—Lo he supuesto. Son azucenas de Guernese y aún están fuera de temporada. No me olvidaré de felicitar a Olivia por los magníficos ejemplares que cultiva y la bella disposición que ha sabido darles en el ramo.

—En otro momento le halagarían tus palabras, pero en esta ocasión no estoy muy seguro. Acababa de llegar del invernadero con ellas esta mañana y estaba ocupada en arreglarlas cuando recibimos la noticia de la muerte de Ben. Uno de nuestros jarrones de Bohemia quedó hecho añicos. Olivia es una mujer fuerte, pero este horrendo crimen nos ha afectado profundamente a todos. —Geoffrey hizo una pausa y aspiró hondo—. Gracias por venir. Sé que hace ya algún tiempo que abandonaste el Yard, pero confío en que tu olfato de sabueso no haya perdido un ápice de sagacidad.

—No sé qué tal andará mi olfato. Hace sólo dos años que me licenciaron y me parece que ha pasado toda una vida.

—¿Cómo sigue tu corazón?

—Más tranquilo, sin duda. Llevo una existencia de anciano desde que dejé el servicio —Rush sonrió con nostalgia— y mi corazón late al mismo paso con el que vivo.

—¡Maldita guerra! —exclamó sir Geoffrey—. A todos nos afectó de una u otra manera. Cuando me enteré de que te habían licenciado por tus problemas cardíacos lo sentí mucho.

Rush chasqueó la lengua al recordarlo y se entristeció. Alemania

empezaba a caer bajo la presión de los Aliados y, cuando por fin se atisbaba el día en que Hitler fuera vencido, su corazón comenzó a dar muestras de debilidad que acabaron por llevarle a una jubilación prematura. Tenía sólo cincuenta y cinco años, pero en aquel momento le consoló pensar que había aguantado mientras se sintió necesario y que, sólo al terminar todo, con una nueva generación ascendiendo con paso firme en el Yard, como su joven pupilo Charles Carter, se había dado por vencido.

—¿Te encuentras bien? —La voz de sir Geoffrey lo sacó de su ensimismamiento.

—Sí, me sumergí en mis recuerdos. ¿Ves como a mí también se me notan los años? —Rush sonrió y se acomodó en la butaca—, pero aunque ya no estoy en activo es un placer poder serte de ayuda, además de un deber al que obliga nuestra vieja amistad.

—¿Cuántos años han pasado desde que nos conocemos? ¿Cuarenta?

—Casi.

—¡Canastos, cómo corre el tiempo! Y, sin embargo, aún me parece escuchar el estruendo de nuestra artillería en Arrás.

—La carrera del tiempo es veloz. A veces me pregunto si no viajará sobre los hombros de Mercurio.

El mensajero de los dioses... —farfulló sir Geoffrey entre dientes —. Oportuna ilustración para el caso, aunque las noticias que te han traído hasta aquí no son buenas, Herbert, y más se asemeja nuestro Mercurio a un pájaro de mal agüero que a un correo divino portador de buenas nuevas.

El mayordomo entró, seguido de una criada que colocó el té y algunos sándwiches sobre la mesita. Sir Geoffrey volvió a rememorar:

—¡Arrás! ¿Lo recuerdas? A pesar de todo el sufrimiento que padecimos, ¡qué buenos tiempos aquéllos!

—No los menciones. Me hacen parecer tan viejo...

—¿Parecer?

La ironía de la pregunta hizo sonreír a Rush.

—¡Qué rápido ha pasado la vida! Volvería allí sin pestañear, sin temor a la muerte, sólo por recobrar la juventud.

—Sí —admitió sir Geoffrey—, yo también. Fueron tiempos duros, pero felices, ¿no crees? ¡Qué jóvenes e ingenuos éramos entonces! ¡Y cuántos sueños por cumplir! Ah, tiempos dichosos... ¿*Ubi sunt*?

—No lo fueron tanto para los infortunados que dejaron sus huesos sepultados en aquellas tierras para siempre —apuntó Rush.

—Ah, sí, ¡pobre Philip!, el tercer mosquetero. ¡Qué gran trío conformábamos! A veces pienso en él. Le queda el honor, al menos, de haber muerto como un héroe.

Los dos amigos callaron durante unos minutos.

—La heroicidad debe llevarse en la sangre —farfulló sir Geoffrey—, ni se finge ni se compra. Como mucho se intenta emular —El tono de su voz bajó y a Rush le pareció adivinar un lacerante dolor oculto—, y Philip la heredó de su padre, sin duda. Otro insigne soldado, muerto en Mafeking, cuyo nombre es honrado en el obelisco que lord Roberts erigió en honor de los valientes que cayeron en defensa de la ciudad.

—Escaso consuelo para una esposa el de un nombre grabado en una piedra que ya nadie recuerda —apuntó Rush—, mientras la memoria persiste en evocar los huesos de un marido confiados al indiferente amparo de una tierra inhóspita.

—Lady Milton... —se lamentó sir Geoffrey—. Toda una dama. La visité en varias ocasiones después de la muerte de Philip y no puedo más que reconocer su serenidad y fortaleza. Llevó la pérdida de su hijo y la de su marido con una entereza difícil de emular. Y luego..., además, el triste fin que le aguardaba a ella. ¿Quién lo iba a imaginar? Te encargaste tú del caso, creo recordar...

Rush asintió.

—Efectivamente —dijo.

—Si al menos ella hubiera encontrado una muerte heroica, como la de Philip o la de su marido, la vida habría recompensado su memoria a cambio de los muchos sinsabores con los que la proveyó. ¡Pobre mujer!, asesinada en su propio dormitorio. Fue el mayordomo, ¿no?

—Sí.

—Como en una mala novela policíaca.

—Pero se hizo justicia —dijo Rush—. Cazamos al asesino y murió en la horca. Si bien —admitió cabizbajo—, el éxito no fue completo, puesto que su cómplice logró huir.

—¿Hubo un cómplice?

—Janette Frances, la doncella. Nunca estuvimos seguros de cuál fue el papel que desempeñó en el asesinato. Quizá no participara en él y tan sólo lo hiciera en el robo. En cualquier caso, no creo que lleguemos a saberlo nunca. Desapareció como por ensalmo y jamás volvimos a tener la más mínima pista sobre su paradero.

—Algo tremendamente inusual para los sabuesos del Yard.

—Que, sin embargo, no son infalibles. Supusimos que logró huir a Estados Unidos. Quizá ahora esté casada con un laborioso granjero de Minnesota y lleve una vida honrada.

—Espero que eso no ocurra con el caso que te ha traído aquí, Herbert —susurró sir Geoffrey con un ronquido que denotó la profundidad de su angustia—. Es de vital importancia que encuentres al culpable y que mi casa recobre la normalidad.

—Pondré todo mi empeño. Aunque doy por hecho que la policía

ya está investigando.

—Sí, por supuesto. También te he llamado por eso...

Rush ladeó la cabeza y entornó los ojos. No sabía cómo interpretar aquel comentario.

—No me gustaría que pensaras que albergo algún tipo de desconfianza respecto a su capacidad...

—No soy hombre de ideas preconcebidas, Geoffrey. Deberías saberlo.

—Lo sé, pero en Londres no deben de tener la misma opinión. Según tengo entendido, mañana llegará un inspector para hacerse cargo del caso. Supongo que han juzgado insuficiente la sagacidad de nuestros bucólicos agentes rurales, pero aun así te quiero aquí.

—Entiendo.

—Aunque la muerte de Ben no afecta directamente a la familia, tengo en gran estima a todo el servicio y quiero a alguien de confianza en este asunto. Ya te he dicho cómo se encuentra Olivia, pero el ánimo de Craig no le anda a la zaga.

—Debe de ser ya un buen mozo.

—¡Vaya si lo es! Está a punto de casarse, y ese matrimonio —Sir Geoffrey bajó la voz— es una de las razones por las que necesito que este maldito asunto se aclare.

—¿Es que el crimen está relacionado con Craig o su prometida? —Los ojos de Rush se achinaron como si un foco de luz los estuviera deslumbrando.

—¡No, por Dios! ¿Cómo puedes pensar eso? Se trata de algo mucho más mundano, aunque reconozco que las circunstancias que nos ocupan reprueban mis palabras. Admito que son interesadas.

—Tal vez podrías ser un poco más explícito, Geoffrey. Déjate de rodeos y ve al grano.

Sir Geoffrey volvió a removerse en el asiento y crispó los dedos en torno a los brazos del sillón.

—Alberta, la prometida de Craig, es hija de Robert Havering. ¿Has oído hablar de él?

Rush negó con la cabeza.

—Es un notable hombre de negocios que solo frecuenta círculos muy cerrados. He de admitir que posee grandes virtudes, pero no es el tipo de persona que se anda con medias tintas. Su extrema severidad rara vez admite desaciertos o errores, cuánto menos una muerte acaecida en circunstancias como las que han rodeado la de Ben.

—¿Y?

—Y, aunque su integridad no está puesta en duda, Craig desconfía de la transigencia que pueda mostrar su futuro suegro ante el hecho de que la futura familia política de su hija se haya visto envuelta en una investigación por asesinato, de modo que da por sentado que esta

muerte afectará a su compromiso con Alberta.

—Un hombre inflexible.

—Yo lo disculpo. Entiendo la preocupación de Craig pero, de estar en la piel de Havering, no creo que como padre apreciara el hecho de que mi hija se casara con un hombre en cuya casa se ha cometido un asesinato.

—En primer lugar, según me contaste por teléfono, el jardinero no ha muerto en vuestra casa. En segundo lugar, y aunque así hubiera sido, el único motivo que podría alegar para exhibir tal severidad sería la culpabilidad de Craig; lo que ni siquiera considero. No dudo de que los Havering sean íntegros, pero los Dawes no tienen nada que envidiarles.

—Sea como fuere, Craig asegura que, de ver malogrado su matrimonio, se marchará.

—¿Adónde?

—¡Quién sabe! —Sir Geoffrey dejó que la vista se perdiera por los campos que se desdibujaban en la niebla del atardecer a través de la ventana—. Y, por otra parte, qué más da el lugar. Lo que me preocupa es él. ¡Mi único hijo perdido sabe Dios en qué parajes abandonados! La idea me resulta insoportable.

—Craig ya no es un niño, Geoffrey.

El viejo noble levantó los hombros y los cuadró.

—Un padre tiene el deber de proteger a su prole. En especial cuando es demasiado frágil.

Rush lo miró estupefacto. Sabía que no era propio de su amigo admitir la debilidad de ninguno de los suyos. Lo vio apartar el rostro cuando la mirada comenzó a vidriársele y advirtió que le temblaba la barbilla. Ya no era el hombre recio y altivo que conocía. Hundido en aquel sillón, la pobre estampa que conformaba invitaba a la conmiseración. Rush se reprochó que ni siquiera él, un amigo fiel, pudiera evitar sucumbir a la realidad que se mostraba ante sus ojos. Los hombros encorvados no podían ya sostener el porte señorial que siempre lo había identificado como un auténtico caballero. Las arrugas que le marcaban la piel del rostro hablaban de una preocupación profunda, y las gruesas bolsas que caían de los párpados inferiores deformaban la imagen del Geoffrey que guardaba en la memoria. Ni siquiera intentándolo pudo soslayar las magulladuras que la vida había provocado en el organismo de su amigo, ni pudo tampoco obviar el tono sonrosado que le tintaba la piel del rostro y revelaba una afición a la bebida igualmente desconocida para él.

—Craig es un muchacho demasiado flojo —le oyó murmurar—, que jamás podría defenderse en un mundo inhóspito. Me cuesta tener que confesarlo, pero se negó a luchar en la guerra contra los *boches*. Cuando fue llamado a filas, el pánico lo atenazó y me vi obligado a

utilizar mis influencias para buscarle un puesto alejado del frente. —Sir Geoffrey apartó la mirada de las sombras vespertinas y buscó los ojos de Rush—. Pasó la guerra destinado en el grupo especial que se ocupó de trasladar los especímenes del Museo de Historia Natural a las cuevas de Surrey, a salvo de los bombardeos alemanes.

Rush contuvo la necesidad de apartar la vista. Notó los ojos ardientes de sir Geoffrey estudiándolo, en busca de un reproche hacia la actitud de su hijo, pero el policía se guardó de mostrarlo. Rush resolvió que no sería él quien censurara a un padre por asegurarse de conservar la vida de su hijo proveyéndole de un destino inocuo.

—Durante toda mi vida he deseado encontrar en Craig al muchacho que yo fui; pero no lo es, Herbert. Mi búsqueda ha sido en vano.

—Con frecuencia, los padres cometen el error de aspirar a que sus hijos no sólo sean todo lo que ellos mismos fueron, sino también todo aquello que siempre soñaron ser y jamás llegaron a alcanzar.

Sir Geoffrey asintió, aunque a Rush le pareció que lo hacía más por acallar su dolor que por convicción.

—Si no hiciera por él todo lo que está en mi mano, Olivia jamás me lo perdonaría, y yo tampoco.

Un relámpago rasgó la oscuridad e iluminó la biblioteca durante un instante. Rush se levantó y encendió la luz. Tomó una botella de coñac de la licorera y volvió junto a la mesa.

—Toma. —Le tendió un vaso y se sentó—. Ahora cuéntamelo todo desde el principio.

El trueno lo despertó. Stuart Donelly abrió los ojos y no supo ubicarse. Parpadeó pesadamente. Debía de tener fiebre. Le temblaba todo el cuerpo y le ardía la frente. La luz sutil y tintada de gris que entraba desde el exterior le ayudó a ubicarse. Se giró en busca del fuego, pero la leña se había consumido y sólo quedaban las brasas, insuficientes para iluminar el lugar y darle calor. Fuera, el viento batía las copas de los árboles y las gotas de una nueva tormenta repiqueteaban al caer sobre las rocas. Tenía los pies helados, aunque llevaba puestas unas botas recias de militar que al menos le protegían de la humedad. Movió un pie y empujó algunas ramas hasta echarlas en la lumbre. Luego sacó una mano por debajo de las mantas y agarró el bastón. Con la punta de acero, removió el rescoldo que aún brillaba bajo las cenizas y lo atizó. Unas llamitas comenzaron a lamer la madera y se sintió reconfortado. Buscó en el bolsillo de la chaqueta los restos de la onza de chocolate que repartía el ejército y los encontró enseguida. No había otra cosa allí dentro. La mordió y empezó a masticarla. Una llama avivada por el aire iluminó el lugar y luego volvió a atenuarse. Hizo un esfuerzo por tragar. A la luz mortecina de la lumbre recordó



el crimen. Luego creyó entrever entre los retazos de la memoria unos ojos que le sonreían, pacientes y perversos, y volvió a temblar.

CAPÍTULO 4

1

En Brougharry, los días se sucedían con pasmosa homogeneidad. Por supuesto, en una comunidad tan pequeña como aquélla no faltaban roces entre vecinos, malentendidos y alguna que otra desavenencia ancestral cuyo origen todos habían olvidado, pero que se mantenía viva por costumbre. Si hay algo de lo que los británicos siempre se sintieron orgullosos fue de sus tradiciones y en Brougharry, como en el resto del país, las cosas no eran diferentes.

Por ello, la vida del sargento Campbell era simple y tranquila. Había llegado al pueblo catorce años atrás y se había acostumbrado a la sencilla vida campestre donde nunca ocurría ningún incidente de mayor calado que el de una vaca que salta la linde y se come el pasto de un vecino. En aquella placidez bucólica en la que transcurrían sus días, no sentía la menor añoranza por sus tiempos de policía en Londres. Era feliz en Brougharry, como lo eran su mujer y sus dos hijos, y no deseaba cambiar su estatus por ningún otro. Sin embargo, los hechos a veces resultaban demasiado tozudos.

—Te has retrasado, George. —Abiline Campbell recogió los platos de los niños y sacudió las migas en el cubo de basura.

—He acompañado a Evans en su ronda. No quiero más problemas.

—¿Te refieres a la trifulca de esta mañana?

Campbell asintió mientras partía un trozo de pan y se lo llevaba a la boca.

—Este país acabará enloquecido por el alcohol —se quejó Abiline —. ¿Aún no ha empezado la feria y ya están borrachos?

—No fue cosa del alcohol. Un feriante que estaba instalado su confitería se enzarzó con un tal Ralph Tradeford, que tiene una librería ambulante.

Abiline sabía de qué caseta hablaba. Era una de las que se había propuesto visitar por si encontraba algún título nuevo de Muriel Spark.

—¿Y por qué se pelearon?

—Al parecer, el de la confitería acusó al librero de haber ocupado parte del sitio destinado a su caseta. Paul me ha contado que ya tuvieron un rifirrafe ayer por la tarde, en la estación, y que tuvo que salir de la oficina para hacerles entrar en vereda.

—¿Por culpa de la joven que trabaja para los Dawes?

—¿Cómo lo sabes? —Campbell se sentó en una silla de la cocina y estiró las piernas.

—Me lo ha contado William Despard. —Abiline señaló los pies de

su marido con el dedo—. No te has quitado las botas y has puesto perdido el suelo.

El policía, que removía la cuchara en el plato de la sopa que humeaba como una chimenea, buscó con la vista el lugar que su mujer señalaba. Tenía razón. Había dejado un rastro de barro rojizo en el suelo de la cocina desde la entrada hasta la silla en la que se había sentado.

—Estoy cansado —dijo.

Abiline mandó a los niños a la cama, que obedecieron a regañadientes. Era sábado, y los sábados siempre tenían permiso para acostarse más tarde. La feria, además, los había excitado. Tardarían en dormirse.

—He oído decir que fue Despard quien descubrió el cuerpo de Ben.

—¿Acaso podría ser otro? —Campbell se llevó la cuchara a los labios y probó la sopa. Aún estaba demasiado caliente.

—Bueno, a falta de una gacetilla local no está de más contar con William en el pueblo. Así estamos todos al corriente.

—No en este caso. Le he prohibido ir chismorreando.

Despard era un buen tipo, pero su afán por saber todo de todos le había acarreado más de un problema. De hecho, pensó, ésos eran el único tipo de problemas que estaba acostumbrado a resolver. Campbell miró a su mujer.

—¿Qué más has oído?

—Nada más. Parece que en esta ocasión te ha obedecido.

—Eso espero.

—¿Y cuál es su versión?

—¿La de Despard?

Abiline asintió.

—Su sospechoso es el mendigo.

—¿El que anda vagabundeando por aquí desde hace un par de semanas?

—Sí.

—Lo vi esta tarde en casa del reverendo Bradley mientras seleccionábamos los objetos que han ido llegando para la tómbola de la parroquia.

—¿Estaba allí?

—Sí.

—Lo hemos estado buscando todo el día y resulta que estaba en la rectoría. ¿Y qué hacía en casa del vicario?

—Quería que Anne le devolviera su ropa, pero ella se ha negado a entregársela. Aún no se había secado y, además, quiere plancharla. —Abiline abrió el grifo y enjuagó los platos enjabonados—. ¿Por qué le buscabais? No tiene sentido que le pidas a William que no chismorree

si luego prestas atención a lo que cuenta.

—Encontramos algo cerca del cadáver, prendido entre unas matas de escaramujo.

—¿Qué?

—Una bufanda.

—¿A cuadros escoceses, rojos y negros?

Campbell miró a su mujer.

—¡Pero bueno! —Soltó la cuchara en el plato—. ¿Es que tengo en casa toda la información que necesito? ¿Cómo lo sabes?

—Pertenecía a Ed Rogers.

—¿El hijo de la señora Rogers?

—¿Qué otro Ed conoces en Brougharry? Emma se la dio a Anne para la tómbola, junto a unas viejas botas que su hijo utilizó en el ejército, pero Anne se lo entregó todo al vagabundo.

El matrimonio miró a la ventana cuando un rayo rajó el cielo de parte a parte. Inmediatamente llegó hasta ellos el trueno.

—La tormenta está muy cerca —dijo Abiline—. Esperemos que no sea como la de anoche.

Campbell extrajo del bolsillo una cajita cilíndrica y la colocó sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Un rollo de fotografías.

—¿Las de Ben?

—Entre otras. —El sargento observó el tubo fotográfico en silencio.

—¿En qué piensas?

—En que no importa cuánto llueva esta noche —George se volvió hacia su esposa y sonrió por primera vez en la velada—, porque afortunadamente tenemos esto. —Extendió el dedo y golpeó el cilindro metálico con suavidad.

—¿Y qué es eso?

—Las fotografías que he tomado de la escena del crimen, incluidas las pisadas que encontramos cerca del cadáver de Ben. ¿Y sabes qué? —Abiline negó con la cabeza—. Son de botas militares. Ahora sólo queda encontrar al vagabundo.

Campbell volvió a menear la cuchara en el plato y la sopa giró, formando un suave torbellino en torno al centro.

—Quizá las ocurrencias de William no anden desencaminadas en esta ocasión.

—Quizá. —Él se estremeció.

—¿Tienes frío? Avivaré la estufa, pero empieza con la sopa, por favor.

Campbell guardó el cilindro de metal en el bolsillo y partió un trozo de pan que dejó sobre la mesa, junto al tenedor. La mayor parte

de los comerciantes que acudían anualmente a la feria de Brougharry habían montado ya sus tenderetes y casetas. El pueblo era un hervidero. Decenas de personas desconocidas pululaban por sus calles, mezclándose con los vecinos, que veían sus costumbres habituales modificadas por unos días. En aquellas circunstancias, una investigación por asesinato se hacía mucho más difícil. El policía cogió el pedazo de pan que había dejado sobre el mantel y lo echó en el plato.

—¿Qué han hecho con el cuerpo de Ben? —Abiline volvió junto a él tras remover el carbón de la estufa.

—Lo han llevado a Londres. Tienen que hacerle la autopsia, aunque no sé para qué. La causa de la muerte es tan obvia que hasta un ciego podría certificarla.

Abiline pasó las manos por los hombros de su marido y lo abrazó por detrás. Él le acarició las muñecas.

—Cuando me destinaron aquí lo tomé como si me hubieran degradado, pero hace años que ya no pienso así. Hemos sido felices en Brougharry y hemos llevado una vida tranquila. Ahora se me antoja demasiado tranquila, quizá.

—¿Por qué demasiado?

—Porque durante todos estos años he desempeñado un oficio que no se parece en nada al de un verdadero policía. ¡Un asesinato! ¿Quién podría imaginar que algo así ocurriría en Brougharry?

—Nadie —admitió ella.

—Ni siquiera yo. Y tengo miedo. Ya no sé cómo enfrentarme a un caso así.

—No digas eso. Eres un buen policía.

Campbell no contestó. La imagen del cuerpo de Ben Robinson, desmadejado en el suelo y envuelto en su propia sangre, no le había abandonado en todo el día. El agente Evans había vomitado al verlo y él mismo había tenido que hacer esfuerzos para evitarlo. A sus cuarenta y seis años se sentía demasiado viejo para verse implicado en un caso como aquél. Demasiado viejo e incompetente.

—Me han llamado de Londres.

Abiline lo besó en la coronilla, que comenzaba a clarear, y se sentó frente a él.

—¿Para?

—Me han dicho que van a enviar a un inspector del Yard.

—¿Y eso te molesta?

—¡Al contrario! —Campbell posó la cuchara en el plato y fijó la vista en su mujer—. No quiero estar a cargo de un caso de asesinato. Sólo quiero ser un policía rural.

—Y es lo que eres. Pero las cosas a veces vienen de un modo que no nos gusta. Levanta esa cabeza. —Abiline empujó hacia arriba la

barbilla de su marido y le besó en los labios—. Vas a ser un policía rural que va a participar en un caso de asesinato con un inspector del Yard, y lo harás muy bien. Métetelo en la cabeza.

Campbell sonrió. Después de dieciséis años de matrimonio, seguía enamorado de su mujer. La miró a los ojos y descubrió en ellos el mismo pensamiento. Por eso siempre se había negado a aceptar las tesis de aquellos que aseguraban que el amor se volvía una costumbre con el tiempo. La atrajo hacia sí y ahora fue él quien la besó.

—Gracias —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Tu bien es mi bien. Ahora tómate la sopa antes de que se enfríe. Y esta vez lo digo en serio.

Abiline se arrodilló junto a su marido, le quitó las botas, de las que se desprendió el barro rojizo de los caminos que rodeaban Brougharry, y le puso las zapatillas que tenía preparadas junto a la estufa de carbón. Campbell sonrió. Eran aquellos pequeños detalles, como el que ella conociera con antelación su estado de ánimo y tuviera preparadas las zapatillas, los que hacían que, dieciséis años después de salir casados por la puerta de Saint Dustan, él siguiera amándola como el primer día.

Carter dobló una camisa y la colocó en la bolsa de viaje. Se preguntó si aquellas últimas palabras que el jefe de inspectores le había dedicado al despedirse el día anterior, deseándole buena suerte, no habrían sido una maldición anticipada para su primer fin de semana de guardia. Le habían asignado el asesinato de un hombre en un pueblo llamado Brougharry, y allí estaba él, haciendo la maleta para viajar al día siguiente.

El fogonazo de un relámpago pareció imprimirse durante un instante sobre el cristal mojado de la ventana. Carter se detuvo unos segundos, deslumbrado por el resplandor del rayo y abstraído en el recuerdo de Neil Chapman y sus últimas palabras. Luego volvió al armario y decidió incluir un grueso jersey en el equipaje. Había oído en la radio que la lluvia les daría un respiro, pero no había prestado atención a las temperaturas. En cualquier caso, ya no daba nada por sentado, ni siquiera al propio Yard.

Frente al armario abierto, pensó en qué más podría incluir en el equipaje. Quizá un pañuelo para el cuello. Tomó nota mental de coger los guantes al día siguiente, antes de salir, y volvió a observar el interior del ropero. No era muy hábil para prever las necesidades de un viaje y pensó en Kate West. Las mujeres tenían una capacidad especial para estas cosas. Se preguntó qué incluiría ella si tuviera que hacerle la maleta. Estaba seguro de que, con la sobriedad necesaria para un viaje de pocos días, sería capaz de imaginar todas las posibles

eventualidades e incluir en el equipaje una solución para cada una de ellas. Abrió un cajón, sacó una camiseta interior y la colocó encima del jersey. Su madre siempre metía varias en la maleta cuando él se marchaba de vacaciones a casa de sus abuelos. Pero entonces era un niño. Los críos siempre necesitan más ropa, pensó. Y, además, todavía estaban en septiembre. Con el jersey bastaría. Sacó la camiseta y la devolvió al armario.

Volvió salón y se sentó frente a la ventana. La lluvia seguía cayendo. No había dejado de hacerlo desde la noche anterior así que, pese a las predicciones de la BBC, decidió que llevaría el impermeable en lugar del abrigo. Se recostó sobre el respaldo y cogió una novela de Ellery Queen. Nunca le habían gustado las novelas policíacas. Algunas destacaban por su ingenio, no lo negaba, pero no representaban el mundo real de una investigación criminal. Aun así, desde que Kate West se cruzó en su camino había comenzado a interesarse por este tipo de historias; aunque, por supuesto, no lo admitiría delante de ella. No de momento, al menos.

Se preguntó qué estaría haciendo. Después de varios meses intentando conseguir una cita, aquella misma mañana la escurridiza directora de la agencia de mecanógrafas Looper por fin la había aceptado, pero sólo después de que la estratagema que ideó para obtenerla surtiera efecto. No sabía si ella lo había perdonado, pero confiaba en que sí. Tras la sorpresa inicial y una de sus miradas largas e intensas, se había reído de la celada que le había tendido. Incluso le pareció que había apreciado su ingenio. Sin embargo, al despedirse, la Kate West de siempre había vuelto a dejar la puerta semicerrada, y él no había podido evitar preguntarse si aquella cita había sido la excepción que confirma la regla y si de nuevo pasarían meses antes de que volvieran a verse, o incluso si no volverían a encontrarse nunca más.

En cualquier caso, quería estar preparado. Abrió la novela y comenzó a leer. Si por alguna azarosa casualidad volvía a coincidir con ella, estaba seguro de que aquel escritor que se permitía retar al lector con tanto descaro estaría entre sus lecturas policíacas.

Kate había sido fiel a la promesa que se había hecho la tarde anterior. Tumbada en el sofá, con una manta que le cubría hasta la cintura, no se había achantado ante los retos del señor Queen. En la mesita de centro, una taza de café vacía y media pasta mordisqueada eran los únicos testigos de la derrota del autor. Mientras tanto, el tiempo había acompañado sus deseos. La lluvia había caído de forma constante a lo largo de la tarde y ahora la ventana del pequeño salón, en cuyos cristales una miríada de gotas de agua brillaba como las estrellas de una galaxia, servía de espléndido escaparate a Daniel Cooper, el

dependiente de Harrods que estaba secretamente enamorado de ella y que ocupaba el apartamento de enfrente.

Se estiró en el sofá y la manta se escurrió hasta caer sobre la alfombra. El incidente pareció sorprender a Daniel, que vaciló, como dudando entre si debía prestar atención a las piernas, inesperadamente expuestas a su ávida mirada, o mantenerla fija en su nuca, por la que se deslizaban un par de tentadores caracoles de pelo rojizo. Kate se levantó, recogió la manta del suelo y la colocó sobre el brazo del sofá. Después se dirigió hacia la ventana y corrió la cortina del saloncito. Pese a que reconocía el placer de pasear por los pasillos de Harrods y permitirse el gasto de algunos chelines en un tarro de crema para la cara, no estaba de acuerdo con el lema de los grandes almacenes, *Omnia Omnibus Ubiqu*e, «Todo para todo el mundo en todas partes»; al menos no en lo que se refería a Daniel Cooper.

Quizá podría pedirle a Charles Carter que le hiciera una visita. Entonces sería ella la que desempeñaría el papel de *voyeur* y él tendría una cucharada de su propia medicina. Pero no lo haría. Daniel era un poco pesado, pero totalmente inofensivo. Estaba segura de que la presencia de un inspector del Yard en su puerta, pidiéndole explicaciones, le supondría un trauma. Sonrió al imaginar la escena y luego alargó la sonrisa al recordar su cita con Carter aquella misma mañana. El modo de conseguirla no había sido ortodoxo en absoluto, pero se había negado tantas veces a aceptar sus propuestas que a él no le había quedado otra opción que echar mano del ingenio. Y por Dios que lo había conseguido. Se había ganado la cita a pulso.

Conectó la radio del salón para escuchar las noticias de la BBC mientras preparaba una crema de verdura y un par de lonchas de jamón ahumado. La sucinta descripción del asesinato que hizo el locutor no le impidió advertir el nombre de Ben Robinson. Kate colocó de forma mecánica las lonchas de jamón entre un par de rebanadas de pan y las abandonó en la encimera de la cocina. Cuando alcanzó el receptor de radio y subió el volumen, el nombre de Brougharry y de Cricket's Lodge hizo que se detuviera frente al aparato. Poco después, una vez que el locutor dio paso a la información del tiempo, Kate West se dirigió a su dormitorio y sacó una pequeña maleta de la trampilla del armario.

Sabía que Daniel Cooper estaba observándola mientras preparaba el equipaje con habilidad y rapidez: ropa interior, varios pares de medias, dos faldas de *tweed*, unos pantalones de color *camel*, un par de jerséis, algunas camisas, un neceser y, por último, un par de zapatos de suela gruesa que envolvió en una bolsa de papel junto a las zapatillas de estar en casa que tenía de reserva. Después se sentó en la cama y consultó un folleto. Mientras lo hacía, sabía que Daniel estaba recorriéndole el cuello con la mirada, pero desde su ventana no podía

distinguir que se trataba del horario de salidas y llegadas de trenes hacia Brougharry. Tampoco podía ver cómo, con el dedo índice, señalaba el de las ocho treinta, ni cómo la joven, cuando volvió al salón, se sentaba en el sofá y, apoyados los codos sobre las rodillas y la barbilla en las manos, se sumía en una reflexión mientras el hombre del tiempo anunciaba un frente frío que entraba ya por las costas de Yorkshire.

CAPÍTULO 5

1

Betty Simpson se pasó el dorso de la mano por las mejillas y se secó las lágrimas. Aspiró con ansia una bocanada de aire, apretó los dientes y ahogó un bufido rabioso. Después palpó con suavidad la superficie del rostro. Notó la piel caliente y un dolor ronco, sutil, pero presente. Las contusiones estaban allí, incluso en la oscuridad del atardecer, para recordarle que en la vida también existían momentos como aquél.

Se detuvo y miró al frente. A unos cientos de yardas brillaban las luces de Cricket's Lodge. A su espalda se apagaban los últimos reflejos del atardecer y comenzaba a acechar un campo abierto y vacío. Sabía que él no la seguiría. No hasta allí. Quizá iba siendo hora de empezar a aprender esas lecciones que pasan desapercibidas cuando se es joven. Sin mirar atrás, echó a andar y caminó hacia la casa.

La realidad se había abierto ante ella con brutalidad. Todos decían que era una chica despierta y en ocasiones incluso descarada, pero todavía existían situaciones a las que no sabía enfrentarse. Anduvo por el camino de grava que recorría el jardín trasero de Cricket's Lodge y se acercó a la puerta con cautela. Estaba segura de que la señora Wright se encontraría en la cocina. Era su reino, el lugar donde gobernaba a su antojo y que no solía abandonar. Apoyada en la pared, junto a la puerta, Betty se preguntó cómo podría evitarla. Dentro se oía el entrechocar de los utensilios de cocina. La señora Wright estaba donde debía; era ella la que no había cumplido con el luto de la casa por la muerte de Ben y se había escabullido a media tarde para encontrarse con Zachary. Quizá, si aguardara un rato, la señora Wright se ausentaría de la cocina y ella podría llegar hasta su cuarto sin que la viera, pero no lo creyó posible. El encuentro con la cocinera era inevitable y, en cualquier caso, las huellas de los golpes eran demasiado evidentes para ocultarlas incluso bajo una gruesa capa de maquillaje que, además, no podía llevar en la casa. Observó los últimos retazos de luz deslizarse tras el horizonte. En cuanto abriera esa puerta, todos lo sabrían.

La tarde había caído. Sir Geoffrey y Herbert Rush continuaban en la biblioteca, iluminada por las últimas luces del atardecer y las llamas que lamían un leño de manzano en la chimenea.

—Ya te expliqué por teléfono el principio de esta pesadilla: un bárbaro ha asesinado a nuestro jardinero de una forma terrible.

—Degollado —apuntó Rush.

Sir Geoffrey admitió la corrección y le ofreció una copa de coñac,

que rechazó. Él se sirvió una y se sentó de nuevo en el sillón que ocupaba en la biblioteca. La agarraba con fuerza, como si fuera el sostén que evitaba que se cayera, y Rush pensó que si no aflojaba la presión acabaría por quebrarla. Conocía bien a su amigo y sabía que estaba nervioso y, algo inusual en él, asustado.

—Sí —Dio un largo sorbo y expulsó el aire que inconscientemente retenía en los pulmones—, pero de una manera cruel y cobarde. El asesino no le ofreció ninguna oportunidad para defenderse. Ben se dirigía al pueblo en bicicleta y, quizá debido a la niebla, no se percató del sedal que atravesaba el camino por el que circulaba. Le seccionó el cuello de lado a lado. Nadie espera que algo como eso le aguarde tras un recodo del camino.

Rush observó la oscuridad que ya cubría el jardín. El resultado del relato planteaba algunos interrogantes que debería abordar con tacto si quería evitarle a Geoffrey una angustia mayor.

—Un crimen atroz —El policía volvió la mirada hacia su amigo—, pero que sugiere algunas cuestiones que habrá que aclarar. Por ejemplo, sería interesante averiguar si aquel sedal aguardaba el cuello de tu jardinero o fue la broma macabra que un perturbado preparó para el primer desdichado que tuviera la mala fortuna de pasar por allí.

Sir Geoffrey se encogió de hombros.

—Por supuesto, no tengo ningún argumento que incline la balanza por una u otra opción, pero de verme en la tesitura de tener que elegir, creo que me decantaría por lo segundo. No se me ocurre ningún motivo por el que alguien quisiera matar a Ben. Era un hombre pacífico. Por otra parte, si alguien hubiera querido asesinarlo, ¿no crees que la idea del sedal sería absurda? ¿Quién podría estar absolutamente seguro de que la primera persona que pasaría por allí sería Ben?

—Nadie, obviamente, salvo que el asesino supiera de antemano que iba a hacerlo.

—Lo cual es imposible en este caso. Ben no solía salir de Cricket's Lodge y apenas visitaba el pueblo. El motivo que lo llevaba ayer a Brougharry es que estábamos incomunicados: nuestro teléfono había quedado cortado por la tormenta de la noche del viernes y Craig tenía que contactar con su prometida, así que Ben fue a poner un telegrama; pero estarás de acuerdo conmigo en que esto era de todo punto imprevisible.

—En efecto. —Rush torció el gesto—. ¿Es un camino muy transitado?

—No, no mucho. Salvo los que habitamos en Cricket's Lodge, no lo utiliza casi nadie. Vamos por la carretera comarcal cuando tomamos el automóvil, pero el camino donde Ben fue asesinado es un

atajo que normalmente empleamos cuando nos acercamos al pueblo a pie o en bicicleta.

—¿Y eso no te hace reflexionar?

Sir Geoffrey respiró hondo y cogió la botella de coñac.

—Eso es lo que me ha impulsado a llamarte. —Se sirvió una copa y bebió hasta apurarla—. Desde que supe lo que ocurrió, la idea de que ese sedal podía estar aguardándonos a cualquiera de nosotros no me ha abandonado y, lo confieso sin rubor, temo por mi familia.

—¿Hay alguna razón que sustente ese temor?

—¿Qué me estás preguntando exactamente, Herbert? —La voz de sir Geoffrey sonó ronca y apremiante.

—Quiero saber si hay algún motivo por el que alguien quiera hacerte daño a ti o a los tuyos.

—Si lo hay, lo desconozco por completo, pero no creo que exista tal motivo. Somos una familia bien considerada que nunca ha planteado problemas a la comunidad y ni siquiera tiene conflictos con sus vecinos. No sé de nadie que tenga una razón por la que quiera asesinarnos. Pero la angustia me consume. Necesito que averigües qué pasó. Quiero saber si éste ha sido un crimen casual, planificado por una mente enferma que no buscaba un objetivo concreto, o si alguna amenaza acecha a mi familia.

Herbert Rush se inclinó hacia adelante y lanzó una mirada reconfortante a su amigo.

—Descubriremos al asesino, te lo prometo. Y vamos a empezar ahora mismo a despejar maleza. Puesto que no hay ninguna razón que te haga creer que tú o tu familia podáis estar amenazados...

—Ninguna —insistió el noble.

—Volvamos, entonces, al jardinero. ¿Cuánto tiempo llevaba a vuestro servicio?

—Su padre fue el jardinero de Cricket's Lodge durante cuarenta años, así que imagina...

—Gozaba, por tanto, de tu confianza.

—De la de toda la familia. Nunca hubo motivo por el que llamarle la atención. Tenía los jardines mejor cuidados de toda la comarca. Era un buen hombre. No —se corrigió—, un hombre excelente. Adoraba a Craig desde que era un niño e incluso ahora lo cuidaba como si aún lo fuera.

—¿Qué edad tenía?

—No lo sé con certeza. Cuarenta y tantos... Un hombre en la plenitud de la vida. ¿No crees que es inaceptable que algo así ocurra, cuando aún debían de quedarle tantos años por vivir?

—Sin duda —Rush se atusó el bigote y volvió a cargar la pipa—, pero no será el primero ni el último ser de este mundo que muera joven. Tú y yo hemos visto a muchos como él, y más jóvenes que él,

sufrir un final prematuro.

—Pero en un campo de batalla. La vida por aquí es tranquila y apacible, y uno da por sentado que los días transcurrirán sin cambio hasta que llegue el último en el que hemos de respirar. Probablemente Ben también lo creyó así. Desde luego, nadie podía imaginar que encontraría un final tan sangriento como el que ha tenido.

—¿Ni él mismo?

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que era un buen hombre.

—Sí, y lo mantengo.

—¿Sin ningún rincón oscuro en su vida que explique el asesinato?

—Sigo sin comprenderte.

—¿No tenía enemigos?

—No lo creo. Como dije, era un hombre amistoso.

—¿Y deudas?

—Oh, por Dios, Herbert, comprenderás que no estoy al tanto de los asuntos económicos del servicio. Pero no creo que las tuviera. Ya te he dicho que Ben no era un hombre dado a salir de la casa. Casi siempre se le podía encontrar trabajando en el jardín o en el invernadero, incluso en sus horas libres. He oído decir —Sir Geoffrey se rascó la mandíbula— que le robaron. Es posible que ese fuera el motivo del crimen.

—No pareces muy convencido.

—Y no lo estoy.

—¿Por qué?

—Tengo entendido que tan sólo portaba unas monedas y la cadena con el retrato de sus padres que siempre llevaba al cuello.

—¿Y...?

—¿Matar sólo por eso? ¿Quién podría hacer algo así?

—No sabes las menudencias por las que asesina la gente, amigo. Una vez conocí a un marinero que mató a su compañero de jarana porque creyó que lo había mirado mal.

Sir Geoffrey meneó la cabeza y se sirvió otro coñac.

—Nuestro mundo se está desmoronando. Si uno no va a poder andar seguro por este planeta porque su vida cotiza al simple valor de los peniques que lleven en el bolsillo, casi es mejor pegarse un tiro y olvidarse de este mal asunto que es la vida.

—No digas tonterías. Dime, ¿quién encontró el cadáver?

—William Despard. Es un vecino. Estaba dando un paseo con sus perros cuando el ladrido de los animales lo alertó. Se acercó a ellos y se topó con el pobre Ben, ya muerto.

El tintineo del batintín sonó en el recibidor.

—Oh —dijo sir Geoffrey—, ése es el primer aviso para la cena. Creo que...

—Sí —Rush se puso en pie—, subiré a cambiarme y continuaremos después.

CAPÍTULO 6

1

Olivia pretextó un fuerte dolor de cabeza y no bajó a cenar. En el amplio comedor de los Dawes, de paredes forradas con papel crema y estampado con frondosos ramos de flores silvestres, Rush se encontró con la escueta compañía de Geoffrey y su hijo Craig, que se desplazaba apoyándose torpemente en un bastón. Hacía mucho tiempo que no lo veía y por ello aún guardaba la imagen de un muchacho recién salido de la adolescencia, desgarbado y con el atisbo de un bigote sobre el labio superior. Sin embargo, se topó con un hombre que le tendía la mano mientras lo saludaba con amabilidad. Se sentaron a la mesa y Ruth comenzó a servir al instante, bajo la vigilante mirada de Adam Baker, el mayordomo.

—¿Dónde está Betty? —preguntó sir Geoffrey, mientras se ponía la servilleta sobre las rodillas.

—Se encuentra indispuesta, señor.

El noble asintió y empezaron a comer. Rush tenía la impresión de que las raciones servidas no eran tan abundantes ni la comida tan variada como en otras ocasiones. Al recordar la raída tapicería de los sillones en los que él y Geoffrey habían estado sentados durante su charla en la biblioteca, supuso que las dificultades económicas de su amigo también alcanzaban al mantel. No obstante, la velada estaba transcurriendo tranquila. La conversación discurría por asuntos diversos, aunque Geoffrey abundó en uno en especial que ocupaba en aquel momento toda su atención: sus memorias.

—Te enviaré un ejemplar en cuanto las haya publicado, aunque no puedo precisar para cuándo será. Trabajo a un ritmo bastante irregular, mal que me pese. Escribo y reescribo constantemente. Nunca estoy satisfecho. A veces pienso que la joven que me ayuda en la tarea debe de odiarme.

—¿Tienes una secretaria?

—No, es una mecanógrafa que viene desde Londres varios días a la semana. Estoy muy satisfecho con sus servicios, pero no creo que ella lo esté con mi irresoluta manera de trabajar —bromeó mientras se llevaba la copa de vino a los labios.

—Seguro que no eres el primer ejemplar de esta especie con el que se topa.

Sir Geoffrey se encogió de hombros.

—Supongo —dijo—, aunque no sé si querrá volver cuando sepa lo que ha ocurrido.

—Quizá para el lunes lo hayamos resuelto —aventuró Rush.

—¿De veras lo crees?

El expolicía se mordió el labio. No, no lo creía. Un asesinato no se resolvía de la noche a la mañana.

—En todo caso, es una suerte para todos que un policía del Yard sea amigo de papá —dijo Craig—. Desde la muerte de Ben, parece que un fantasma hubiera invadido la casa.

—Supongo que es normal —contestó Rush—. Afrontar una situación como ésta nunca es fácil y la mente necesita no sólo un tiempo para asumir lo ocurrido, sino también un ambiente sosegado. Con la edad he descubierto que el silencio es un buen campo sobre el que arar la propia reflexión.

—Y, sin embargo, doy por hecho que tendrás que interrogarnos a todos para tomar perspectiva. ¿No es así como lo hacéis?

—Entre otras cosas, sí.

—Pues estoy a tu disposición. No será mucho lo que podré contarte, pero si en algo te ayuda...

—Podríais empezar situándoos —Rush aprovechó la ocasión— y decirme dónde estabais cuando murió Ben Robinson.

—¡Por Dios, Herbert —Sir Geoffrey parpadeó y tensó los hombros —, no irás a sospechar de nosotros!

—Tan sólo deseo ubicaros y ordenar mi mente. Comprenderás que es necesario si quieres que descubra quién mató a tu jardinero. No confundas esa intención con la sospecha. Ayúdame y tal vez pueda ayudarte.

—Yo estaba en mi gabinete —contestó con sequedad.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—No lo sé. No podría precisarlo. Creo que toda la mañana.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—¡No lo sé! —Rush percibió la respiración agitada de su amigo—. Supongo que sí. Pregunta a los criados.

—Me basta con tu palabra.

—No lo creo, pero supongo que sólo haces tu trabajo.

La voz de Rush se volvió profunda y, su mirada, dura:

—Esto no es mi trabajo. Hace tiempo que me jubilé.

—Y, sin embargo, ahora veo en ti más al policía que al amigo. Supongo que tendré que doblegarme.

—Es mi faceta de policía la que has requerido, aunque también intentaré servirte de amigo tanto cuanto pueda.

—Lo sé, lo sé. Perdóname. —Sir Geoffrey rellenó la copa de vino y la apuró de un sorbo—. Soy yo quien te ha llamado para que nos ayudes, pero quiero que sepas que no albergo ninguna duda acerca de la inocencia de todos los que viven en mi casa.

—Bien —Rush volvió a coger el tenedor y pinchó un trozo del

pastel de carne—, entonces volvamos al asunto. Estuviste en el gabinete tú solo durante toda la mañana…

—Así es.

—Sin embargo, supongo que en algún momento requerirías la presencia de algún criado.

—No. No lo hice. Estaba demasiado enfadado para querer ver a nadie.

—¿Enfadado? —Rush dejó el tenedor sobre el plato y lo miró—. ¿Por qué?

—Por mí —contestó Craig en lugar de su padre. El policía se giró hacia él y lo observó con interés.

—No tienes hijos, ¿verdad, Herbert?

Rush negó con la cabeza, sin quitarle la vista de encima.

—Entonces quizá te resulte difícil imaginar que las relaciones entre padres e hijos no siempre son fluidas y amistosas, aunque estoy seguro de que a tu fino olfato policíaco no se le ha escapado que mi padre y yo no hemos cruzado una sola palabra durante toda la cena.

—Sería un detalle por tu parte —intervino sir Geoffrey— que le evitaras a nuestro invitado las pataletas pueriles a las que nos tienes acostumbrados. Si no aprecias tu propia dignidad, honra al menos la mía.

—Seguro que no será nada, padre. Todo acabará cuando yo agache la cabeza, una vez más, ante tu autoridad paterna.

—Lo cual os beneficiará a los dos —Rush cortó la discusión sin dar opción a que ninguno la continuara—. Tus palabras han sonado impertinentes para dirigirlas a un padre, Craig, y con ellas no me has aclarado por qué pasó la mañana solo en el gabinete.

—Ah, eso —dijo, indolente—. Todo se reduce a mi relación con Alberta Havering. La noche anterior al asesinato de Ben me había torcido el tobillo al caer de la bicicleta cuando volvía del pueblo, donde había estado tomando unas pintas. Fue un accidente desafortunado que no tendrá ninguna consecuencia para mi salud, pero que impidió mi viaje a Londres, previsto para hoy, a fin de visitar a mi prometida, en cuya fortuna mi padre tiene puestas todas sus esperanzas para salvar a Cricket's Lodge de los acreedores.

Sir Geoffrey enrojeció. Rush se percató de que cerraba el puño con fuerza sobre el mantel, en un intento de refrenar unos impulsos que le eran imposibles de disimular. Craig Dawes rompió el silencio.

—Supongo que no te molestará que hable así, padre, teniendo que en cuenta que Herbert es amigo tuyo y que está aquí para ayudarte.

—¿Un jerez? —fue la respuesta de sir Geoffrey. Había abierto el puño y la mano descansaba inerte junto a la servilleta. Rush y Craig declinaron el ofrecimiento con una negación de cabeza—. Estaré en la biblioteca —añadió. Y se marchó.

—Sir Geoffrey se ha encerrado en la biblioteca.

Ruth había abandonado el comedor, a instancias del mayordomo, cuando comenzó la pelea entre padre e hijo, y había vuelto a la cocina. Posó una bandeja con los restos del segundo plato sobre la mesa y se puso las manos en los riñones.

—¿No podríamos cambiar estas viejas bandejas por otras menos pesadas?

—Conténtate con tener un empleo —la reprendió Bertha Wrigh.

—Nadie le ha pedido al señor Baker que la felicite por la cena.

—No seas descarada.

—Sólo le informaba, señora Wright.

—Cállate y sirve el postre. Digo yo que habrá que subirlo ya.

—No estoy segura...

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho: sir Geoffrey se ha encerrado en la biblioteca.

—¿Otra pelea con el señorito?

Ruth asintió mientras colocaba los platos sucios en la pila del fregadero.

—¡Y delante del invitado! El señor Baker me ha hecho una seña para que saliera.

—Entonces esperaremos a que baje él. Sírvete un té y siéntate un rato, anda. Descansa esos riñones.

—¿Cómo está Betty?

—Sigue llorando. Y enfadada conmigo.

—La ha reñido usted mucho, señora Wright.

—Se lo merecía.

—Pero esos golpes...

—Por eso se lo merecía.

La cocinera se dejó caer sobre una silla. No era que se hubiera escapado de casa, burlando el luto, lo que la había irritado; era que se dejara manejar por el malnacido de su novio y le permitiera llegar a esos extremos.

—¿Por qué insiste en afirmar que se ha caído en lugar de admitir la verdad? —Ruth se sentó junto a la señora Wright y cruzó las manos sobre el regazo—. No sé por qué se empecina en negarlo. Todos sabemos que ha sido Zachary quien la ha golpeado.

La señora Wright no contestó, aunque ella venía haciéndose la misma pregunta desde que Betty había empezado a tontear con ese malnacido de Zachary Gray. Ben se las había visto con el joven en más de una ocasión precisamente a causa de las vejaciones a las que la sometía. Pero ahora Ben no estaba y Bertha Wright se preguntaba quién iba a proteger a Betty. Se dijo que debería hablar con el señor Baker para que lo pusiera en conocimiento de sir Geoffrey, aunque

con ello delatara a Betty. Probablemente la despedirían y ella conocía muy bien el destino que corrían las doncellas que eran despedidas sin referencias. El asunto estaba llegando demasiado lejos, pero contar la verdad suponía arrojar a Betty a un mundo aún peor.

—Anda, súbele una taza de té. A mí no quiere ni verme.

Ruth preparó un servicio y desapareció por la escalera de atrás. La señora Wright aguardó a que los pasos dejaran de oírse, abrió la puerta de la cocina y oteó la oscuridad. No logró penetrarla, pero él no estaba allí. De haberlo estado, le habría hecho la seña convenida.

En la fachada posterior del Cricket's Lodge sólo lucía la luz del cuarto de Betty. La señora Wright meneó la cabeza. Estaba cansada de jugar a ser madre. Entró en la cocina y cerró la puerta tras de sí. Necesitaba ayuda y conocía a alguien que pudiera prestársela. Se escabulló hasta el gabinete de sir Geoffrey y descolgó el teléfono.

CAPÍTULO 7

1

Después de que su padre se marchara, Craig hizo una seña al mayordomo para que se retirase.

—Espero que sepas disculpar esta situación tan desagradable. Mi padre y yo no andamos en muy buenas relaciones. Él cree que soy un inútil, y sin duda tiene razón, pero me cuesta aceptar esa idea. No es fácil para un hombre asumir que su padre lo desprecia.

—No creo que tu padre te subestime ni que desee humillarte. El desprecio no es propio del Geoffrey que yo conozco.

—Quizás ese Geoffrey nunca ha existido para mí.

—O tal vez ambos cerráis los ojos a la verdadera naturaleza del otro. Sin embargo, eso es algo que debéis tratar entre vosotros. Yo estoy aquí por otra razón.

—Pregunta lo que necesites.

—¿Dónde estabas cuando murió Ben Robinson?

—En el invernadero.

—¿Solo?

—Sí, solo. Completamente solo, excepto durante unos minutos que mi madre pasó conmigo mientras cortaba unas azucenas. Así que no tengo coartada que ofrecerte, salvo la de que no puedo andar, lo cual es precisamente la razón que explica esta última bronca familiar y, para mi desgracia, es también el motivo que causó la muerte de Ben.

—¿Te importa? —Rush señaló la pipa y Craig negó con la cabeza —. Explícame eso que acabas de decir.

—Ya te he contado que la tarde anterior a la muerte de Ben estuve en Brougharry tomando unas cervezas. Había bajado al pueblo en bicicleta, en lugar de utilizar el coche. A la vuelta, resbalé en la gravilla del camino y me caí. Me torcí el tobillo y tuve que hacer el resto del camino a pie, cojeando y meditando qué diría al llegar a casa... —Calló un instante y lanzó a Rush una mirada lánguida que al policía le costó mantener—. No es fácil ser hijo de Geoffrey Dawes. Él fue un joven intrépido y valiente que luchó en Arrás, y yo ni siquiera serví en la guerra contra los nazis. No tengo oficio conocido ni porvenir, pero al menos parece que me las he arreglado para conseguir un matrimonio ventajoso con Alberta Havering, hija única de una familia adinerada que mi padre aprecia tanto como se estima el valor de su fortuna.

Rush lo dejó hablar sin interrumpirlo, dispuesto a escuchar el hilo argumentativo por el que Craig quisiera conducir sus pensamientos. Creía que, de este modo, podría adentrarse en el corazón del joven y

no sólo escuchar los hechos.

—Naturalmente —continuó—, para evitar que la torcedura de tobillo nos llevara a una nueva disputa le oculté la magulladura, pero mi madre se dio cuenta e insistió en llamar al doctor.

—Pero tú no se lo permitiste... —adivinó Rush.

—No, claro que no. Si lograba que mi padre no supiera del percance y me evitaba una nueva sesión de desdenes y recriminaciones, daría por bien empleado el dolor en el tobillo. Sin embargo, me engañé y, a la mañana siguiente, la contusión había empeorado tanto que me fue imposible disimular la cojera.

Craig calló durante unos segundos y recorrió la pierna herida con la mirada.

—Me pregunto si mi padre no habrá tomado alguna pinta de cerveza con sus amigos en su juventud.

—Muchas.

—Lo daba por hecho, de modo que tardé en comprender por qué le molestaba tanto que yo también lo hiciera. No son los amigos, no es la cerveza..., soy yo, Herbert. No soy el hijo que él hubiera deseado. Lo he decepcionado y, por ello, no hay nada en mí que no aproveche como un buen motivo para criticarme y menospreciarme. Las palabras que me dirigió ayer, durante el desayuno, son inasumibles, incluso para un hijo.

Rush reflexionó sobre las tempestuosas relaciones que ambos mantenían. Dado que era soltero, le resultaba imposible hacerse a la idea de cómo sería lidiar con un retoño que sale torcido, al menos en lo que respecta a los sueños y las esperanzas que un padre deposita en él, pero imaginó que, en cualquier caso, a un hijo siempre se lo lleva en el corazón. Por ello, la muerte del jardinero había asustado a Geoffrey hasta el punto de llamarlo y arriesgarse a que conociera el estado de sus relaciones familiares.

—De modo que sí —continuó Craig—, mi padre descubrió mi lesión y se interesó por ella. Desgraciadamente, no como lo haría un padre preocupado por la salud de su hijo, sino aprovechándola como una nueva oportunidad para lanzarme otra diatriba. Sobre todo porque creyó, y esto es lo más triste —Craig fijó en Rush una mirada mustia—, que esta caída le ponía una inoportuna zancadilla a su última esperanza de salvar el patrimonio familiar.

—Tu prometida...

—Atas bien los hilos —Craig rio—. Sí, Alberta. Esta mañana debería haber viajado a Londres para encontrarme con ella y asistir a una recepción que su familia ofrece en relación con un asunto empresarial en el que su padre tiene comprometidos sustanciales intereses. Sin embargo, mi tobillo ha hecho imposible el viaje, de modo que mi padre encontró doble causa para su enfado. Todo lo cual

no deja de tener su importancia, no soy tan necio como para no verlo. Pero, y esto es lo que más me pesa: ofuscado por su enojo, mi padre ha obviado la verdadera trascendencia de mi accidente, pues este tobillo ha sido la causa final de que Ben muriera.

—¿Por lo del telegrama?

—¿Ya conoces ese detalle?

Herbert asintió y Craig se recostó sobre el respaldo de la silla; luego bebió hasta apurar el último sorbo de vino que quedaba en la copa.

—Parece que hoy se han conjurado en tan solo una mañana todos los males que podían ocurrirme porque, debido a la tormenta de anoche, la línea telefónica estaba cortada. Es curioso cómo a veces los dados juegan con nuestras vidas y las conducen por senderos por los que ya no se puede dar marcha atrás.

—Siempre hay un modo de rehacer el camino, Craig.

—No en este caso. Nada de esto habría ocurrido si los técnicos de la compañía telefónica hubieran andado más ágiles y acudido cuando les avisamos, pero no han aparecido hasta esta tarde. De modo que, ante la imposibilidad de comunicarme con Alberta, le pedí a Ben que se acercara a Brougharry y pusiera un telegrama que le advirtiera de mi pequeño accidente y de la imposibilidad de asistir a la fiesta de su padre.

—Así que cuando Ben encontró la muerte...

—Iba en aquella bicicleta porque yo se lo había pedido.

—No tienes por qué culparte de ello, Craig. Nadie en su sano juicio habría pensado que aquello ocurriría.

—Pero lo cierto es que sucedió, Herbert, y que yo soy el responsable. Sin embargo..., es curioso, este punto es precisamente el único del que mi padre no ha hecho leña.

—Vamos, Craig, no debes permitir que la relación con tu padre te empañe el juicio. Geoffrey es un buen hombre que jamás haría algo así. Vuestra relación es borrascosa, cierto, pero él es y siempre será tu padre. Le preocupas, y el hecho de que yo esté aquí lo demuestra: me ha llamado porque la muerte de Ben lo ha asustado y teme por vosotros, por tu madre y por ti.

—Hace bien en temer por mi madre. Si alguno de los dos no les pone freno, los disgustos que le damos con nuestras disputas acabarán por matarla. Pero yo no debo inquietarlo. Ya no.

—¿Por qué ya no? Si me admites la crítica, eso suena a drama de teatrillo rural.

—Después de la discusión —Craig ignoró la broma de Rush—, me encerré en el invernadero y pasé allí toda la mañana, rumiando una idea.

—Espero que no se trate de una idea peregrina.

—Voy a marcharme.
—¿Adónde?
—Todavía no lo sé. Tengo que meditar al respecto cuidadosamente.
—¿Tu padre sabe algo de esto? —Rush preguntó al recordar el comentario que Geoffrey le había hecho sobre la posible marcha de su hijo.
—¡Oh, sí! Tal vez actué como un niño, pero ha sido lo primero que le he dicho hoy durante el almuerzo.
—Y quizá también —lo amonestó Rush—, actuaste sin pensar.
—No creas. Aunque fue una decisión tomada como consecuencia de los últimos acontecimientos, es algo que vengo meditando desde hace tiempo. La atmósfera se ha vuelto irrespirable en Cricket's Lodge.
—Ya no eres un muchacho, Craig. Deberías haber pensado en el efecto que esa decisión habrá causado en tus padres. Todos los actos, las palabras e incluso las miradas y los silencios, todo tiene consecuencias.
—No en el caso de Geoffrey Dawes. Mi padre no me ha creído. No tengo ninguna duda de que tomó mis palabras como una baladronada. No me cree capaz de salir de las faldas de mi madre y habrá dado por supuesto que lo dije sin pensar, después de escuchar todo lo que me escupió a la cara. Estoy seguro que lo ha considerado como el proceder pueril con el que pretendí poner el punto final al altercado familiar.
—Un punto final que escribiste tú mismo con esa amenaza, haciéndolo definitivo.
—¿Amenaza? —Craig dio un tono sarcástico a su pregunta—. No fue una amenaza. Lo dije porque es lo que siento y supongo que por la necesidad de hacerme un hueco en este mundo donde poder respirar.
—¿Has pensado en tu prometida?
—¿Mi prometida o el negocio con el que mi padre pretende sanear las cuentas familiares?
—¿Acaso no la amas?
—No lo sé. —Craig se encogió de hombros—. Hubo un tiempo en que sí lo hice, pero mi descomposición emocional ha alcanzado un punto en que me resulta imposible discernir incluso mis propios sentimientos. ¿De verdad mi amor por Alberta es desinteresado o se trata sólo de un negocio familiar al que me pliego a causa de mi padre? ¡Oh, Dios Santo!, no sabes lo confundido que estoy. Durante mucho tiempo he temido que mis torpezas pusieran en peligro mi relación con Alberta, pero nunca he llegado a descubrir si el temor se debía al miedo a perderla... o a que mi padre no pudiera beneficiase de su dinero.
Rush se levantó y apoyó una mano en el hombro de Craig.

—Tranquilízate. Estás muy afectado por todo lo ocurrido, lo cual es natural. Vete a dormir y descansa.

Craig obedeció y Rush lo vio marchar torpemente con ayuda del bastón hasta que desapareció tras la puerta. También él se sentía cansado y deseaba irse a la cama, pero aún permaneció algunos minutos en el comedor, meditando. Las versiones sobre Alberta que padre e hijo narraban divergían y, ahora que conocía las dificultades económicas por las que estaba pasando Geoffrey, entendió que era a él a quien verdaderamente preocupaba que la muerte del jardinero afectara al compromiso de Craig con Alberta. Rush meneó la cabeza y encendió otra pipa. Aquel muchacho se estaba debatiendo en una lucha personal estéril y la situación familiar de los Dawes presentaba un sinfín de engorrosas aristas que se habían complicado con la muerte de Ben Robinson. Rush expulsó una bocanada de humo y pensó en ello. Al fin y al cabo, se encontraba allí por la muerte del jardinero, un asunto del que comenzaría a ocuparse en serio a partir del día siguiente. Aunque, en honor a la amistad de Geoffrey, añadió una tarea más: la de poner un poco de orden en aquel Cricket's Lodge que, verdaderamente, se había convertido en una auténtica jaula de grillos.

En Brougharry no había mucho que hacer. Tampoco es que se esperara que lo hubiera, como en ningún otro pueblo de la campiña inglesa. Los días sucedían a las noches y éstas a los días sin que los pequeños cambios inevitables parecieran hacerlo evolucionar. Cada atardecer, cuando el sol se ponía, los vecinos volvían a sus casas, atrancaban las puertas, cerraban las contraventanas y disfrutaban del hogar. Aunque siempre había quien se salía de la costumbre.

La voz bronca de Zachary Gray penetró a través de la niebla y se propagó por las calles cercanas al pub. Anne Bradley se detuvo en mitad de su tarea. Abrió el postigo del salón y entornó la ventana.

—¡Anne! —se quejó el reverendo Bradley—. Hace un frío que pela. Cierra esa ventana.

—¿Le has oído?

—¿A quién?

—Es Zachary Gray. Otra riña de taberna. ¿Es que no va a sentar nunca la cabeza?

Peter Bradley se encogió de hombros, pero, ocupada en distinguir algo tras la niebla que cubría la calle, Anne no lo vio.

—¿Has hablado con él?

—Muchas veces.

—Pues tendrás que hacerlo de nuevo.

El reverendo Bradley no apartó la vista del periódico.

—¡Peter!

Él la miró por encima de las gafas.

—Lo haré, lo haré. Aunque no creo que sirva de nada. Ese joven no quiere reformarse. Y cuando uno no está dispuesto a algo, sobran los discursos.

—Eres el pastor de esta comunidad, ¿debo recordártelo?

—En absoluto, querida. Ya te he dicho que volveré a hablar con él. Lo único que añado es que no creo que sirva para nada.

—Ha llamado la señora Wright. —Peter sí miró a su mujer esta vez—. No, no saben nada sobre lo de Ben, aún.

—¿Entonces?

—Betty Simpson ha vuelto a casa con golpes por todo el cuerpo.

—¿Zachary?

—No ha querido admitirlo.

Un par de voces ásperas volvieron a escucharse y, a continuación, el sonido sordo de unos golpes. Zachary Gray estaba peleando otra vez. La única variación de la noticia consistiría en el contendiente que había elegido para ello en esta ocasión.

—Hablaré con él mañana.

Anne cerró la ventana y terminó de echar el postigo. Volvió junto al fuego, cogió el ejemplar de *The Gardener's Magazine* que le había llegado aquella misma mañana y lo hojeó sin prestar atención. Amortiguados por la niebla y las contraventanas, los gritos y golpes de Zachary Gray se perdían tras el tictac del reloj de repisa, pero Anne sabía que seguían allí.

CAPÍTULO 8

1

Herbert Rush era un hombre de costumbres. Al cabo de más de medio siglo de vida realizando cada día las mismas acciones calcadas, se le hacía fastidioso romper la rutina y trabar un mecanismo que había perfeccionado a lo largo de los años y que se deslizaba con la suavidad con que patina el disco de hockey sobre el hielo pulido de una cancha. Cuando se levantó, aún no había amanecido. A pesar de la intensidad del día anterior, su despertador interno sonó a la hora de siempre. Imaginaba que no encontraría despierto a ninguno de los Dawes, pero lo prefería así. Iba siendo hora de ponerse manos a la obra y no podría hacerlo libremente si tenía que acarrear consigo el lastre de uno de ellos y el relato de sus desdichas familiares.

Una vez aseado y vestido, se aventuró por las galerías y escaleras de Cricket's Lodge en busca de alguien que pudiera ofrecerle el desayuno. Se sentía hambriento y optimista. Aunque era consciente del problema que suponía la muerte de Ben Robinson para Geoffrey y el resto de los habitantes de la casa, la posibilidad de retomar durante unos días la actividad policíaca le hacía sentirse pletórico. Quizá por ello lucía una sonrisa que no se había preocupado de disimular en un caserón que, a aquellas horas, seguía oscuro y silencioso como una tumba. Herbert Rush se estremeció al caer en el símil que su cerebro había concebido. Desde luego no era el más adecuado en aquellas circunstancias.

Encontró a Adam en las escaleras quien, con solemnidad y en silencio, lo condujo hasta el comedor, donde la mesa ya estaba dispuesta para el desayuno. Rush habría preferido tomarlo en la cocina, pues esperaba tener la oportunidad de charlar a su antojo con la cocinera y algunas criadas. El servicio siempre era una fuente copiosa de información y Rush confiaba en tirar de la lengua a aquellas mujeres, pero Adam Baker estaba demasiado bien instruido para permitir tal original innovación en las costumbres de la casa. Ningún invitado de Cricket's Lodge desayunaba con el servicio, así que Rush se vio sentado a la mesa de comedor, alrededor de la cual había presenciado la desagradable escena entre padre e hijo la noche anterior.

Después de servirle, Adam se retiró a un lugar discreto, junto a la puerta, pero Rush lo sorprendió cuando lo invitó a sentarse junto a él. Ya que no podría hablar con las mujeres hasta más tarde, aprovecharía el tiempo interrogando al mayordomo.

—Siéntese, Adam, por favor. Si es que sus obligaciones se lo permiten.

El mayordomo obedeció con docilidad, pero claramente incómodo.

—¿Tiene usted alguna idea sobre el asesinato de Ben Robinson?

—Si me permite que responda con una pregunta, señor, ¿qué idea puedo tener yo al respecto?

—Es usted el mayordomo. Probablemente pocas cosas suceden en Cricket's Lodge que se le escapen.

Con la mirada perdida en algún recoveco del tapiz que colgaba frente a él, Adam Baker permaneció tieso como una escoba. No miró a Rush cuando respondió:

—Desde luego que no, señor. Estar al tanto de lo que ocurre en la casa y adelantarme a cualquier imprevisto es mi trabajo. Sin embargo, comprenderá que prever un asesinato queda fuera de mis competencias.

—Por supuesto. —Rush dio un sorbo y posó la taza de té sobre el platillo—. Ocuparse del crimen es cosa de la policía. No le estoy acusando de actitud negligente. Lo que me pregunto es si es posible que conozca algún detalle que quizá pueda ayudarme a esclarecer el caso.

—Si así fuera, no le quepa la menor duda de que ya lo habría puesto en conocimiento de las autoridades. Soy un buen mayordomo y un ciudadano británico responsable.

Rush se limpió los labios con la servilleta y se atusó el bigote. No acertaba a discernir si la distante actitud del mayordomo se debía al comportamiento que se le suponía a un miembro del servicio o al deseo de deslizarse por el interrogatorio de la manera más aséptica posible. El policía volvió a colocar la servilleta sobre las rodillas y cogió otra rebanada de pan tostado, sobre la que untó una abundante cantidad de mermelada de grosellas.

—No lo dudo —dijo sin apartar la vista del panecillo—, pero, cuando hablo de detalles, me refiero a esas pequeñas cosas..., ya sabe, secretillos que se guardan entre los muros de una casa y se silencian porque pertenecen a la intimidad del hogar.

—¿Con respecto a la familia Dawes, quiere decir?

Rush percibió que el tono con el que Adam Baker había pronunciado aquella pregunta ya no era distante, sino frío, e intuyó que, tras él, se escondía una disimulada recriminación por lo que consideraba una deslealtad hacia sir Geoffrey.

—Con respecto a cualquier persona que habite entre estos muros.

—No se me ocurre cuáles pueden ser esos *secretillos* que le puedan ayudar, señor, pero si quiere hacerme algún tipo de pregunta, intentaré contestarle lo más fielmente a la verdad que sepa.

Rush levantó la vista y miró al mayordomo sin disimulo, sopesando la posibilidad de achantar a aquel perro viejo con alguna

medida expeditiva, pero decidió que antes de presionar a Adam Baker en una u otra dirección, necesitaba contar con más datos y, puesto que el mayordomo no parecía dispuesto a proporcionar ningún tipo de información sobre la que no fuera interrogado, Herbert Rush cambió de estrategia. Ya tendría tiempo de volver a hablar con él.

—Lo dejaremos para otro momento, señor Baker. Ahora, ¿puede indicarme cómo llegar al lugar donde Ben Robinson fue asesinado?

—Por supuesto. Es bastante sencillo. Tome la senda que sale del ala este y atraviese el bosquecillo de álamos. Sígala hasta cruzar la carretera y, después, camine unas yardas hasta penetrar en una tupida arboleda. Si no se aparta del camino, llegará al punto en que mataron a Ben. Es fácil de localizar porque todavía quedan allí los ramos de flores que llevaron algunos vecinos y una cruz de madera que han clavado junto a uno de los robles donde fue sujetado el sedal que le seccionó la garganta.

—¿Está lejos?

—No demasiado. A buen paso llegará en poco más de veinte minutos.

—Muchas gracias, señor Baker. Me ha sido usted de gran ayuda.

El mayordomo se levantó sin hacer caso del sarcasmo con que Rush había dado por finalizada la entrevista.

—No hay de qué, señor. Si no me necesita, volveré a mis ocupaciones. Le deseo una buena mañana.

—También yo a usted.

Rush subió a su habitación y se cambió de calzado. Los zapatos de ciudad que llevaba no le parecieron los más apropiados para adentrarse por una senda que recorría zonas boscosas, así que embutió los pies en unas recias botas. Cuando salió de casa, la familia Dawes aún no se había levantado y Rush lo agradeció. De haberlo estado, quizá Geoffrey habría insistido en acompañarlo. Se adentró en la breve alameda cuando los primeros rayos del sol comenzaban a penetrar a través de las ramas peladas de los árboles, preguntándose qué encontraría cuando llegara a la escena del crimen; si es que, después de dos días, aún quedaba algo de ella.

2

Encontró el lugar sin problemas. Al menos en eso Adam Baker había sido de utilidad. Las flores colocadas por los vecinos en memoria del jardinero aún lucían frescas y atenuaban la melancolía de la zona. La cruz se erguía junto a uno de los alcornoques a los que, tal y como le había indicado Baker, el asesino ató el sedal que cercenó el cuello de Ben Robinson. Deambuló en busca de algún indicio que revelara el

crimen, pero no encontró nada. No se había hecho ilusiones al respecto, pero al menos le habría gustado saber dónde cayó exactamente el cuerpo del jardinero. Dio por sentado que debió de ser en la zona central del camino, lugar en el que la grava aparecía removida, probablemente porque había sido pisoteada tras la retirada del cuerpo, pero ninguna señal evidente lo marcaba de forma indubitable. Si hubo sangre, la lluvia la había lavado y ya no era visible.

Rush se resignó a la idea de tener que informarse a través de la policía local y fiarse de sus notas, siempre y cuando quisieran compartirlas con él. Desvinculado del Yard, no tenía ningún derecho a reclamarlas. Se llevó la mano al bolsillo de la pechera y dio un par de golpecitos con los dedos. Qué bien le habría venido su placa de policía.

De pie, en medio del camino, sopesó cuál debía de ser su próximo paso. El sol ya se había levantado y los últimos insectos de la temporada comenzaban a revolotear entre las matas de espino. Las hojas de los alcornoques goteaban el rocío de la mañana. Olía a hierba mojada y la brisa removía el cabello de Rush, que se había quitado la gorra y disfrutaba del momento. Era paradójico que los obsequios más valiosos no pudieran comprarse porque no costaban nada, pensó. Oyó el ladrido de unos perros. Al volverse, divisó la figura de un hombre que se aproximaba por el camino, en la dirección opuesta a la que él había llegado desde Cricket's Lodge.

—Buenos días —saludó divertido—. Supongo que está echando un vistazo a la escena del crimen.

—Algo así —Rush contestó con cautela y esperó a que el desconocido llegara hasta él.

—Me llamo William Despard.

Recordó el nombre en labios de Geoffrey. Se trataba del hombre que había descubierto el cuerpo de Ben Robinson. Aceptó la mano que Despard le tendía.

—Herbert Rush.

—No es usted de por aquí.

—No. Me alojo unos días en Cricket's Lodge.

—¿Es usted familiar de los Dawes?

—Amigo.

Despard permaneció en silencio, como si aguardara a recibir más información, pero Rush no estaba dispuesto a proporcionársela, así que continuó:

—Preciosa mansión. Alguna vez la he visitado y he de admitir que resulta absolutamente encantadora. Debe de ser una grata experiencia habitarla, siquiera por unos días. Si bien, y dadas las circunstancias, tenga por cierto que no le envidio. ¿Sabe?, yo fui quien descubrió el

cadáver.

Rush se sintió afortunado. William Despard era un testigo de primera mano que parecía proclive a hablar y podría obtener de él lo que no había encontrado en la escena del crimen. Le sacaría todo lo que pudiera.

—De modo que fue usted quien se topó con el cuerpo de Ben Robinson...

—Así es. Daba un paseo por los brezales cuando perdí la pista de mis perros. Poco después los oí ladrar desaforados, así que seguí el sonido de sus aullidos y me encontré al pobre Ben ahí, tirado —dijo mientras señalaba el punto concreto del camino que Rush había supuesto como el lugar donde había caído el jardinero.

El policía retirado volvió sobre sus pasos y observó el lugar con detenimiento.

—¿Aún estaba vivo?

—No. Le puse el oído en el pecho y el corazón no latía. No me sorprendió: tenía el cuello rajado de lado a lado. Probablemente se desangró rápidamente. La herida sobrecogía, puedo dar fe de ello.

—Supongo que debió de resultarle muy desagradable.

—Puede apostar a que sí. El sedal seguía atado a los árboles. Me pareció que se vanagloriaba de su acto, como si pensara: «Mirad, soy extremadamente fino y, sin embargo, capaz de poner fin a una vida». ¿No le parece que eso sería lo que podría estar pensando?

Rush arrugó el bigote.

—Si el sedal tuviera la capacidad de razonar, tal vez —contestó distraído—. ¿Dice usted que el cuerpo estaba aquí?

—Ahí mismo. Y la bicicleta se encontraba tirada a su lado.

—¿Observó algo más?

—No. Quiero decir, en un principio, no.

—¿Pero después sí?

—Ajá. En cuanto me cercioré de que no podía hacer nada por Ben, corrí hasta el pueblo para avisar al sargento Campbell. Pero luego volví, y fue entonces cuando, tras inspeccionar el lugar, el sargento Campbell le hizo notar al agente Evans la existencia de unas huellas.

Rush se incorporó trabajosamente, sintiendo cómo le crujían las rodillas, y miró a Despard con curiosidad.

—¿Qué clase de huellas?

—Las de unas recias botas militares. Encontramos algunas allí arriba, junto a la carretera, y otras que se alejaban de aquí por entre la maraña de arbustos. El sargento tomó unas fotos. Supongo que las enviará a Londres para que las estudien. ¿No es eso lo que hacen? —Rush no contestó y Despard continuó, ignorando el silencio de su interlocutor—. Supongo que sí. Sobre todo por la disparidad que

mostraban.

—¿Qué disparidad?

—Eran las huellas de un hombre que cojeaba.

—¿Y qué hay de distinto en ello?

—Las que encontramos entre la maleza iban acompañadas de las huellas de un bastón de punta afilada, de esos que están reforzados con acero; pero allí arriba, no.

—¿Siguieron las huellas?

—Sí, pero las perdimos. Éstas —dijo señalando entre la foresta—, cuando llegamos al arroyo de Brougharry; y las de arriba corrían paralelas a la carretera durante algunas yardas, pero luego desaparecían como por ensalmo.

—Las huellas del asesino.

—Es bastante posible, ¿no cree? Por supuesto, cualquiera puede pasar por aquí sin ser un criminal. Yo mismo recorro esta zona con frecuencia. Sin embargo, la noche del viernes cayó una tormenta apocalíptica que sin duda borró todo rastro, así que esas huellas tuvieron que imprimirse el sábado por la mañana.

Rush aceptó la aseveración de Despard con un movimiento de cabeza.

—Las de la carretera todavía son visibles. ¿Quiere echarles un vistazo?

—Sí, sí que quiero.

Los dos hombres recorrieron el sendero por el que Rush había llegado desde Cricket's Lodge. Despard, seguramente acostumbrado a dar largos paseos con sus perros, se adelantó. Al llegar arriba se volvió y lo miró.

—Está usted colorado como la grana —dijo.

—Ya no soy joven como usted, señor Despard. Debería haber traído un bastón. Esta dichosa gravilla resbala. ¡Ups!

—¡Cuidado! —La advertencia no evitó que Rush se fuera al suelo —. ¿Se ha lastimado? —Despard le ayudó a levantarse.

—No, gracias. Pero ha estado en un tris. Veamos esas huellas.

—Están aquí. Ya no pueden apreciarse con tanta claridad como ayer, pero aún son visibles.

Rush se inclinó sobre ellas y las examinó. Tal y como su compañero de pesquisas le había informado, aún podían verse impresas sobre la tierra oscura de la cuneta. Continuaban durante unos metros, paralelas a la carretera, y luego desaparecían.

—Uno de los pies se marca más que el otro, ¿lo ve?

—Interesante.

—A mí también me lo pareció y la conclusión parece bastante lógica, ¿no cree? El hombre que dejó esas pisadas es un tullido.

—Eso parece —admitió Rush—. De modo que buscamos un

hombre que cojea y calza botas militares. —Echó unos pasos atrás y observó las pisadas desde la distancia. Contó siete zancadas—. Es una lástima que no podamos saber de dónde procedía el dueño de estas botas.

—Bueno, quizá no sea tan difícil...

Rush miró a Despard con ojos interrogativos.

—¿A qué se refiere?

—Parece que se dirigen hacia Cricket's Lodge, así que no sería descabellado pensar que también vinieron de allí.

El semblante del expolicía se ensombreció.

—Doy por supuesto que no se ha encontrado al propietario de esas botas.

—No, claro —admitió Despard—, pero existen ciertos comentarios al respecto...

—¿Como cuáles?

—Una de las personas que utiliza este tipo de calzado es el hijo de la señora Rogers. Sirve en el ejército, pero vive en el sur y sólo pasa por Brougharry cuando visita a su madre. Desgraciadamente, no se encontraba en el pueblo cuando Ben fue asesinado. De modo que podemos descartarlo como sospechoso.

Rush levantó las cejas e imaginó el ilustrativo comentario con el que probablemente el hijo de la señora Rogers habría respondido a la pesadumbre con la que Despard lo había borrado de la lista de sospechosos.

—Sí —dijo—, desgraciadamente para nosotros pero por fortuna para él. De manera que, en realidad, esta información no nos resulta útil.

—No lo crea —Despard contestó con rapidez, como si no pudiera contener la impaciencia por seguir compartiendo información—. Parece ser que la señora Rogers entregó unas viejas botas militares de su hijo a la mujer del reverendo Bradley para que ésta se las ofreciera a algún necesitado.

—¡Ah!, ¿entonces tenemos sospechoso?

—Podría ser...

—¿Es que conoce usted algún necesitado que calce las botas militares del hijo de la señora Rogers?

—No personalmente, claro, pero durante mis paseos lo he visto rondar por aquí. Hay un mendigo desconocido en la comarca que ha estado deambulando por la zona durante las últimas semanas, y he oído decir que la señora Bradley le proporcionó las botas del hijo de la señora Rogers.

—Así pues, ¿se sospecha de un mendigo desconocido?

—¿No cree que es un sospechoso con bastantes posibilidades de llevar el boleto ganador?

—¿Lo dice por su condición de mendigo?

—El asesino robó el dinero que llevaba Ben y también la cadena de plata que pendía de su cuello.

—¿Y cree usted que un mendigo que acude a la caridad pública, donde se le auxilia, puede verse empujado a cometer un crimen horrendo del que sólo obtiene unos peniques y una cadena de plata?

—Hay un detalle más que inclina las sospechas hacia él. —Despard se acercó a Rush y bajó la voz, como si alguien pudiera oírle en aquel paraje solitario—. Resulta que el mendigo tiene un defecto: cojea de una pierna. ¿No cree que todo apunta hacia él?

—Eso parece. ¿Lo han detenido?

—¡Ah! —exclamó—. Ahí tenemos un nuevo punto de sospecha porque, ¿sabe qué, señor Rush?, el mendigo ha desaparecido.

—¡Vaya!

—Desde el día anterior al crimen, nadie lo ha visto. ¿No lo encuentra extraño?

—Sí, sí que lo es.

—Y hay algo más...

Rush lo miró. Despard sonreía de una manera que al policía le pareció triunfal.

—¿Qué es ese «algo más»?

—Mis perros encontraron algo la mañana del crimen, pero no puedo decírselo. El sargento Campbell me pidió que no lo hiciera.

—Secreto policial.

Despard bajó la voz.

—Sí.

—Entonces guárdelo.

Rush tomó nota mental de preguntarle al sargento al respecto.

—Tengo que hacerlo, sí, pero no se contraríe. Lo llevaré al pueblo y hablaremos con la señora Bradley. Seguramente ella podrá contarle más sobre nuestro sospechoso.

Bajaron de nuevo por el camino de gravilla, dejaron atrás el lugar donde Ben Robinson había sido asesinado y se adentraron en una zona menos boscosa, que recorría hermosos huertos en los que los manzanos ya mostraban las frutas listas para ser recolectadas y los ciruelos aún ofrecían algunos frutos tardíos.

Escondido entre los brezales, el hombre que había estado observándolos dejó que se alejaran antes de echar a andar y desaparecer entre los árboles.

CAPÍTULO 9

1

El domingo solía ser el día en que Craig Dawes se levantaba más tarde, no tanto por pereza sino debido a los excesos de los sábados por la noche. La noche anterior, sin embargo, no había habido excesos. Cricket's Lodge estaba de luto y aunque solía obviar las convenciones sociales sin ningún tipo de pesadumbre, el afecto que sentía por Ben y, sobre todo, el esguince que le impedía caminar, lo habían retenido en casa. Después de la conversación con Rush, Craig se había metido en la cama y había dado vueltas sobre el colchón, sin que el sueño acudiera a calmarle.

Ayudándose con las muletas, caminó con dificultad hasta el invernadero y allí se dejó caer en una de las butacas de mimbre que crujió al recibir su peso. Apoyó el pie herido en un banco sobre el que había colocado un cojín e intentó relajarse. El perfume de los lirios le recordaba su infancia, cuando recorría el riachuelo junto a Ben y recogía narcisos silvestres hasta formar un ramo que luego regalaba a su madre, y ese recuerdo le llevó de vuelta a la cruda realidad. Siempre lo había considerado un hermano mayor. Probablemente sentía por él más afecto que por su propio padre. Y ahora estaba muerto. Se levantó y abrió la puerta. No quería oler a lirios ni sentir el opresivo calor del invernadero. Quería aire fresco y que Ben estuviera vivo.

Entonces la vio. Betty Simpson se había escabullido de la casa por la puerta de la cocina y se dirigía a paso ligero hacia la caseta de herramientas. Craig se dio cuenta de que había olvidado guardar la bicicleta. Aún estaba apoyada en la pared, junto a la puerta. Si no tenía cuidado, la cadena se oxidaría y Ben ya no estaba allí para arreglarla. Sintió que los ojos se le humedecían. ¡Ben! Se secó con la manga y volvió a dirigir su atención hacia Betty. Se preguntó qué la llevaría hasta allí. Aquel era el templo de Ben, un lugar que nadie visitaba sin una buena razón. Pensó en llamarla, pero se contuvo. La muchacha tenía parte de la cara amoratada y Craig comprendió entonces por qué no había servido la cena la noche anterior. Pensó en Zachary Gray. Sabía que era su novio y que ella estaba enamorada de él. También sabía que aquel bastardo a veces la trataba con dureza, pero las magulladuras que había visto en el rostro de Betty iban más allá de lo que podía admitirse como tal. Se preguntó cuál debería ser su papel en aquel asunto. Pensó en hablar con su madre, pero desechó la idea. Volvió a mirar a Betty y la vio desaparecer por la puerta de la caseta. Una inmensa sensación de pena lo invadió y entonces sintió frío. Echó un vistazo al interior del invernadero. Había dejado allí su

bufanda el viernes por la noche, tras volver de Brougharry borracho y mantener aquella conversación con su madre que le había hecho madurar en dos días más de lo que habían logrado sus veinticinco años anteriores. No la encontró. La bufanda no estaba allí y él seguía sintiendo tanto frío... Se volvió para entrar. Pensó que prefería el agobiante calor del invernadero a aquella sensación helada de vacío y culpabilidad que empezaba a invadirle.

—Buenos días.

Craig se volvió y encontró a un hombre parado a un par de yardas de él. Llevaba una gabardina doblada sobre el brazo y sostenía el sombrero con la mano.

—¿Puedo ayudarle?

El hombre sonrió, aunque a Craig no le gustó su sonrisa.

—Estoy seguro de que sí, señor Dawes. Me llamo Charles Carter y soy inspector de Scotland Yard.

—Ya... —Craig asintió—. Imagino que quiere hablar conmigo acerca de la muerte de Ben.

—Imagina bien.

—Pase, por favor, hace mucho frío y no soy capaz de encontrar mi maldita bufanda. Dentro estaremos mejor.

2

A Zachary Gray lo despertaron unas sacudidas y la voz de un hombre que lo llamaba por su nombre. Abrió los ojos y vio una masa oscura que se inclinaba sobre él. Parpadeó de forma mecánica. Era incapaz de enfocar la mirada, tenía los sentidos embotados y la cabeza le estaba matando, pero pudo percibir un llanto cerca de él.

—¡Zachary!

La voz le retumbó en el cerebro.

—¡Déjame en paz! —El joven empujó al hombre que lo sacudía y se dejó caer sobre la almohada.

—Zachary Gray, abre los ojos y escúchame. —El reverendo Bradley volvió a coger al joven por los hombros y lo zarandeó de nuevo—. ¿No oyes el llanto de tu madre?

—Ella también puede irse al infierno.

El reverendo tiró de Zachary con fuerza y lo sentó en la cama.

—Eres un hijo indigno. Un hombre despreciable que maltrata a las mujeres y humilla a su propia madre.

El joven lo miró con los ojos abiertos. Ahora podía ver el cabello rubicundo del reverendo y su tez sonrosada. Zachary sintió una arcada. La boca le sabía amarga como la quinina y las palabras de aquel hombre le martilleaban el cerebro.

—Déjeme. Estoy enfermo.

—No estás enfermo. Estás borracho.

Zachary agachó la cabeza y vomitó sobre los pantalones del pijama. El llanto que había oído antes se elevó por encima de las voces de los dos hombres y Zachary vio a su madre a los pies de la cama.

—Deja de llorar. ¡Me pones nervioso!

—Y tú me irritas hasta rozar el pecado de la ira. —El reverendo tiró de él y lo puso en pie—. Primero vas a pedir perdón a tu madre y luego serás tú quien por una vez limpie sus propios vómitos.

—Reverendo…

—No, señora Gray. Es hora de que alguien ponga firme a este joven insolente y acabe de una vez por todas con una conducta escandalosa que avergüenza a su madre y envilece a las mujeres. ¡Al patio!

—¿Qué dice?

—Al patio. Es el lugar donde se lava a las bestias.

Zachary sintió otra arcada, pero tuvo miedo de vomitar sobre el reverendo. Al pasar por la cocina, camino del patio trasero, miró el reloj. Eran las diez y media. Ni siquiera le habían dejado descansar unos minutos. Al llegar, su madre lo había ayudado a subir al dormitorio y lo había acostado. Ahora tenía allí a aquel pastor de ovejas dándole la lata. Cuando sintió el agua fría que el reverendo arrojaba sobre él, se preguntó si no se habría dado cuenta de que él era una oveja demasiado negra para ser rescatada. Tiritó.

—¿No tendría que estar dando misa o algo?

—Eso luego, pero primero vendrás conmigo a montar la caseta para la tómbola de la parroquia.

Zachary vio a su madre en la puerta de la cocina. Seguía llorando. Ella sí había perdido la esperanza.

CAPÍTULO 10

1

Llegaron a Brougharry, un pueblo típicamente inglés de calles adoquinadas y delimitadas por jardines con arriates de flores y setos de escaramujo. Las casas, de piedra, tenían tejados de pizarra o de brezo y las chimeneas escupían humo. Aunque en ocasiones echaba de menos la vida en Londres, aquella bucólica tranquilidad hacía que Rush se sintiera afortunado por vivir en un lugar muy similar a aquél.

Atravesaron el pueblo a buen paso hasta encontrarse ante una casa pequeña cuyos muros se hallaban cubiertos por una enmarañada mezcla de hiedra, jazmines y rosales trepadores. El color encarnado de las tejas y la pintura blanca con que estaban pintados los miradores contrastaban con el verdor exuberante que con tanta belleza habían sabido reflejar artistas como Paul Sandby en sus acuarelas.

—Venga —dijo Despard—. Entraremos por detrás.

—¿Seguro? ¿No sería mejor llamar y esperar a que nos abran?

—No, no... La señora Bradley estará trabajando en la cocina y cualquiera que aparezca por allí es bienvenido.

Despard abrió la puerta unas pulgadas y asomó la cara.

—Buenos días, señora Bradley.

—¡Oh!, buenos días, William. Pase, querido, y siéntese. Le prepararé una taza de té enseguida.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no vengo solo. —Se hizo a un lado y Rush apareció tras él—. Espero que no le moleste preparar dos.

—En absoluto. —La señora Bradley observó a Rush con interés, aunque de un modo tal que el policía no se sintió soliviantado—. Por favor, pase, señor...

—El señor Rush —lo presentó Despard—. Se aloja en Cricket's Lodge.

—Sea bienvenido, señor Rush. Por favor, siéntese.

—Espero que no seamos una molestia —dijo Rush mientras le tendía la mano e inclinaba la cabeza a modo de saludo.

—De ningún modo. Estaba preparando algo de confitura, pero puede esperar.

—Tiene usted una cocina muy acogedora, señora Bradley.

—Gracias —dijo ella mientras sacaba de la alacena unas delicadas tazas de porcelana de Staffordshire—. La casa de un clérigo nunca es fastuosa ni profusa en ornamentos y, desde luego, ni en el sueño más fantasioso podría aproximarse a la seductora belleza de Cricket's Lodge, pero tratamos de hacerlas cómodas y hogareñas.

—Que es en lo que radica su encanto —señaló Rush, que la vio

sonreír y posar una nueva mirada concienzuda en él.

—Me alegra que pensemos de forma tan similar en este punto. El hogar propio es el lugar donde con mayor fidelidad se refleja el alma de una persona, ¿no cree?

—Seguramente estaremos de acuerdo en casi cualquier aspecto que podamos tratar, señora Bradley. Y, sí, desde luego, toda casa es fiel reflejo del alma que la habita, y la suya me resulta especialmente agradable.

—Gracias —sonrió—. Es muy amable de su parte.

Colocó sobre la mesa una bandeja con magdalenas y un bizcocho recién horneado y se sentó frente a los dos hombres. Tomó la taza de té, dejando que el calor le entibiara las manos. La luz matinal atravesaba los cristales de las ventanas y arrancaba del vidrio reflejos que animaban la cocina. Rush entornó los ojos y se dejó mecer por el centelleo de la luz. De la mesa se desprendía un intenso olor a sándalo que arropó su ensoñación.

—Encuentro en usted un espíritu afín, señor Rush, pese a que nuestras casas, posiblemente, sean muy dispares.

—¿Lo dice usted porque me alojo en Cricket's Lodge?

—No quisiera que malinterpretara mis palabras. No he pretendido sugerir que la disparidad que existe entre Cricket's Lodge y la casa de un clérigo conduzca necesariamente a una enemistad con los Dawes, a quienes admiro.

—Estoy seguro de ello, señora Bradley. Además, no olvide que Cricket's Lodge no es mi hogar. Tan sólo me alojo allí por unos días.

—¡Exquisitas! —Despard interrumpió el diálogo mientras alargaba la mano para coger otra magdalena—. Nadie en toda la comarca sabe hacerlas como usted, señora Bradley. El relleno de limón es absolutamente delicioso.

—Me temo que exagera, William, pero le agradezco el cumplido, aunque supongo que no han venido hasta aquí sólo para probar mis magdalenas, por muy halagador que pudiera resultar.

—Claro que no, señora Bradley. Eso hubiera sido enormemente desconsiderado por nuestra parte —dijo Despard—. El motivo de nuestra visita es que nos aclare cierto punto en relación con la desgraciada muerte de Ben Robinson.

La mujer dirigió la mirada hacia Rush.

—¿Está usted investigando el infortunado accidente?

—¿Cree que fue un accidente?

—¿Qué otra cosa podría ser? Ben Robinson era un buen hombre. ¿Quién podría desear su muerte?

—Es lo que todos dicen.

—Porque es lo único que podemos creer. Esta comarca es muy tranquila. Los robos, asesinatos y toda la violencia que una mente

degenerada o un corazón corrompido pueda concebir todavía no han traspasado los límites de Brougharry.

—Y, sin embargo, ha ocurrido. Ben Robinson ha sido asesinado. ¿Cómo podría explicarse, si no, que el sedal amarrado a dos árboles atravesara el camino por accidente?

Ella lo miró severa y con cierto desafío, pero también con desazón. Rush entendió las emociones que recorrían la mente de la señora Bradley en aquel momento.

—No hay explicación para ello, obviamente —admitió—. Sin embargo, un asesinato implica una premeditación que me resulta difícil de aceptar en Brougharry.

—¿Cree que este tipo de crímenes no puede ocurrir aquí?

—Sí, eso creo.

Rush deseaba que ella percibiera su deseo de creerla y Anne Bradley pareció advertirlo.

—Este es un pueblo muy pequeño. Todos nos conocemos y, aunque en ocasiones puedan surgir rencillas entre nosotros, nos apreciamos, nos ayudamos y, desde luego, no nos asesinamos.

—No dudo de esas afirmaciones, pero en lo que se refiere a la última apreciación... parece que sí ha ocurrido.

—Es posible que exista una interpretación del hecho equidistante entre las opiniones de ambos —sugirió Despard.

A Rush le hizo gracia que el hombre apasionado por el crimen con el que se había encontrado en el camino tratara ahora de medrar en una conversación aportando posibilidades en las que no creía. La señora Bradley habló, todavía con la vista puesta en el expolicía:

—¿Y sería usted tan amable de explicárnoslo, William? Si así fuera, me ayudaría a recobrar el sosiego que acabo de perder y a rehabilitar la confianza que tenía depositada en mis vecinos.

—Tal vez la mano ejecutora no pertenezca a Brougharry.

Rush pensó en el sospechoso preferido de Despard. El mendigo.

—¿Se refiere a un forastero? —La mujer del reverendo ahora sí miró a Despard.

—¿Por qué no? Como muy bien ha dicho, y no hay nadie en Brougharry que no pueda estar de acuerdo con usted, aquí no nos asesinamos los unos a los otros.

—Es una posibilidad, ¿no cree? —interrogó a Rush.

—Lo es —admitió el policía, que se preguntó si aquella eventualidad le haría sentir mejor.

—De hecho, ésa es la causa que nos ha traído hasta su casa —añadió Despard.

—¿Puede explicarse mejor?

—Claro. Seguramente ya sabe que se han encontrado unas huellas de botas militares en el lugar del crimen.

—Sí, lo he oído. ¿Pero qué tiene eso que ver conmigo?

—En realidad no mucho…

—En realidad nada, señor Despard —lo corrigió Rush, interrumpiéndolo.

—Es verdad, señora Bradley. No tiene nada que ver con usted, pero creemos que tal vez pueda ayudarnos a encontrar la respuesta a un interrogante que nos ha surgido mientras estudiábamos las huellas.

—¿Y cuál es ese interrogante?

—¿Podría usted confirmar que recibió de la señora Rogers unas botas militares, desechadas por su hijo, para el grupo de caridad de la parroquia?

Rush se percató de que ella los observaba con cierto gesto dubitativo, como si su cerebro necesitara saber a dónde querían llevarla. Después fijó la mirada en Despard y contestó:

—Sí, así es.

—¿Y sería posible corroborar, asimismo, que usted entregó esas botas a un mendigo desconocido que ha estado merodeando por esta zona durante las últimas semanas?

—No tengo por costumbre comentar con nadie la identidad de las personas que donan ni los beneficiarios de las obras de caridad, William. Debería saberlo. La cita evangélica lo deja muy claro: «Lo que haga tu mano derecha, que no lo conozca la izquierda».

—No pretendemos chismorrear —se disculpó Despard—. Tan sólo deseamos…

—Añadir a la lista de sospechosos a un pobre vagabundo al que nadie conoce y que vendría muy bien como cabeza de turco para relajar nuestras conciencias —lo interrumpió ella—, saturadas de las sospechas que hemos vertido sobre nuestros propios vecinos.

—Nadie ha sospechado de ninguno de nosotros, señora Bradley.

—¿Entonces por qué ha ido interrogando a medio Brouhgarry sobre si poseían rollos de sedal o si habían echado en falta alguno?

Despard se sonrojó.

—Intenté hacerlo con tacto.

—Pues parece que no lo consiguió. Porque todo el pueblo habla de ello, incluida su mujer, que no sabe dónde esconderse por la vergüenza que le ha causado. Y ahora, señores, buscan un sospechoso forastero para aliviar de nuevo nuestras conciencias.

—No se trata de buscar culpables que vengan bien a las necesidades del vecindario —terció Rush— y se acomoden a nuestros deseos, señora Bradley.

—¿Está usted seguro de ello?

—Absolutamente. Jamás me he dejado llevar por mis anhelos ni preferencias en asuntos de esta índole.

—Me sorprende su respuesta. Da a entender una cierta

experiencia en asuntos criminales.

Rush no respondió. Por el momento prefería continuar ocultando su antigua profesión, de la que pensaba que le cerraría más puertas que las que dejaría abiertas a un simple investigador aficionado.

—Entonces, ¿no puede ayudarnos?

—¿Serviría de algo?

—Quizá sí.

Anne Bradley sumergió la mirada en la taza de té y permaneció callada unos instantes. Rush imaginó que sopesaba las consecuencias que tendrían sus palabras.

—Sí —dijo—. Entregué aquellas viejas botas militares al mendigo y algunas latas de conserva que el ejército nos envía para aliviar las necesidades de quien no tiene nada, lo cual no es un indicativo incontestable de culpabilidad.

—¡En absoluto! —exclamó Despard.

—Su tono de voz sugiere lo contrario —manifestó ella con severidad.

—Dígame —Rush no dio oportunidad a una nueva trifulca—, ¿el mendigo cojeaba?

—Sí.

—¿Del pie derecho o del izquierdo?

La respuesta de la señora Bradley desilusionó a los dos hombres.

—No lo sé. No podría decirlo con seguridad. Lo siento, señor Rush. Llevaba un bastón, pero...

—¿Llevaba bastón? —la interrumpió Rush.

—¿Acaso es trascendente?

—En este caso, sí —Despard no ocultó su decepción.

—Intuyo que ese detalle echa por tierra su teoría. ¿Me equivoco?

La señora Bradley esbozó una leve sonrisa y miró a los dos hombres alternativamente.

—La mía no —contestó Rush.

—¿Ah, no? —Despard lo miró con esperanza.

—No. Aún no tengo ninguna teoría que pueda ser desmontada.

—Parece usted un hombre juicioso. Tal vez no haya sido una equivocación haber contestado a sus preguntas.

—Espero que no, señora Bradley. Le agradecemos su tiempo y este delicioso tentempié.

Rush se levantó y Despard lo imitó.

—¿Vuelve usted a Cricket's Lodge?

—Sí, creo que estarán empezando a echarme de menos.

—¿Le importaría llevarle a Olivia un paquete de mi parte?

—Claro que no. Será un placer.

—Estuve cavando esta mañana —explicó ella mientras abría la puerta de la cocina y salía al jardín trasero de la casa— y dividí las

raíces de las peonías. Sé que es un poco pronto aún, pero cuando el frío se echa encima, me resulta difícil trabajar aquí fuera. Hace tiempo que Olivia me pidió algunas raíces.

Rush la vio entrar en una caseta de madera muy parecida a la que él mismo tenía en su jardín para guardar las herramientas, y al poco salió con un pequeño paquete que le tendió con delicadeza.

—¿Sabe que en el lenguaje de las flores la peonía significa veracidad? —le preguntó Rush mientras tomaba el paquete.

—¿Es usted un experto en idioma floral?

—Creo que me estoy convirtiendo en uno. En casa no tengo a nadie más con quien hablar que no sean las flores que cultivo. ¿Le importaría si cojo alguna de estas raíces para mí?

—Por supuesto que no. Será un honor que pueda conversar con mis peonías, señor Rush.

De vuelta a la calle, Rush se preguntó si la señora Bradley se habría sentado pensativa a la mesa de su cocina. A diferencia de Despard, él sí se había percatado de la batalla interior que la mujer del reverendo había entablado consigo misma durante la conversación. Le había parecido una mujer bondadosa e inteligente, y esas dos cualidades se habían enfrentado en una dura contienda entre el impulso a servir de ayuda con su respuesta y el temor a amparar con ellas la acusación sobre un hombre que quizá fuera inocente y al que simplemente se hubiera elegido como chivo expiatorio. Despard interrumpió la reflexión de Rush.

—¿Es usted policía, señor Rush?

—¿Me guardará el secreto?

—No lo dude.

—Lo fui y, por favor, llámeme Herbert.

—Corresponda con William —señaló—. Y ahora, ¿le parece que recompongamos nuestras ideas?

Se detuvieron en una esquina que daba a la bulliciosa calle principal, donde algunos feriantes habían montado sus casetas. Rush asintió.

—Cuando la señora Bradley habló del bastón, lo recordé. Yo me he cruzado con el mendigo durante mis paseos y, efectivamente, utiliza un garrote. Lo cual no ayuda nada a nuestra idea. Sin embargo, podría jurar que en más de una ocasión lo he visto caminando sin él. Quizá su cojera no sea lo suficientemente severa como para obligarlo a necesitarlo constantemente. Tal vez...

—Sí, quizá, tal vez... De momento lo único que tenemos son conjeturas, William.

Despard asintió, como si aquel comentario fuera una sentencia definitiva.

—No desesperemos —lo animó Rush—. Al fin y al cabo, las

hipótesis son el material con el que trabaja la policía hasta que encuentra pruebas que las vuelven evidencias incontestables.

—Hablando de la policía, el sargento Campbell me contó que un inspector de Scotland Yard va a unirse a la investigación.

—Eso tengo entendido. —dijo Rush, mirando su reloj—. Quizá ya haya llegado y se encuentre en Cricket's Lodge. Si me disculpa, William, es hora de que vuelva.

—¿Lo veré de nuevo?

—Espero que sí.

Rush le sonrió y tomó el camino de vuelta. Había sido sincero. William Despard le caía bien y, además, era una fuente inagotable de información. Durante el trayecto, revisó cada uno de los datos que había obtenido aquella mañana. Por el momento, los que contaban con más posibilidades eran aquéllos que conducían hacia el mendigo, a quien, según había dicho Despard, no se había vuelto a ver desde el día anterior al del asesinato de Ben Robinson. Rush no desechaba aquella posibilidad, pero tampoco le ofrecía tantas probabilidades como le atribuía Despard. Guardó la idea en el cerebro para sopesarla con más detenimiento y apresuró el paso. Le interesaba volver a Cricket's Lodge cuanto antes y comprobar si por fin el inspector del Yard había llegado.

2

—Buenos días.

Los dos hombres que estaban hablando delante de la caseta de jardinería se dieron la vuelta. Kate se percató de que Ralph Tradeford sonreía al verla.

—Buenos días, Kate. ¿De vuelta a Brougharry?

—Sí. Veo que ya se ha instalado. —Kate señaló la caseta.

—Ah, no, la jardinería es cosa de George. —Ralph presentó al hombre con el que estaba hablando y que inclinó la cabeza cuando Kate lo miró—. Lo mío son los libros, allí. —Extendió el brazo y apuntó hacia otra caseta.

—¿Tiene usted una librería?

—Sí. Hace tiempo trabajé como vendedor de enciclopedias para una editorial, pero me cansé de ir de puerta en puerta y decidí crear mi propio negocio.

—Una librería ambulante.

—No tenía dinero para montar una estable. Tal vez algún día.

Ella sonrió y observó a Ralph con detenimiento. Sus facciones eran rectilíneas, quizá cuadradas en exceso, pero el conjunto resultaba atractivo. Se dio cuenta de que él también le sonreía mientras

aguardaba impertérrito el resultado de su examen. Kate se sonrojó y apartó la mirada, que posó en sus hombros. Eran anchos. Justo el tipo de percha que necesitaba aquel cuerpo fornido para mantenerse recto. Extendió la mano antes de darse cuenta de lo que hacía y rozó la solapa de la chaqueta. Un polvo rosado se le pegó a las yemas.

—Se ha manchado con algo.

Ralph miró el lugar en el que ella había apoyado los dedos y subió la mano hasta tomarlos con los suyos. Ambos se miraron a los ojos.

—Parece polen —dijo Kate.

—Será de George... —Ralph no apartó la mirada de la de ella.

—Bueno es que esté George aquí para echarle la culpa —dijo el propio George.

Kate reaccionó al oír la voz del hombre. Bajó el brazo y metió la mano en el bolsillo del abrigo.

—Será mejor que lo cepille antes de que la mancha agarre.

—Lo haré, gracias.

Los dos jóvenes se miraron, una vez más, durante algunos segundos. Al fin, Ralph rompió el silencio:

—¿Vive usted aquí?

Kate negó con la cabeza.

—No, tengo un trabajo temporal. Pero quise venir hoy y visitar la feria.

Kate se acercó a la caseta y echó un vistazo a los libros expuestos. El aroma a papel inundó su nariz y entonces identificó a qué le había olido Ralph Tradeford cuando chocó contra él en el andén de la estación.

—¿Le interesa alguno?

—Desde luego. —Sonrió.

—Dígame cuál y es suyo.

Ella volvió a sonreírle.

—No, gracias. Ya le debo un favor.

—¿Se refiere al confitero impertinente? No tiene ninguna importancia. ¿Sabe? Me ha tocado junto a él. —El joven señaló con el mentón a su izquierda y Kate echó una mirada rápida. En la caseta de al lado estaba el hombre al que había tirado los huevos y la harina.

—Vaya, lo siento. ¡Qué mala suerte!

—¿Qué tal todo por aquí? —La voz, severa y distante, interrumpió su conversación.

Kate observó al policía que se había acercado hasta ellos.

—Sin problema, agente Evans.

—Perfecto. Espero que no se repita lo de ayer.

El policía pasó a la caseta de al lado y Kate interrogó a Ralph con la mirada.

—Nada —dijo él.
—¿Ha tenido problemas con el confitero impertinente?
—Ayer formó un pequeño altercado.
—¿Por qué?
—Dijo que había montado mi caseta dentro del recinto que le correspondía a él. Ese agente vino y arregló el asunto.
—Siento que su intervención en la estación le cause dificultades.
—No se preocupe. No creo que se repita y, en todo caso, le tenemos a él para poner paz entre nosotros. —Ralph señaló la caseta que dos hombres estaban montando frente a la suya. Uno de ellos era el reverendo Bradley. El otro era Zachary Gray, el novio de Betty, una de las doncellas de los Dawes. Kate recordó que Anne Bradley le había hablado unos días atrás de la tómbola de la parroquia. Supuso que Zachary y el reverendo estaban montándola a toda prisa, antes de que la feria diera comienzo de forma oficial; si bien algunos feriantes como el propio Ralph habían abierto las suyas extraoficialmente para aprovechar el domingo—. Parece que la divinidad ha previsto esta situación y ha intentado poner una solución.
—Ya sabe —rio ella—, los caminos del Señor son inescrutables.
—¿Entonces no quiere llevarse un libro?
Ella negó con la cabeza.
—Ahora tengo que irme, Ralph, pero acepte tomar un café conmigo un día, por favor.
—Si usted acepta que le regale un libro.
—Ya veremos.
Kate se alejó por la calle principal de Brougharry, pasó junto a William Despard —que estaba hablando con un hombre de aspecto venerable— y salió del pueblo, camino de Cricket's Lodge, por el atajo que el fallecido Ben Robinson le había enseñado.

CAPÍTULO 11

1

Rush encontró un automóvil con las placas del Yard aparcado en la explanada delantera de Cricket's Lodge. El inspector encargado del caso había llegado. Supuso que estaría entrevistándose con Geoffrey y decidió que tendría tiempo para conocerlo después. Rodeó la casa y se dirigió hacia la caseta de Ben. Dejaría allí las raíces que le había entregado la señora Bradley. Luego ya avisaría a Olivia, a la que todavía no había tenido oportunidad de saludar. Cuando dio la vuelta a la fachada, descubrió a un joven que también caminaba hacia el cobertizo. Aquel sutil bamboleo tan característico... «¡No puede ser!», pensó. Apretó el paso y lo sorprendió por detrás.

—¡De modo que tú eres el sabueso del Yard!

Charles Carter se dio la vuelta.

—¡Herbert!

Los dos hombres se dieron un abrazo.

—¿Qué haces aquí?

Rush rio.

—No sé si te va a gustar oírlo.

Charles frunció el ceño.

—Geoffrey es un viejo amigo que me ha pedido ayuda.

—¿No se fía de nosotros?

—No creo que los tiros vayan por ahí.

—¿Entonces?

—Bueno... —Rush titubeó—, no sé muy bien por qué me ha llamado. Supongo que barrunta una situación demasiado dura para sobrellevarla solo y yo soy un buen amigo en el que confiar que, además, fue policía. ¿Por qué no?

—Sí —admitió Carter—, ¿por qué no?

Rush estudió al que fuera su discípulo y le gustó lo que vio. Charles Carter parecía más maduro, más seguro de sí mismo. Una breve oleada de vanidad le inundó el pecho. Le enorgullecía ser el padre policial de aquella criatura, convertido ya en inspector; pero, sobre todo, se sentía feliz.

—Da igual la razón —dijo Charles—. Me alegro de verte y de que podamos trabajar juntos de nuevo.

—¡Bendita coincidencia! —Rush agarró del brazo a su expupilo—, demos un paseo y hablemos.

—¿Has averiguado algo?

—No mucho. Probablemente menos que tú.

—Tal vez —Carter sonrió—, pero estoy convencido de que a estas horas tu mente ya habrá bosquejado alguna que otra idea.

—Puede, puede… Compararemos nuestras teorías y veremos qué sacamos en claro de ellas. Pero antes deja que me acerque al cobertizo. He de dejar allí un paquete para Olivia.

—Casi no he tenido ni tiempo de hacerme una idea aproximada del caso —dijo Charles, mientras caminaban hacia la caseta.

—¿Qué sabes en concreto?

—Un muerto —Charles enumeró con los dedos—: Ben Robinson, jardinero de Cricket's Lodge. Asesinado de forma sangrienta y brutal. Móvil, el robo. Sospechoso, un mendigo que ha frecuentado la zona durante las últimas semanas, pero que se ha evaporado misteriosamente tras la muerte del jardinero. Y, cómo única pista, una bufanda ajada que se ha encontrado cerca del escenario del crimen.

—Supongo que ese es el secreto policial al que se refería Despard.

—¿Qué secreto y quién es Despard?

—El secreto es la bufanda; a Despard ya lo conocerás. Pero veo que tú también has oído hablar del mendigo.

Charles observó a Rush durante unos segundos.

—¿Es relevante?

—Puede, aunque todavía no sabría decirte. ¿Eso es todo lo que has averiguado?

—Llevo aquí un par de horas, Herbert.

Rush rio.

—A mí me ha llevado toda la mañana averiguar lo mismo. Bien, ¿cuál es tu conclusión inicial?

—El mendigo ha asesinado al jardinero para robarle unos peniques y una cadena de plata. O al menos eso es lo que parece que quieren que piense.

—Sí —admitió Rush—, ésa es la idea general que se maneja entre los vecinos de Brougharry.

—¿La crees posible?

—No suena descabellada.

Llegaron al cobertizo y Charles se adelantó para abrir la puerta, hinchada por la humedad. Deslizó el picaporte hacia abajo y empujó con el hombro. La puerta cedió y golpeó una carretilla con restos de abono que alguien había dejado demasiado cerca del marco.

—¡Oh!

Rush vio cómo una joven encaramada al volquete del jardinero perdía el equilibrio y caía. Charles extendió los brazos antes de que llegara al suelo y la cogió.

—¡Miss West!

—Inspector Carter…

Rush observó a la pareja. Charles sonreía y estudiaba a la joven con ojos burlones, mientras ella se sonrojaba. Sus rostros se encontraban a escasos centímetros de distancia.

—Tiene usted una sorprendente facilidad para caer en mis brazos.

—¡Y usted una torpe manera de conseguir que lo haga! Bájeme.

—¿Seguro? —Carter enarcó una ceja y ella lo miró boquiabierta—. Sopéselo con cuidado.

—¿Qué debo sopesar, señor Carter?

—La superflua necesidad de ensayar una nueva pirueta en lugar de quedarse aquí, cómodamente sentada.

—¿Cree que me agrada esta situación?

—Por las veces que la repite, no me atrevería a afirmar lo contrario.

—¡No sea presuntuoso y bájeme de una vez!

Pero él no la soltó.

—No imagino un buen motivo por el que habría de desagradarle. Pero no es ésta la razón por la que se lo sugiero.

—Ah, ¿y puedo saber cuál es esa razón?

—Voy bien de reflejos, miss West, pero en la próxima caída tal vez no ande tan rápido y no consiga sujetarla.

—Entiendo, ¿y piensa pasar conmigo en brazos el resto de su vida, señor Carter?

Rush emitió una tosecilla y los dos jóvenes lo miraron a la vez.

—A mí lo que me gustaría saber es cuánto tiempo podrás sostenerla —dijo el expolicía.

—Un rato más, seguro —contestó Carter—. Es usted tan liviana, miss West, como el aire que exhala su respiración agitada. Pero Herbert tiene razón: devolvámosla al suelo antes de que la fortaleza de mis brazos se vea puesta en un aprieto.

—Es muy amable por su parte —ironizó ella mientras, ya de pie, se alisaba la falda.

—¿Cómo podría no serlo con usted?

—Y, sin embargo, estás faltando a tus deberes de caballero —señaló Rush—. ¿Podrías presentarme a esta señorita, por favor?

—Claro. —Charles vio cómo Kate levantaba la barbilla, pero no podía atenuar el tono sonrojado de la piel—. Miss West, permítame presentarle al señor Herbert Rush. Herbert, la señorita Katharine West.

—Señor Rush.

—Mucho gusto, miss West.

—Miss West es, sin duda, la joven mecanógrafa que está ayudando a sir Geoffrey en la escritura de sus memorias —aventuró Charles.

—Es usted muy perspicaz, inspector, ¿o cuenta con información privilegiada?

Carter rio.

—Un poco de cada. Y usted, ¿qué buscaba ahí arriba…? —Carter señaló el estante en el que Kate estaba hurgando cuando la sorprendieron.

—Unas tijeras de podar.

—Creí que era mecanógrafa.

—Las azucenas de la biblioteca tienen los tallos podridos. Si no se los sanea, se estropearán.

—Azucenas..., por supuesto.

Rush se percató de que Carter no había abandonado el tono irónico y la mujer, a pesar de mantener cierto aire desafiante, volvió a sonrojarse.

—Tengo que marcharme, inspector. Si a sus brazos no se les ofrece nada más.

—Quizá en otra ocasión —Carter esbozó una nueva sonrisa y se apartó para dejarle el paso franco.

—Señor Rush.

—Ha sido un placer, miss West.

Ambos se llevaron la mano al sombrero y la saludaron cortésmente.

—Salvado en el último suspiro —dijo Rush cuando ella se alejó.

—¿Cómo?

—Por cómo la mirabas, me habría gustado saber la respuesta a la pregunta que te hizo.

Carter ignoró deliberadamente las palabras de su antiguo mentor mientras, desde el quicio de la puerta, contemplaba la marcha de Kate West.

—Te saqué del apuro, y ahora la jovencita tendrá que seguir preguntándoselo, pero yo no. Que la conoces, es obvio; pero me gustaría saber si pasarías el resto de tu vida con ella en los brazos.

—No sería un mal plan, ¿no crees?

—De modo que ella es la paciente mecanógrafa... —murmuró Rush. Carter se volvió y lo miró interrogativamente—. Geoffrey me habló de ella —explicó Rush.

—Y ella me habló de él.

—¿En serio?

—No dijo su nombre, sólo que estaba en la campiña realizando un encargo para la agencia de mecanógrafas en la que trabaja. No he sabido que se trataba de él hasta que la he visto aquí.

—Entiendo.

Rush no dijo más, pero volvió hacia el estante que la joven estaba inspeccionando cuando la sorprendieron.

—Cuando Geoffrey la mencionó —continuó—, no presté atención a cuáles son los días que viene a Cricket's Lodge.

—¿Te estás preguntando si tiene coartada para el sábado pasado? —Carter preguntó divertido.

—¿Qué hacía aquí, en la caseta de Ben? No quisiera defraudar el aparente embeleso en que te sumes cuando la tienes en brazos, pero quizá deberías comprobar si tiene una coartada que la exima de sospecha con respecto a la muerte del jardinero.

—No será necesario. La tiene.
—¿Y la has confirmado?
—Absolutamente.
Rush lo observó con curiosidad.
—Ayer por la mañana, miss West se encontraba en un bote, en el Serpentine Lake de Hyde Park, conmigo.
—¡Aja! —Rush sonrió—, del que sin duda resbaló para caer en tus brazos.
El expolicía entendió entonces la descabellada conversación que los dos jóvenes habían mantenido.
—Buen olfato.
—No lo suficientemente agudo, sin embargo, para imaginar qué hacía subida en la carretilla y qué buscaba ahí arriba.
—Husmear —contestó Charles, que soltó una gran carcajada—. Husmear, Herbert. No puede evitarlo. Es superior a sus fuerzas y, si nos descuidamos, descubrirá al asesino del jardinero antes de que nosotros lleguemos a encontrar una sola pista.
—¡Señor Rush! —Adam asomó por la puerta del cobertizo.
—¿Sí, señor Baker?
—Sir Geoffrey me ha pedido que lo busque. Lo aguarda en el gabinete de trabajo.
—Voy enseguida.
—Bien, señor.
—Yo echaré un vistazo más por aquí y luego me marcharé al pueblo —dijo Carter—. Quiero hablar con el sargento que está llevando el caso.
—Entonces nos vemos después. Te buscaré en Brougharry esta tarde.

2

—¿Hola? —Carter abrió la puerta de la cocina que daba al jardín trasero de Cricket's Lodge. Dentro había dos mujeres—. Soy el inspector Carter, de Scotland Yard, ¿les importa si paso un momento?
La mayor de ellas negó con la cabeza.
—No, por supuesto. Yo soy la señora Wright, cocinera de Cricket's Lodge y ella es Ruth.
La joven inclinó la cabeza y Carter la saludó, imitándola.
—Me preguntaba si podría hablar con ustedes un momento.
—Lo imaginábamos —dijo la señora Wright—. Pase, por favor, y siéntese. ¿Quiere tomar algo?
—No, muchas gracias.
—¿Desea hablar con nosotros por separado...?

Carter miró a la cocinera. Tenía unas profundas arrugas alrededor de los ojos, aunque su mirada era dulce, como acostumbrada a los sinsabores de la vida y dispuesta a sobrellevarlos con la mansedumbre que dan los años y una paciencia forjada poco a poco. No era la primera vez que la veía en los últimos tiempos. Aquella afable docilidad se había instalado en sus compatriotas a golpe de sirena nocturna. Sin duda la guerra también le había pasado factura a ella.

—No es necesario, señora Wright. Creo que la joven se sentirá más tranquila si está usted a su lado. Por favor, siéntense también. Estaremos más cómodos.

La cocinera y la joven se sentaron a la mesa, frente a él, y lo observaron en silencio, aguardando a que preguntara.

—¿Qué pueden contarme de la mañana del sábado?

La señora Wright apartó la mirada un segundo y meneó la cabeza.

—No creo que nada demasiado importante. Seguramente si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría prestado más atención a los detalles, ¿pero quién podía imaginarlo? Vi a Ben muy temprano, al amanecer. Solía madrugar y venía a desayunar antes que nadie. Nos sentamos en esta misma mesa y tomamos un té juntos. Había estado lloviendo toda la noche y me dijo que la tormenta había destrozado algunos arriates, pero que no pensaba arreglarlos hasta que las lluvias cesaran. Era como un barómetro muy bien calibrado. Sabía perfectamente cuándo iba a llover y cuándo no. Se tomó el desayuno y se fue al cobertizo. Dijo que ocuparía la mañana en limpiar las herramientas. Ya no volví a hablar con él.

—¿Fue la última vez que le vio?

—No. Lo vi después. Iba hacia la parte delantera de la casa y llevaba la azada. Supongo que, después de todo, decidió que los arriates necesitaban una reparación, aunque fuera somera. Aún lo vi una vez más. Serían poco más de las nueve cuando volvió al cobertizo, guardó la bicicleta del señorito Craig y sacó la suya. Se marchó por allí —dijo, señalando en dirección a Brougharry— y lo siguiente que supe de él es que alguien lo había asesinado.

Carter asintió con lentitud. La señora Wright apretó la mano de Ruth. La muchacha se había echado a llorar en silencio.

—¿Y tú? —preguntó con amabilidad—, ¿viste al señor Robinson ayer?

La joven negó con la cabeza.

—Cuando Ruth se levantó, él ya se había marchado —contestó la señora Wright por ella—. Luego subió a servir el desayuno a los señores y después se puso con sus tareas.

—Entiendo —dijo Carter—. Hay más servicio en la casa, supongo.

—Sí. Está el señor Baker, el mayordomo, y Betty, pero se encuentra mal y está en cama. ¿Quiere hablar con ellos?

Carter miró el reloj. El tiempo había volado. Sólo había pasado para echar un vistazo a la casa y se había entretenido más de lo conveniente. ¿Quién iba a pensar que allí se iba a encontrar con Herbert y con la mismísima miss West?

—No, no hace falta que la moleste. Hablaré con ella en otro momento. Y también con el señor Baker. —Ahora lo que quería era encontrar al sargento Campbell y obtener información competente antes de introducirse en los tortuosos senderos a los que siempre conducía la investigación de un asesinato.

3

Rush encontró a Geoffrey de pie, aguardándolo impaciente.

—Vámonos a dar un paseo, Herbert. La casa se me está cayendo encima.

Bajaron despacio la escalera y, en el recibidor, sir Geoffrey cogió una zamarra y un bastón de campo del armario de la entrada. Su porte era el de un anciano débil y quebradizo que se esfuerza por aparentar una juventud de la que ya no goza.

Las primeras yardas las recorrieron en silencio. Rush lo observaba de soslayo, pero incluso así no le resultaba difícil leer en el rostro de su amigo el tormentoso conflicto con el que parecía estar batallando.

—¿Cómo se puede ser un buen padre, Herbert?

Rush se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Supongo que siéndolo.

—No creo que esa sea la respuesta. He sido padre desde que Craig nació y no he aprendido ni una sola palabra al respecto en todo este tiempo. Mi fracaso es absoluto.

—Geoffrey…

—No. O al menos a mí no me ha funcionado.

Rush procuró encontrar una respuesta que le satisficiera, pero carecía de experiencia en asuntos de paternidad, de modo que calló.

—Tampoco he sido un buen marido.

—En eso no estoy de acuerdo. Olivia y tú habéis conformado un matrimonio ejemplar.

—Sin duda —admitió. Se detuvo un instante y dirigió la mirada hacia algún punto indefinido del horizonte. Luego echó a andar de nuevo—. El divorcio no era una solución tolerable. Ningún Dawes ha pasado por él y yo no estaba dispuesto a ser el primero. Hace mucho tiempo que Olivia y yo dejamos de ejercer como marido y mujer. Comprenderás que guardamos cierta reserva al respecto, pero es un hecho que nuestro matrimonio se detuvo hace años, como un reloj al que se le agota la cuerda y nadie vuelve a poner en marcha.

—Lo siento. Nunca imaginé que os fuera mal.

—No nos va mal. Nos comportamos de forma civilizada y convivimos de la forma más pacífica que podemos. Simplemente, no nos va.

El paseo se convirtió en una amarga confesión en la que sir Geoffrey se lamentó de su tormentosa vida marital, de la que ya sólo resistía la necesaria apariencia social. Su relación con Olivia había ido decayendo con los años, desgastada por la rutina y deteriorada por la diferente interpretación que la pareja hacía de la crianza y educación de su hijo quien, para agravar la situación, aliviaba la soledad de la madre mientras defraudaba las expectativas del padre, y al que entre ambos habían malcriado. Hacía mucho que no tenían vida marital y, a cuenta de la brecha que se había ido ensanchando con cada año que transcurría, no había encontrado culpabilidad alguna en el hecho de buscar en otras mujeres lo que no compartía con la suya. Mientras hablaba, Rush creyó intuir que Geoffrey pretendía no aparentar un padecimiento que, sin embargo, le era imposible ocultar, y la única duda al respecto que el viejo inspector del Yard se planteaba era si el origen de aquel sufrimiento residía en el fracaso de su matrimonio o en la confesión del propio fracaso.

Turbado por las revelaciones de las que le estaba haciendo partícipe, Geoffrey clavó la vista en el suelo y se esforzó por distraer la atención haciendo rechinar la puntera de acero de su bastón contra los cantos del camino.

—¿Crees que merezco lo que está pasando, Herbert?

—¿Qué está pasando?

—¿Acaso te parece una minucia? Mi hijo me detesta, mi mujer hace años que dejó de amarme y mi jardinero ha sido asesinado. Dios parece haberse tomado en serio el asunto conmigo y no puedo dejar de pensar que, en este caso, su infinita justicia está siendo un poco más infinita que su misericordia.

—Respecto de Olivia y Craig —Rush habló sin remilgos—, harías mejor en centrarte en ti mismo y en ver cómo puedes arreglarlo. En cuanto a lo del jardinero, estoy absolutamente seguro de que Dios no confía su justicia a las manos de un asesino cruel y demente.

Sir Geoffrey no dijo nada, pero giró sobre los talones y comenzó a caminar de vuelta a Cricket's Lodge.

—Se acerca la hora del almuerzo y parece que amenaza lluvia. Será mejor que volvamos.

Tenía razón. El cielo se había vuelto oscuro y no tardaría mucho en comenzar a llover. Sin embargo, caminaban despacio, al lento paso al que obligaban las piernas de Geoffrey. Rush confiaba en que les diera tiempo a alcanzar la casa antes de que las nubes rompieran sobre ellos, pero el cielo se quebró con un relámpago y el aguacero los

sorprendió a media milla de distancia. Cuando llegaron, estaban totalmente empapados. Entraron por detrás, sacudiéndose como los perros. En la cocina, la señora Wright se aprestaba a dar los últimos toques al almuerzo.

—¡Sir Geoffrey! —exclamó, al verlo dirigirse hacia la antecocina —, está mojado como un pato. Sólo faltaría que también usted enfermara, con la que está cayendo en esta casa. Deme esa zamarra y el bastón y vaya a cambiarse de ropa o pillará una pulmonía. Usted también, señor Rush.

Ninguno de los dos rechistó. Ambos obedecieron, como dos chicos a los que se les ha sorprendido atracando el bote de las galletas, y se dirigieron hacia sus dormitorios. La mañana había pasado volando y Rush supuso que, de un momento a otro, el mayordomo haría sonar el batintín que anunciaba la comida. Mientras caminaba por el corredor hacia su cuarto, vio abierta la puerta del de Craig y escuchó la voz de un hombre:

—Reposo total. Mantén el pie en alto y toma un baño alterno de agua fría y caliente cada cuatro horas.

—¿Cuándo podré volver a caminar con normalidad?

—Depende de ti, Craig. Cuanto más te muevas, más tiempo tardará en curarse el esguince. Sé paciente y haz reposo.

Rush dedujo de aquella visita que finalmente se había impuesto la cordura de Olivia, que habría hecho llamar al doctor, y confió en que el diagnóstico del médico fuera certero y Craig recuperara la movilidad tan pronto como fuera posible. Sabía por experiencia que un joven atado a una silla era como un tigre enjaulado y aquella casa no estaba como para soportar la frágil resignación de una fiera exasperada.

CAPÍTULO 12

1

—¿Puede ayudarme con los cubiertos, querida? Sólo para usted y para mí. Peter no vendrá a comer.

Kate West sacó los cubiertos del cajón que le había indicado Anne Bradley y los colocó en la mesa. A la vuelta de Cricket's Lodge, se había pasado por la casa del reverendo para devolver a la señora Bradley un libro que le había prestado y ella había insistido en que se quedara a comer.

—Lo vi construyendo la caseta de la parroquia.

—Sí. No ha parado en toda la mañana y anoche volvió tarde. Rose Glenshire se está muriendo y quiere acompañarla hasta el final. Admito que es su deber, pero...

Kate se detuvo y la miró. Luego colocó el tenedor a la izquierda del plato que Anne había puesto sobre la mesa.

—¿Es que le pasa algo al reverendo?

Anne también se detuvo. Una lágrima resbaló por la mejilla de la mujer del reverendo y Kate dio la vuelta a la mesa y colocó la mano sobre su brazo.

—¿Se encuentra bien, señora Bradley?

—Peter me ha hecho prometer que no diría nada a los vecinos, pero usted no es de Brougharry, así que supongo que si se lo confieso no faltaré a mi palabra. —Las dos mujeres se miraron—. Se está muriendo. Como Rose Glenshire o como Bob Knoss, a quien enterramos la semana pasada, pero él no lo hará en la cama.

—Lo siento. —Kate le pasó el brazo por los hombros—. Lo siento muchísimo, señora Bradley.

—Morirá como el capitán de un barco, con el alzacuellos puesto —bromeó—. Pero sentémonos, la comida va a enfriarse.

Las dos mujeres tomaron asiento y, después de bendecir la mesa, comenzaron a comer.

—Me sorprende verla aquí un domingo, miss West.

—Supongo que resulta extraño. —Kate acercó el plato y Anne le sirvió un par de cucharadas de puré de patata—. Le seré sincera. He venido porque anoche escuché en la radio la noticia de la muerte de Ben Robinson.

—Pobre hombre. ¿Lo conocía usted mucho?

—No demasiado. Crucé con él algunas palabras un par de veces.

—Era un hombre callado, pero muy bueno.

—¿Por qué cree usted que lo han matado?

—No lo sé. Es algo que aún no puedo creer.

—¿Tenía enemigos?

—¿Ben? ¡No! Era un buen hombre. Una magnífica persona. Creo que he conocido a pocas con una bondad interior tan acentuada. Me atrevería a decir que era un hombre demasiado bondadoso para un mundo como éste. Créame.

—No lo pongo en duda, hice la pregunta porque la forma en que ha sido asesinado sugiere mucha maldad.

—Demasiada. Por ello su muerte resulta doblemente incomprensible.

—¿Cree usted que el asesinato ha sido un simple error?

Anne estudió su rostro.

—¿Quiere usted decir que buscaban a otra persona?

Kate se encogió de hombros.

—Si Ben Robinson no tenía motivos para que lo asesinaran, ¿por qué hacerlo? La respuesta parece obvia: no era a él a quien esperaba el asesino.

—Es terrible lo que dice. —Anne se limpió los labios con la servilleta y cogió el vaso de agua, sin llegar a beber—. Eso significaría que hay una víctima por ahí, inconsciente de que es el objetivo de un asesino terrible.

Kate no contestó. Cortó un trozo de cordero y se lo llevó a la boca. Ambas mujeres permanecieron en silencio durante unos minutos.

—Tal vez no sea así, señora Bradley. Quizá no fue un error, sino el simple acto de maldad de un demente. Alguien colocó allí el sedal sin importarle quién fuera el primero que pasara.

—Me cuesta creerlo. En Brougharry no hay locos. No de esa clase.

—¿Pero sí de otro tipo?

—Todos tenemos manías, miss West.

—El problema es cuando esas manías son de naturaleza homicida. ¿Hay alguien así en Brougharry?

Anne calló un instante.

—Parece que hoy es el día de las habladurías sobre este pueblo y no sé por qué todos creen que yo soy una buena fuente de información.

—Discúlpeme si la he molestado.

Anne negó con la cabeza.

—No lo ha hecho. Es sólo que esta mañana tuve una visita un tanto incómoda y no estoy acostumbrada.

—¿La policía?

La mujer del reverendo volvió a negar.

—William Despard, nuestro cotilla oficial, y el señor Rush.

—¡Oh, el señor Rush!

—¿Lo conoce usted?

—Me lo han presentado esta mañana en Cricket's Lodge.

—Sí, se aloja allí. Es un amigo de la familia.

—¿Y qué querían saber, si puedo preguntárselo?

—Claro que puede, querida. Es la comidilla de todo el pueblo y algo que me avergüenza. Preguntaron acerca de un mendigo que ronda la zona últimamente.

—¿Por qué?

—Ahí radica mi vergüenza. Todo el mundo cree que él es el asesino de Ben.

—Alguien extraño a Brougharry —murmuró Kate con la mirada perdida—. Una buena forma de salvar las conciencias y la burbuja de tranquilidad en la que viven. —Anne Bradley asintió—. Pero usted no cree que sea él, ¿me equivoco?

—No, Kate, ¿me permite llamarla así? No lo creo. Es un hombre perdido, una mente enferma.

—¿En qué sentido?

—No en el que usted cree. Tiene la mentalidad de un niño.

—¿Es un retrasado?

—Sí. Estuvo aquí anoche. Quería que le devolviera su ropa, pero no lo hice. La había lavado y aún no estaba seca. Se enfadó conmigo. Se enfadó muchísimo, pero en ningún momento me vi en peligro. Sólo quería su ropa, como un niño empeñado en conseguir que se le devuelva un juguete. Traté de calmarlo y echó a correr, llorando y llamándome mala. No es un hombre de verdad, Kate. Es un niño pequeño y por eso creo que no ha podido cometer el asesinato.

—¿La policía lo ha interrogado?

—Por lo que sé, no. Lo han estado buscando, pero no lo han encontrado.

El teléfono sonó y Anne se levantó. Kate la oyó contestar en el recibidor. Sobre la mesa quedaban los restos de la comida que ninguna de las dos había recogido. Cuando volvió, la sombra del desasosiego cruzaba su cara.

—Era Peter. Rose Glenshire acaba de morir.

Kate no supo qué decir. Aquel rostro desencajado parecía sugerir una idea que le horrorizó: la de que se había consumido una etapa más en la carrera hacia la muerte de su propio marido.

—Dice que se quedará con ellos un rato más y que luego volverá a la feria para terminar de construir la caseta.

—¿No puede ocuparse de eso el joven que estaba con él esta mañana?

—¿Zachary Gray? Habría que ir primero a buscarlo al pub y luego recuperarlo de una borrachera. Otro problema para Peter.

—¿Se refiere a los golpes de Betty Simpson?

—¿Lo sabe usted?

—La vi esta mañana en Cricket's Lodge. Tenía la cara amoratada.

2

Sir Geoffrey estaba de pie con las manos enlazadas a la espalda, observando cómo caía la lluvia a través de la ventana de la biblioteca. El jardín trasero se estaba convirtiendo en un barrizal y se echaría a perder por completo si no buscaba pronto otro jardinero. Sin embargo, le parecía que sustituir a Ben sin dejar pasar un periodo de luto era una forma de traicionar su memoria. Un rayo quebró las nubes en dos antes de caer al suelo. Poco después se escuchó el trueno. La lluvia caía con fuerza y formaba una espesa cortina ante la ventana, pero a pesar de ello sir Geoffrey vio a Betty salir de la caseta y cruzar el jardín a la carrera de vuelta a la casa. Se preguntó qué demonios hacía aquella muchacha bajo la lluvia, si, según le habían informado, se encontraba enferma. Entonces sonó el batintín y sir Geoffrey se unió a Olivia, que lo aguardaba a la entrada del comedor.

—¡Herbert! —exclamó cuando vio al expolicía bajar por la escalera—, qué alegría volver a verte.

—Olivia, estás tan bella como siempre.

—No me mientas —lo riñó con delicadeza—, los años no han hecho una excepción conmigo.

—¿Dónde está Craig? —sir Geoffrey interrumpió su coloquio cuando ya entraban en el comedor.

—Almorzará en su cuarto. El doctor ha prescrito reposo absoluto.

—¿Y qué ejercicio ha de realizar con las piernas mientras come? No se hace reposo durante el almuerzo cuando tenemos un invitado a la mesa. Que baje de inmediato.

—Pero la lesión del pie podría empeorar y estoy segura de que Herbert disculpará su ausencia.

—Pero yo no. Que baje.

Rush vio cómo Olivia hacía una discreta señal al mayordomo, que salió del comedor con pasos ágiles y silenciosos.

—Por favor, Geoffrey —Rush se atrevió a terciar—. No quiero ser la causa de una nueva disputa. Quizá deberías dejar que Craig almuerce en su cuarto. Olivia tiene razón. Oí decir al doctor que no debía moverse.

—Me importa un ardite lo que diga ese matasanos. No está en su lecho de muerte, demonios. Tan sólo se trata de una estúpida torcedura.

—Tan estúpida como tu torpe proceder —replicó Olivia con un tono frío e incisivo que hizo enrojecer a su marido.

A partir de aquel momento, el tiempo comenzó a transcurrir con lentitud exasperante. Rush pensó que probablemente el almuerzo no

había sentado bien a nadie. Para evitar disputas, cargó con el peso de la conversación y narró con todo tipo de detalles los avatares de su mañana. Sir Geoffrey participó en la parte que correspondió a William Despard y Olivia en la que tocó a la señora Bradley. Craig permaneció callado.

—De modo que —dijo Rush cuando sirvieron el postre—, el principal sospechoso, al menos en lo que concierne a los habitantes de Brougharry, es ese mendigo del que nadie sabe nada y al que no se ha visto desde la muerte de Ben Robinson.

—¿Y el sabueso de Londres ha averiguado algo?

—Es un buen policía, pero llegó hace sólo unas horas. Es un poco pronto, ¿no crees?

—No sé cómo funciona una mente policíaca, pero supongo que todo requiere su tiempo. Sin embargo, confío en que no le lleve demasiado. El asunto empieza a agotar mi paciencia.

—Seguramente encontrarán pronto al asesino —terció Olivia—. Scotland Yard sabe lo que hace.

—Y, si no —apuntó Craig, que habló por primera vez—, siempre podemos echar mano del mendigo. Es una bendición que haya alguien a quien cargar el muerto.

—Esa es una expresión desafortunada en extremo —le afeó su padre.

—Pero muy cierta.

—No estoy de acuerdo —intervino Rush, deteniendo aquel diálogo que apuntaba hacia un nuevo enfrentamiento—. La policía no busca chivos expiatorios con los que cubrir un expediente.

—Eso se dice, sí: la policía siempre busca al culpable.

—En efecto. —Rush reprochó con la mirada a Craig por su ironía.

—Pero no siempre lo encuentra.

—No, a veces fracasamos.

—En cualquier caso —Craig suavizó el tono—, ¿por qué no sospechar del mendigo? Parece que todo apunta hacia él.

—Si es culpable, se sabrá.

—Sin duda. —Craig se levantó con torpeza—. Ahora, si me disculpáis, quizá ya pueda retirarme. ¿Tengo tu permiso, padre?

Sir Geoffrey no contestó, y Olivia y Rush enterraron la mirada en la tarta de manzana mientras el joven se alejaba apoyado en las muletas.

CAPÍTULO 13

1

Atardecía.

—No pareces muy contento. —Carter percibió el disgusto de Rush nada más encontrarse con él en el Blue Parrot.

—Las relaciones familiares son tempestuosas a veces, y ser testigo de una pelea familiar no es una actividad que me complazca, puedo asegurártelo.

—¿No fue una comida agradable? —Carter guio a su antiguo mentor hasta una mesa situada junto al ventanal que daba a la calle.

—Todo lo contrario. Geoffrey lucha con los sentimientos encontrados que le provoca Craig, éste está convencido de que su padre lo desprecia y Olivia se encuentra en medio, algo que dificulta las cosas aún más porque su amor de madre la inclina hacia el hijo, y eso el marido lo lleva fatal. Un auténtico barullo.

—Una jaula de grillos —dijo Carter, aludiendo al nombre de la casa.

—¿Te divierte jugar con las palabras?

—La asociación es tan evidente que no merece ningún halago. Bien, ¿has descubierto algo nuevo?

—Salvo que del matrimonio de Geoffrey y Olivia ya sólo queda la apariencia, no.

—¿No les va bien?

—No les va, pero no necesito decir que esta información es absolutamente confidencial.

—Por supuesto.

—Así que no, no hay nada nuevo por mi parte. Espero que por la tuya, sí.

—Algo hay. —Carter esperó a que la camarera les sirviera las dos cervezas que habían pedido y se alejara. Luego, se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. El sargento Campbell me ha contado que Ben Robinson tuvo problemas con un tal Zachary Gray.

—¿Quién es?

—Un joven del pueblo con muy mala reputación entre los vecinos que, al parecer, mantiene una relación amorosa con una de las doncellas de Cricket's Lodge.

—¿Y eso qué tiene que ver con Ben Robinson?

—Según el sargento, el jardinero tuvo un encontronazo con Zachary a cuenta del modo en que éste trata a la joven.

—¿Con cuál de las doncellas dices que está saliendo?

—Betty Simpson.

—La enferma.

—¿Qué enferma?

—Anoche nos sirvió la cena una camarera que no es la habitual, según pude entender. Parece ser que la tal Betty se encontraba mal. Intentaré enterarme de algo. Pero sigo sin comprender qué le iba en ello al jardinero. ¿Qué podía importarle el novio de la doncella?

—¿Dónde olvidaste tu sentido de la caballerosidad, Herbert? Si las relaciones entre Zachary Gray y Betty Simpson eran tormentosas, es posible que Ben Robinson interviniera para protegerla. El caso es que parece que le dio una señora tunda al tal Zachary, que agachó las orejas.

—Pero quizá no olvidó la humillación.

—Quizá.

—Hasta ahora —dijo Rush—, todo lo que he oído decir del jardinero es que era un buen hombre que no se metía en líos. Lo que cuentas demuestra que sí se vio enredado en alguno.

—Y no sólo eso.

—¿Hay más?

—He tenido la fortuna de conocer al joven Gray hace unos minutos, en este mismo pub. Ha entrado dando voces. Venía muy enfadado porque el reverendo le había obligado a pasar la mañana construyendo la caseta de la parroquia para la feria. Se ha tomado la primera pinta de un solo trago y las siguientes en dos o tres, y se ha vuelto a marchar con sus voces.

—¿Y?

—Calza botas militares.

—Vaya, esto se pone divertido.

—No demasiado —apuntó Carter.

—¿No es él?

—Nuestro amigo Zachary ha dado un traspié al salir y ha pisado en la tierra húmeda de los arriates. La huella de su bota coincide con las que se encontraron en el lugar donde Ben Robinson fue asesinado.

—¿Y eso no te parece interesante?

—¿Te sorprende que diga que no?

—La verdad, sí.

—La huella no tiene nada de especial. Puedes echarle un vistazo, si quieres.

Rush miró hacia la puerta, que alguien había abierto en ese momento. Desde la calle se coló una ráfaga de aire frío y húmedo que arrancó chispas de los troncos que ardían en la chimenea, al otro lado del pub. Meneó la cabeza y devolvió su atención a Carter:

—El día ha sido demasiado ajetreado y estoy exhausto. Será suficiente con que me lo expliques.

—Es como la de cualquier otra bota militar. Las hacen en serie y todas son iguales. Me he informado al respecto: Zachary Gray sirvió en

el ejército.

—En cualquier caso, eso no le exime de que podamos incluirlo entre los sospechosos. Así podrá hacer compañía al mendigo, cuya soledad en la lista aburre.

—Hum... —Carter dudó.

—¿Qué? ¿No te decides a incluirlo? Por lo que sabemos hasta ahora, entre el mendigo y él yo me quedo con Gray. Si la reputación que le precede es cierta, es bastante probable que sea un tipo de los que van buscando gresca y, además, tenía una razón para asesinar a Ben Robinson.

—Zachary Gray no cojea. Lo he visto caminar.

—¡Mecachis! —Rush se revolvió en el asiento—. Creo que estamos dándole demasiadas vueltas a esa cojera. Simularla es fácil. Lo imposible es lo contrario.

—¿Ser un tullido y pasar por un hombre normal?

—Exacto. Quizá pensamos en un lisiado como el mendigo, pero lo que de verdad tenemos es un asesino que se hace pasar por cojo.

—Lo cual excluiría al mendigo.

—Pero no a Gray, que podría haber simulado la cojera a fin de acusar al pobre indigente.

Carter ladeó la cabeza, en un gesto reflexivo, pero no contestó. Rush aspiró hondo. El aroma de la leña de manzano se mezclaba con el del pan que alguien estaba horneando en la cocina del pub. De fondo se oían los murmullos de los parroquianos y el calor de la chimenea llegaba hasta ellos en agradables oleadas. Se estaba bien allí. Mucho mejor de lo que cabía esperar y, sin embargo, se sentía inquieto.

—Su riña con Ben es un motivo probable —continuó—. Supongamos que detestaba al jardinero no sólo porque se interponía entre él y Betty Simpson, sino porque le dio una lección humillante.

—Pero ¿cómo pudo preparar la trampa? No podía saber que Ben Robinson pasaría por allí aquella mañana.

—Tal vez sí, si es que estaba rondando por Cricket's Lodge.

—¿Y llevaba un sedal en el bolsillo?

—Pudo cogerlo de Cricket's Lodge. —Charles arrugó la nariz—. Admito que no es fácil, pero sí posible.

—De acuerdo —aceptó Carter. Rush asintió y desvió la mirada hacia los cristales de la ventana, que empezaban a empañarse—, lo tomaremos en consideración. Lo que tenemos hasta ahora es lo siguiente: si pensamos en un tullido, podemos descartar a Zachary Gray. Si consideramos la posibilidad de que simulara la cojera para acusar al mendigo, podemos mantenerlo en la lista de sospechosos. En cualquier caso, Gray no es cojo. Esta tarde comenzaba a hacer eses por el alcohol pero, salvando eso, lo he visto caminar con presteza.

—Con la misma que parece llevar cierta señorita. —Rush señaló la ventana y Carter descubrió a Kate West en la acera de enfrente—. Parece que tu miss West está dando una vuelta por el pueblo.

—Y seguro que no será para hacer turismo. ¿Te importa si la invito a sentarse con nosotros?

—Claro que no. Será un buen entretenimiento volver a veros juntos. Pero agudiza tu ingenio y no arrastres la dignidad de nuestro sexo otra vez. Aunque, ¡qué demonios!, será divertido verte morder el polvo de nuevo.

Limpió el vaho de los cristales con la manga de la chaqueta y la vio detenerse con un respingo cuando oyó la voz de Carter, que la llamó desde la puerta. La joven se volvió lentamente. Rush creyó incluso que lo hacía con cierto recelo. Poco después, Kate West entraba en el pub, junto a su pupilo.

—Muchas gracias por aceptar nuestra invitación, miss West —la saludó levantándose y tendiéndole la mano—. Es un placer tenerla con nosotros.

—El placer es mío.

Su figura se recortó a la luz del atardecer que comenzaba a asomar tras la ventana. Rush entornó los ojos. Delgada, quizá demasiado, pero exquisitamente proporcionada. No podía objetar ni un pero al gusto de su pupilo.

—Enternecedor —dijo Carter—, pero mientras gozamos de este encuentro, ¿puede decirnos adónde se dirigía? Creo que el último tren para Londres sale a las seis y —Consultó su reloj—, de eso hace ya más de una hora. ¿Le apetece un té?

—No, gracias, tomaré una pinta.

Carter la pidió y luego se volvió hacia ella:

—¿Y bien?

Kate levantó las cejas y lo miró de forma interrogativa. Tenía el cabello alborotado por el viento y algunos mechones rojizos le caían por las mejillas. Rush se ratificó en su opinión, pues no había forma de rebatirla. La joven era bellísima.

—Y bien, ¿qué?

—¿Que adónde iba?

—Buscaba alojamiento. Me han hablado de un hostal muy cómodo, al final de esta calle.

—¿Pasará aquí la noche? Tenía entendido que viajaba desde Londres cuando sus servicios eran requeridos por sir Geoffrey.

—¿Eso tenía entendido, inspector?

—Es lo que usted misma me contó ayer por la mañana, mientras remábamos en Hyde Park. Claro que entonces todavía no sabía que trabajaba para él.

—Y así era, en efecto. Hasta hoy.

—Hasta hoy… —repitió Carter, dejando caer un prolongado silencio tras sus palabras.

—Ajá. He decidido que el viaje de ida y vuelta a Londres es demasiado cansado. De modo que pernoctaré en Brougharry.

—Y supongo que, mientras tanto, no tiene intención de salir por ahí a echar un vistazo y ver qué se cuece…

Kate entornó los ojos.

—¿Se refiere al asesinato del desgraciado jardinero?

—¿A qué otra cosa podría referirme, miss West, estando la pregunta dirigida a usted?

—Entiendo…

—¿Qué entiende?

—Que su preocupación por mi permanencia en Brougharry no era genuina. Me decepciona, señor Carter. Sinceramente creí que le inquietaba la posibilidad de que hubiera perdido el último tren a Londres.

Rush sofocó una carcajada y miró a Carter:

—¿Y bien?

—¿Qué? —preguntó él.

—Que es tu turno para dar explicaciones, Charles.

—Ya veo que te alías con el enemigo. —Carter se giró en el asiento y devolvió a Kate la larga sonrisa que ella le había dedicado—. No tenga la más mínima duda de que fue así. Sin embargo, lo que realmente me alarma son los problemas a los que pueda conducirla esa irrefrenable manía que tiene de meter la nariz en cualquier crimen que se le ponga por delante.

—¿Le asusta que llegue a una conclusión antes que usted?

Rush no se molestó en ahogar la carcajada en esta ocasión.

—Tal eventualidad no nos preocupa en absoluto, ¿verdad, Herbert?

—Tú sabrás. Yo prefiero seguir escuchando y observando.

—Eres un gran aliado.

—Entenderás que mi caballerosidad no puede desairar a esta dama.

—Un exquisito detalle por su parte, señor Rush.

—Que usted sin duda merece.

—Vale. —Carter extendió las manos por encima de la mesa—. Vale, lo he captado. Me ofreceré como víctima propiciatoria de vuestras burlas en otro momento, pero ahora tenemos un crimen entre manos. Podríamos volver a formar equipo, miss West.

—¿Me está pidiendo que colabore en el caso?

—La otra vez fue fructífero. Y divertido.

—¿Se divirtió usted conmigo, inspector?

—Muchísimo. Igual que usted conmigo.

Ella encajó el golpe con una sonrisa y Rush pensó que aquella joven tenía un talante deportivo digno del mejor espíritu británico.

—Cada vez me cae usted mejor —dijo el expolicía.

—Creo que a mí usted también.

—Y eso nos satisface, ¿verdad, Charles?

—Desde luego.

—Bien —dijo ella entonces, dirigiéndose a Carter—, acepto: trabajaremos juntos. ¿Qué saben?

—¿Qué sabemos nosotros? —Carter rio—. ¿Ves?, te dije que es una chica lista.

—Y lo suficientemente interesante —señaló ella—, al parecer, para ocupar sus conversaciones.

—Creo, querido amigo —Rush se secó con el pañuelo la espuma que le había quedado prendida del bigote—, que te has topado con la horma de tu zapato.

—También yo —admitió él—. Bueno, miss West, díganos, ¿qué hacía subida a aquella carretilla, además de buscar unas tijeras para podar?

Ella no respondió.

—¿No contesta? No hace falta. Yo se lo diré: husmeaba.

—No me gusta nada esa palabra, inspector, ni el tono peyorativo con que la utiliza.

—¿Y cómo le gustaría que describiera lo que hacía usted en el cobertizo?

—Sería mucho más apropiado expresarlo en términos más justos con la verdadera intención que me llevó hasta allí.

—¿Por ejemplo?

—El que busca, encuentra.

—Una sentencia bíblica muy interesante —intervino Rush—, pero que no responde a la pregunta de Charles.

—Para ser franca, no buscaba nada en concreto. Me llevó hasta allí una conversación que escuché hace unos días entre Betty Simpson y la señora Wright durante un receso en mi trabajo con sir Geoffrey.

—La novia de Gray.

—Gray es el joven que estaba ayudando al reverendo a montar la caseta de la parroquia esta mañana, ¿estoy en lo cierto?

—Lo está —contestó el expolicía.

—Un tipo dañino. Tengo entendido que la maltrata. —El silencio recorrió las tablas de madera de la mesa y Kate vio que los dos hombres se miraban—. ¿Qué? —preguntó.

—Que ya tenemos el motivo completo de Zachary Gray para haber asesinado a Ben Robinson —dijo Rush.

Kate lanzó a Carter una mirada inquisitiva.

—Al parecer, el jardinero dio una buena tunda a Gray por el

modo en que éste trataba a Betty Simpson.

—No hable en pasado, inspector. Sigue tratándola del mismo modo. La he visto esta mañana y tiene la cara llena de cardenales.

—Así que ésa es la enfermedad que le impidió servir la cena anoche —apuntó Rush.

—¿Anoche? El viernes, cuando me marché de aquí, Betty no tenía la cara como un saco de boxeo.

—Parece que Zachary Gray ha tenido un fin de semana ocupado. Primero matando a Ben Robinson y luego golpeando a su novia. Quizá ella sospechara de él y Gray la ha advertido con los puños.

—Sería una forma muy torpe de hacerlo.

—¿Y quién ha dicho que sea un joven inteligente?

—Habrá que tener una entrevista con Gray. Le pediré al sargento Campbell que lo cite en la comisaría y veremos cómo se explica el muchacho. Y, mientras tanto —Carter se volvió hacia Kate—, ¿podríamos conocer la naturaleza de esa conversación entre la señora Wright y Betty Simpson?

—Fueron varios los asuntos de los que hablaron y ninguno de ellos resultó agradable de escuchar. Al parecer, últimamente Betty no está atendiendo su trabajo con la debida diligencia y, además, vuelve demasiado tarde a casa los días que libra. Por el comentario de la señora Wright, creí entender que no trata con buenas compañías. Me imagino que se refería a ese tal Gray.

—Supongo que sí —dijo Carter— y, por lo que cuenta, parece que Ben Robinson no era el único que las reprobaba.

—¿Y qué tiene que ver esa conversación con su visita al cobertizo, miss West? —preguntó Rush.

—Oh, eso... Fue algo que la señora Wright dijo de pasada, pero que a Betty pareció incomodarla. Me dio la impresión de que la doncella se sorprendió al saber que la cocinera conocía su secreto.

—¿Y cuál era el secreto?

—La señora Wright le advirtió de que Ben se enfadaría si descubría lo que Betty estaba ocultando en el cobertizo sin consultarle.

—¿Y qué era lo que ocultaba?

—Eso es precisamente lo que intentaba averiguar cuando ustedes dos me interrumpieron.

—Suena a reproche —bromeó Carter, dirigiéndose a Rush—, quizá deberíamos disculparnos por haber impedido su labor detectivesca.

Ella lo miró con los ojos entornados durante unos segundos y un hoyuelo se le marcó en la mejilla. Carter volvió a preguntar sin dar tiempo a la joven de apuntillarlo con alguna de sus agudas respuestas:

—¿Ha vuelto por allí después?

—No he tenido ocasión.

—¿Pero sospecha de qué puede tratarse?

—No, señor Rush. Lo cierto es que no tengo ni idea, pero pensé que valía la pena intentar averiguarlo.

—Y quizá la valga —dijo Carter—. Mañana echaré un vistazo.

—¿Me comunicará de qué se trata si lo encuentra, inspector?

La mirada de él adivinó una nueva maldad.

—No sé si podré hacerlo, miss West. Se trata de una investigación policial.

—Oh, vamos, señor Carter. ¿No se supone que formamos un equipo?

—¡*Touché*! —admitió él.

—Bien, entonces puedo acompañarlo mañana cuando vaya a registrar el cobertizo.

—¿Pero no tiene una cita con sir Geoffrey?

—No. Dadas las circunstancias, ha considerado que lo más apropiado sería interrumpir nuestro trabajo durante unos días.

—Creí entender que se quedaba a pasar la noche en Brougharry para evitarse el viaje de ida y vuelta a Londres...

Ella se sonrojó.

—Esta vez la he pillado. Admítalo.

—¿Me dejará acompañarlo al cobertizo?

—¡Qué remedio! Se presentará allí sí o sí.

—Entonces, de acuerdo. Lo admito. ¿A las nueve en Cricket's Lodge?

—A las nueve en Cricket's Lodge —concedió Carter.

Los dos hombres la vieron marchar. Cuando ella hubo salido, Carter la siguió hasta la puerta y estuvo observándola hasta que llegó al hostal. Luego volvió junto a Rush.

—De modo que estuviste con ella en el Serpentine... Un bonito lugar al que suelen acudir los enamorados.

—No estamos enamorados.

—No..., aún no.

Carter se sonrió.

—Me gusta esa joven, Charles. Me gusta mucho. Me recuerda a alguien que no logro identificar, pero que evoca un dulce regusto en la memoria. ¿Seguro que no tenéis...?

—¿Una relación? —Carter acabó la frase por él.

—Discúlpame, no quisiera entrometerme en vuestros asuntos.

Carter volvió a sonreír.

—Tuve que mandar un agente a su casa y hacerle creer que debía llevarla a la comisaría para conseguir una cita.

—¿Cómo?

—Es un hueso duro de roer. Ahí donde la ves, tras esa cara de

ángel y la suave mirada con que te observa, es tozuda como una mula mal domada. Por más que lo intenté, siempre se negaba a aceptar una cita conmigo.

—Tal vez nos hemos equivocado y no esté interesada en ti.

Carter torció el gesto.

—¿Y dices que le gusta husmear?

—¿Gustar? La enloquece. Considera la resolución de un crimen como un reto para su inteligencia; y es enormemente inteligente, de modo que no se puede resistir a aceptarlo —Hizo una breve pausa— y ganarlo.

—¿Y fue así como la conociste, resolviendo un crimen?

—Sí.

—De modo que estuvisteis jugando a detectives.

—Algo así.

Rush se acomodó en la banqueta, sonrió y dio un largo sorbo a su pinta de cerveza. Por fin atisbaba en el horizonte algo bueno de aquella visita.

CAPÍTULO 14

1

Despard se levantó y removió los leños en la chimenea. Eve, su esposa, apartó la mirada de su labor de calceta.

—Déjalo, William, no avives el fuego.

—Va a apagarse.

—¿Cómo que va a apagarse? Me arden las mejillas.

—Pues yo tengo frío.

Ella abandonó su labor sobre el regazo.

—¿Es que quieres salir?

—Esa joven que te ayuda con la casa es muy descuidada. No hay leños de repuesto.

—Doris es una muchacha muy trabajadora y hay troncos suficientes para dos días.

—La noche está muy húmeda y quiero dejar el fuego encendido. Necesitaremos más.

Eve resopló.

—De verdad, estás enfermo. ¿A quién crees que vas a sorprender en nuestra leñera? No hay nadie ahí fuera a quien puedas espiar. Son las once de la noche, por Dios. Todo el mundo está en casa a estas horas.

Él colgó el atizador en su gancho y miró a su esposa.

—Te he dicho que sólo quiero traer más leña. No pretendo nada más.

—Bien —Ella se encogió de hombros—, date un paseo y enfríate de verdad, pero luego no te quejes si tienes que pasar una semana en cama. Y será una semana muy dura, porque no pienso contarte nada de lo que ocurra en Brougharry.

Despard salió del saloncito sin contestar, mientras su mujer volvía a su labor de calceta. Ella no entendía nada. Mantener vivo el fuego del hogar era cosa de hombres. Siempre lo había sido. Abrió la puerta de la cocina y salió al jardín trasero. Un soplo de brisa helada le golpeó en la cara. Él tenía razón. La noche era muy húmeda y bastante oscura. Pensase lo que pensase Eve, necesitaban aquella leña extra. Por la mañana se alegraría de encontrar el saloncito caliente y él se daría el gusto de recordarle a quién se lo debía.

Estiró la mano para encender la luz de la puerta trasera, pero la retiró antes de alcanzar el interruptor. No la necesitaba para llegar a su propia leñera. Él mismo la había construido y se había asegurado de que la madera almacenada siempre permaneciera seca. El único error había sido situarla al fondo del jardín. Consideró la idea de trasladarla hacia la parte delantera cuando llegara el buen tiempo.

Seguramente Eve le acusaría de hacerlo para poder tener ocasión de echar un vistazo a la calle, pero no le importó. Eve y los vecinos de Brougharry estaban muy equivocados respecto a sus intenciones. Eran unos malpensados, algo que el reverendo Bradley debería afear en uno de sus sermones. Llegó hasta la leñera y pensó que un par de tocones bastarían. Tanteó a oscuras entre la madera y eligió dos al azar. Luego se giró para volver a la casa, pero antes miró a su alrededor. Pese a que no lo reconocería ante Eve, su mujer tenía razón: no había nadie. Incluso las contraventanas de la señora Hill seguían atrancadas y Despard se preguntó cuándo volvería de Escocia.

Nelson gruñó y Wellington levantó las orejas. Despard siguió la dirección en la que los perros miraban.

—¡Chist! —les ordenó.

Los perros se colocaron uno a cada lado, en silencio. Despard buscó la sombra de la leñera y se acercó hasta la valla que separaba su jardín del bosque. Entre los árboles, distinguió la figura de un hombre. Caminaba a buen ritmo y sus zancadas podían oírse sin problemas. Despard se preguntó quién sería. No podía verle la cara: no a esa distancia y con la noche tan oscura. El desconocido pasó a unos metros de él sin ni siquiera notar que estaba allí. Despard dejó los tocones en el suelo y rodeó la leñera. Cuando alcanzó el otro lado, maldijo su suerte. El tipo se alejaba, pero antes de perderlo de vista le vio golpear el tronco de uno de los árboles con el puño. Gimió, pero no se detuvo y continuó andando hasta desaparecer entre las sombras.

Los perros se movieron inquietos y Despard les pasó la mano por el lomo. Recogió los tocones y volvió a la casa. ¿Quién era el hombre al que había visto? No había podido reconocerlo por la figura y eso le contrariaba. En cualquier caso, estaba decidido a no contarle nada a Eve. Aún se sentía herido por las feas acusaciones que realizaba constantemente sobre él. Volvió la cabeza antes de cerrar la puerta de la cocina. Eve tenía razón: a aquellas horas todos los vecinos deberían estar en casa. Se preguntó si el hombre que había visto no sería uno de los feriantes. Chasqueó la lengua disgustado. Sorprender sin sorprender era como ofrecer un caramelo a un niño y luego no dárselo.

Cerró la puerta y los perros le precedieron en su camino de vuelta hacia el salón.

2

Después de cenar, Geoffrey, Olivia y Rush pasaron la velada en la biblioteca. Rush se sentía incómodo. Geoffrey y Craig habían tenido otra bronca que terminó cuando el padre arrojó sobre el hijo una

figurilla de bronce que representaba a un soldado de caballería en plena carga. Afortunadamente sólo rompió un cristal, pero, pese a que el matrimonio guardaba las apariencias, los ánimos estaban caldeados. Rush aprovechó la insólita quietud en la que se habían sumido para observarlos. Reconoció en ellos a los viejos amigos que, incluso sin que ellos mismos pudieran percibirlo, aún se amaban y respetaban. Olivia se retiró poco antes de las nueve y media. Geoffrey aguantó algo más, pero no mucho. Poco después de que el reloj de pared diera las diez, dijo que se sentía somnoliento y se levantó para marcharse. Rush lo acompañó hasta la puerta y lo vio subir las escaleras, renqueante. Luego volvió a la biblioteca. Tenía demasiadas cosas en que pensar y prefería hacerlo ante un buen fuego y acompañado de una nueva copa de jerez.

Había dejado de llover, aunque el viento azotaba las contraventanas. Cuando el reloj de la entrada dio la última campanada de las once, Rush decidió subir a acostarse.

La casa estaba en silencio y oscura, salvo por la línea de luz que se colaba por debajo de la puerta de Craig. Rush tocó suavemente. Quería darle las buenas noches y comprobar cómo estaba. Entonces la señora Wright apareció a su lado, como por ensalmo. Tenía el pelo revuelto y respiraba con dificultad.

—Señor Rush… —Su voz se agrietó en un lamento que ahogó antes de que pudiera llamar la atención de alguien más—. Ha ocurrido algo terrible.

Rush se acercó a ella y le cogió las manos. Estaban heladas.

—¿Qué ha pasado?

—Betty ha vuelto a romper el luto y se ha escapado. Lo descubrí después de la cena. Creí que volvería pronto, pero no lo hizo y empecé a preocuparme hace un rato. Pensé que si Adam se enteraba, no tendría más paciencia con ella y esta vez la despediría, así que salí a ver si la encontraba por el camino.

La cocinera se detuvo para coger aire y Rush vio que una gruesa lágrima le resbalaba por las mejillas.

—¿Qué ha ocurrido?

—No está muy lejos.

—¿Betty?

La mujer negó con la cabeza.

—Su cadáver. No he querido avisar a Adam. Pensé que estando usted aquí, que ha sido policía…

—Ha hecho bien. Baje a la cocina y prepárese un té. No diga nada a nadie hasta que yo vuelva.

Rush se volvió hacia la habitación de Craig, pero se detuvo. La luz seguía encendida.

—¿El señorito Craig se encuentra bien? —preguntó la cocinera a

su espalda.

—Sí. —Rush se giró y la tomó del brazo—. Vamos.

Salió de la casa y se adentró por la estrecha vereda que la señora Wright le había indicado. El cuerpo de Betty Simpson reposaba a una media milla de Cricket's Lodge, lánguido sobre la tierra húmeda. Iluminado sólo por el tenue resplandor de la linterna que había llevado consigo, no parecía un cadáver sino el cuerpo de una joven que dormía apaciblemente. La realidad era muy diferente. Cuando le tomó el pulso no encontró vida en aquel aparente sueño, pero su cuerpo aún estaba caliente. No hacía mucho que la habían asesinado. Miró el reloj. Eran las doce menos cuarto. Aquélla forma de morir era muy distinta a la de Ben Robinson, aunque el resultado fuera el mismo. Betty Simpson yacía indemne, salvo por unas marcas encarnadas que le coloreaban la piel alrededor de la nariz y la boca.

Se levantó, giró sobre sí mismo y estudió el terreno que circundaba el cuerpo y que llegaba a iluminar con la linterna. Encontró algunas huellas que rodeaban el cadáver; botas militares de un hombre que cojeaba. Aquello le planteó más preguntas que respuestas. Las siguió con la vista hasta donde alcanzaba la luz de la linterna y vio que se alejaban por el camino, en dirección a la carretera comarcal, donde sin duda se perderían de nuevo sobre el asfalto. Junto a ellas, corría paralela la marca de un bastón de punta afilada.

La luz de un rayo rasgó el cielo y recorrió el cuerpo de Betty, iluminándolo durante unos instantes para dejarlo de nuevo envuelto en la oscuridad. Comenzó a llover y Rush se limpió la cara con la manga de la chaqueta. Iluminó el rostro de la joven y le cerró los ojos mientras se preguntaba si habrían sido las mismas manos que acabaron con Ben Robinson las que habían asesinado a Betty Simpson. Volvió a Cricket's Lodge por el camino, que comenzaba a enlodarse, y telefoneó a Charles Carter. Para cuando el inspector llegó, toda la casa se encontraba en pie.

CAPÍTULO 15

1

—¡Pobre chica! —Charles habló con voz queda. Estaba agachado junto al cuerpo de Betty Simpson—. Parece que el asesino utilizó el método Burke para asesinarla.

Rush asintió. Él también había pensado en ello.

—Sus últimos momentos debieron de ser angustiosos.

—La muerte por asfixia siempre lo es. —Carter se incorporó y observó el cadáver desde arriba. Estaba empapado y tumbado en un lecho de barro—. ¿Crees que los dos crímenes están conectados?

—La forma de asesinarlos es tan diferente que hace dudar. Sin embargo, las dos muertes tienen un punto bastante obvio en común.

—Ambos pertenecían al servicio de Cricket's Lodge.

—Empiezo a preguntarme si los temores que Geoffrey me transmitió a mi llegada no tendrán cierta base. ¿Crees que estas muertes son una advertencia para él?

—Es posible. —Carter se volvió e iluminó a su alrededor con la linterna—. Las mismas huellas de botas militares, la cojera...

—Y en esta ocasión, tenemos claras las marcas del bastón. —Rush señaló una de ellas, que comenzaba a borrar la lluvia—. Se alejan hacia la carretera comarcal.

—Pertenecen a un bastón con punta de acero —dijo Carter—. Lo cual no aclara nada. Mucha gente posee uno de este tipo.

—William Despard, sin ir más lejos.

—¿El vecino colaborador que descubrió el primer asesinato?

Rush torció la cabeza y miró a Charles con ojos burlones.

—No creo que él sea el asesino —dijo.

—¿Y los Dawes?

—Estás de broma, supongo.

—Bueno..., tienen varios bastones con la punta de acero en Cricket's Lodge.

—¿Hablas en serio? —Rush arrugó el ceño—. ¿De veras crees que Geoffrey anda por ahí matando a gente?

—Recuerda que también cojea. Lo he visto caminar renqueando.

—Por Dios, Charles. La ciática lo maltrata y, sí, según dijo, en ocasiones no puede valerse sin la ayuda de un bastón, pero de ahí a creer que pueda...

—Herbert... —Carter lo apaciguó con un gesto de la mano—, fuiste tú quien me enseñó a no desdeñar ningún detalle, por muy nimio que fuera, ni a desestimar ninguna posibilidad, por muy inverosímil o desagradable que pareciera.

—No estoy defendiendo a Geoffrey porque sea mi amigo.

Rush aspiró una bocanada de aire y se volvió hacia Cricket's Lodge, cuyas ventanas iluminadas destacaban en la oscuridad de la noche. El viejo policía cerró los ojos un instante y reflexionó sobre la posibilidad de que su propio amigo lo hubiera hecho venir por motivos falaces. Sin embargo, desechó la idea. No podía creer que fuera un asesino.

—¿Y las huellas? —Carter dio unos pasos por el camino, en dirección a Cricket's Lodge—. Has hablado de las que se dirigen a la carretera comarcal, pero no de éstas. —El pequeño foco de la linterna de Carter iluminó los restos de unas pisadas, prácticamente borradas por la lluvia—. Vienen de allí. De Cricket's Lodge.

—¿Qué huellas? No se distingue nada. La lluvia las ha borrado. Eso que señalas puede llevar ahí días.

—¿No estaban cuando tú llegaste?

—No me fijé. Vi las que rodeaban el cadáver y se alejaban de él en dirección a la carretera, pero ésas...

—Éstas estaban aquí, pero no quisiste verlas.

—¡Charles!

—No, Herbert. Sabes que jamás me apresuro en mis conclusiones, pero no dejaré de tener en cuenta ningún aspecto sólo porque ataña a los Dawes.

Rush se acercó a su expupilo y lo agarró por el brazo.

—Geoffrey casi no puede moverse, Olivia no tendría fuerza para cometer un crimen como éste y Craig estaba en su cuarto.

—¿Lo viste?

La luz de otro relámpago iluminó el rostro de Carter. Tenía los labios apretados, como si estuviera intentando no ir más lejos de lo que ya había ido. Luego el resplandor se apagó y fue sustituido por un trueno.

—No —contestó Rush.

—¿Qué?

—Que no. —Levantó la mirada y volvió a posarla en aquellos ojos, ahora fríos y distantes, tal y como correspondía a un investigador imparcial—. No lo vi. No entré en su cuarto —admitió.

—Entonces tu testimonio no me sirve.

Rush se volvió hacia el cuerpo de Betty. Observó el bulto envuelto en oscuridad. Estaba dispuesto a poner la mano en el fuego por Geoffrey, pero Charles tenía razón. Debía mostrarse ecuánime. También debía estarlo para admitir cualquier posibilidad, por muy odiosa que le pareciera.

—El mendigo es otra alternativa que no debemos perder de vista. Dijiste que el señor Despard había mencionado que se apoya en un garrote, ¿no?

Rush asintió.

—La doncella no lleva ninguna alhaja. ¿No te parece extraño en una joven bonita que sale a disfrutar de un rato de asueto?

—¿Estás sugiriendo un robo o intentando poner paz?

Charles se encogió de hombros.

—A Ben Robinson le robaron, es posible que a ella también.

Rush se volvió hacia él.

—Deberíamos buscar a ese mendigo y ver qué tiene que contarnos.

—Lo haremos. Resolveremos el caso y quizá la solución no resulte tan terrible como imaginas ahora. Volvamos a la casa. Quiero empezar a conocer la verdad.

Charles le tendió la mano. El apretón fue recio, pero amistoso. Rush hizo un gesto con la cabeza en dirección a Cricket's Lodge.

—Vamos —dijo—, yo también quiero conocerla.

2

Reunieron al servicio en la cocina y les dejaron allí, en compañía del agente Evans. Geoffrey y Olivia aguardaron en la salita de mañana, mientras que a Craig se le permitió quedarse en su cuarto por deferencia a su lesión. Mientras tanto, Carter y Rush comenzaron los interrogatorios.

—Sé que no es un buen momento, especialmente para usted, señora Wright. No voy a importunarla con el descubrimiento del cadáver, del que el señor Rush ya me ha puesto al día. Sin embargo hay otras preguntas que debo hacerle.

Carter observó a la cocinera. Aunque hacía esfuerzos por permanecer tranquila, se veía a la legua que estaba muy nerviosa. Se agarraba a un pañuelo como si fuera el salvavidas que un náufrago encuentra tras el hundimiento de su barco. La mujer asintió y se sonó la nariz.

—Quiere usted que le hable de Betty, ¿no es eso? —dijo.

—Necesito que lo haga —contestó Carter—. Pero no sienta que la traiciona. Nada de lo que nos cuente puede perjudicarla ya y, sin embargo, quizá nos sea de ayuda para encontrar a su asesino.

—Era una buena chica, pero pecaba de imprudente.

—¿En qué sentido?

—Sabía que era guapa y eso fue lo que le causó mayores contratiempos. Más le valdría haber sido fea y no acabar así.

—¿Está sugiriendo que murió por ser bonita? —Rush no ocultó su perplejidad.

—No sé si sería apropiado expresarlo de esa forma, pero estoy segura de que, al final, la belleza de la que se sentía tan orgullosa ha

sido la que ha causado parte de su desgracia.

—¿Cómo?

—Betty no utilizaba su atractivo como es de esperar en una joven recatada y hecha a los usos. Le afeé esa conducta muchas veces, así como la costumbre que tenía de gastar dinero en vestidos nuevos, bisutería y escandalosos polvos de maquillaje, pero nunca me escuchó. Disfrutaba demasiado luciéndose. Era coqueta, muy presumida y bastante frívola. Dios me perdone por hablar así de ella, ahora que está muerta —se lamentó—, pero bien sabe Él que le advertí cientos de veces sobre los hombres. Se sienten inseguros cuando ven que están siendo manipulados y, si no saben dominarse, eso les vuelve muy peligrosos.

—¿De qué modo utilizaba a los hombres?

—Llevaba un tiempo saliendo con Zachary Gray. Seré franca con ustedes: es un joven que me disgusta profundamente, pero Betty no se anduvo con ñoñerías cuando se encaprichó de él y se lo quitó a la pobre Rachel.

—¿Qué Rachel?

—Rachel Ward, una joven de Brougharry. Trabaja para los Hughes. Es una chica modosa y recatada. Tampoco entiendo cómo ella pudo enamorarse de Zachary, pero lo cierto es que jamás le perdonó a Betty que fuera la causa de su ruptura con él.

—Y ahora que salía con Zachary Gray, ¿continuaba tonteando con otros hombres?

—No puedo asegurarlo, inspector, pero supongo que sí. La cabra siempre tira al monte.

—¿Con qué hombres?

—Eso no lo sé. Ni siquiera estoy segura de que lo hiciera, aunque era algo que Zachary le reprochaba constantemente y la causa de que riñeran con tanta frecuencia estos últimos meses.

—¿La golpeaba? ¿Era ésa la enfermedad que le impidió servir la cena la otra noche?

—Sí, señor. Rompió el luto por Ben y salió sin permiso. Al volver, tenía una contusión en la mejilla y los ojos irritados por el llanto.

—¿Y qué ocultaba Betty en el cobertizo del jardín?

—¿Cómo saben eso?

—No importa cómo. ¿Puede contestar a la pregunta?

—No lo sé, señor Rush. Siempre pensé que eran cartas de amor o algo por el estilo que Betty quería ocultar a los ojos de Ruth.

—¿Nunca intentó averiguarlo?

—¡Claro que no! Todo lo que hice al respecto fue advertirle de que a Ben no le gustaría descubrir que utilizaba el cobertizo para ocultar objetos personales, pero jamás habría violentado su privacidad. Aunque tal vez —La cocinera enjugó una lágrima y

levantó los ojos enrojecidos hacia Carter y Rush—, si lo hubiera hecho, Betty aún estaría viva.

Carter movió la cabeza de un lado a otro.

—Eso nunca podremos saberlo, así que no se torture por ello. Ahora váyase a descansar. Por hoy ya ha tenido suficiente y mañana será un día largo.

—¿Una antigua novia despechada? —preguntó Rush cuando la cocinera salió—. ¿Crees que puede haberla matado la tal Rachel Ward?

—No. Se necesita demasiada fuerza para asesinar a alguien al modo Burke, y, además, están esas huellas de botas militares, ¡otra vez! ¡Qué demonios! Me tienen loco las dichosas botas y el bastón.

—Un bastón de punta afilada —añadió Rush.

—Lo cual ya hemos decidido que no nos dice mucho.

—Charles..., si las pruebas apuntan en algún momento a Geoffrey, estoy dispuesto a seguirlas.

—¿No me las ocultarás?

—¿Crees que lo haría?

—Es tu amigo.

—Tú también.

—Pero en este caso, es él el que podría acabar en la horca.

—Confiemos en que no. De cualquier forma, hay que llevar esta investigación adelante. ¿Seguimos?

—Sí. Quiero hablar ahora con Ruth Flox. Por cierto, ¿mandaste un agente a la caseta?

Rush asintió.

—Luego iremos a echar un vistazo. Ahora veamos si Ruth nos cuenta algo que corrobore la sospecha de la señora Wright. En principio, no descarto su idea de que se haya tratado de un crimen pasional.

—Voy a buscarla —dijo Rush, que salió camino de la cocina.

—Buenas noches, Ruth. Siéntese y no tenga miedo. Sólo queremos hacerle algunas preguntas que tal vez nos ayuden a esclarecer la muerte de Betty Simpson. ¿Se encuentra preparada para responderlas?

La joven asintió y Rush sonrió bajo el bigote. Charles Carter sabía cómo plantear desde el principio un interrogatorio.

—Bueno —continuó—, entonces, cuénteme. ¿Se llevaban bien usted y Betty?

—No nos llevábamos mal, señor, aunque era un poco mandona y siempre conseguía que hiciera parte de su trabajo.

—¿Y eso no la molestaba?

—A veces sí, claro, porque yo tengo mis propias tareas y hay días

en los que no doy abasto, pero ella siempre se las arreglaba para que le echara una mano con las suyas. Tenía un don para lograr que la gente hiciera lo que deseaba. Pero luego sabía cómo compensarte.

—¿La resarcía del trabajo extra con que la cargaba?

—¡Oh, sí! A veces me hacía regalos y siempre que deseaba desprenderse de un vestido o unas medias, me los daba a mí.

—De modo que también era generosa.

—Sí. Aunque pueda parecer que me regalaba lo que le sobraba, no siempre era así. En ocasiones me hacía otros regalos. —Ruth guardó silencio unos segundos, como si reflexionara. Luego miró a Carter—. Betty solía tratarme como si yo fuera una pobre muchacha ignorante del mundo, y hasta cierto punto tenía razón al pensar así de mí, y bien que se aprovechaba de ello; pero era una buena chica.

—¿Eran ustedes buenas amigas?

—Lo normal. Ni mucho ni poco.

—Lo normal —repitió Carter.

—Sí —dijo ella—, creo yo.

—¿Salían juntas en sus tardes libres?

—Nunca. Nuestras tardes libres no coincidían, pero, aunque lo hubiesen hecho, no creo que Betty hubiera querido tenerme a su lado.

—¿Por qué?

—Supongo que porque no le habría gustado que viera lo que hacía.

—¿Y qué hacía? —preguntó Carter.

—Tonteaba demasiado con los hombres. Se acercaba a ellos y les decía cosas que una chica...

—¿No debería conocer? —bromeó Rush.

Carter le hizo un gesto y Rush se calló.

—Pero, ¿cómo sabía todo eso de Betty si no la acompañaba?

—A veces ella me lo contaba.

—Así que se hacían confidencias.

—En ocasiones, aunque siempre tuve la impresión de que Betty exageraba las cosas sólo para hacerse la entendida. Le gustaba aparentar que era una mujer de mundo, pero creo que sólo era una chica espabilada.

—¿Le habló Betty alguna vez del secreto que ocultaba en el cobertizo de Ben?

—¡Oh, sí! Su cajita de metal.

—¿Qué cajita de metal? —preguntaron Carter y Rush al mismo tiempo.

—Nunca supe qué contenía, pero Betty decía que allí guardaba todo lo que necesitaba para marcharse de Brougharry.

Carter ladeó la cabeza.

—¿Es que quería abandonar Cricket's Lodge?

—Bueno…, no lo sé con seguridad, pero creo que ella y Zachary habían planeado fugarse. ¿Saben que ella le daba dinero?

—¿A Zachary Gray?

—Sí. Al menos eso es lo que me contó hace algún tiempo, aunque últimamente parecían haberse distanciado.

—A propósito del dinero —dijo Carter—, ¿no le parece que Betty tenía demasiado? Todos esos vestidos que compraba y los regalos que hacía, más lo que entregaba a Zachary Gray…

—Me lo he preguntado muchas veces, señor. Y también se lo pregunté a ella en más de una ocasión, pero Betty se reía. Decía que era muy fácil sacárselo a los hombres. Se creía muy lista, aunque luego ella le ofrecía ese dinero a otro hombre. ¿No le parece un disparate?

—Por lo menos, imprudente.

—Algo se traía entre manos.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Rush.

—Ayer por la mañana, cuando la señora Wright subió a consultar con Adam el menú del día, yo estaba recogiendo las azucenas que la señora había dejado en remojo en la cocina la noche anterior y Betty se acercó por detrás, de puntillas. No sabe el susto que me dio. Derramé el agua y puse el suelo de la cocina perdido. Iba a decirle que tendría que recogerlo ella, pero me agarró por el brazo y me llevó hasta la despensa. Estaba muy agitada. Se llevó los dedos en cruz a los labios y los besó con rabia. Le pregunté qué le pasaba y me hizo prometerle que espabilaría. Dijo que las jóvenes como nosotras no éramos nada para nadie y que teníamos que aprender a valernos por nosotras mismas. No entendí lo que quería decirme, señor, así que se lo pregunté, pero lo único que contestó fue que Brougharry se despertaría muy pronto una mañana y se quedaría atónito. Imaginé que se refería a su fuga con Zachary.

—¿Está segura de eso, Ruth?

—No —admitió la joven—, no lo estoy; pero ayer se comportó de forma muy extraña. Después de fregar la loza, subió al cuarto y estuvo escribiendo una carta. Me pidió que la echara al correo, porque esa tarde no pensaba bajar a Brougharry. Supongo que por lo de su labio y las marcas en la cara. Pero había quedado con Zachary en el viejo cobertizo de la granja Middleton. Le guardé el secreto y ahora me arrepiento. Si le hubiera contado a la señora Wright que Betty pensaba salir, quizá no habría muerto.

—Eso no podemos saberlo. No se atormente por ello. Dígame, ¿dónde está la granja Middleton?

—A unas dos millas de aquí. Está abandonada desde hace muchos años y casi nadie pasa por allí, así que es un lugar ideal para los enamorados.

—Ya veo... ¿Y la carta?

—¿Qué?

—¿Sabe a quién iba dirigida?

—No. Yo tendría que haberme escapado para echarla al correo, porque, ya sabe, estamos de luto y no podíamos salir, pero temía que la señora Wright lo descubriera, así que le sugerí a Betty que se la entregara a Tommy Holter cuando viniera a traer las verduras que habíamos encargado en el colmado.

—¿El que está en la calle principal de Brougharry? —preguntó Rush.

—Sí, señor. Cricket's Lodge se surte allí y por eso a nosotras nos hacen algunos descuentos. Era donde Betty compraba las telas con las que se confeccionaba vestidos.

La joven se echó a llorar.

—Ay, señor —sollozó—, ¿qué está pasando en esta casa? Ya me da miedo estar aquí. Todo funcionaba tan bien... y desde hace tres días el mundo se ha puesto patas arriba. Ben y Betty han muerto, la señora deambula por la casa como un espíritu en pena, a sir Geoffrey parece que va a darle una apoplejía en cualquier momento y el señorito, con ese humor tan negro que se le está poniendo, es capaz de quedarse cojo para siempre si no se calma y deja de andar arriba y abajo por la casa.

—Creí que no salía de su cuarto —dijo Charles.

—Y no lo hace casi nunca, pero él y sir Geoffrey están enfadados, y han dejado de hablarse. No pierden oportunidad para reñir y el señorito va a enfermar a cuenta de los disgustos. Ayer casi no comió durante el almuerzo y tampoco cenó. Me ofrecí a subirle algo para picar, pero me dijo que no quería tomar nada. Es demasiado orgulloso y la señora se disgustó. La oí decir que acabaría por desarrollar una anemia perniciosa, aunque... —Ruth se detuvo y miró a los hombres con timidez.

—¿Sí? —Rush levantó una ceja.

—Si no les ofende mi comentario, no creo que llegue a enfermar. El señorito Craig no es tan fuerte de carácter como pretende mostrar.

—¿Y cómo es eso?

—Porque baja a escondidas a la cocina y come cuando cree que nadie lo ve.

—Bien —dijo Rush, viendo que la conversación derivaba hacia cotilleos del servicio—, creo que ya podemos dar por terminada nuestra charla, ¿no te parece, Charles?

—En efecto. Muchas gracias por su ayuda, Ruth. Ahora vuelva a la cama y trate de dormir un poco. Mañana será un día duro para esta casa.

—Gracias, inspector, lo intentaré. Aunque no creo que vaya a

resultarme fácil.

—«¿Creo que ya podemos dar por terminada nuestra charla?». —Carter miró a Rush desde el otro extremo de la habitación, cuando la doncella salió.

—¿No lo habíamos hecho?

—No. Has puesto fin al interrogatorio porque la chica empezaba a contar chismorreos. Antes has dicho que seguirías la investigación, llevase a donde llevase. ¿Por qué temes que me entere de algo que pueda afectar a tu amigo?

—No es eso —protestó Rush.

—A mí me ha parecido que era exactamente eso.

Rush se dejó caer sobre uno de los sillones y respiró hondo.

—No me gusta nada lo que está ocurriendo.

—A mí tampoco. ¿Qué es lo que sospechas?

El viejo policía negó con la cabeza.

—Nada, te lo aseguro. Todavía nada, quizá porque me da miedo hacerlo.

Carter le puso la mano en el hombro para confortarlo.

—¿Interrogamos al mayordomo?

Rush asintió.

—Iré a buscarlo.

—Aguarda, antes quiero averiguar qué demonios esconde esa dichosa cajita. Vamos al cobertizo.

Encontraron al agente Evans apostado a la puerta. Rush sonrió a espaldas de Carter cuando éste se encaramó en la carretilla sobre la que habían sorprendido a miss West. Le gustaba aquella chica. Le había caído bien desde el principio y la consideraba un buen partido para su pupilo. No obstante, se dijo que debía preguntarle qué había ocurrido con Patricia Lodwock, la joven con la que había estado saliendo.

—¿Qué hay? ¿La encuentras?

—Sí, aquí está. —Carter se apoyó en la mano de Rush para bajar y dio un paso hasta situarse bajo la bombilla del cobertizo—. Veamos qué contiene.

—¡Caramba! —Rush no escondió su perplejidad—, ni siquiera yo, ahorrando medio año, llegaría a juntar esa cantidad de dinero.

—Es demasiado para una simple doncella. —Carter tomó un grueso fajo de billetes y deslizó los bordes por la yema del dedo pulgar.

—¿Y esto qué es? —preguntó Rush.

Bajo los billetes encontraron una cajita de joyería con la marca Fabergé estampada en letras doradas sobre la tapa. El expolicía silbó.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo—. Ábrelo.

Carter obedeció. Los diamantes de una gargantilla destellaron a la luz de la linterna. El policía la tomó con delicadeza y la extendió sobre su propia manga.

—¡Es preciosa! —dijo Rush—. Una deliciosa combinación de diamantes y zafiros engastados en plata.

—¿Y qué hace esto en una caja de latón de una doncella?

Los dos hombres se miraron. Era una pregunta cuya respuesta tendrían que encontrar. Carter la guardó en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió a la salida del cobertizo.

—Vamos, quiero saber qué tiene que contarnos el señor Baker.

CAPÍTULO 16

1

—Buenas noches, señor Baker.

—Buenas noches, inspector.

—Por favor, tome asiento.

—Supongo, Adam —dijo Rush—, que en esta ocasión no se mostrará tan remiso a participar en un diálogo provechoso para todas las partes.

El mayordomo mantuvo la cabeza alta, pero no evitó un ligero gesto de desagrado ante la ironía.

—Durante nuestra conversación previa, usted se jactó de hacer bien su trabajo y adelantarse a cualquier problema que pudiera surgir en Cricket's Lodge. Sin embargo, ya llevamos dos problemas bastante gordos y todavía no he encontrado en usted una ayuda digna de mención.

—Comprenderá, señor...

—No comprendo nada, salvo que usted probablemente estaba al tanto de ciertos asuntos relacionados con Betty Simpson que, tal vez, de haberlos conocido a tiempo, nos hubieran ayudado a evitar esta segunda muerte. Ahora quizá quiera hablarnos de ellos, señor Baker o, en palabras menos sutiles, lo que va a hacer es contestar a nuestras preguntas, le guste o no.

El mayordomo no pestañeó, pero miró Carter, quizá buscando un alivio que Rush no estaba dispuesto a concederle.

—Y ahí va la primera: ¿existía algún tipo de vínculo entre Ben Robinson y Betty Simpson que nos ayude a encontrar una relación entre ambos asesinatos?

—¿Se refiere usted a si había entre ellos una relación sentimental?

—Ese podría ser un patrón, pero no el único.

—No, señor. Entre ellos no existía ningún vínculo de ese tipo. La edad que los separaba era una frontera infranqueable para una relación romántica. Por otra parte, sus caracteres diferían demasiado como para considerar la posibilidad.

—¿Tenían personalidades incompatibles? —preguntó Charles.

—Depende de lo que el señor quiera insinuar con esa palabra. Ben era un hombre maduro, de naturaleza solitaria, que rozaba la misantropía. Llevaba en la casa toda la vida sin que jamás hubiera tenido que llamársele la atención por falta alguna. Betty, por el contrario, era una joven recién llegada, como quien dice, de carácter alegre y maneras afables, que se conducía en ocasiones de forma un tanto irreflexiva, aunque buena muchacha.

—¿Se llevaban bien?
—Que yo sepa, mal no.
—¿Y eso qué quiere decir, exactamente?
—Que no existía entre ellos tanta confianza como para mantener una buena o mala relación. Yo diría que era simplemente correcta.
—Quiere usted decir que se reducía, pues, a lo imprescindible.
—Así me lo parecía.
—¿En qué sentido era miss Simpson alocada e irreflexiva? —Charles cambió la dirección de las preguntas.
—Creo que son los signos de los tiempos. La juventud ya no es lo que era y, pese a que sus modales se ajustaban a los que se exigen en Cricket's Lodge, el ímpetu propio de su edad la llevaba a tomarse ciertas libertades que en otra época habrían sido inadmisibles.
—¿Por ejemplo?
—Escuchaba música en la radio de la biblioteca mientras limpiaba —dijo impertérrito.
Rush sonrió para sus adentros al considerar los hechos por los que aquel hombre seco y envarado calificaba a la infeliz Betty de alocada e irreflexiva y se preguntó qué opinaría de Sarah Doyle, la joven que limpiaba su casa, si supiera que ella además bailaba.
—Al señor le disgustaba tal comportamiento —continuó—, pero a la señora no parecía molestarle. Se reía cuando Betty era sorprendida en esa situación y decía que aquélla era una actitud que alegraba la casa, de modo que sir Geoffrey lo dejaba pasar.
—Y usted también... —aventuró Charles.
—¡Naturalmente! Si el señor lo permitía, ¿qué habría de objetar yo?
—No creo que podamos considerar eso como causa de asesinato.
—No, señor —contestó el mayordomo sin captar el tono jocoso de Carter—. Yo tampoco lo creo.
—¿Eso es todo? —preguntó Rush.
—Si no tienen nada más que preguntarme...
—Sí, señor Baker, claro que tenemos mucho más que preguntarle. Me refiero a que si escuchar la radio mientras limpiaba la biblioteca es toda la razón que puede dar acerca de la alocada e irreflexiva actitud de Betty Simpson.
—Soy un hombre al que repugna cualquier tipo de chismorreos y habladurías. Sin embargo, puesto que el señor parece inclinado a interesarse por ellos, no escatimaré esfuerzos en narrar detalles de la vida de Betty. ¿Qué quiere saber?
—Siento parecerle un fisgón, pero por fin empieza a comprender el tipo de aclaraciones que necesitamos. Y ahora, cuéntenos esos detalles.
—No creo que se tratara de ningún acto censurable. Betty era

simplemente algo alocada y demasiado joven para entender qué le convenía y qué no. Por ello, quizá, mantenía una relación de carácter romántico con un joven de Brougharry que no es demasiado recomendable, según cuentan.

—¿Según cuentan? ¿No lo conoce usted?

—Personalmente no, por supuesto. Nunca hemos sido presentados, pero ésta es una comarca pequeña en la que todo se sabe.

—¿Se sabe o se chismorrea, señor Baker? ¡No importa! —continuó Rush, antes de que el mayordomo tuviera oportunidad de responder—. Dígame, ¿qué tipo de joven es el novio de Betty?

—Se llama Zachary Gray y, desde luego, no es demasiado apreciado por aquí. Se ve envuelto en jaleos desagradables que él mismo provoca por los más diversos motivos, algo que no está bien visto en un lugar tranquilo como Brougharry. No tiene demasiados amigos, lo cual no es llamativo. Al parecer, casi siempre acaba peleando con cualquiera con el que trabe más de dos palabras seguidas. Es, además, un indolente y holgazán que ha arruinado la vida de su madre a base de disgustos y que vive de su pensión. Según tengo entendido, se le ha afeado esa conducta muchas veces. Incluso el reverendo Bradley ha mantenido con él conversaciones al respecto y hasta llegó a buscarle un empleo, pero parece que cualquier tentativa de enderezar a ese joven se ha topado con la dura resistencia de su naturaleza.

—Parece que está usted muy bien informado respecto a Zachary Gray —dijo Carter—. ¿Cómo definiría esa naturaleza a la que se ha referido, señor Baker?

—Es temperamental e impulsivo, y demasiado jactancioso para interesarse por las necesidades de los demás. Parece que suele hacer lo que le viene en gana, sin reparar en barras.

—Un tipo desagradable...

—Absolutamente. Nunca entendí qué vio Betty en él que los demás no hemos sido capaces de encontrar. Físicamente no es ningún Apolo y, desde luego, su carácter arisco y su forma de entender la vida, aprovechándose de las mujeres que le aman, no son la mejor carta de presentación para un galán.

—¿Se querían?

—¿Betty y él?

Carter asintió.

—Supongo que sí..., a su manera.

—¿A qué se refiere?

—He tenido noticias de que mantenían una relación tormentosa. Al parecer, han tenido más de un encontronazo en el pueblo.

—¿Por qué razones?

—No podría explicárselo con certeza. La información sólo me ha

llegado de oídas —Carraspeó un instante ante el nuevo chismorreo y Rush no quiso hacer más sangre—, pero parece que él le pedía dinero con cierta asiduidad y creo que Betty fue lo bastante estúpida como para dárselo en alguna que otra ocasión. Sin embargo, hubo otras en las que ella se negó, lo cual siempre acababa por desembocar en riñas.

—Riñas de enamorados que, no obstante, no dieron al traste con la relación, ¿no es así?

—Así es, señor. Mantuvieron el noviazgo hasta el final a pesar de que sus peleas...

—¿Sí?

—Bueno, a pesar de que sus peleas, según he podido saber, no se reducían a lo que usted entiende por riñas de enamorados.

—Peleas auténticas, entonces.

—Soberanas broncas con las que yo mismo he llegado a sonrojarme cuando se me comunicaban. Zachary Gray no es un buen tipo. No tiene freno, señor. Cuando se solivianta...

—Un tipo de cuidado, entiendo. ¿Y aquí?

—¿Señor?

—Lo que le pregunto es si tuvo que intervenir en alguna de esas peleas en Cricket's Lodge.

—Por supuesto que no. Zachary Gray no tiene permiso para pisar esta casa y ya le comuniqué que no lo conocía personalmente.

—Señor Baker —intervino Charles—, antes dijo que desconocía cualquier nexo entre Ben y Betty que pudiera relacionar sus crímenes. ¿Sabía usted que Betty escondía una cajita con dinero en el cobertizo donde Ben guardaba sus herramientas de jardinería?

Por primera vez, el mayordomo se removió inquieto en el asiento.

—Sí —admitió.

—Y, como mayordomo de la casa, ¿no se interesó por el asunto?

—Lo hice, inspector. Un día la obligué a explicarme cuál era el secreto de esa cajita. Me contó que allí guardaba sus ahorros. No me pareció el lugar más apropiado para hacerlo y así se lo dije, pero respondió que el cobertizo era el lugar más seguro de la casa, puesto que en él sólo entraba Ben, y Ben era un hombre de probada honradez.

—Entonces Ben Robinson conocía la existencia de esa caja —señaló Rush.

—Estoy seguro de que sí, señor. Fui yo quien se lo dijo. —Carter y Rush observaron al mayordomo interrogativamente—. Pese a lo que se cuenta de ella... —Baker hizo una pausa.

—Sabemos lo que se cuenta de ella —dijo Carter—, pero por primera vez usted da indicios de saberlo también. Estoy seguro de que es un mayordomo capaz y, sin embargo, a lo largo de toda su declaración, el modo que ha tenido de hablar acerca de Betty Simpson

no me ha convencido. Apostaría el cuello a que sabe que Betty se aprovechaba de Ruth y también que disponía de más dinero del que su sueldo podía explicar. —Carter sacó la caja del bolsillo y la abrió—. De igual forma —continuó—, dudo de que, sin un motivo importante, hubiera consentido un comportamiento escandaloso como el que mostraba Betty Simpson con Zachary Gray, conocido por todo Brougharry e inadmisible para una criada de Cricket's Lodge. Que todo ello se haya permitido no cuadra con la idea de un mayordomo que maneja la casa con mano férrea, también estoy seguro de ello. ¿Cómo se explica esta blanda actitud con Betty Simpson, señor Baker?

—Se explica, inspector, porque Betty llegó a Cricket's Lodge por mediación mía. Yo la recomendé a sir Geoffrey.

—¿La conocía usted de antes? —se sorprendió Rush.

—Es la ahijada de mi hermana. Tuvo algunos problemas en el pueblo y mi hermana me pidió que la alejara de allí. No podía negarme.

—¿Qué tipo de problemas?

—Tuvo un novio que acabó convirtiéndose en un peligro para ella. Era un joven celoso y Betty era una chica demasiado...

—¿Demasiado qué, señor Baker?

—Libertina —reconoció—. No he pretendido nunca justificar su comportamiento, pero no podía echarla de casa. De lo contrario, ella habría acabado siendo una perdida y mi hermana jamás me lo habría perdonado.

—¿Sabe algo de ese novio?

—Sí. Una vez, hace meses, estuvo por aquí y exigió verla. Lo eché con cajas destempladas.

—Un antiguo novio celoso que la puso en peligro y que ha rondado por los alrededores. Un nuevo novio que la maltrataba, ¿y nunca llegó a sospechar que la joven estuviera en peligro?

—No, señor. Ella siempre me dijo que sabía cómo manejar a Zachary Gray y, en cuanto al otro joven, creí haberle asustado lo suficiente con la ayuda de Ben.

—¡Acabáramos! —exclamó Carter—, y aquí, junto con el asunto de la caja, que aún no nos ha explicado, es donde entra en juego Ben Robinson.

—Explíquese, señor Baker —le exigió Rush—. Va siendo hora de que empiece a ser totalmente claro con nosotros.

—Cuando aquel joven apareció en Cricket's Lodge exigiendo ver a Betty, Ben me ayudó a expulsarlo de la propiedad. Era un hombre fornido y violento que no atendía a razones, pero eso no achantó a Ben. Tuvieron una pelea y, aunque el joven era fuerte, le dio su merecido. Se marchó de Brougharry con la cara marcada.

—¿Y lo de la caja?

—En efecto —admitió el mayordomo—, sabía que Betty disponía de más dinero del que podía justificar con su sueldo. Imagino cómo lo conseguía, señor, sabiendo cómo eran sus relaciones con los hombres, pero ¿qué podía hacer yo, salvo amonestarla? No piensen que no me preocupó lo que Betty pudiera hacer para conseguir ese dinero ni tampoco cómo lo malgastaba con Zachary Gray, pero al fin y al cabo era suyo, y eso fue lo que me dijo cuando intenté hacérselo entender. Tuve que callarme, porque tenía razón: el dinero era suyo y yo no podía evitar que se lo entregara a un sinvergüenza como Zachary Gray. No obstante, me preocupaba, de modo que se lo conté a Ben. Él era como un padre para los jóvenes de la casa, incluido el señorito Craig, y Ben me aseguró que se encargaría del asunto.

—¿Cómo?

—Habló con Betty y ella le aseguró que el dinero de la caja que escondía en el cobertizo eran sus ahorros. Ben no la creyó, pero no pudo obtener de ella otra confesión. Le dijo que iba dando parte del dinero a Zachary Gray para que lo ingresara en una cuenta bancaria. Según le contó a Ben, estaban ahorrando para casarse.

—¿Y usted lo creyó?

—No. Como Ben, yo tampoco creí que Zachary Gray tuviera intención de casarse con Betty. La fama que lo acompaña no encaja con decisiones de ese tipo; pero, a pesar de lo que puedan pensar de ella, Betty pecaba de ingenua. Creo que jamás sospechó que entre las intenciones de Zachary no se encontraba el matrimonio y que simplemente se estaba quedando con su dinero.

—¿Tenía usted constancia de ello?

—No absoluta, por supuesto. Zachary no lo admitió cuando Ben, harto del trato que le daba a Betty, se enfrentó con él y le prohibió que volviera a verla.

—¿Tuvieron una pelea? —preguntó Rush.

—Sí, señor. Ben le dio una buena tunda a Zachary.

—¿Por qué no me contó nada de esto cuando hablamos el día siguiente a mi llegada?

—Lo siento, señor. —Por primera vez, el mayordomo inclinó la cabeza y, con ella, su orgullo—. Ahora entiendo que debería haberlo hecho.

—De nada sirve ya sentirlo. —Carter se cruzó de brazos ante Adam Baker—. Esta información podría habernos sido muy útil. Tal vez en los hechos que acaba de contarnos se oculte la solución al crimen de Ben y al de Betty. Si es así, lo compadezco, porque de haberlo sabido antes es posible que hubiéramos podido evitar el asesinato de su protegida. Y usted, señor Baker, tendrá que vivir con esa duda el resto de su vida.

—Señor…

—Retírese, Adam —dijo Rush con lástima—, e intente descansar. Queda poco para el amanecer.

CAPÍTULO 17

1

Las primeras luces del alba comenzaban a clarear el horizonte cuando la señora Wright sirvió una taza de té a Carter y a Rush. Estaban sentados a la mesa de la cocina.

—Parecen exhaustos.

—Usted, también, señora Wright. —Rush sonrió a la mujer y la invitó a acompañarlos—. ¿Ha logrado dormir algo?

—No, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Betty en el camino.

—No es un recuerdo agradable.

Ella miró a Herbert.

—Creo que no lo olvidaré nunca.

—Pero lo suavizará —dijo Carter, frotándose la pierna—. El tiempo es un doctor extraordinario.

—¿Le duele?

—Un poco. Desafortunadamente, el tiempo no tiene cura para esto.

—La guerra ha dejado muchas heridas —dijo ella—. En todos.

—¿Perdió a alguien, señora Wright? —Rush se inclinó sobre la mesa y la miró con compasión.

—Tenía un hermano.

Los dos hombres aguardaron, pero ella no continuó.

—Señora Wright —dijo Carter—, ¿ha oído hablar de un mendigo que ha estado merodeando por la zona durante los últimos días?

Ella removió con la cucharilla el té que ya se le estaba quedando frío.

—¿Se refiere al que culpan del asesinato?

Su voz sonó suave y triste, y Carter negó con la cabeza.

—No hay culpables hasta que un juez lo dictamina. Personalmente no tengo ninguna idea preconcebida al respecto, pero me gustaría hablar con él.

—Dicen que se ha marchado, pero a lo mejor es sólo por miedo.

—¿A que lo detengamos? —preguntó Rush.

Ella se encogió de hombros y se limpió los labios con la servilleta.

—No sé. Nunca he visto a ese hombre. ¿Creen de verdad que fue él quien mató a Ben?

—Eso es lo que tratamos de averiguar.

—Bueno —La mujer se puso en pie y se frotó las manos en el delantal—, entonces tendrán que encontrarlo.

Colocó una bandeja sobre la encimera y comenzó a preparar un servicio de desayuno.

—Señora Wright —dijo Carter—, no se ha tomado el té. Descanse

un rato.

—No puedo, inspector. Tengo que preparar el desayuno. Si aguardan en el comedor, lo serviremos tan pronto como el doctor haya bajado.

—¿El doctor? —preguntó Rush—. ¿Quién se encuentra mal?

—Sir Geoffrey lo ha llamado. La señora estaba muy nerviosa.

—¿El médico está con ella?

—No, señor. Ahora está echándole un vistazo al tobillo del señorito Craig. Como no podrá unirse al resto en el comedor, voy a subirle esta bandeja con el desayuno. No he querido despertar a Ruth.

—Nosotros lo haremos. —Carter cogió la bandeja y se dirigió hacia la escalera interior sin darle oportunidad de protestar.

En el dormitorio de Craig, Rush y Carter sorprendieron al doctor riñendo al joven Dawes.

—Deja de moverte, Craig, o jamás lograremos curarte ese esquince. Cada vez que te visito, lo encuentro peor.

—No puedo estar todo el día sentado.

—Entonces no respondo de tu curación.

—Buenos días —saludó Carter—. ¿Podemos pasar?

—Por supuesto. —Craig los miró por encima del hombro del doctor—. Toda visita es bienvenida. Me aburro mortalmente.

Carter dejó la bandeja sobre una mesita y se acercó a la cama en la que el doctor se aprestaba a vendar el pie de Craig.

—¡Caramba! —exclamó Rush al ver el tobillo tumefacto del joven—. Tiene mal aspecto.

—Y peor lo tendrá si este joven rebelde no obedece las órdenes que le doy.

—Sólo camino por aquí —protestó Craig, mientras señalaba su dormitorio con la mano.

—Da igual por dónde camines. La cuestión es que tienes que estar sentado y con el pie en alto.

—Debería hacer caso al doctor —aconsejó Carter—. Ese pie no tiene muy buena pinta. Podrían quedarle secuelas.

—¿Habla la voz de la experiencia? —Rush se sonrojó y dirigió a Craig una mirada severa—. No se ofenda por mi comentario, inspector.

—No lo hago, señor Dawes.

—Por la forma en que me ha mirado Herbert, parece que hubiera mencionado un tema prohibido. Pero su cojera, según me han contado, es la de un héroe. ¿No se siente orgulloso de ella?

Carter afiló la mirada que dirigió al joven.

—En absoluto —dijo—. La maldigo cada día de mi vida. Le aseguro que es mucho más cómodo caminar sobre dos piernas firmes. De modo que cuide esa lesión.

—Lo haré, aunque sea tan sólo por volver a salir de aquí.

—Me marcho. —El doctor interrumpió la conversación entre los dos jóvenes—. Espero ver alguna mejoría la próxima vez que te visite.

—Seré un buen chico, doctor. Se lo prometo.

Rush le acercó la bandeja.

—Tómate el desayuno o se enfriará el té.

—¿No me acompañan?

—Lo tomaremos abajo —dijo Rush—. La señora Wright lo está preparando.

—¿Han averiguado algo?

—Aún nada.

Craig miró a Carter.

—Supongo que no habrán venido a hacer una visita de cortesía. ¿Hay algo que quieran preguntarme?

—No —contestó Charles.

—Por supuesto. —Craig sonrió—. Ahora que ha comprobado cómo tengo el pie, ya puede marcharse tranquilo, ¿no es eso, inspector? Yo no he podido asesinar a Betty.

—En efecto, señor Dawes. Ya puedo irme tranquilo. Buenos días.

Carter abandonó el dormitorio sin esperar a su compañero.

—Charles... —Rush lo llamó en la escalera.

—Lo siento, Herbert. Sé que es el hijo de tu amigo, pero tenía que hacerlo.

—Lo entiendo. Quizá sea mejor así. Ahora al menos hemos borrado un sospechoso de la lista.

Tomaron el completo desayuno que la señora Wright les había preparado, aunque lo hicieron a solas. Ni sir Geoffrey ni su esposa los acompañaron.

—Inspector —Campbell asomó por la puerta del comedor—, acaban de llevarse el cuerpo de Betty Simpson a Londres.

—Gracias, sargento. ¿Tiene a Zachary Gray?

—Sí, señor. ¿Qué hacemos con él?

—Reténgalo hasta que vaya a interrogarlo. Y, por favor, manténgalo incomunicado.

—Muy bien, señor.

Carter se puso en pie y se acercó al ventanal. La claridad del sol iluminaba los prados que rodeaban Cricket's Lodge y se reflejaba en la escarcha que los blanqueaba. Sin embargo, la mañana parecía sombría, como si quisiera guardar luto por la muerte de la doncella asesinada.

—Me marcho ya, Herbert. Quiero llegar pronto a Londres y he de pasar primero por Brougharry para advertir a miss West de que nuestra cita de esta mañana queda anulada.

—¿Qué quieres que haga yo mientras tanto?

—Investiga. Voy a pedirle a miss West que vuelva a Londres. No me gusta el cariz que está tomando el asunto y las chicas curiosas no suelen agradar a los asesinos. Pero como probablemente no me hará caso, tendré a dos hábiles sabuesos husmeando para mí. Seguro que aparece por aquí a ver qué se cuece. Acompáñala, Herbert.

—No la dejaré sola ni un instante.

—Ah, y una cosa más... Respecto a la caja de Betty Simpson —Carter la sacó del bolsillo y se la tendió—, asegúrate de volver a ponerla en el lugar donde la encontramos cuando miss West venga.

—¿Quieres que sea ella quien la descubra?

Carter se sonrojó y Rush se echó a reír.

—Muy caballeroso por tu parte el facilitarle el camino en la competición que tenéis entablada.

—No se lo facilito. Ya se las apaña muy bien ella sola, pero, al fin y al cabo, fue miss West quien nos puso sobre la pista de la caja y, además, casi le cuesta una caída. ¿No crees que se lo merece?

—Seré tu cómplice —bromeó Rush mientras Carter se alejaba hacia la salida—. Por cierto, ¿qué fue de Patricia Lodwock?

—Se casó con un agente de bolsa de la City.

Rush pareció sorprendido.

—Creí que teníais una relación en firme.

—Yo también, pero descubrí que el corredor de bolsa pisaba más firme aún.

Desde la ventana del comedor, Rush lo vio alejarse por la explanada delantera de Cricket's Lodge en dirección al coche del Yard mientras, en silencio, maldecía el nombre de Patricia Lodwock. Un hombre tan bueno como Charles Carter, pensó, no merecía un trato como ése.

2

—¿Qué hace aquí? —Kate se sorprendió al descubrir que Charles la aguardaba en la puerta del hostal—. ¿No habíamos quedado en que nos encontraríamos en el cobertizo?

—Sí, pero ha surgido un imprevisto y tengo que marcharme.

—Tiene mala cara. ¿No ha dormido bien?

—Para ser franco, no he dormido.

Kate entrecerró los ojos y lo observó con minuciosidad, como si estuviera estudiando una muestra a través del microscopio. Carter apartó la mirada, turbado. Se sintió incómodo y, sin embargo, extrañamente alegre.

—¿A quién han asesinado?

Carter sonrió. Kate West tenía una inteligencia que cada día admiraba más.

—A Betty Simpson.

—Betty...

Los dos jóvenes comenzaron a caminar sin darse cuenta. La mañana era fría y una tenue neblina la barnizaba con un aire melancólico que los envolvió.

—«El terremoto no queda satisfecho a la primera» —citó ella.

—¿Le gusta Wordsworth?

—No más que otros. ¿Cómo la han matado?

—Asfixiándola.

Ella se frotó la frente y Charles se preguntó si ese gesto sugería reflexión o con él intentaba paliar el efecto que le había causado la noticia.

—¿Dónde y cuándo?

—En uno de los caminos que llevan a Cricket's Lodge, ayer por la noche.

Kate se llevó la mano a los labios y se mordisqueó el pulgar, como hacía cada vez que la conquistaba esa especie de introversión en que se sumía para reflexionar. Charles calló. Prefería respetar aquel silencio y tener la oportunidad de observarla libremente sin que los ojos verdes de mirada aguda de la joven se clavaran en los suyos y le entumecieran el pensamiento. Se esforzó por no hacerse notar. Quería alargar aquel momento de completa abstracción por parte de Kate. La contempló como si ella fuera una balsa de aguas mansas donde pudiera sumergirse y lavar la porción de inmundicia que el mundo le asignaba cada vez que debía hacerse cargo de un caso.

—En uno de los caminos que llevan a Cricket's Lodge, ayer por la noche —repitió ella al emerger de la concentración en que se había sumido.

—Son preguntas fáciles de contestar, miss West. La verdaderamente difícil...

—Es quién lo hizo.

—En efecto y aún no puedo responderla. Empieza a preocuparme que este asunto se siga repitiendo por los siglos de los siglos.

—Amén. ¿Dónde vamos? —preguntó Kate.

—Yo voy a Londres. Han llevado el cadáver al Instituto Forense y quiero leer los resultados de la autopsia cuanto antes. Además, todavía no he visto el cuerpo de Ben Robinson. Si quiere, puedo acercarla. Aunque conociéndola, supongo que querrá quedarse por aquí...

—A husmear, sí —se adelantó ella—. No lo diga otra vez.

—Preferiría que no lo hiciera, miss West. —Carter bajó la voz—. No sé lo que está ocurriendo, pero no me gustaría que volviera a Cricket's Lodge.

—Sí —convino ella, abstraída de nuevo en sus pensamientos—, creo que quiero ir a Londres.

Carter se detuvo pasmado. Le resultaba imposible creer que la hubiera convencido con tanta facilidad.

—Con usted —añadió ella.

Él cambió el semblante.

—¿Se refiere...?

—Sí, me refiero a eso.

—De ninguna manera, señorita doña curiosa. No voy a llevarla a una sala de autopsias.

—Por favor, inspector. No soy ninguna niña. Le prometo que sabré comportarme y no montaré ninguna escena que le avergüence.

Carter meditó un instante. Aquella mujer le empujaba siempre hasta ese punto crítico, que cada vez le asustaba más, en el que su voluntad empezaba a flaquear.

—¡De verdad que esas ideas peregrinas que se le ocurren dan piruetas más y más desconcertantes cada vez! No digo que las mujeres no me hayan pedido cosas extrañas en ocasiones, pero ninguna de ellas me suplicó que la llevara a ver cadáveres.

—Lo admito. Soy un poco singular.

—¿Un poco? —Carter bufó mientras le abría la puerta del coche.

CAPÍTULO 18

1

—Para lo que es usted, sigue muy callado. ¿Todavía está enfadado?

—No —Carter redujo una marcha y tomó el desvío hacia el depósito de cadáveres—, pero sigo preguntándome por qué le resulta tan fácil convencerme incluso para llevarla hasta la misma puerta de una morgue.

—En el fondo sabe que le soy de ayuda. Por eso me resulta tan fácil. No esperaba esta muerte, ¿verdad?

—Ni por asomo.

—¿Tiene algo en común con la de Ben Robinson?

—De momento, sólo las huellas.

Kate se giró hacia él y sus rodillas quedaron junto a la palanca de cambio.

—¿De qué huellas está hablando?

—Se encontraron dos rastros de pisadas muy cerca del cadáver de Ben Robinson. Unas recorrían apenas unos pasos en la parte de arriba, junto a la carretera; las otras se alejaban, entre la maleza, del lugar donde el jardinero fue asesinado. Ambas pertenecían a un hombre que calzaba botas militares y que cojeaba. La única diferencia entre ambas es que las segundas iban acompañadas de la marca de un bastón con punta de acero, mientras que, en las que corrían paralelas a la carretera, la marca del bastón no aparecía.

—¿Y también se han encontrado junto al cadáver de Betty?

Carter asintió.

—De nuevo botas militares, un hombre cojo y un bastón con punta de acero.

—¿Así que el asesino es el mismo?

—Tengo dudas —admitió él—. El modo de matar es tan diferente... Ya estamos llegando.

Carter aparcó en un lateral del edificio. Cuando bajaron, la lluvia racheada les empapó el rostro.

—Espere, tengo un paraguas en el maletero.

—No se preocupe. Estamos a un paso.

Kate echó a correr y Carter la siguió. En el edificio el silencio era total. Se dirigieron hacia un mostrador en el que un funcionario les pidió los datos.

—¿Ella también va a entrar? —preguntó.

—Sí.

La escueta respuesta de Carter no dio más opciones al funcionario.

Caminaron juntos por un pasillo ancho con amplios ventanales.

Las gotas de lluvia, furiosas, chocaban contra los cristales y volvían lóbrega la atmósfera. Carter se preguntó cómo era posible que una mujer de aspecto tan delicado como Kate West, de maneras refinadas y acostumbrada a una vida tranquila, en la que el mayor problema que podía surgir era que un texto no estuviera mecanografiado a tiempo, no tuviera empacho alguno en recorrer aquel pasillo, camino de la camilla de un forense en la que encontrarían un cuerpo abierto en canal. No pudo contener la curiosidad y se lo preguntó.

—He visto cosas peores —contestó ella.

Carter ralentizó el paso y la observó, como aquel día al salir de casa de los Allerton, cuando ella se había adelantado unos pasos y pudo contemplarla sin tapujos. Lo recordaba muy bien. La luz del sol tamizada por los árboles acariciaba su cuerpo con delicadeza, como si tuviera miedo de hacerle daño. La situación ahora era distinta. Una atmósfera tintada de gris y tristeza los envolvía. Aun así, ella seguía brillando.

—¿Cuándo?

—Durante la guerra.

—¿Fue enfermera?

Ella lo miró de soslayo.

—No, fui voluntaria en el Cuerpo de Bomberos.

—¡Venga ya!

—¿No me cree, inspector?

—Claro que no. Me está tomando el pelo.

—No.

La respuesta de ella fue tan tajante que Carter se detuvo y la agarró por el brazo.

—¿Quiere hacerme creer que fue bombero? ¿Con ese cuerpo?

—¿Qué le pasa a mi cuerpo? —Ella lo miró directamente a los ojos.

Carter titubeó.

—Nada, quiero decir, es un cuerpo…

—¿Qué?

—Perfecto, miss West. Tiene usted un cuerpo perfecto, pero no lo imagino rescatando a gente de entre las llamas.

—Dije que serví en el Cuerpo de Bomberos, no que fuera uno de ellos.

—¿Entonces?

—Fui vigía de tejado.

—¿Usted?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Durante el Blitz?

Ella asintió y echó a andar de nuevo.

—¡Caray!, quién lo diría. —Carter la siguió y abrió la puerta de la

morgue para que pasara—. Entonces quizá sí esté preparada para esto, porque le aseguro que no va a ser agradable.

El forense los saludó sin demasiada ceremonia. Si se sorprendió al ver allí una mujer, Carter no lo notó. Se dirigió hacia la mesa de autopsias y empezó a hablar sin más:

—Acerca de Ben Robinson no hay mucho que pueda contarle que usted no sepa ya, inspector. —El forense se puso los guantes y se dirigió hacia una mesa próxima sobre la que reposaba un cadáver cubierto por una sábana—. Murió desangrado a causa de una herida en el cuello que le seccionó la carótida. No hay señales de lucha ni de violencia que indiquen que el hombre se defendió o que fue agredido de alguna otra forma que no fuera el simple degollamiento. ¿La joven...? —Con las manos en la sábana que cubría el cadáver de Ben Robinson, dejó la pregunta en el aire mientras interrogaba a Charles con la mirada.

—Lo quiera o no, doctor, tendrá que mostrarle el cadáver. Si por delicadeza se le ocurre negarle el gusto, acabará por convencerle a fuerza de agotar su paciencia con una verborrea irrefrenable o con algún mohín al que no podrá resistirse.

Kate obvió el diálogo entre los dos hombres.

—¿Podría mostrarme la parte posterior del cuello? —pidió al forense.

Carter asintió y el médico volvió el cuerpo lo suficiente como para que la nuca fuera visible. Los tres se inclinaron y estudiaron la zona.

—¿Qué? —preguntó Carter—. Yo no veo nada.

—Es que no hay nada —señaló el forense.

—¿Y eso no les llama la atención?

—¿Por qué habría de hacerlo? —interrogó Carter.

—A Ben Robinson le robaron una cadena de plata que llevaba colgada del cuello. Sin embargo, no aprecio ninguna contusión.

—No la hay —aseveró el forense.

—Le desabrocharon la cadena —dijo Carter, al entender la reflexión por la que Kate West los estaba conduciendo.

—Exacto. El asesino utilizó un método sangriento para quitarle la vida, pero después se tomó el tiempo necesario para desabrochar la cadena y hacerse con ella limpiamente. Yo la hubiera arrancado.

—Tal vez la quería intacta —sugirió el médico.

—Así conservaría su valor —señaló Carter—. Una cadena con el broche roto le reportaría menos dinero al intentar venderla.

—Sí, ¿pero alguno de ustedes se pararía a pensar en ello mientras se encuentra robando a un hombre al que acaba de matar y con el que alguien puede sorprenderlo en cualquier momento? Yo preferiría que mi botín perdiera valor a arriesgarme y perderme yo misma en la

horca.

—Usted no es una ladrona ni una asesina, miss West. No creo que pueda ocupar la mente del criminal ni por un instante.

—Pero lo intento. Y ese cuidado en quitar la cadena no me parece la reacción de alguien que tiene prisa por esfumarse de aquel lugar porque puede que la vida le vaya en ello.

—¿Qué sugiere, entonces?

—Nada. Es paradójico, simplemente.

—Creo que sé lo que pasa por su cabeza… —aventuró Carter—. Tenemos un criminal que no duda en proporcionar a su víctima una muerte sangrienta y cruel, pero que se toma el tiempo suficiente para quitarle la cadena de forma que ésta no sufra ningún desperfecto. ¿Con qué intención? ¿Para obtener un mayor precio en la venta o porque ese objeto tiene un valor personal para el criminal?

—O porque… —añadió Kate— el criminal no quería hacer daño a Ben.

—Curiosa forma de no querer hacer daño a la parte posterior del cuello, cuando le había destrozado la anterior —ironizó el forense—. He encontrado restos de tierra en el pecho del cadáver, sobre la ropa. —El médico cogió una bolsita de plástico de una mesa próxima y se la enseñó. La mayor parte de la muestra consistía en pedazos de tierra rojiza, seca y aterronada.

—¿Llegó hasta allí por la caída? —preguntó Carter.

—No. Alguien pisó el cadáver y dejó estos restos de barro que he recogido.

—¿Se ensañó con él después de muerto?

—No he apreciado lesiones *post mortem* en el torso. Si lo que pregunta es si le pateó, la respuesta es no. Simplemente lo pisó.

—Absurdo —dijo Carter.

—Yo diría que sugiere desprecio —señaló Kate.

Él la miró con interés desde el otro lado de la mesa.

—De la señorita Simpson —continuó el forense—, sin embargo, sí puedo contarles algo más. —Apartó la sabana, en este caso sin preocuparse por Kate, y mostró el rostro de la doncella.

—Parece dormida —aventuró ella.

—Y lo está —admitió el forense—. Por desgracia para ella, su sueño durará toda la eternidad. He determinado que la muerte se produjo entre las nueve y las once de la noche de ayer. La mujer murió asfixiada. El asesino bloqueó la nariz y la boca con la mano, impidiéndole respirar.

—¡La muerte de Burke! —Charles se acercó al rostro de la joven y observó la barbilla—. Lo intuí al estudiar el cadáver anoche, pero no podía estar seguro.

—Pues en esta ocasión puede estarlo, inspector. Mire el cardenal

bajo la barbilla.

—Sí, ahora lo distingo bien. Nunca me había topado con una muerte de Burke.

—¿Qué es la muerte de Burke?

Kate miraba a uno y a otro alternativamente. Los dos hombres levantaron la cabeza y se volvieron hacia ella. El médico, indeciso, interrogó al policía con la mirada y éste le dio permiso, resignado.

—El asesino introdujo los dedos índice y corazón en las fosas nasales, mientras con el pulgar le sostenía la barbilla así —La mano del forense ejecutó sobre el cadáver de Betty los movimientos que había explicado—, impidiéndole abrir la boca y aspirar aire.

—¡Qué muerte tan horrible!

—Pero mucho menos sangrienta que la del jardinero —apuntó Carter— y que no deja heridas en el cuerpo.

—En efecto —corroboró el forense—. Salvo las marcas de los dedos en la cara y este hematoma en el pecho, donde sin duda el asesino apoyó la rodilla para inmovilizarla, no he apreciado en su cuerpo señales de violencia.

—¿No se defendió?

—Es probable que lo hiciera, pero, si así fue, no tuvo la fuerza suficiente para resistirse a su agresor. No existen heridas defensivas, aunque en una de las muñecas se aprecia un leve enrojecimiento. El asesino debió de sujetarla con fuerza e impidió cualquier intento de defensa.

—Pero, entonces, ¿por qué presionarle el pecho con la rodilla? —preguntó Kate.

—¿Disculpe?

—Quiero decir, doctor, que si la inmovilizó por las muñecas, ¿por qué luego le presionó el pecho con la rodilla?

—Supongo que Betty se revolvería —contestó Carter— y le sería difícil asfixiarla. Probablemente la tiró al suelo, se colocó encima de ella y la inmovilizó con su propio peso.

—Pero el doctor ha insinuado que sólo le sujetó una muñeca, de modo que la otra mano quedaría libre.

—Así fue, en efecto —dijo el forense—. Y en esa mano he encontrado algunos restos de fibras. Los he enviado a la policía científica, por si pueden obtener alguna información de ellos. Sin embargo, no era a esto a lo que me refería cuando dije que había algo interesante en el cadáver de la joven.

—¿A qué, entonces?

—Estaba embarazada.

Carter y Kate no dijeron nada. Apartaron la vista del forense y la clavaron en el rostro de Betty Simpson.

—De unos tres meses —añadió el médico—. Tendré el informe

completo dentro de un par de horas.

Carter asintió, con la vista aún fija en la cara de la doncella.

—Envíelo al Yard, por favor. Ellos me lo harán llegar.

Kate y Carter abandonaron la morgue. Él encendió la pipa y observó que ella caminaba absorta, con las manos en los bolsillos del abrigo. Había dejado de llover.

—¿Se encuentra bien?

—Igual de bien que usted.

—Entonces debe de sentirse asqueada.

—Lo ha definido perfectamente.

—¿Qué diablos está pasando en ese pueblo? ¡Dos asesinatos en tres días!

Caminaron callados durante unos minutos, hasta que él rompió el silencio.

—Me ha parecido muy sugerente su apreciación sobre la cadena de Ben Robinson.

—Pero no aclara nada.

—De momento. En cualquier caso, es usted muy observadora.

—No crea. Simplemente me llamó la atención porque esa actitud cuidadosa a la hora de desabrocharla no armoniza con la teoría del mendigo que tienen usted y el señor Rush.

—Yo no tengo ninguna teoría acerca del mendigo.

—Pero no puede negar que la ha barajado al menos.

—Eso es diferente. Nunca desestimo una idea hasta que no estoy convencido de que puede prescindirse de ella. Y, en este caso, todavía no lo estoy.

—¿De verdad cree que ha podido hacerlo él?

—Junto al cadáver de Betty han aparecido huellas de un hombre que cojea y que se apoya en un bastón con punta de acero.

—La cojera puede simularse.

—Sí —admitió Charles.

—Y seguramente la mitad de Brougharry posee un bastón de esas características.

—Sí —aceptó de nuevo él—. Incluidos los Dawes.

Ella se volvió hacia él.

—¿Sospecha de ellos?

—¿Usted no?

Kate se encogió de hombros.

—Yo tampoco tengo una teoría al respecto, todavía.

—Muy diplomática, miss West.

—No le he mentido. Aún no sé qué pensar.

—¿Y el hecho de que Betty estuviera embarazada?

—¿Qué?

—¿Le sugiere algo?
—Esta mañana estuve hablando con la señora Talbot.
—¿Quién es?
—La dueña del hostal. Me ha contado ciertos aspectos de la vida de Betty Simpson… —Ella lo miró de soslayo.
—Siga, los conozco.
—Bien, si la señora Talbot está en lo cierto, entonces su embarazo tampoco me dice mucho.
—Delicada manera de expresar que Betty Simpson se acostaba con muchos hombres. Aunque supongo que el que más ocasiones tendría de hacerlo sería Zachary Gray.
—O no.
Carter arrugó el ceño.
—¿Eso cree?
—Sólo hago cábalas, inspector, y de momento mis conjeturas están hechas más bien a ciegas. Aun así, no puedo dejar de vincular ambos asesinatos.
—Yo tampoco.
—Si descubriéramos cuál es el hilo conductor que une estos dos crímenes, probablemente tendríamos la solución al instante.
Carter sonrió.
—¿Si *descubriéramos*? —Kate se sonrojó—. No se cohíba. Bienvenida al caso. ¿Sabe que me gusta mucho trabajar con usted?
—No, pero lo intuía.
Ahora fue él quien se sintió turbado.
—Nuestra prioridad —señaló Carter— es encontrar al mendigo y aclarar ese punto de una vez por todas. Vamos a mi oficina.
—¿Al Yard?
—Sí, he de tomar algunas disposiciones.
Carter arrancó el coche y salió del aparcamiento de la morgue.
—¡Yo no pienso ir al Yard!
—Lo dice usted como si fuera a llevarla a la Torre de Londres. ¿Por qué no quiere ir?
—No se me ha perdido nada allí.
—Yo.
Ella lo miró desde el asiento del copiloto.
—Se encuentra a sólo una cuarta —dijo, marcando con la mano la distancia que los separaba—. Que yo sepa, no le he perdido en absoluto.
—No se trata de mí. Tenga por seguro que haré lo imposible porque no me pierda la pista. Pero si yo voy al Yard y usted me aguarda fuera, no se enterará de lo que voy a hacer allí y su curiosidad no lo soportaría.
Ella resopló, herida en su amor propio.

—Policías y criminales, eso es lo que hay en el Yard y es con lo que usted pretende mezclarme.

—No se preocupe por ninguna de esas dos especies abominables, no la molestarán. A los criminales los tenemos en los calabozos y los policías también están allí, cuidando de que no escapen. Así que quédese tranquila.

—Estoy tranquila, inspector. Es usted el que no debería estarlo.

—¿Y puedo saber por qué?

—Ya que hablamos de perdernos, si tan a gusto se encuentra trabajando conmigo, debería cuidarse mucho de no arriesgarse a perderme.

—¿Y cómo es que me estoy arriesgando a perderla, miss West?

—Oh —ella se volvió hacia él y le dirigió una mirada de burla—, en el Yard podría toparme con un caso más interesante que atrajera mi atención o con un inspector amable que supiera lo muy recomendable que es una taza de café para sentar el estómago tras salir de una sala de autopsias.

Carter rio.

—Creí entender que sería usted capaz de enfrentarse a la prueba de la morgue —ironizó.

—¿Y no lo he hecho bien?

—Extremadamente bien —admitió él—. En cuanto a mi interés en conservarla a mi lado, no se angustie. Respecto de la primera preocupación, seguro que no encuentra allí dentro nada más interesante que este enrevesado asunto. En cuanto a la segunda, lo siento —se disculpó—, si me da ocasión de remediarlo, tendré mucho gusto en invitarla a una taza de café en mi despacho, mientras atiendo ciertas disposiciones urgentes.

—En su despacho —subrayó ella.

—Le aseguro que es muy cómodo.

—Y, sobre todo, en él estaré a salvo de cualquier tentación. No se preocupe, inspector, no tema que me tropiece con otro policía que despierte mi interés. Yo también me encuentro a gusto trabajando con usted.

Un levísimo acelerón indicó a Kate que a él le había complacido esa respuesta. Giró la cabeza y lo miró. En el rostro del policía se dibujaba una sonrisa que Carter no se molestó en disimular. Ella volvió la vista al frente y tampoco se preocupó por ocultar el pequeño hoyuelo que se le formó en la mejilla.

2

—Buenos días, miss Yeats —Carter saludó a la secretaria cuando

irrumpieron en la oficina—. ¿Alguna novedad?

—Varias, inspector, pero ninguna que requiera su atención ahora mismo. —Miss Yeats contestó sin quitar la vista de encima a Kate—. Buenos días, señorita…

—West, Kate West.

—¡Oh! —Miss Yeats esbozó una sonrisa que Carter conocía demasiado bien y que había aprendido a temer—, de modo que es usted la institutriz victoriana. —La anciana la estudió de arriba abajo —. Pero, ¿dónde se ha dejado las anchas caderas?

—¿Cómo? —Kate la observó estupefacta.

—No se preocupe, miss West —Carter se acercó a las dos mujeres —, miss Yeats tiene tanto trabajo que confunde las cosas. ¿Hay algo nuevo, por cierto?

—Ahora le atiendo, no tenga tanta prisa —Miss Yeats respondió sin apartar la vista de la joven—. Me parece usted mucho más atractiva de lo que el inspector me había hecho pensar.

Kate levantó las cejas y sonrió.

—Gracias.

—Venga —dijo—, siéntese. Le prepararé un té.

—¿Café? —preguntó Kate.

—Claro. —Miss Yeats se dirigió hacia una mesa auxiliar y conectó el hervidor eléctrico.

—¿Y a mí no me ofrece? —preguntó Carter.

—Sólo si se lo ha ganado. ¿Cómo va el caso de Brougharry? —Miss Yeats se volvió y tendió a Carter un fajo de documentos.

—Mal. Tenemos otro cadáver.

—Estoy segura de que no hay nada que requiera su atención. Yo misma me ocuparé de responder estas cartas. —Miss Yeats volvió a dejar los documentos en una bandeja, sobre su mesa.

—Gracias.

—No me las dé. Si se produce una nueva muerte, lo último que quiero es tenerle aquí mascullando acerca de lo impotente que se siente; y, desde luego, no quiero que Neil Chapman asome otra vez la nariz por este despacho. Ocúpese de Brougharry y deje esto en mis manos.

—¿El jefe de inspectores ha pasado a verla?

—En realidad ha pasado a *interesarse* por usted.

—Entiendo.

—¿Qué le ha hecho?

—¿Yo? Nada. Apenas he cruzado unas palabras con él.

—¿Y ya le ha castigado como inspector de guardia durante un mes? Sin contar los humos con los que pasó por aquí esta mañana.

—Me tiene manía.

—Es lo que dicen del profesor los malos estudiantes.

—Vamos, miss Yeats, deme un poco de cancha, que tenemos una invitada...

—No me haga esos gestos con los ojos, inspector. Estoy segura de que aun estando a su espalda, miss West es lo suficientemente inteligente como para deducir que los está haciendo.

—Es usted inclemente.

—Lo sé.

El hervidor silbó. La secretaria sirvió el agua caliente y cogió la tapa de la cafetera.

—Esmérese al falsificar mi firma —dijo Carter, señalando el fajo de documentos que miss Yeats había vuelto a dejar sobre su escritorio— y sirva un café a miss West mientras hago algunas llamadas. La visita a la morgue revuelve el cuerpo a cualquiera. Por cierto, el forense le hará llegar el informe de las autopsias...

Miss Yeats se volvió con la tapa aún en la mano.

—¿Es que la ha llevado a la morgue? —Señaló con la tapa a Kate—. ¿Pero cómo se le ha ocurrido una idea como ésa?

—¿Que cómo se me ha ocurrido? —Carter observó a las dos mujeres, que permanecieron en silencio—. ¡Ajá!, ya veo, la presión femenina se cierne sobre mí.

—No escurra el bulto, inspector. No está hablando con Neil Chapman.

—Estoy seguro de que miss West se lo explicará con mucho gusto.

—Lo que debería hacer esta dama es retirarle la palabra. Váyase a su despacho y haga esas llamadas. Usted y yo —dijo mirando a Kate— nos tomaremos el café tranquilamente y, si me lo permite, le daré algunas pautas sobre cómo tratar a los hombres desconsiderados.

—¿Yo, desconsiderado?

—Gracias, miss Yeats —dijo Kate—. Aunque ha sido una experiencia penosa, creo que podré perdonárselo.

—¿Con leche?

—Sí, por favor, y con un terrón de azúcar.

—Acérquese a la estufa, miss West. La impresión ha debido de dejarla helada.

—Gracias. Es usted muy amable.

—¡Hombres! No se preocupe, la instruiré acerca de este inspector descortés y, cuando haya acabado con él, sabrá muy bien cómo tratarlo.

Carter encorvó los hombros, se dio la vuelta y arrastró los pies hacia su despacho con el olor del café recién hecho inundándole las fosas nasales.

CAPÍTULO 19

1

Por la mañana, el silencio se instaló en Cricket's Lodge y transformó la casa en una tumba. Rush pensó que podría aprovechar aquella quietud para echarse un rato y descansar. Su cuerpo, maltrecho por la noche que había pasado, se lo agradecería. Sin embargo, mientras aguardaba a que Carter volviera de Londres, se decidió a deambular por la casa en busca de algún indicio que pudiera ayudarles a resolver el caso. No estaba seguro de que aquel fuera el lugar donde debiera buscarlo. En el fondo de su corazón deseaba que cualquier prueba que apuntara al asesino se encontrara muy lejos de allí, pero tenía que admitir a su pesar que entre aquellos muros podía encontrarse la respuesta a las muertes de Ben Robinson y Betty Simpson.

Una leve esperanza lo tranquilizaba: la de que no tenía ni idea de cuál podría ser ese indicio. Tal vez esa desorientación indicaba la puerta de salida de Cricket's Lodge, pensó. Se sentó un momento en el sillón de la biblioteca en el que había conversado con Geoffrey el día de su llegada. El vagabundeo al que se estaba entregando por los corredores y estancias de la mansión no le conducía a nada, salvo a hacer puré sus nervios, de modo que resolvió acercarse a Brougharry y ver si podía hablar con el joven recadero que llevó la carta de Betty Simpson a la estafeta de correos.

Subió a su cuarto en busca del abrigo, y entonces reparó en la caja de la doncella. Sonrió al recordar el encargo que Carter le había hecho y se apresuró a obedecerlo. Llevó la cajita al cobertizo y decidió que, por una vez, se pondría de parte de Charles. Dejó la caja en un estante alto, bien oculta. No se lo iba a poner fácil a miss West. Si la joven quería encontrarla, al menos debería sudar un poco.

Cuando salió de la caseta, se topó con Adam, que llevaba en brazos a Craig.

—Vamos al refugio —le explicó el joven, divertido, mientras señalaba el invernadero.

—¿No contradice esto las órdenes del médico?

—Estoy harto de mi cuarto. Allí me ahogo. Pero no hay que preocuparse por el pie. Mi madre nos ha obligado a este medio de transporte que a mí me avergüenza y que a Adam probablemente no le satisface en absoluto.

—Se equivoca, señorito Craig —el mayordomo se apresuró a justificarse—, su pie me importa más de lo que cree.

—Estoy seguro de ello, Adam. Al único al que no parece importarle es a mi padre.

—¡Craig! —le riñó Rush.

—Perdón. Olvidé que eres su amigo.

—Vamos —dijo el policía mientras ayudaba a Adam a transportarlo—. Te acomodaremos en el invernadero, donde deberías reflexionar sobre los deberes a los que un buen hijo está obligado.

—¡Seguro! —La ironía del joven traspasó el aire gélido de la mañana—. Vienen un par de amigos a hacerme compañía, así que podremos reflexionar los tres juntos.

En Brougharry no le costó mucho encontrar a Tommy Holster, el recadero del colmado. Para desgracia de Rush, el muchacho no supo decirle a quién iba destinada la carta que Betty le había entregado. En la estafeta tampoco hubo suerte. El encargado había ordenado el correo entrante y saliente, como cada día, sin prestar atención a los nombres escritos en las cartas. Rush gruñó para sí. Por aquel lado, la investigación no iba a dar fruto y se le acababan las ideas. Se dio la vuelta e iba a abrir la puerta para salir a la calle, cuando Anne Bradley la empujó desde fuera.

—Buenos días, señora Bradley.

—¡Señor Rush, qué agradable sorpresa!

El policía le dedicó una sonrisa complacida. Para él también lo era.

—¿Cómo avanzan sus tareas de jardinería?

—A paso muy lento, me temo. La lluvia de ayer no hizo sino retrasarme. Y hoy hace tanto frío que no me he atrevido a salir ni siquiera a desbrozar. Y a usted, ¿qué tal le van las pesquisas?

—Al mismo paso que su trabajo en el jardín.

La señora Bradley esbozó un gesto de comprensión.

—Supongo que el asesinato de Betty lo ha complicado todo mucho más.

—En efecto.

—¿Aún consideran al mendigo un posible culpable?

—¿Y usted todavía cree que la muerte de Ben Robinson fue un accidente?

Ella guardó silencio unos segundos antes de contestar.

—No, señor Rush —admitió—. Ya no lo creo.

—Siento que los hechos le hayan forzado a trastocar sus impresiones sobre Brougharry.

—Me habrá creído usted una ingenua.

—En absoluto... —Rush trató de protestar, pero ella no le permitió continuar.

—Supongo que, pese a mi opinión previa sobre Brougharry, la maldad habita en todas partes, incluso en este pueblo al que creí... —Anne Bradley no acabó la frase. Fijó en Rush una mirada serena, pero intensa—. No se ría, se lo suplico.

Rush negó con la cabeza.
—Creí que Brougharry sería —continuó— el lugar pacífico e idílico desde donde sería relativamente fácil alcanzar la gloria de Dios.
—Es usted demasiado joven para pensar en esa gloria.
Ella le miró con un gesto que al expolicía le resultó divertido.
—¿Demasiado joven? Si debemos de ser de la misma edad.
—Estoy seguro de que no. Usted es, al menos, una decena de años más joven que yo.
—¡Señor Rush!
—Lo siento, discúlpeme. Olvidé que las damas no tienen edad.
—Espalda —lo corrigió—. No tienen espalda. Edad... le aseguro que sí y cada año pesa un poco más.
Anne Bradley entregó un sobre al encargado de la estafeta y se volvió hacia Rush, que abrió la puerta y le cedió el paso.
—Y dígame, señora Bradley, ¿tiene alguna novedad sobre el caso que quiera compartir conmigo?
Ella deslizó sobre Rush una mirada liviana y la apartó de inmediato. Sin embargo, los pequeños pliegues que se fruncieron en torno a sus ojos sugirieron que, bajo la bufanda, había esbozado una sonrisa.
—¿Si conozco algún nuevo chismorreo, quiere usted decir?
Rush se sonrojó hasta las orejas.
—Si sirve de ayuda para aclarar todo este embrollo...
—Zachary Gray —contestó serena.
—¿El novio de Betty? ¿Qué puede contarme de él?
—Que es un joven licencioso del que, mal que me pese, no podría decir nada bueno, ni aunque pasara días pensando.
—¿Eso es todo?
Ella percibió su tono decepcionado.
—Si le es de utilidad, puedo añadir que se ha convertido en el nuevo sospechoso a los ojos de Brougharry y que, según tengo entendido, ocupa la primera posición en las apuestas.
—¿Es que se está apostando sobre la identidad del asesino?
—Estamos en Inglaterra, el país de las apuestas. Por si le interesa, tengo entendido que se paga cuatro a uno.
—¿Y no lo encuentra descorazonador?
Ella agitó levemente la cabeza y tensó los labios. El tono de su voz cambió.
—Por principios, soy remisa a cualquier tipo de juego en el que intervenga el dinero. Habitualmente no traen más que problemas, pero respecto a las apuestas, en Brougharry somos tan ingleses como el que más. ¿De verdad creía que algo así no iba a ocurrir?
Con su silencio, Rush admitió que no. Cruzaron la calle y avanzaron unas yardas callados, sumidos en sus pensamientos. Al fin,

ella volvió a hablar.

—¿Le decepciona que su mendigo haya pasado a un segundo plano?

—No ha pasado a ninguno. Todavía no...

—Todavía no tienen un sospechoso claro —terminó la frase por él.

—En efecto.

—Dios quiera que, sea quien sea, encuentren pronto al culpable. Brougharry comienza a ponerse nervioso.

—¿Nervioso o emocionado con su nuevo sospechoso? Tal vez Zachary Gray entretenga al vecindario un par de días más.

—Esa es una crítica inmerecida. A pesar de las apuestas, Brougharry tiene un alma y no le complace lo que está ocurriendo. Por cierto que, en referencia a Zachary, tampoco es justo. Si es culpable, demuéstrenlo pronto y zanjen el asunto. El joven me disgusta profundamente, pero su madre está sufriendo lo indecible. El sargento Campbell ha tenido que llevarla a casa dos veces en lo que va de mañana porque no quiere abandonar el cuartelillo.

—Zachary Gray no está detenido. Sólo lo han retenido para interrogarlo.

Rush habló en voz baja, dulcificado por las palabras de ella. A menudo el ser humano olvidaba su condición racional y se dejaba llevar por las pasiones, reflexionó. Ante la crueldad de un asesinato reclamaba justicia, severa y aséptica, y el castigo para el criminal; pero con frecuencia olvidaba que, detrás de esa mano asesina había unos padres, una esposa o unos hijos a los que les dolía su ser querido, pese a la monstruosidad de su naturaleza. Él no era padre, pero se preguntó cómo podía una madre dejar de amar a su hijo por muy bárbaro que fuera. Pensó que los conflictos emocionales a los que estaba enfrentándose la madre de Zachary Gray debían de ser despiadados y supuso que otros similares también debían de estar afectando a Geoffrey. A pesar de la distancia que separaba el asesinato de la simple decepción causada por un hijo díscolo que no había sabido responder a los anhelos de su padre, supuso que el dolor de Geoffrey por Craig también era profundo.

Se habían detenido sin darse cuenta y la señora Bradley lo contemplaba sin decir palabra.

—Sí, creo que me ha entendido —dijo.

—Perfectamente. Y ello dice tanto y tan bueno de usted, señora Bradley...

Ella sonrió con tristeza.

—Si pudiéramos comprendernos, respetarnos y querernos un poco más —musitó—, ¡cuánto cambiaría el mundo!

—Tal vez algún día el ser humano alcance ese estado de gracia.

Mientras tanto, hay que lidiar con lo que tenemos y, en el caso de estos asesinatos, créame, hacemos todo lo que podemos.

—Lo sé. —Ella lo tranquilizó con una sonrisa—. Ahora debo marcharme.

—Oh, sí. No la entretengo más. Además, yo también he de ponerme en camino hacia Cricket's Lodge.

Rush la observó mientras subía por la calle principal, en dirección a la vicaría, y sintió que con aquella mujer se alejaban la quietud y el sosiego. Pensó que en ella se daba esa mezcla insólita de aplomo y placidez que hace de ciertos seres humanos una especie única.

Dejó escapar el aire que había acumulado en los pulmones y se giró con el desencanto paliado en cierta medida por el ánimo que la mujer le había infundido. Cruzó la calle y tomó el camino a Cricket's Lodge con la esperanza de encontrar a Charles a la vuelta y comprobar si tenía algo nuevo que orientara la investigación hacia un final con el que no sólo se hiciera justicia, sino que devolviera la paz a aquellos corazones que estaban sufriendo.

2

—¿Por qué hemos pasado por el Yard? —Kate se arrellanó en el asiento del copiloto mientras Carter se esforzaba en arrancar el coche, cuyo motor se quejaba a causa del frío.

—Porque necesito investigar a cierto individuo.

—¿A quién?

—A Terry Sanders.

Ella esperó a que continuara.

—Un antiguo novio de Betty Simpson.

—Que en todo esto desempeña el papel de...

Carter le contó lo que Adam Baker les había dicho aquella noche. Kate meneó la cabeza.

—¿No le gusta Sanders como sospechoso?

—Si finalmente ese joven desconocido es el culpable, todo este asunto habría sido como leer una mala novela policíaca. —Carter la interrogó con la mirada, y ella prosiguió—. Se da por hecho que toda historia detectivesca que se precie ha de seguir los cánones del género. El crimen no puede resolverse con un asesino que no ha aparecido en ningún momento a lo largo de la trama. Eso sería engañar al lector.

—Pero esto no es una novela, miss West. No hay lectores a los que ocultar a Sanders, de modo que podemos saltarnos esa premisa narrativa.

—De acuerdo, pero en cualquier caso resultaría decepcionante.

A Carter le divirtió su suave inflexión de desencanto. Cada

milímetro nuevo que Kate descubría sobre sí misma se manifestaba más cautivador para él. La niebla del Támesis, que reinaba aquel día como monarca absoluto, los envolvió cuando atravesaron el puente de Blackfriars.

—¿Sabe cuál sería mi sueño?

A Carter le sorprendió aquella pregunta repentina. Nunca hasta entonces Kate se había mostrado tan comunicativa y el joven comenzó a felicitarse por haber aceptado que lo acompañara a Londres. Al final, aquel corto viaje iba a resultar más productivo en el conocimiento de Kate West que el que habría obtenido en dos años de navegación por el lago Serpentine.

—¿Convertirse en escritora de novela policíaca?

—¡No! Eso sería una fantasía, no un sueño.

—¿Entonces?

—Me bastaría con poder mecanografiar algún día una novela de Agatha Christie. ¿Ha leído algo de ella?

Él asintió.

—Es buena.

—No sea mezquino.

—Está bien, lo admito. Es muy buena. Quizá podríamos consultarle acerca de este caso. ¿No cree que la visión de un escritor nos daría alguna versión de la historia que no hemos considerado?

—Es posible —Kate le siguió la broma—, pero le aseguro que ella jamás aceptaría a Sanders como culpable. Estoy segura de que la señora Christie encontraría una solución mucho más inspirada e inteligente con la que resolver el caso.

Carter tomó el carril de salida hacia la carretera comarcal y el automóvil enfiló de vuelta a Brougharry.

—¿No ha pensado en incorporarse a Scotland Yard, miss West?

—¿Bromea?

—En absoluto. Estoy seguro de que, con su olfato detectivesco y sus teorías literarias, rendiría un buen servicio a la policía.

Ella lo miró escéptica.

—Sí, está de broma.

—¿Por qué cree que me estoy burlando de usted?

Carter no bromeaba. Si el sueño de ella consistía en mecanografiar una novela de Agatha Christie, él acababa de descubrir que el suyo sería ver a Kate cada día, trabajando en el Yard a su lado.

—Porque no hay otra explicación a su pregunta, señor Carter. Pero dígame la verdad sobre Sanders. ¿Por qué ir al Yard sólo para pedirle a su secretaria información sobre él? ¿No podría haberlo hecho por teléfono?

—¿Tantas ganas tiene de volver a Brougharry? ¿Hay algo allí que mueva su interés?

Él la miró de reojo, pero ella no pestañeó.

—¿Tal vez alguna pista que no ha compartido conmigo? ¿O es que miss Yeats no la ha tratado bien?

—Ha sido muy grato compartir un café con su secretaria. Grato e inspirador.

—¿Qué secreto inconfesable sobre mí le ha contado?

—Si le digo la verdad, ninguno. Sólo le tomaba el pelo.

—Una de sus aficiones favoritas. Pero todavía no ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Estoy seguro de que no la ha olvidado.

Ella se encogió de hombros.

—No hay ninguna razón especial. Simplemente no me gusta el Yard.

—¿Por qué?

—Es como visitar al dentista: desagradable.

—¿Una emoción irracional? Le aseguro que hace décadas que somos civilizados y no encerramos a la gente en mazmorras húmedas e insalubres.

Kate no le siguió la broma. Las ramas entrelazadas del hayedo que se extendía a ambos lados de la carretera aceró el color de la niebla y el automóvil avanzó entre las sombras gris marengo de la arboleda. A Carter no le gustó el único argumento que le pareció plausible para explicar la renuencia que sentía Kate a visitar el Yard. Entre las variadas opciones que se le ocurrieron, supuso que la más probable respondía a una razón de índole emocional, y se convenció de que posiblemente había tenido una relación sentimental con un miembro del Yard que acabó mal y con quien no deseaba encontrarse. Tal vez aquélla también fuera la causa por la que se había mostrado tan reacia a aceptar sus invitaciones. Quizá viera en él la sombra de una experiencia que no deseaba repetir, aunque le costaba aceptar que una mujer inteligente como ella permitiera que el fracaso de una relación pudiera arruinar el éxito de otra.

Carter meneó la cabeza e intentó apartar de su pensamiento aquellas reflexiones. Al parecer, ese milímetro sobre la personalidad de Kate West no sería destapado aquel día.

—¿Prefiere los detectives privados a lo Poirot? —Carter trató de despejar el tupido silencio que se había instalado en el automóvil—. Si es así, podría contemplar la posibilidad de dejarme crecer un bigotito ridículo.

Ella rio.

—¡No! Lo prefiero sin bigote. —Kate giró la cabeza y lo estudió con los ojos entornados, como si durante un instante hubiera considerado la idea—. Sí —confirmó—, mucho mejor sin bigote. No se

lo deje crecer, inspector.

—No lo haré, se lo prometo. Y, a cambio de su experta opinión, le contaré un secreto.

—¿Cuál?

—También hemos ido al Yard porque he solicitado una unidad canina.

—¿Para qué?

—Estoy decidido a encontrar a ese mendigo, si es que todavía anda por los alrededores de Brougharry.

—¿Aún cree en su culpabilidad?

—¿Usted no?

—No la he descartado, pero suena tan inverosímil que cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—No sabría decirle, pero tengo la impresión de que las pruebas que apuntan hacia él están dispuestas para que se le crea culpable.

—¿Cree que alguien quiere acusarlo injustamente?

—O desviar nuestra atención.

—¿Del verdadero asesino?

—¿No es eso lo que haría usted?

—Yo no he matado a nadie.

—Quiero decir, en caso de que fuera el asesino.

Él negó con la cabeza y ella lo observó con curiosidad.

—Creo que ni aun así. Por supuesto, trataría de no dejar pistas, ocultaría mi rastro, intentaría confundir a la policía, ¿pero acusar a otro de un crimen que no ha cometido? Definitivamente, no. ¿Usted lo haría?

Ella apartó la vista de él y contempló el paisaje a través de la ventanilla.

—¿No contesta, miss West? ¿Debo entender que consideraría la posibilidad?

—No, inspector. Yo tampoco lo haría.

—Lo suponía.

—¿Lo suponía?

Él asintió.

—Y sin embargo me tuvo en su lista de sospechosos en el caso Allerton.

—No. Jamás estuvo en ella.

—Oh, vamos...

—Lo digo en serio.

Ambos callaron durante un rato.

—Se lo agradezco —dijo ella al cabo de unos minutos.

—No tiene por qué. Desde que la conocí pensé que es usted una mujer fiel a ciertos principios e incapaz de no afrontar sus

responsabilidades cargándoselas a otro.

—Es muy atrevido por su parte hacer ese tipo de conjeturas, inspector. Usted no me conoce.

—Estoy en proceso y, si me da la oportunidad, estaré encantado de dedicarme a ello en cuerpo y alma. —Carter la observó de soslayo y vio que ella apartaba el rostro para esconder una sonrisa—. Pero, dígame —continuó—, ¿por qué piensa que las pruebas que apuntan al mendigo son demasiado evidentes para resultar verosímiles?

Ella meditó su respuesta.

—Iba a decir que porque todas se ajustan con demasiada precisión al perfil del mendigo: la cojera, el bastón de campo, las botas militares y la repentina desaparición del sospechoso. Pero, ahora que lo pienso..., todo ello puede ser fácilmente explicable.

—¿Le importaría compartir esa explicación conmigo?

—Claro. Creo que su desaparición puede apoyarse en un razonamiento bastante lógico si el mendigo simplemente ha decidido cambiar de lugar. Según tengo entendido, es un forastero y quizá sólo estuvo aquí de paso. Igual que llegó, puede haberse marchado.

—De acuerdo.

—Y en cuanto a las otras pruebas..., no sólo cuadran con él. ¿Estamos completamente seguros de que el asesino es de verdad un tullido? Una cojera puede disimularse y dejar tras de sí unas huellas que confundan a quien las encuentre. Con respecto a las botas militares... Inspector, hace apenas dos años que hemos salido de una guerra. Toda Inglaterra está llena de botas militares.

—De acuerdo también.

—Y en lo que se refiere al bastón, es una prueba inútil por completo.

—Porque todo Brougharry posee uno de ese estilo, lo sé. Incluidos los Dawes. De los que prefiere no opinar. Venga, miss West, mójese: ¿sospecha de ellos?

—¿Sabe, inspector? Tengo la impresión de que me está interrogando.

—Y yo de que no quiere responder a esa pregunta.

—En efecto. No quiero.

—¿Por qué no? No voy a tomar su respuesta como un argumento concluyente, si eso es lo que teme. Simplemente tengo una gran confianza en su intuición.

—La intuición se equivoca con frecuencia.

—¿No quiere compartir conmigo su opinión acerca de los Dawes?

—Trabajo para ellos y, además, el señor Rush es su amigo.

—Y yo sé ser discreto, miss West.

Ella volvió a desviar la mirada hacia el paisaje borroso que se deslizaba ante sus ojos a través de la ventanilla mojada.

—Quiero creer que su silencio no se debe a que no confíe en mi discreción, sino al respetable deseo de guardarse su intuición para sí misma.

—Ya le he dicho que la intuición no es más que una conjetura fabricada por la fantasía que no conduce a ninguna realidad tangible.

—No estoy de acuerdo. Es mucho más que una hipótesis construida por la imaginación. Yo creo que eso que llamamos intuición se explica de forma bastante racional como una manera inconsciente de observación que repara en los detalles más nimios y cimenta una hipótesis sobre ellos. Puede que el observador no sea consciente de esa percepción instintiva e involuntaria, pero ello no le resta valor alguno. No obstante, miss West, si su fe descansa sobre las pruebas, entonces dejaremos que sean ellas las que nos conduzcan hasta el culpable.

Kate frunció la nariz.

—¿Qué? ¿Tampoco las pruebas le valen?

—Sólo si son incontestables y no admiten ninguna otra interpretación que no sea la verdad absoluta. En ocasiones, también las pruebas pueden ser engañosas.

—¿Lo dice por el mendigo?

—Por cualquiera que se vea enredado en un asunto como éste.

—Ya llegamos —dijo él—. Ahí está el desvío hacia Brougharry. ¿Le parece que pasemos por Cricket's Lodge? Probablemente encontraremos allí a Herbert.

CAPÍTULO 20

1

Rush sonrió al verlos llegar a Cricket's Lodge y se preguntó si Carter habría pasado por Brougharry a recogerla para venir juntos debido a su impaciencia por reunirse con ella. Apenas conocía a Kate West, así que al viejo policía no se le ocurrió que el verdadero motivo fuera el deseo de Kate de acompañarlo a la morgue.

—Encantado de volver a verla, miss West —dijo mientras le abría la puerta del coche.

—Lo mismo digo, señor Rush.

—¿Algo nuevo? —preguntó Carter cuando se reunió con ellos.

—Ni el recadero ni el encargado de la estafeta de correos se fijaron en el destinatario de la carta que envió Betty Simpson. De modo que, por ese lado, nada.

—¿Y por algún otro?

—Tampoco. Aunque, según parece, el nuevo sospechoso que gana puntos en las apuestas de Brougharry es Zachary Gray.

—Ya —dijo Charles—. Nada nuevo bajo el sol.

—Supongo que era previsible. La naturaleza humana es como es y poco se puede hacer para modificarla. La gente cambia de sospechoso como de corbata.

—Quizá así encuentren la vida más divertida —ironizó Carter—. Luego lo interrogaremos.

—Espero que tu viaje a Londres haya sido más provechoso, porque creo que deberías haber empezado por Gray.

—No. Es mejor que haya estado cociéndose a fuego lento durante toda la mañana. Seguro que su creatividad le ha llevado por derroteros que ni siquiera podemos imaginar, así que estará blandito para el interrogatorio. Además, traemos noticias de Londres.

Rush miró a la pareja sorprendido y se detuvo en los ojos de miss West.

—Así que han ido juntos.

Carter torció el gesto lo suficiente para que Rush adivinara que era mejor no tocar ese punto, mientras ella se sonreía y bajaba los ojos.

—Tal y como intuimos anoche, el asesino utilizó la muerte de Burke para matar a Betty Simpson.

Carter acompañó sus palabras con un gesto de la mano, extendiendo los dedos índice, corazón y pulgar.

—¡Qué desagradable! Podrías tomarte la molestia de evitarle a miss West estas atrocidades.

—Le agradezco su delicadeza —dijo ella con dulzura—, pero el

forense ya me ha explicado en qué consiste.

—¿El forense? —Rush dirigió una mirada reprobadora a Carter—. ¿Pero es que la has llevado a la morgue?

—Por favor, Herbert —protestó él—. Ya tuve suficiente con miss Yeats.

—No lo culpe a él. Yo le pedí que me permitiera acompañarlo.

—Y supongo que él no puso ningún reparo en aceptar.

—Los tiempos cambian y ya va siendo hora de que consideremos a la mujer mayor de edad. Sobre todo a mujeres tenaces como miss West.

—Quiere decir que soy terca, pero al utilizar la palabra «tenaz», se evita tener que añadir lo de la mula.

—¡Charles!

—¿Qué? Miss West desvirtúa todo lo que digo.

—Y usted, inspector, aprovecha cualquier oportunidad para desviar la conversación de lo que realmente importa. Todavía no me ha contado por qué la llaman la muerte de Burke.

—¿Ves? —Charles miró a Rush en busca de su indulgencia—. No puede dejar de preguntar cosas desagradables.

Ella no se dio por aludida.

—Hoy en día —dijo Carter—, la disección de cadáveres no supone ningún problema para nuestra sociedad, pero no siempre fue así. En el siglo XIX, la manipulación médica de cadáveres estaba mucho más restringida y los anatomistas sólo disponían de los cuerpos de los criminales que habían sido ejecutados. No hubo demasiados problemas de suministro mientras estuvo en vigor el llamado Código Sangriento, por el que hasta doscientos veinte tipos de crímenes distintos eran castigados con la pena capital. Sin embargo, cuando éste fue revocado, las ejecuciones disminuyeron en número y los estudiantes de las facultades de medicina tenían que conformarse con unos pocos cuerpos por año. De modo que, para solventar esa escasez de cadáveres, se pusieron en marcha métodos ilícitos y clandestinos.

—Los resucitadores —aventuró Kate.

—En efecto. Hombres que robaban cadáveres de los cementerios antes de que el proceso de descomposición los deteriorara y los volviera inviables para la disección. Esta costumbre se extendió tanto que, para evitar que las tumbas fueran profanadas y los cadáveres robados, se intentó blindar los cementerios, construyendo altos muros a su alrededor. Incluso ciertas tumbas y mausoleos fueron cubiertos con rejas, todo lo cual dificultó en gran medida el trabajo de los resucitadores.

—¡Muy edificante! —exclamó Rush—. Una conferencia refinada y sensible, especialmente indicada para damas.

El viejo policía percibió que Carter lo miraba impasible y que

miss West ni siquiera apartaba los ojos de él y, por un instante, se sintió el excéntrico del grupo. Asesinatos, autopsias, robos de cadáveres… La forma que empleaban aquellos dos cachorros para seducirse, pensó, no podía ser más llamativa.

—William Burke y William Hare, dos irlandeses que habían emigrado a Escocia —continuó Carter—, decidieron utilizar un método mucho más sencillo y expeditivo para hacerse con cadáveres aptos para la disección con los que satisfacer las necesidades del doctor Robert Knox, un profesor de anatomía en la Facultad de Medicina de Edimburgo: el asesinato. Mataron a diecisiete personas, utilizando para ello el método que ha recibido el nombre de «la muerte de Burke».

—¡Qué interesante!

A Rush le pareció advertir que la joven estaba absolutamente cautivada por la historia de su pupilo.

—¿Y qué ocurrió con ellos? ¿Los atraparon?

—Sí —respondió Carter—, pero como las pruebas no eran concluyentes, el fiscal ofreció a Hare la inmunidad si declaraba contra Burke, y aceptó. De modo que Burke fue declarado culpable y condenado a muerte. Lo ahorcaron a principios de 1829 y después sometieron su cadáver a una disección pública. Por cierto, su esqueleto, la máscara mortuoria y algunos objetos realizados con su piel, aún se exponen en el museo de la Facultad de Medicina.

—¿A modo de lección ejemplarizante?

—O porque los británicos no somos el pueblo civilizado que pretendemos ser.

—«Up the close and down the stair» —cantó Rush—, «But and Ben with Burke and Hare. Burke's the butcher, Hare the thief, Knox, the boy who buys the beef». Rush, que entonó los versos acompañándose de un leve movimiento de pies, se sonrojó cuando descubrió a Charles y a Kate observándolo, sin hacer ningún esfuerzo por esconder su perplejidad.

—No sólo nos gusta aleccionar —dijo, acalorado—. También somos un pueblo cantarín.

—¿Inventaron esa balada?

—Sí —dijo Carter, aún desconcertado.

—¿Conoce más historias como esta? —preguntó Kate.

—Sabe montones de ellas. Podría escribir la *Enciclopedia Británica* de los crímenes.

Ella se volvió hacia Carter.

—¿Y por qué no lo hace, inspector? Yo le mecanografiaría los textos.

Charles se quedó pensativo y a Rush le pareció que, por un momento, su pupilo consideró la idea, como si sólo porque ella

trabajara con él mereciera la pena escribir una enciclopedia entera. El viejo policía sintió que en aquel momento sobraba y sopesó la idea de dejarles a solas, pero no podía irse sin más, así que carraspeó.

—Es curioso que el asesino de Betty Simpson haya utilizado este método para matarla —apuntó, para volver a centrar la atención de los dos tórtolos.

—Desde luego, no es tan sangriento como el que se empleó para matar al jardinero.

—Lo cual quizá sugiera que el asesino no deseaba dañar el cuerpo de Betty. —Kate se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja e interrogó a los dos policías con la mirada.

—Es posible —admitió Rush—. ¿Pero por qué así? No es una forma muy habitual de asesinato. Si no quería desfigurar el cuerpo de Betty Simpson, ¿por qué no simplemente estrangularla?

—Porque para ello —arguyó Carter— necesitaba las dos manos, y eso habría dejado libres las de Betty, que podría haberse defendido. Creo que el hombre que la mató no deseaba ser especialmente violento con ella, pero tampoco arriesgarse a ser arañado o golpeado, de manera que él mismo quedara marcado.

—No acabo de verlo. —Rush meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿No? —dijo Carter, y el viejo policía volvió a negar—. Supongo que ocurrió más o menos de esta manera.

Sin que ni Rush ni Kate West lo esperaran, Carter agarró a la joven por la cintura y la zancadilleó. Con cuidado de que no se hiciera daño, la sujetó hasta que cayó al suelo, mientras ella lo miraba con ojos desorbitados.

—Arrojó a la mujer al suelo —explicó— y colocó una rodilla sobre el pecho para inmovilizarla. Luego, con una mano sujetó las de ella por encima de la cabeza y con la otra le imposibilitó la respiración, tapándole las fosas nasales e impidiéndole que abriera la boca.

Rush permaneció callado, sopesando la posibilidad de que el crimen hubiera ocurrido tal y como Carter había escenificado con Kate West, mientras ella, aún en el suelo, observaba al inspector con incredulidad.

—Creo que debió de ser algo así —dijo Carter.

—Es bastante posible, sí —admitió Rush.

—¿Y usted qué opina, miss West?

—Que se ha olvidado de un detalle. ¿Es tan amable de soltarme la mano izquierda?

—¡Cierto! —Carter obedeció—. El forense encontró restos de hebras en la mano izquierda de Betty.

—Entonces ella logró liberarse. —Rush se acarició la barbilla.

—Supongo que Betty agarró a su asesino por la chaqueta. —Kate

extendió la mano izquierda y tiró de las solapas del impermeable de Carter. Él, sorprendido por la maniobra, cayó y acabó a unos centímetros de su cara—. Probablemente así fue como las hebras llegaron hasta las uñas de Betty. ¿No cree?

—Claro que lo cree, como yo —dijo Rush, tirando de él y poniéndolo en pie—. Pero no creo que a Olivia le gustara sorprenderos en una posición tan comprometida, muchachos. ¿Me permite, miss West? —Rush le tendió la mano y la ayudó a levantarse.

—Gracias. —Kate se sacudió la falda, en la que se habían prendido algunas briznas de hierba, y miró a Carter—. Ha realizado una representación muy real, inspector.

—Perdón. No me di cuenta...

—No importa —Kate movió la cabeza de un lado a otro—, pero no me gustaría pasar por esa experiencia otra vez. Ni siquiera de forma simulada. Debió de ser horrible.

—¡Pobre muchacha! —murmuró Rush.

—Pues hay algo más —dijo Carter.

—¿Qué?

—Betty Simpson estaba embarazada.

—¡Caramba! —dijo Rush.

—El problema es que no sabemos de quién.

—¿Se le ocurre a usted quién puede ser el padre, miss West?

—Seguro que tiene una hipótesis, pero no la compartirá con nosotros, Herbert.

Kate frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Antes de lanzarse a expresar sus conjeturas —respondió Charles por ella—, quiere pruebas. Pruebas incontestables.

—Pues me temo que en el asunto del embarazo no va a ser posible.

Rush metió las manos en los bolsillos hasta el fondo, como si allí fuera a encontrar la respuesta.

—¿Han registrado la habitación de Betty? —preguntó Kate.

—Sí, pero no recuerdo que allí se encontrara ningún indicio que pudiera aclararnos quién es el padre.

—Tal vez la carta que envió contenga esa información —apuntó Rush.

—Pero aunque así fuera, seguimos sin saber quién era el destinatario.

—Y la caja que Betty escondía en el cobertizo, ¿la han encontrado?

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—¡Ni siquiera la hemos buscado! —Rush imprimió un falso tono de euforia a sus palabras y Carter bajó los ojos, evitando los de Kate

—. Quizá allí demos con alguna respuesta.

Se dirigieron al cobertizo, siguiendo los pasos de Kate West, que parecía tener prisa por llegar. Una vez dentro, Carter y Rush comenzaron una búsqueda fingida, alejándose adrede de la zona hacia la que deseaban que la joven orientara la suya.

—Creo que la tengo. —Kate West se volvió hacia ellos, desde lo alto de una escalera de mano, mientras sostenía la caja de la doncella.

—¡Vaya, qué joven tan avispada!

—Tenga cuidado al bajar —le advirtió Carter, mientras le tendía la mano para ayudarla.

Kate sostenía la caja de latón como si se tratara de un tesoro arqueológico.

—Venga, ábrala —sugirió Carter.

—¿Yo?

—Sí. Usted ha sido quien la ha encontrado.

Kate obedeció.

—Hay un buen fajo de billetes —dijo, al tiempo que lo sacaba de la caja— y unas baratijas.

—¿Unas qué?

Carter y Rush lanzaron la pregunta al mismo tiempo y ella los observó, desconcertada.

—Unas joyas de bisutería —aclaró.

Rush metió la mano en la caja y sacó de ella una pulsera, unos pendientes y una gargantilla.

—¿Qué explicación puede tener esto? —preguntó Carter.

—Seguro que tú tienes una teoría mucho mejor que la que yo pueda imaginar.

Los dos policías observaron las joyas en silencio.

—Quizá no consideraba su habitación suficientemente segura para tener el dinero —sugirió Kate—. Claro que tampoco aquí es que se encuentre muy a resguardo —dijo como para sí misma—, salvo que fuera un escondite secreto y, puesto que la señora Wright lo conocía, muy secreto no era.

Rush y Carter se miraron de soslayo. Kate no podía imaginar que ellos hablaban de aquellas piezas de bisutería que habían aparecido en la caja de Betty Simpson como por ensalmo.

—También lo sabe Ruth Flox. —Carter no escondió su disgusto.

—Tengo la impresión de que todo el mundo en Cricket's Lodge conocía la existencia de esta cajita. ¿Encontraron otras joyas en el dormitorio de Betty? —preguntó Kate.

—Sí.

—Entonces quizá también deberíamos preguntarnos por qué éstas se encuentran aquí.

—Eso estaba pensando yo.

Rush sintió la severa mirada de Carter sobre él. Era obvio que su antiguo pupilo no deseaba que Kate West supiera que habían devuelto la caja de Betty Simpson al cobertizo para que ella la encontrara.

—¿Verdad, señor Rush? No tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

Kate posó una mirada interrogativa en los ojos de Carter. El policía se mordió el labio. Ambos estaban hablando de asuntos diferentes y él acababa de meter la pata con su pregunta.

—Que Betty guardara esta bisutería barata junto a tanto dinero.

—Quizá las joyas sean un recuerdo de familia y por eso las puso ahí —sugirió Rush, en ayuda de Carter.

—Es posible. —Carter guardó las joyas en la caja, la cerró y se la metió en el bolsillo del impermeable—. Habrá que estudiar el asunto detenidamente.

—Mientras tanto —Kate West se había vuelto hacia otro de los estantes—, tal vez podríamos ir avanzando por este otro camino —dijo mientras les mostraba una cajita de cartón.

—¿Qué es eso? —Carter se acercó a ella y cogió la cajita—. ¡Sedal! La caja está nueva y parece recién abierta.

Kate extrajo el rollo del interior.

—El borde está cortado.

Ambos se miraron.

—¿Por qué no? —Carter sonrió—. El sedal con el que asesinaron a Ben Robinson podría proceder de aquí y, si pudiéramos estar seguros de ello, sabríamos que quien lo mató tenía acceso a este cobertizo.

—¿Te refieres a un miembro de Cricket's Lodge? —Rush mostró su disgusto.

—Es sólo una posibilidad. ¿Representaría una dificultad para ti aceptar que un Dawes haya cometido este asesinato?

—Sí. Me resulta difícil admitirlo. Conozco a Geoffrey desde antes incluso de que tú nacieras y sé que es un hombre decente a pesar de...

—Lo sé, Herbert.

—Te aseguro que es incapaz de asesinar a nadie.

—Me gustaría que fuera así, pero, si el sedal con el que mataron a Ben Robinson procede de esta caja, habrá que admitir la posibilidad de que alguien en Cricket's Lodge sea un asesino.

—O alguien que ronda por aquí —sugirió Rush—. En cualquier caso, ¿cómo podremos saber si el sedal que causó la muerte de Robinson y éste son el mismo?

—No es difícil —contestó Kate.

—¿Ah, sí? —Rush la observó divertido—. ¿Cómo lo haría usted, miss West?

—¿Aún tiene el sedal con el que mataron al jardinero, inspector?

—Sí, claro. Es una prueba.

—Entonces haga que lo midan. Luego mediremos el que hay en este rollo —dijo mientras señalaba el texto escrito en la caja, que indicaba la longitud—. Si entre ambos suman 220 yardas, el trozo de sedal con el que asesinaron a Ben Robinson procedería de aquí.

—Es usted una joven inteligente.

—¿Aún no estabas convencido de ello? De momento me quedo con esta caja de sedal. —Carter la tomó de las manos de Kate West y también se la metió en el bolsillo.

—Y yo me marcho. Se acerca la hora de comer y por nada querría llegar tarde y darle un disgusto a Adam Baker.

—Eres malo, Herbert.

—Sólo de vez en cuando.

—¿Asistirás al interrogatorio de Zachary Gray?

—Por supuesto. No empieces sin mí.

—Y usted, miss West —dijo Carter cuando Rush se marchó—, ¿aceptaría que la invitara a comer?

—Se lo agradezco, inspector, pero tengo algo que hacer.

Carter cerró los ojos durante un instante.

—Ya que, por una razón u otra, lograr que acepte una invitación mía es una tarea hercúlea, ¿puedo acercarla a Brougharry al menos?

—Quizá Hércules tendría éxito en su décimo tercer trabajo si me invitara a cenar.

—Gracias por descubrirme el secreto —susurró—. ¿Nos vamos?

Kate aceptó el brazo que Carter le ofrecía y caminaron juntos hacia el coche.

—Creo que ése sería un buen título para una novela policíaca.

—¿Cuál?

—*Los trabajos de Hércules*.

—Está usted pensando asignárselo a las células grises del belga remilgado de la señora Christie.

—Ajá.

—Puede escribirle una carta y sugerírselo. —Carter se soltó del brazo de ella y le abrió la portezuela del coche.

—No se burle, inspector. Puede que lo haga...

—Se lo aseguro, miss West: no me extrañaría nada.

CAPÍTULO 21

1

Cuando llegaron a la entrada del pueblo, Kate pidió a Carter que detuviera el coche. La mayoría de las casetas de feria que se habían ubicado en la pradera que rodeaba la carretera estaban cerradas. Algunos feriantes que tenían las suyas en la calle principal de Brougharry habían aprovechado hasta el último momento y comenzaban ahora a cerrar sus tenderetes, pero había una que se mantenía abierta.

—¿No quiere que la acerque hasta el hostal?

—No, gracias. —Kate bajó del coche y sostuvo la puerta con la mano—. He pasado la mayor parte de la mañana ahí sentada —dijo, señalando el asiento del copiloto—, así que prefiero dar un paseo. ¿Me esperará para el interrogatorio?

Carter puso los ojos en blanco.

—¿Tengo otra opción?

Ella sonrió.

—Sabe que, en cualquier caso, no la desea. Nos vemos esta tarde en la puerta del cuartelillo.

Empujó la portezuela del coche y saludó con la mano cuando Carter aceleró para alejarse. Luego caminó hacia la caseta que aún permanecía abierta. Estaba vacía.

—¡Maldita sea!

Kate posó la mano sobre uno de los libros expuestos y se inclinó hasta mirar por encima del diminuto mostrador. Allí abajo, sentado en el suelo, con las piernas dobladas y la mano derecha sobre la rodilla, estaba Ralph intentando vendársela con la izquierda.

—¿Qué le ha pasado? —Kate percibió el susto con el que la rápida mirada del joven se posó en ella.

—¡Kate!

—Lo siento, Ralph, lo he asustado.

—No, es sólo que...

—¿Está herido?

Ralph Tradeford intentó ponerse en pie, pero ella se lo impidió.

—No se mueva. —Kate buscó la entrada lateral a la caseta y se acuclilló junto a él. Le quitó la venda que Tradeford estaba intentando colocar en torno a la herida y la observó—. ¿Cómo se ha hecho esto?

Tenía los nudillos magullados y la herida aún estaba abierta, aunque los extremos de los raspones ya habían comenzado a cicatrizar.

—Ese maldito tablón —dijo él— se cayó anoche y me aplastó la mano.

Kate observó el estante apoyado sobre el que había inmediatamente debajo de él. Los tornillos de uno de los laterales habían cedido y el tablón se había venido abajo con todos los libros, que Ralph ahora tenía apilados sobre el suelo de la caseta.

—Déjeme —dijo ella. Le cogió la mano y la posó sobre su propia rodilla mientras enrollaba la venda—. Yo se la vendaré.

Cuando terminó, los dos se pusieron en pie.

—¿Quiere que le ayude a colocar el estante?

—No, gracias, ya me apañaré luego, pero ahora déjeme que la invite a comer. Se lo debo —dijo él, agitando la mano vendada.

—Iba a la pensión y no he avisado.

—Estoy seguro de que no la echarán de menos.

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente sí, pero no me importará pagar el almuerzo a cambio de azuzar la curiosidad de la señora Talbot. Pasará toda la tarde preguntándose dónde he estado.

—No creo que tarde mucho en enterarse. Por lo que he visto, este pueblo está lleno de cotillas.

—¿Y qué pueblo no lo está?

Ralph cerró la caseta.

—Tiene razón —dijo—. Me pregunto si en el continente ocurrirá lo mismo.

—Le aseguro que sí —contestó ella, que aceptó el brazo que él le tendía.

—¿Ha estado allí?

—Durante un tiempo.

—Podemos ir a la posada del Cuerno Celta. Dicen que se come bien.

Ella asintió y los dos echaron a andar.

—¿Cuándo estuvo en el continente?

—Antes de la guerra.

—Pero pudo volver a tiempo.

—Sí —dijo ella—, por poco, pero sí. ¿Y usted, estuvo allí?

—En el sur de Italia.

—Supongo que fue duro.

Él se encogió de hombros.

—Uno acaba acostumbrándose.

Ralph abrió la puerta de la posada y le cedió el paso a Kate. Dentro hacía calor y el olor a carne asada invadía el comedor.

—¡Qué bien huele! —dijo él—. No he tomado nada desde el desayuno y se me hace la boca agua. ¿A usted no?

Kate asintió sin apartar la vista de Charles Carter, que la observaba desde una de las mesas del fondo.

—¿Nos sentamos? —preguntó Ralph.

—Claro.

Ella se quitó el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza y tomó asiento junto a una ventana, de espaldas al detective. Pensó que así le resultaría más fácil obviar su presencia y, sobre todo, olvidar la mirada que él le había dedicado, pero no fue así. Cuando salieron, después de comer, él ya se había marchado. Kate declinó la oferta de Ralph para acompañarla hasta el hostal. No deseaba otro encuentro fortuito y, además, quería estar a solas para poder pensar.

2

—Creo que es hora de que te tomes un descanso, Peter.

El reverendo Bradley apartó la vista del periódico. Su mujer estaba sentada junto a la chimenea, en la que ardía un grueso leño de manzano que llenaba el saloncito con su aroma.

—¿Y eso?

Anne Bradley dejó la labor de croché sobre las rodillas y fijó la vista en su marido.

—Los dos lo sabemos.

—¿Tengo que tomarme un descanso porque me estoy muriendo?

—Tienes que tomarte un descanso porque estás agotado y también porque deberías visitar a tu hermana y despedirte de ella, sí.

—No es el momento. Ya has visto lo que está pasando en Brougharry. Mis feligreses me necesitan más que nunca.

Ella tomó una bocanada de aire y la dejó escapar lentamente.

—He intentado resignarme a esta vida de entrega total, Peter. Lo sabes.

—Y estoy muy orgulloso de ti.

—No deberías estarlo. Siento que me flaquean las fuerzas viendo cómo se te va la vida sin que hagas nada para mantenerla.

—No estoy suicidándome, Anne. El doctor lo dijo con absoluta claridad: no hay solución.

—¿Y eso te impide tomarte unas breves vacaciones? Podrías llamar a Dough para que viniera a sustituirte durante unos días, cuando la feria acabe.

El reverendo apartó la vista de su mujer y la fijó en la ventana del saloncito.

—Creo que hay alguien en el jardín trasero —dijo.

—No desvíes la conversación.

—Lo digo en serio.

Se oyeron un par de toques en la puerta de la cocina.

—¿Ves?

—Parece que Dios está de tu parte esta tarde —dijo ella, mientras

se levantaba—, pero quizá no lo esté mañana. Seguiremos con esta conversación.

El reverendo sonrió y Anne cerró la puerta para que no se escapara el calor. En la cocina distinguió la figura de un hombre tras los visillos. El suelo aún estaba húmedo y caminó de puntillas para no dejar marcas de pisadas. Agarró el pomo con fuerza. Fuera quien fuese, había elegido el peor momento. Llevaba días pensando en plantearle a Peter lo del descanso y, ahora que lo había hecho y creía ir ganando terreno, aquel hombre le había concedido a su marido una tregua. Giró el picaporte y un soplo de brisa húmeda le refrescó la frente, sonrosada por el calor de la chimenea.

—¡Stuart!

El mendigo dio un paso atrás.

—Stuart, ¿dónde has estado? Todo el mundo te anda buscando.

Él no respondió. Parpadeó con lentitud, como si fuera procesando las palabras que oía una a una.

—Pasa. Debes de estar helado. Te prepararé un té. —Anne se dio la vuelta y caminó hacia los fogones—. No, mejor un poco del pato que ha sobrado. Estoy segura de que tendrás hambre. —Se giró hacia el hombre y vio que permanecía en la puerta—. Anda, pasa —repitió, pero él no se movió.

Ambos se miraron durante unos instantes, sin hablar. La tarde iba cayendo, aunque sólo eran las tres y la figura del mendigo se recortaba, oscura, sobre el fondo gris del cielo, que amenazaba una nueva tormenta.

—No hay nadie aquí. Estamos solos. No tengas miedo. —Anne dio unos pasos hacia él—. Vamos, Stuart, pasa y cierra la puerta. Hace frío.

El mendigo retrocedió y las maderas del porche trasero crujieron bajo sus pies.

—No voy a decirle a nadie que estás aquí. Sé que no has hecho nada malo. —Anne estiró la mano y le rozó el brazo, pero él se sacudió.

—¡*Dopa*!

—¿Ropa? ¿Quieres tu ropa?

El hombre asintió, dando golpes arriba y abajo con la cabeza.

—No puedo devolvértela, Stuart. La he lavado, pero aún está húmeda y, además, tengo que plancharla.

—No, no, ¡*dopa*!

El hombre la agarró por los brazos y la zarandeó. Balbuceaba con su lengua de trapo, repitiendo la palabra *dopa* una y otra vez. Anne sentía cómo las manos del mendigo se le clavaban en los brazos. Era fuerte y supo que, por más esfuerzos que hiciera, no lograría desasirse.

—¿Qué pasa?

Cuando el reverendo apareció, el mendigo lo miró asustado, soltó a Anne y echó a correr. Desapareció tras los árboles que circundaban la parte final del jardín y lo separaban del arroyo que cruzaba Brougharry.

—¡Stuart! —Anne lo llamó, pero el hombre no volvió.

—Así que no se ha marchado.

—Pero sabe que van tras él.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque quería su ropa.

Peter Bradley echó un vistazo al lugar por el que había desaparecido el mendigo. La oscuridad comenzaba a cubrirlo.

—Sería inútil tratar de alcanzarlo.

—Y, además, no te lo consentiría. Vamos. —Anne cerró la puerta de la cocina cuando las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer—. Prepararé un té.

—Te ayudaré.

—No, vete al saloncito. No quiero que cojas frío.

El reverendo echó el pestillo.

—Él no ha hecho nada —dijo ella.

—Sólo es por el aire, querida. No quiero que un golpe de viento abra la puerta de golpe.

—Una razón más para que Dough venga.

—¿La tormenta? —El reverendo alzó una ceja.

—Tu desconfianza. Tendrás que confesarte, Peter.

Él sonrió y se alejó por el pasillo.

—Ésa sí es una buena razón —Le oyó decir mientras se alejaba—. Tal vez lo haga y, de paso, quizá le pida que me sustituya unos días.

Anne suspiró. Después de todo, quizá la interrupción de Stuart había sido el medio del que Dios se había valido para hacer entrar en razón a aquel cabezota con el que se había casado y cuya vida deseaba conservar todo lo posible.

CAPÍTULO 22

1

Cuando Rush rodeó el montículo cubierto por hierbas silvestres que le impedía ver la entrada a Brougharry, encontró a Carter con el cuello del abrigo subido y el sombrero encasquetado hasta las orejas, esperándolo a un lado del camino.

—Supongo que la idea de pillar un resfriado que te meta en cama durante diez días se debe a que quieres hablar sobre la desaparición de la gargantilla y su sustitución por esas baratijas antes de que nos reunamos con el sargento Campbell, y no al deseo de contemplar los campos de Brougharry enfangados por esta endemoniada lluvia que no nos deja en paz.

Carter se refugió bajo el paraguas de Rush y se quitó el sombrero, del que resbaló un chorro de agua. Los dos echaron a andar hacia el pueblo, buscando las zonas menos encharcadas del camino, cuya tierra rojiza se había convertido en barro.

—No pensé que fueras a tardar tanto.

—Ni yo que estuvieras tan loco como para salir sin paraguas. ¿Dónde está ella?

—¿Qué ella?

—Tu miss West.

—No es mi miss West y no sé dónde está. —Un relámpago rasgó las nubes como si fueran de papel—. Vamos, no quiero estar en medio del campo bajo una tormenta como ésta.

—¡Vaya! ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Tenía entendido que vendría al interrogatorio.

—Pues puede que le hayan salido otros planes mejores.

—¿Una cita con alguien que no eres tú?

Rush se detuvo y miró a su expupilo, que se había parado también para no perder el refugio del paraguas. Carter no contestó. Agarró del brazo a Rush y tiró de él.

—¿No vas a contármelo?

—No hay nada que contar.

—Ya. Eso es justo lo que parece. Venga, empieza a vomitar.

—La invité a comer, pero no aceptó. Luego la he visto en el Cuerno Celta almorzando con ese Ralph Tradeford.

—¿Un tipo interesante?

—Un camorrista que ya ha tenido dos peleas desde que llegó a Brougharry.

—¿No es de aquí?

—Es un feriante.

—Vaya. —Rush ralentizó el paso. Su expupilo caminaba como si fuera a apagar un fuego y los pulmones empezaban a quejarse—. Veo que te has aplicado en informarte.

—Estuve con el sargento Campbell después de comer y me lo contó.

—¿Te lo contó o contestó a las preguntas que le hiciste?

Una ráfaga de viento dio la vuelta al paraguas y los dos hombres quedaron expuestos a merced de la lluvia.

—¡Dame el paraguas! —protestó Carter—. Vas a hacer que nos mojemos hasta los calzoncillos.

—Tú ya lo estás. Y no te enfades conmigo porque miss West te las haya dado con queso.

—No estoy enfadado.

—Ya, es sólo que calientas motores para el interrogatorio de Gray, ¿no?

Carter no contestó, y Rush continuó.

—Mi querido Charles, tendrás que espabilar. Si quieres conseguir a una mujer como ésa, deja de comportarte como un adolescente y ve a por ella sin rodeos.

—Puede que no me importe tanto como crees.

—¿Hablas en serio?

—Apenas la conozco. Me cae bien, pero no creas que bebo los vientos por ella.

—Y, sin embargo, te ha molestado que salga a comer con otro.

—Deja ya en paz a miss West. Lo que tenemos que hacer es descubrir al asesino de Ben Robinson y Betty Simpson. Tengo a Chapman encima y no me gusta sentir su aliento en mi cuello.

—¿Neil Chapman?

—¿Lo conoces?

—Claro. Estudiamos juntos en la Academia.

—¿Y qué opinión te merece?

—Se trata de un hombre con demasiados complejos. Ándate con mil ojos y no dejes que vaya nunca por delante de ti. Y con respecto a miss West, siempre te queda el recurso de enviarle al agente Evans para que la lleve hasta la hostería, a comer contigo.

—Olvídala ya, ¿quieres?, y centrémonos en Betty Simpson. El cambiazo de la caja me ha dejado sin palabras.

—Y sin ideas, admítelo.

—¿Alguna sobre quién puede haber robado la gargantilla de diamantes y colocado esa bisutería en su lugar?

Rush tomó a Carter por el brazo y lo obligó a saltar un charco al mismo tiempo que él.

—Tengo suposiciones al respecto, pero ninguna certeza.

—Creo que tenemos pocas posibilidades de alcanzar alguna

certeza en este asunto. ¿Dónde guardaste la caja?

—En mi habitación.

—¿A la vista?

—Sí —admitió Rush.

—¿Y la abriste antes de devolverla al cobertizo?

—No. No imaginé que algo como esto pudiera pasar.

—Lo cual dificulta las cosas porque no podemos saber cuándo fue realizado el cambiazo, si en tu propio cuarto o una vez la devolviste al cobertizo. ¿Quién tiene acceso a tu habitación?

—Todo Cricket's Lodge —contestó el viejo policía.

Carter inclinó el paraguas delante de ellos para que una nueva ráfaga de viento no le diera la vuelta. Los dos hombres aguantaron la embestida y luego continuaron andando.

—¿Y cuáles son esas suposiciones que has hecho?

—Bueno, imagino que las mismas que tú.

—¿Ruth Flox?

—Parece la explicación más obvia. Toma prestadas algunas piezas de bisutería del joyero de Betty sin que ésta lo sepa. De repente la asesinan y los objetos de Betty Simpson quedan bajo custodia policial. Imagino su angustia. Entonces, esta mañana entra en mi cuarto para asearlo, ve la caja de Betty y decide colocar allí las baratijas, pensando que así resuelve el problema.

Carter asintió varias veces.

—Es una posibilidad, pero eso no explica la desaparición de la gargantilla de diamantes. ¿Crees que la ha robado ella? Yo no.

—Y supongo que has ideado una razón por la que uno de los Dawes también esté metido en esto.

—¡No seas sarcástico, Herbert! Recuerda que todo *esto* está sucediendo en su casa y con su servicio. Y no te olvides tampoco de que hemos llegado a un acuerdo: no descartaremos ninguna posibilidad, ni siquiera aquéllas en las que un Dawes pueda estar implicado. En cualquier caso, preguntaremos a Ruth, aunque no estoy seguro de que admita haber colocado allí las joyas, si es que eso fue lo que ocurrió en realidad, y, desde luego, no lo hará si ha sido ella quien robó la dichosa gargantilla de diamantes.

—Tal vez si, en lugar de hacerlo tú o yo, se lo preguntara ella... —sugirió Rush, echando la cabeza hacia delante.

Carter levantó la vista. De pie en la acera, junto al cuartelillo de Brougharry, les aguardaba Kate West.

—Parece que su cita no era tan importante, hombre desconfiado.

—No quiere perderse el interrogatorio a Gray. ¿Qué otra razón podría tener?

—¿Además de verte?

Carter no tuvo tiempo de responder. Se encontraban ya junto a la

joven, que los miró jovial.

—Buenas tardes.

—Señor Rush.

Los dos jóvenes se observaron un instante en silencio. Fue él quien lo rompió:

—Buenas tardes, miss West.

2

El agente Evans los condujo hasta el despacho donde les aguardaba el sargento Campbell. Era pequeño y oscuro. Aunque el flexo del escritorio estaba encendido, sólo llegaba a iluminar los papeles que el sargento tenía esparcidos ante él. El resto de la habitación se encontraba sumida en una penumbra que Kate encontró hospitalaria. La clase de oscuridad que permitía enmascarar su vergüenza por el desprecio al que había sometido a Charles Carter ese mismo día en el pub donde ambos habían almorzado. Mirando la silla que tenían preparada para Zachary Gray, solitaria y enfrentada a la de su interrogador, se preguntó si él la percibiría de igual forma.

—¿Le ha tomado declaración, sargento?

—Sí, señor.

—¿Y?

—Insiste en afirmar que él no mató a Betty Simpson. Admite haberse reunido con ella ayer por la tarde en la granja de los Middleton. Dice que hablaron, que tuvieron una riña, aunque no ha querido explicarme por qué, y que luego se despidieron. Ella volvió a Cricket's Lodge y él se quedó allí un rato más, dándole vueltas, hasta que apuró una botella de whisky que había llevado consigo. Después volvió a casa y se acostó, borracho. Dice que no recuerda nada más.

—Una amnesia muy conveniente.

Kate miró a Carter. La respuesta era irónica, pero la había pronunciado con un tono colérico desconocido para ella hasta entonces.

—Bien —continuó—, vamos a comprobarlo. Por favor, sargento, tráigalo.

Rush se sentó a un lateral de la mesa y Carter ocupó la silla de Campbell. Kate tomó asiento un poco retirada, junto a la puerta, desdibujada entre esas sombras que la luz del escritorio no lograba desterrar. Era el lugar que le correspondía dentro de aquella escena: discreto, apartado, prácticamente invisible y mudo. Los tres aguardaron hasta que Zachary Gray llegó malhumorado, con la cabeza erguida y los ojos muy abiertos y provocadores. El sargento Campbell miró a Kate y luego levantó la llave de las esposas e interrogó a Carter

con un gesto, pero el inspector negó con la cabeza, de modo que Zachary Gray se sentó esposado frente a él.

—Señor Gray, soy el inspector Carter, de Scotland Yard, y voy a interrogarle en relación con el asesinato de Betty Simpson...

—¡Yo no la he matado! —El joven levantó la voz y se removió nervioso en la silla. El sargento Campbell colocó una mano sobre su hombro y lo aquietó.

—Eso aún no se lo he preguntado. Limítese a contestar cuando yo le pregunte.

—¿Qué me importan sus preguntas? —Gray se abalanzó sobre la mesa y el olor a sudor inundó la estancia—. ¡Le digo que yo no la maté!

—Repórtese o mandaré que le esposen a la silla.

Zachary Gray permaneció con el torso inclinado sobre el escritorio del sargento, sin atender a la reconvención que se le había hecho. Respiraba con agitación y mantenía los ojos fijos en los de Carter, como si pretendiera desafiar su autoridad. Tenía el pelo alborotado y las venas del cuello, hinchadas y azules, resaltaban sobre su piel blanquísima. Al otro lado de la mesa, Carter no se había movido una pulgada. Sostenía la mirada de Gray y se encontraba tan próximo al rostro del joven que Kate se preguntó si no estaría respirando el aliento que Zachary expulsaba en jadeos convulsos.

El señor Rush permanecía callado y circunspecto a un lado de la mesa y el sargento Campbell, de pie, mantenía una mano apoyada sobre la espalda de Zachary. Tal vez aquellas fueran las conductas que se esperaban de ellos, Kate no podía estar segura, pero hasta entonces no había conocido a aquel Charles Carter de postura dominante, rostro crispado, mirada autoritaria y una actitud inconmovible que le causó una sensación perturbadora. Se preguntó cómo se sentiría si fuera ella quien estuviera en el lugar de Zachary Gray. Apartó la mirada un instante y la fijó en el suelo de linóleo. Cerró los ojos y decidió que prefería no saberlo. Cuando los abrió, el sargento Campbell había obligado a Zachary a sentarse de nuevo. El joven permanecía quieto, con el cuello inclinado hacia adelante y la vista fija en las perneras de su pantalón. La batalla de voluntades acababa de terminar y Gray había claudicado. Kate volvió a mirar a Carter: el rostro continuaba impasible y el gesto se había vuelto más duro. Ahora que había conocido aquella otra cara del policía, supo que nunca le daría la oportunidad de volverla hacia ella.

—¿Se encontró ayer por la tarde con Betty Simpson?

—Sí. ¡Era mi novia! Nos veíamos en sus tardes libres.

—Pero la de ayer no era una de ellas, señor Gray. Cricket's Lodge estaba de luto por la muerte de Ben Robinson y el servicio tenía prohibido salir.

—Teníamos que hablar.
—¿De qué?
Zachary no contestó.
—¿Dónde se vieron?
—En la granja de los Middleton.
—La granja de los Middleton es un lugar solitario y apartado. ¿Había alguien más con ustedes?
—¡Pues claro que no! Allí no lleva uno a sus amigos cuando va a encontrarse con su novia.
Kate percibió que Rush la observaba con cautela. Se dio cuenta de que el viejo policía se sentía azorado, como si aquella situación le provocara desasosiego. La joven abortó una sonrisa. Herbert Rush era un hombre de otra época que no se sentía cómodo con su presencia en una sala de interrogatorios. Sin embargo, a Charles Carter no parecía importarle, y Kate no supo si agradecerlo o sentirlo. La había saludado con cortesía pero con frialdad a la puerta del cuartelillo y no podía reprochárselo. La imagen inerme y dolida que recordaba de él en el Cuerno Celta, mientras ella compartía mesa con Ralph Tradeford, la atormentaba. Por la tarde, mientras reposaba tumbada en su cama del hostal, había pensado en telefonearle. Quería explicarle por qué había acabado comiendo con Ralph después de rechazar su invitación, pero desestimó la idea. Aunque no la conocía lo suficiente, intuía que Carter no era el tipo de hombre ante el que tuviera que disculparse sólo porque se sintiera abochornada. Lo miró de nuevo, a la luz del triste flexo del sargento, y supo que había hecho bien. Las excusas pueriles no eran un recurso que aquel hombre aceptara como buenas. Lo vio desplegar las manos sobre unos papeles que tenía frente a sí y fijar de nuevo aquella mirada fría en los ojos de Zachary Gay.
—¿Se reunían en esa granja abandonada para mantener relaciones sexuales?
—A veces, sí.
—Pero ayer lo hicieron para hablar.
—Sí.
Carter asintió y enlazó los dedos sin apartar la vista del joven.
—Según su declaración, ayer discutieron.
—Sí.
—¿Por qué motivo?
—Nada importante. —Zachary Gray volvió a removerse en la silla —. Sólo fue una rencilla de enamorados.
—Entiendo…
Carter calló, y Kate lo vio recolocar los papeles que tenía sobre la mesa, como si lograr que los bordes de las hojas quedaran perfectamente alineados fuera el cometido que lo había llevado hasta allí. No le fue difícil adivinar por qué lo hacía. Kate vio que también

Zachary Gray lo observaba y creyó apreciar cierta curiosidad en su mirada, como si la tarea del inspector le fascinara. Los segundos transcurrieron mientras el silencio llenaba el pequeño despacho del sargento Campbell. Sólo la respiración agitada del joven lo turbaba. Su intranquilidad iba en aumento, pero Charles Carter no parecía tener intención de aplacarla. Kate lo observó con atención. Los interrogatorios de *monsieur* Poirot eran mucho más sutiles, y tan corteses, que sólo después de asistir a uno real se era consciente de lo ficticio de su naturaleza. Entonces Carter avivó la tensión con una afirmación rotunda:

—Ella le dijo que estaba embarazada.

—¿Cómo?

—Y a usted le desagradó la noticia.

—¡No!

—Por descontado, entre sus planes no figuraba la llegada de un hijo.

—¿Qué insinúa? —Gray intentó levantarse y el sargento lo sujetó por los hombros—. ¡Betty no estaba embarazada!

—Porque lo que planeaba era fugarse con esa joven que le proveía de abundante dinero.

—¡No!

—¿Cuál era su plan, Gray? ¿Transformarla en prostituta?

—¡No!

—Supongo que pensó que sería un buen negocio: ella trabajaría para usted, que disfrutaría de una vida relajada y agradable.

—¡Cállese, cállese! No diga eso. No hable así de ella. Lo que dice no es cierto.

—¿Está diciendo que no pensaban huir juntos?

El joven no contestó.

—Porque sabemos que ése era su plan. Betty tuvo la amabilidad de contárselo a alguien que ahora nos lo ha contado a nosotros. De modo que ayer, probablemente, usted se reunió con Betty para tratar del asunto. Sin embargo, ella le confesó su embarazo y todos sus planes se derrumbaron. Dígame, señor Gray, ¿le exigió Betty que se casara con ella?

—¡No!

Zachary Gray, sujeto por los hombros, alargó el cuello para acercarse aún más a Carter. Ahora Kate podía ver parte de su rostro iluminado por la lámpara del escritorio. Acalorado y sudoroso, tenía la piel enrojecida y le temblaba la barbilla. Los tendones del cuello, estirados como las cuerdas de un arco, daban la impresión de estar a punto de quebrarse y un brillo extraño en los ojos refulgía bajo la luz de la lámpara. Zachary Gray lloraba.

—¡No! —volvió a negar—, yo no sabía…

—Claro que lo sabía, señor Gray, pero usted se negó a casarse. El matrimonio con Betty Simpson y la llegada de un hijo no entraban en sus cálculos.

La voz de Carter se elevó por primera vez en el interrogatorio. Ahora fue él quien acercó la cara a la de Gray. Kate estudió los dos rostros, frente a frente. Uno devastado; el otro, afilado como el aguijón de un escorpión.

—La comodidad de disfrutar de abundante dinero y de una joven bonita, sin complicaciones, sin responsabilidades, se esfumó con la inesperada aparición del bebé, ¿no es eso, Gray? ¿Qué le dijo usted?

—¡Nada!

—¿Le sugirió que abortara y ella se negó?

—¡No! Yo no dije nada. Yo no...

—Usted no quería, lo sé. No era su intención, pero la mató.

—¡No! ¡No!

—Betty Simpson era una joven atolondrada e imprudente, pero no estaba dispuesta a matar a su hijo. Por eso la asesinó, señor Gray. La siguió en su camino de vuelta a Cricket's Lodge y la asfixió.

—¡Le digo que no es cierto! ¡Está equivocado!

—No lo estoy.

—¡Está mintiendo para proteger a los Dawes! Es usted como todos.

—¿Los Dawes? —Carter se levantó y dio la vuelta al escritorio, hasta colocarse junto al joven—, ¿qué tienen que ver los Dawes en todo esto?

—Está echando balones fuera —dijo Rush.

—¡Herbert! —Carter lo amonestó.

—¿Lo ve? —Zachary había recuperado la compostura—, él también. Todos protegen al pez gordo.

—Un pez gordo cuyo jardinero también asesinó usted, señor Gray. —Carter volvió a sentarse y enlazó los dedos de las manos delante de él, sobre el escritorio.

—¿Ah, sí? ¿También yo soy el asesino de Ben? —El tono de Zachary Gray sonó sarcástico.

—Eso creo, sí —admitió Carter—. Usted no le gustaba al señor Robinson, pero es comprensible: maltrataba a Betty y se aprovechaba de ella, así que le dio una buena tunda y le advirtió seriamente. Debió de ser bochornoso para usted. Dígame, ¿dónde estaba la mañana en la que Ben Robinson fue asesinado?

—En casa de mi madre, en mi cuarto.

—¿Y antes de eso?

—Estuve allí toda la noche.

Carter movió la cabeza de un lado a otro.

—No, señor Gray. Acababa de llegar el sábado por la mañana

cuando el reverendo Bradley se presentó en casa de su madre y lo sacó de la cama, que aún no había tenido tiempo de calentar. Díganos dónde pasó la noche. En la granja de los Middleton no pudo ser, porque Betty Simpson durmió en Cricket's Lodge.

—No lo recuerdo.

—¿Cómo es posible que no lo recuerde? Ni siquiera han pasado tres días.

—Pues no lo sé. Estaba borracho.

—¿Siempre se emborracha para olvidar?

—¿Y usted siempre acusa de asesinato a los más débiles?

Carter se echó hacia atrás en la silla y enarcó las cejas.

—¿Los más débiles?

El ambiente en el despacho del sargento Campbell se había caldeado, y no sólo por el tono del interrogatorio. Las respiraciones de las cinco personas que se encontraban reunidas en un espacio tan pequeño estaban agotando el oxígeno. Kate sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente. Habría dado cualquier cosa por que abrieran la ventana y el frío de la calle los envolviera entre desgarrones de niebla húmeda. Estudió a los dos hombres, que se observaban fijamente. Zachary, desconcertado; Carter, prepotente.

—¿Se refiere a Betty Simpson, señor Gray?

—¡Qué dice!

—Digo que si al hablar de los más débiles está pensando en la joven indefensa a la que usted maltrataba.

Esta vez el joven no contestó.

—Lo cual me lleva a cerrar el círculo sobre usted. La noche del sábado, Betty Simpson rompió el luto que sir Geoffrey había impuesto por la muerte de Ben Robinson y se ausentó de Cricket's Lodge. Se reunió con usted en la granja de los Middleton y le acusó de ser el asesino. Ella sabía que usted odiaba a Ben Robinson. Probablemente usted lo negó y trató de convencerla de que no lo había matado, pero Betty Simpson lo conocía y sabía de qué era capaz, así que no logró persuadirla, de modo que la golpeó para asegurarse de que guardaría silencio.

—¡No, no! Esa noche hicimos el amor.

—Bonita manera de hacer el amor, señor Gray: el rostro de Betty Simpson reflejaba algo distinto cuando llegó a Cricket's Lodge. ¿Es de esos hombres que sólo se excitan golpeando a una mujer?

Zachary Gray se levantó, venciendo la oposición de Campbell, y se lanzó sobre Carter. Lo golpeó con la cabeza en la frente. Kate se irguió en la silla y vio cómo la sangre comenzaba a manar de su ceja mientras Rush intentaba ayudar al sargento a controlar a Gray. Carter pestañeó, impávido, sentado en su silla, y se limpió con un pañuelo. Evans entró en el despacho y entre los tres hombres redujeron a

Zachary Gray, que fue esposado a la silla. Luego el agente salió y Carter continuó apretando el nudo:

—Pero Betty Simpson no estaba dispuesta a darse por vencida. —Kate le miró. Se cubría la herida con el pañuelo, pero no le prestaba atención. Seguía con la vista clavada en Zachary Gray, como si nada hubiera pasado, frío como la piedra que cubre una tumba—. Así que al día siguiente volvió a concertar una cita con usted. Esta vez le habló del hijo que esperaban. No creo que le gustara un padre asesino para él, pero probablemente le horrorizaba más la idea de ser madre soltera. Así que le instó a que huyeran. Al fin y al cabo, ése era su proyecto inicial, marcharse a los Estados Unidos y montar una estación de servicio. El círculo se había cerrado para usted, señor Gray. Ya no tenía escapatoria. La mujer de quien había venido aprovechándose esperaba un hijo suyo y conocía un secreto que podía llevarle a la horca. Un secreto que pendería sobre su cabeza durante el resto de su existencia. Así que la siguió cuando ella volvió a Cricket's Lodge y la mató. Después volvió a su casa y se emborrachó para ahogar el crimen en la inconsciencia del alcohol.

—Bebí, sí, pero no fue por eso.

Por primera vez, Zachary Gray gimió.

—¿Entonces por qué, señor Gray?

—Yo no la maté.

—Yo creo que sí y, si estoy en lo cierto, no tenga la menor duda de que lo probaré.

—Le juro… —Zachary Gray recobró el aplomo durante un instante y levantó la cabeza, enfrentando su mirada de nuevo a la de Carter—, le juro que yo no la maté. Betty no me contó lo de su embarazo. Vi que tenía la cara llena de cardenales e intenté averiguar quién la había golpeado, pero no quiso contármelo. Estaba histérica y lo único que quería es que nos marcháramos de Brougharry al día siguiente.

—¿Por qué estaba histérica?

—No lo sé, pero ahora que sé lo del embarazo puedo imaginarlo.

—¿Qué es lo que imagina, señor Gray?

—¿Acaso importa? Usted ya ha decidido que yo sea el culpable.

—Si importa o no, seré yo quien lo decida. Conteste a la pregunta.

—Entonces no me la haga a mí, inspector. Pregunte a Craig Dawes o al propio sir Geoffrey.

Carter se reclinó sobre el respaldo de la silla y observó a Zachary Gray en silencio. Kate se preguntó qué estaría pensando. Por primera vez desde que lo conocía, no supo leer su mente. Luego volvió la mirada hacia el joven, cuya espalda se agitaba levemente por los sollozos, y pensó que daría cualquier cosa por saber si eran ciertos o fingidos. Si hubiera podido observar su rostro durante el

interrogatorio, tal vez ahora sería capaz de contestar a esa pregunta.

Evans golpeó la puerta del despacho con los nudillos y la abrió sólo lo necesario para asomar la cabeza.

—Inspector, le llaman del Yard. El jefe de inspectores quiere hablar con usted.

3

Carter permaneció en el despacho del sargento Campbell, adonde le habían pasado la llamada de su superior. Evans se había llevado a Zachary a la celda, seguido por Rush y por el propio sargento, y Kate se había quedado en el diminuto recibidor del cuartelillo, junto a la ventana. De fondo escuchaba las voces del joven Gray, que continuaba clamando su inocencia y que no le permitían escuchar la conversación que Rush y el sargento mantenían. Tampoco podía entender lo que decía Carter, al otro lado de la puerta.

Apoyó el hombro sobre el marco de la ventana y un mechón de pelo rojizo le cayó sobre los ojos. Seguía lloviendo.

—¿Se encuentra bien? —Kate dio un respingo. No había oído llegar al señor Rush.

—Gracias, sí —Le sonrió.

—No ha sido agradable. —El expolicía señaló con el mentón la puerta del despacho de Campbell.

—Bueno, supongo que ha sido como debe ser.

—Él sólo cumple con su papel.

Kate se preguntó qué interés tenía el señor Rush en disculpar la manera con la que Charles Carter se había conducido durante el interrogatorio.

—Al fin y al cabo, dos personas han muerto —añadió.

—No tiene que justificarlo, señor Rush. Lo comprendo perfectamente. ¿Tiene problemas?

Rush enarcó las cejas.

—¿Quién?

—El inspector.

Los dos callaron durante unos segundos. La voz de Carter atravesó la puerta del despacho y llegó hasta ellos, sofocada por la madera, pero áspera y con una inflexión colérica que Kate desconocía.

—No se preocupe. Les ocurre a todos los que hablan con Neil Chapman. Un tipo fastidioso e inaguantable. ¿Quiere que la acompañe hasta el hostal, miss West? Parece que la lluvia arrecia.

—¿No lo esperamos?

—¿A Charles?

Ella asintió.

—Mejor no. Chapman siempre deja mal sabor de boca.

Rush le ofreció el brazo al salir y ella se acomodó junto a él, bajo el paraguas. No tenía muy claro si aquélla era la forma sutil que había elegido para deshacerse de ella, de manera que él y el inspector pudieran dar el siguiente paso sin su presencia, pero no se lo reprochó, ni siquiera mentalmente. Tenía sus propias ideas que ordenar. Y también tenía una para deshacer el agravio que le había causado a Charles Carter unas horas antes.

CAPÍTULO 23

1

El agente Evans se despidió en la puerta del Cuerno Celta y Carter entró. Llevaba el cuello del impermeable subido hasta las orejas. Durante todo el día se había acordado del abrigo, que dejó en su apartamento de Londres al cambiarlo a última hora por el impermeable. Una decisión tomada demasiado a la ligera y que ahora lamentaba con cada estremecimiento de su cuerpo. La lluvia podía sortearse con un buen paraguas, pero la ola de frío que, según había oído en la BBC, estaba invadiendo la Gran Bretaña por el norte desde los países escandinavos, le estaba pasando factura en forma de continua tiritona.

Dentro del Cuerno Celta la atmósfera era cálida. Se quitó el sombrero y echó un vistazo a las mesas, pero no vio a Peter Bradley. El agente Evans había ido a buscarlo a las habitaciones que ocupaba encima de la comisaría. El reverendo, dijo, le había pedido que lo llevara hasta el mesón porque tenía una información importante que darle. Carter resopló por lo bajo. No le apetecía salir lo más mínimo. Lo único que deseaba era sentarse junto a la estufa de hierro y entrar en calor. Ni siquiera quería pensar en el caso y mucho menos en la desagradable conversación que había mantenido con Neil Chapman, pero había vuelto a colocarse el impermeable, todavía húmedo, y había seguido con docilidad al joven agente.

El mesón estaba bastante lleno a esa hora. Muchos de los feriantes se habían reunido allí para tomar un bocado y Carter no vio ningún espacio libre en la barra. Se preguntó si podría sentarse a una mesa hasta que llegara o estarían reservadas para la cena. Movió los dedos de los pies dentro de los zapatos, fríos y mojados. Ahora ya ni la imagen de la estufa le consolaba. Quería irse a su habitación y meterse en la cama.

La camarera se acercó y cogió el sombrero y el impermeable mientras le indicaba que le siguiera. En la misma mesa en la que había comido aquella mañana le esperaba Kate West. Carter apreció un esbozo de sonrisa que no llegó a componerse por completo. Los ojos de Kate lo miraban impregnados de duda. Tenía que borrarla de ellos.

—¿Es ésta la forma que ha elegido para tomarse la revancha por lo del *bobby*?

El esbozo de sonrisa se intensificó.

—Imaginé que no lo esperaría de un joven tan serio como el agente Evans.

—Y está en lo cierto. Me engañó por completo.

—No se lo tenga en cuenta. Ruth Flox tuvo que emplearse a fondo

para conseguir que accediera.

—¿La doncella viva de los Dawes?

—Esa pregunta sugiere cierto grado de abatimiento, inspector.

—Dejémoslo en confuso. —Carter tomó asiento frente a ella y reparó en la mirada de Kate West, ahora del color de un prado recién mojado por la lluvia—. Confieso que esta cita me ha sorprendido.

—¿Por qué?

—Estará de acuerdo en que hasta ahora no se ha mostrado usted muy proclive a salir conmigo. ¿Tiene esta cena algo que ver con que la haya sorprendido comiendo con Ralph Tradeford después de que rechazara mi invitación?

Ella ladeó la cabeza y achinó los ojos. Carter sabía que su comentario la había desconcertado.

—¿Conoce su nombre?

—Es mi trabajo.

—¿En serio?

—Soy inspector de policía y estoy investigando un crimen. Seguro que se acuerda.

—Sí, creo que no lo he olvidado, ¿pero qué tiene que ver Ralph Tradeford en todo esto?

—Como cualquier otro habitante de Brougharry, se encuentra dentro de los posibles sospechosos.

Ella se echó a reír.

—¿Ha investigado también al resto de feriantes?

—Aunque no lo crea, sí. Tengo en mi lista de asuntos pendientes hablar con el repostero que se encaró con usted el viernes pasado, en la estación de tren.

—Inspector Carter, empieza usted a asustarme.

—¿Por qué?

—¿Qué hay de mi vida que se le escape?

—Todo lo que usted no me cuenta.

—Ya... —Kate apartó la mirada y la posó en algún lugar de la mesa, como si los dibujos de las tablas de madera ocultaran algún misterio que estuviera tratando de desvelar.

—¿Y esto? —preguntó Carter, señalando el local y sin darle tiempo a que su mente se perdiera entre esos vericuetos que le estaban vedados—. ¿A qué se debe?

Ella encogió ligeramente los hombros.

—¿Por qué debe existir una razón para que nos veamos? ¿No puede, simplemente, apetecerme cenar con usted? —Kate le tendió la copa vacía para que él se la llenara de sidra.

—Sí, por supuesto.

—Para usted ha sido un día agotador y, para mí, insólito. Creo que a los dos nos conviene un rato de relax.

Carter tomó la jarra de sidra que les habían servido y ocultó una sonrisa tras el borde.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Una guinda demasiado dulce para un día que comenzó con un asesinato y una visita a la morgue. Por eso sigo preguntándome cuál es la verdadera intención que le ha empujado a proponer esta cena.

—¿No la imagina?

—Sin olvidar del todo a Ralph Tradeford, barajo dos posibilidades.

—Que, doy por hecho, no se va a resistir a comunicarme.

—En efecto.

—Sorpréndame.

—Es difícil, pero lo intentaré. Oscilo entre creer que realmente deseaba usted un momento de asueto junto a mí..., o considerar la posibilidad de que su tenacidad no se da por vencida y aún siente que podemos seguir dándole vueltas al caso.

Kate asintió sin apartar la mirada de él, pero no dijo nada.

—¿Qué? —preguntó Carter.

—¿De verdad quiere que resuelva esa duda? ¿No preferiría descubrirlo por sí mismo?

—Podría hacerlo. ¿Recuerda que soy policía?

—Ajá.

—Y soy bastante hábil investigando.

—Estoy de acuerdo.

—Así que, sí, es bastante plausible que pudiera averiguarlo.

Ella lo retó con una mirada risueña que él sostuvo sin escamotearse.

—Sin embargo —Carter entornó los ojos y se inclinó sobre la mesa, acercándose ligeramente a ella—, creo que prefiero seguir viviendo en la ignorancia.

Kate frunció los labios y soltó una carcajada. Carter se dijo que más tarde decidiría qué le había gustado más. La camarera llegó con el consomé de rabo de buey que habían pedido y una botella de vino. Ninguno de los dos habló y, para cuando la muchacha se marchó, la intimidad con que habían comenzado la noche parecía haberse evaporado, de modo que Carter optó por el camino seguro.

—Este caso está manifestándose mucho peor que el del asesinato de Thomas Allerton. Siento que se haya visto envuelta en él.

—¿Lo siente?

—No crea que desconfío de su vitalidad, miss West, pero quizá todo esto acabe por resultar demasiado penoso.

Kate no contestó. Desde su asiento, Carter la vio adentrarse en las profundidades de su alma, solitaria y taciturna, abstraída por completo en unos pensamientos que él daría un mundo por conocer.

En momentos como aquél se daba cuenta de lo poco que sabía de ella.

—Toda carga es susceptible de ser transportada, inspector —dijo al fin—, y la capacidad de sufrimiento a menudo es mayor de lo que nuestra aparente debilidad nos permite creer.

—¿De verdad lo cree así?

Ella asintió.

—Ante la enormidad del universo, el hombre puede parecer frágil, pero no lo es. Somos una especie intrépida y vigorosa, capaz no sólo de soportar las más duras pruebas, sino de salir airosa de ellas.

—¿Habla la voz de la experiencia?

—Habla la certidumbre. Y la esperanza.

Se miraron, como si con ello pudieran comprenderse mejor que con cualquier palabra. Y los dos sabían que era así.

—Lo único que tengo claro hasta ahora es que nuestra doncella era una joven de costumbres licenciosas.

—¿Habla así de ella porque era una mujer?

—¿Qué quiere decir?

—Hay hombres que practican esas costumbres disolutas y no se los trata de igual forma. Debería saberlo.

Él encajó el golpe, pero no se dio por aludido. Precisamente de aquel pie no cojeaba.

—¿Es usted feminista, miss West?

—No, pero me molesta la doble vara de medir que los hombres suelen mostrar en estos asuntos.

—Tengo entendido que la época victoriana acabó hace décadas, y no soy de los que justifican en un sexo lo que critican en el otro. Sin embargo, ¿se prestaría usted a obtener dinero de los hombres valiéndose de sus encantos?

—Jamás.

La voz de Kate sonó rotunda. Quizá demasiado, pensó Carter, para lo que no era más que la simple contestación a una pregunta retórica de la que no esperaba otra respuesta que no fuera ese adverbio.

—Aclarado este punto, ¿estamos de acuerdo en que Betty Simpson era una joven de costumbres disolutas?

—Lo estamos.

—Y también un tanto estúpida. ¿Podemos firmar la pipa de la paz también en este punto?

—¿En qué sentido cree que lo era?

—Conseguía dinero de los hombres para luego dárselo a otro. ¿No le parece ridículo?

—Tendría que considerar varios factores antes de contestar a esa pregunta.

—¿Qué factores?

—Si Betty Simpson estaba enamorada de Zachary Gray, podría comprenderlo.

—¿Habla en serio?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué no? El amor empuja a realizar excentricidades de ese tipo.

Carter se sintió perplejo.

—¿Usted le entregaría su dinero a un hombre, miss West?

—¿Es que le hace falta un préstamo, inspector?

—No —él rio—. Tan sólo me pregunto si, en su condición femenina, se inclinaría a dar su dinero a Zachary Gray.

—Yo nunca saldría con un hombre como Zachary Gray.

—Lo cual responde a mi pregunta, en efecto.

Charles se preguntó, no obstante, cuál sería el tipo de hombre con el que saldría Kate West. Le costaba imaginar que fuera alguien como Ralph Tradeford y decidió que algún día lo averiguaría. Por el momento se sentía satisfecho. La velada, al igual que el día, estaba resultando provechosa, y Kate West había desplegado ante él una nueva página de su personalidad. Poco a poco iba perfilando la naturaleza de aquella mujer tan insólita como extraordinaria. Una mujer enérgica y decidida, aunque demasiado temeraria, de personalidad taciturna e inteligencia aguda. Una mujer cuyos enigmas estaba empeñado en descifrar.

—Para ser justos —continuó Carter—, y a fin de que compruebe que no mido con vara distinta a unos y otros, también hay hombres que obtienen dinero de las mujeres valiéndose de sus encantos.

—¿Está hablando de Craig Dawes y Alberta Havering, inspector?

—Sí.

—No parece que él le caiga muy bien.

—Podría decir que me es indiferente.

—Es lo que la diplomacia aconsejaría.

—Así es.

—Pero…

—Pero no sería franco con usted, miss West. Lo cierto es que no, Craig Dawes no me gusta.

Esta vez fue ella quien sonrió complacida.

—¿Le hace gracia mi respuesta?

—Me agrada.

—¿A usted tampoco le gusta Craig?

—Me agrada que aparte la diplomacia conmigo y sea franco, inspector.

Carter encajó el golpe con deportividad y siguió el nuevo hilo que ella había abierto en la conversación.

—Se ha ganado usted mi estima, miss West, y mi confianza

también.

Una nueva sonrisa de complacencia asomó a los labios de Kate.

—Puesto que parece que hemos alcanzado un momento para las confidencias, inspector, ¿puede decirme por qué no le gusta Craig Dawes?

—Supongo que no hay una única razón.

—Aunque quizá la más llamativa es que es guapo y va a casarse con una bella millonaria que le hará la vida más fácil aún de lo que ya la ha tenido.

—Es un niño consentido.

—Sí, lo es —admitió ella.

—Y no me gusta la gente que aprovecha sus contactos familiares para librarse de los deberes a los que ha de hacer frente.

—Entiendo… —Kate asintió mientras rodeaba la copa de vino con los dedos y dejaba vagar la mirada sobre el líquido—. Imagino que debe de ser duro digerir el hecho de que, mientras usted se jugaba la vida en un avión, Craig Dawes estaba acomodado en una oficina, anotando nombres de especímenes del Museo de Ciencias Naturales en un cuaderno.

Él no contestó, pero se mordió el labio, como si quisiera reprimir el impulso de añadir algo más a lo que ella había dicho.

—De cualquier modo —Carter desvió el recorrido de la conversación—, puedo entender el interés de los Dawes por emparentar con los Havering, pero no el camino inverso.

—Seguramente entre los motivos del señor Havering destacará el título que sir Geoffrey aporta y que un día heredará Craig.

—¿Y entre los de su hija?

—¡Oh! —Kate sonrió—, supongo que Alberta se siente atraída por la juventud de Craig. Es un chico guapo y simpático.

—¿Entonces sí le gusta?

—Sabe cómo hacer reír a una chica.

—No veo que ésa sea razón suficiente para enamorarse de él.

—Yo tampoco —admitió Kate—. Salvo que la chica lleve una vida aburrida y Craig Dawes sea el sol que la ilumina.

—¿Y cree que ése es el caso de Alberta Havering?

—Tal vez. No la conozco. Pero sí le aseguro que Craig Dawes sabe cómo resultar encantador.

—Parece usted muy convencida.

—Lo estoy. Creo que él es la única nota alegre que hay en Cricket's Lodge.

—Si se exceptúan los momentos en los que Craig discute con su padre.

—En efecto. Esos momentos resultan muy desagradables.

—¿Y eso no lo vuelve irritante también a él?

—No más que a su padre, para ser justos con él.

—Ya.

—Craig es un niño grande —dijo ella—. Su sentido de la responsabilidad no ha crecido al mismo tiempo que lo hacía su cuerpo. Se deja acunar por su madre y mimar por la señora Wright, juega con las criadas e incluso conmigo, pese a que soy una extraña en la casa. ¿Sabe que bailaba con Betty en la biblioteca cuando ésta la limpiaba?

Carter enarcó las cejas y dejó la copa a mitad de camino entre la mesa y sus labios. Kate West se merecía aquel punto y él no iba a decepcionarla diciéndole que, en efecto, conocía aquella información. Ella sonrió.

—Sabía que esto le iba a interesar.

—Cuente —pidió él, apoyando los brazos en la mesa y acercándose a ella.

—La cosa no tiene demasiada importancia. Betty solía conectar la radio de la biblioteca cuando tenía que hacer la limpieza. A veces Craig se encontraba con ella allí y bailaban.

—Me gustaría saber qué piensa esa cabecita suya con respecto a ello.

—¿Debería pensar algo?

—Dígame, miss West, ¿ha considerado la posibilidad de que hubiera algo entre Craig Dawes y Betty Simpson?

—¿Por qué no? Un señorito juguetón, una criada libertina…

—Oh, por favor, no utilice palabras decimonónicas. Vuelva al siglo XX.

—Según tengo entendido —dijo Kate, mirándolo por encima del borde de la copa—, es a usted a quien entusiasma esa época.

—¿Miss Yeats se lo contó? —Kate asintió y él notó cómo una oleada de calor le subía por la cara. Imaginar a Kate West como una institutriz victoriana ahora le parecía absurdo, pero en el maldito momento en que hizo aquel comentario no podía figurarse que la directora de una oficina de mecanógrafas tuviera otro aspecto diferente al de una gobernanta. Carter sacó el pañuelo y se enjugó el sudor que comenzaba a correrle por la frente. No podía creer que miss Yeats se hubiera ido de la lengua en un asunto como aquél.

—Si no tiene cuidado, va a arrancarse la tirita —le advirtió Kate. Carter se había olvidado por completo de la herida que Zachary Gray le había causado en la ceja.

—Lo dije cuando aún no la conocía —se excusó.

—¿Y qué le hizo pensar que tenía las caderas anchas?

La oleada de calor volvió.

—No sé…, supongo que influyó la imagen que tenemos de lo que era una institutriz victoriana. Ya sabe, las láminas de nuestros libros

infantiles… Miss Yeats no debería habérselo contado.

—No la culpe a ella, inspector. Fue usted quien me imaginó de esa guisa.

—Vale, admito que me merezco el mal rato que estoy pasando, pero ya se ha burlado bastante de mí. ¿Podemos dejar el asunto?

Ella lo miró como si estuviera sopesando si el castigo había sido suficiente.

—De acuerdo —dijo—, le concedo una tregua.

—O sea que volveremos sobre ello.

—No le quepa la menor duda.

Él asintió. No iba a ser tan fácil conseguir que Kate West se olvidara de aquello. Aspiró hondo y expulsó el aire de una sola vez. Solo después de dar un largo sorbo a la copa de vino fue capaz de volver a mirarla.

—¿Volvemos a nuestra pareja de bailarines? Ya sabe…, el señorito juguetón y la criada libertina. ¿Cree que es posible que existiera una relación entre Craig y Betty Simpson?

Ella se encogió de hombros.

—¿Le inquietan mis palabras, miss West?

—Me hacen gracia.

—¿Será quizá porque baila usted con sir Geoffrey cuando se toman un receso?

—Con sir Geoffrey, no; pero puede añadirme a la lista de jóvenes licenciosas a las que Craig Dawes ha corrompido.

—¿Por qué razón? ¿Es que está usted en su carnet de baile?

—Mentiría si lo negara.

—Bromea.

—No. Siento tener que admitir que yo también he sido objeto de su depravada perversión.

—Y ahora se burla de mí.

—¿Por qué, inspector? ¿No me cree lo suficientemente atractiva como para excitar el interés de Craig?

—Ahora es usted la que utiliza un vocabulario demasiado…

—¿Actual?

—Espontáneo.

—Yo diría que convencional.

—Y yo que…

—¿Descarado?

—Usted lo ha dicho, no yo. Y, además, no crea que no veo su intención detrás de todos estos juegos lingüísticos.

—¿Tengo una intención oculta, inspector?

—Sí, la de apartarme de la cuestión que nos importa.

—Ah, sí…, Craig Dawes.

—Sí, eso es. Craig Dawes. ¿Hablaba en serio?

—Naturalmente. A mí también me ha invitado a bailar cuando bajaba a la biblioteca en busca de alguno de los libros que solicitaba sir Geoffrey.

—¿Y ha bailado con él?

—No.

—De modo que yo tenía razón: ha estado usted burlándose de mí todo este rato.

—No, inspector. No lo he hecho.

—Pero acaba de decir que no ha bailado con Craig Dawes.

—Está usted empezando a parecerse a un reprimido preceptor victoriano. Tendrá que hacerme una lista de las palabras que no puedo pronunciar.

—No me líe otra vez. ¿Bailó o no bailó con Craig?

—¿Y eso qué interés tiene para la investigación?

—Yo soy el detective.

Kate se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el respaldo.

—¿Y yo qué soy, inspector?

—¿Usted?

Ella asintió, desde el otro lado de la mesa.

—Usted es mi Watson.

—Creo recordar que en el caso Allerton yo fui su Sherlock.

—¡Qué más da el papel de cada uno! Vuelve a apartarse de lo que importa.

—A mí me importa esto.

—¿Qué?

—Fijar los términos de nuestra relación.

—Está bien —Carter también se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el respaldo—, usted gana, como siempre. Preséntеme mañana una lista con esos términos y determinaremos la naturaleza de nuestra relación.

—Lo haré.

—¿Y, ahora, quiere contestar?

—Oh, señor Carter, está usted agotando mi paciencia. No, no he bailado con Craig Dawes en ninguna ocasión.

—¿Por qué razón?

—Porque no tengo tiempo para esas cosas.

—Ya veo, muy propio de un hombre acostumbrado a no hacer nada el no considerar que quizá el resto de la humanidad tenga quehaceres de los que ocuparse.

—Desde luego es evidente que no lo aprecia nada. Apuesto a que le encantaría cargarle el muerto.

—Los muertos.

—¿Y estropear su dichoso futuro con Alberta Havering? Es usted cruel, inspector.

Carter esbozó una sonrisa.

—No encarcelo a la gente sólo porque no me guste, miss West. Únicamente lo hago con los culpables; y Craig Dawes, mal que me pese... —Hizo una pausa adrede y ella sonrió ante la doble intención que ocultaba tras ella— no lo es. Su tobillo parece un balón de rugby, de modo que podemos descartarlo: el joven Dawes no ha podido ir por ahí matando gente con el pie en esas condiciones.

Kate dio un sorbo a la copa de vino. Permaneció en silencio y con la mirada abstraída.

—Miss West... —Ella fijó en él la vista—. Ahora que, como usted misma ha dicho antes, nos encontramos en un momento propicio para las confidencias, ¿por qué no me cuenta lo que realmente piensa de los Dawes y no quiso decir en el coche?

—Es usted insistente.

—No tiene ni idea de cuánto.

Kate alisó la servilleta sobre las rodillas, se recolocó en su asiento y deslizó el dedo por el borde de la copa.

—¿Y bien? —insistió Carter al enfrentar la suya con la de ella.

—Betty Simpson estaba embarazada.

—De momento, esa información no nos lleva a ninguna parte. Cualquiera puede ser el padre y estará de acuerdo conmigo en que quien más papeletas lleva en esta rifa es Zachary Gray.

—No tengo por qué estarlo.

—¿Ah, no? ¿Y a quién más le daría usted un boleto de paternidad?

—A cualquiera de los dos Dawes —contestó sin pestañear.

Carter aguardó su explicación. Se había percatado de que a ella no le gustaba que respondieran a sus palabras con el silencio. La aturdía y presionaba mucho más que una pregunta directa. Y no se equivocó. La vio posar la mano sobre el borde de la mesa y sintió que cruzaba las piernas por debajo de ella.

—Sir Geoffrey no hace vida marital con su esposa.

—Eso no lo sabemos.

—Ambos lo sabemos. Seguramente a usted se lo ha contado el señor Rush y yo lo sé porque tengo ojos en la cara y he pasado en Cricket's Lodge el tiempo suficiente para estar segura de ello.

—Bien, admitamos que pueda ser así.

—En tal caso —continuó ella—, ¿por qué no considerar la idea de que sir Geoffrey estuviera manteniendo relaciones sexuales con Betty y fuera el padre? Todo empezaría a cobrar sentido: Ben Robinson los sorprende y sir Geoffrey se ve obligado a matarlo. Después, tal vez amenazado por Betty, también tiene que asesinarla a ella. ¿Cómo lo ve?

—Siga.

—La misma teoría podría aplicarse al hijo.
—¿A Craig? Creí que le caía bien.
—Lo cual no me impide considerarlo como sospechoso.
—¿Y en qué basa su sospecha?
—En un argumento similar al utilizado para sir Geoffrey.
—¿Cree que Craig podría estar manteniendo una relación con Betty Simpson?
—¿Por qué no? Ambos eran jóvenes y alocados.
—La juventud no es una excusa. Aparte de que Craig tiene mi edad.
—Y usted jamás perdería la cabeza de esa forma por una mujer. ¿Es lo que está tratando de decir?
Durante un instante, la imagen de Laura Cradock besándolo en el patio trasero de aquella taberna de los Docklands a donde lo había llevado para engañarlo cruzó la memoria de Carter, que evitó contestar a la pregunta. Cuando se percató de la mirada inteligente con que ella lo estudiaba, bajó los ojos y se limpió los labios con la servilleta, aunque no los tenía manchados.
—Ese gesto denota un embuste. Me alegro de que no haya contestado.
—¿Qué gesto?
—Apartar la mirada y limpiarse con la servilleta sin necesidad.
—¿Acaba de revelarme que es una entendida en lenguaje corporal?
—Ahora es usted el que se desvía de la cuestión.
—Estábamos hablando de Craig. —Carter evitó seguir por esa senda—. Antes no me pareció que tuviera en cuenta al joven Dawes como sospechoso. Sus bailes con Betty Simpson en la biblioteca le parecían muy naturales.
—Sólo disculpables por la inconsistencia emocional de ese par de críos.
—¿Entonces debo entender que considera a Craig Dawes sospechoso?
—Sería una opción a valorar, aunque sus posibilidades para cometer los crímenes se vuelven prácticamente nulas si, tal y como usted afirma, tiene el pie como un balón de rugby.
—Lo tiene. Él no ha podido ser.
—Y creo que sir Geoffrey tampoco —admitió ella—. No tendría fuerza para tender la trampa del sedal y moverse con agilidad por el campo, como parece hacerlo el asesino pese a su...
Kate calló y el rubor le cubrió las mejillas.
—¿Cojera? No tema decirlo, miss West. Soy cojo, pero no hay por qué evitar esa palabra.
—Lo siento. No pretendía desairarle.

—Lo sé. —Carter admiró el valor que había mostrado al no apartar la vista mientras le pedía perdón—. No se preocupe —le sonrió—, en lo que a mí respecta, miss West, estoy decidido a vivir como un hombre normal.

Carter intuyó que aquellas palabras la habían aturdido porque, durante un instante, esa necesidad que mostraba de mantenerse siempre a una distancia prudencial desapareció y posó su mano con delicadeza sobre la de él.

—Esa decisión le honra. No hay nada en usted que le impida vivir como cualquier otro hombre.

Mantuvieron la mirada fija el uno en el otro hasta que ella apartó la mano.

—Por eso sé lo que quiere decir —señaló él—. Pese a mi cojera, me muevo por esos parajes con mucha mayor soltura con la que lo haría sir Geoffrey. Sí, a mí también me cuesta creer que él haya tenido agilidad suficiente para perpetrar estos crímenes.

—Nos queda el antiguo novio de Betty.

—Pero a usted no le gustaba como sospechoso —se burló Carter.

—Tendré que plegarme a la realidad, si no encontramos...

—¿Otra solución más poética e imaginativa?

Kate sonrió y él supo que le agradaba que recordara sus palabras.

—Lo que dije dije fue...

—«Inteligente», lo sé. ¿Pero no cree que «poética» le da cierto aire lírico a algo tan tétrico como la resolución de un crimen?

—Quizá. Sin embargo, en la investigación de un asesinato real de nada sirve el lenguaje bucólico. Se impone el razonamiento lógico.

—Y cartesiano. No se enfade, pero tiende usted a ordenar el mundo con la precisión y disciplina de las matemáticas con demasiada facilidad. ¿Me permite la inconveniencia de sugerirle que considere una perspectiva de la vida diferente, más allá de la lógica y el orden con que se organiza un listín telefónico?

—¿Se refiere a una perspectiva inusual, como la de enviarme un agente de policía para conseguir una cita conmigo?

—A grandes males...

—Sí, y puede que el antiguo novio de Betty sea nuestro único y último gran remedio.

—Respecto a eso, siento tener que desilusionarla. He leído el informe que me han enviado sobre Terry Sanders: cruzó el Canal hace dos meses y vive en Francia desde entonces.

—Se nos agotan los sospechosos. —Kate cerró los ojos un momento y se llevó la mano a la frente—. Tal vez deberíamos repasar...

—No ahora —dijo él—. Está agotada. Es hora de irse a descansar.

Abandonaron la taberna ya entrada la noche. La niebla había

bajado y cubría la calle. Brougharry se preparaba para dormir. Algunas luces aún brillaban en las ventanas de las casas, pero el silencio era absoluto.

—¿Me dejará acompañarle mañana en su excursión con los perros?

—¿Nunca se olvida de nada?

Pese a la entonación irónica que había dado a sus palabras, Carter disfrutó el hecho de que ella quisiera acompañarlo a todas partes.

—¿Pero me dejará?

—Prefiero que se quede en Cricket's Lodge.

Kate lo miró de soslayo sin ocultar su decepción.

—No la estoy apartando de la investigación. Cuento con usted para sea mis ojos allí.

—En Cricket's Lodge ya no hay nada que ver, inspector.

—Nunca se sabe, pero si mis ojos no están en la casa para cerciorarse...

—¿Sus ojos?

—¿No quiere usted ser mis ojos?

Ella no contestó, pero Carter adivinó la sonrisa que se dibujó bajo el pañuelo que llevaba al cuello.

Al llegar al hostal, un rápido vistazo bastó para que Carter se cerciorara de que la señora Talbot no atisbaba tras los visillos.

—Bien... —dijo él.

—Sí... —contestó ella.

—Hora de marcharse.

Se observaron durante un instante, buscando algo que decir antes de despedirse. Al fin, Carter le tendió la mano y ella la tomó.

—Buenas noches, miss West.

—Buenas noches.

Ella se volvió hacia la puerta y agarró el pomo. Estaba frío, y el calor que él había transmitido a su mano se extinguió como una hoguera que se apaga.

—¡Kate! —Ella se detuvo sin volverse, como si escuchar su nombre de pila en los labios de él la hubiera paralizado—, prometa que no saldrá sola.

Se giró hacia él, pero no lo miró a los ojos.

—No puedo prometérselo... —Carter pensó que la breve pausa que hizo debería haberla ocupado la palabra «inspector». Aguardó a que la pronunciara con su voz de mezzosoprano, pero ella no le satisfizo—, aunque supongo que ya se lo esperaba.

—Escúche, miss West —Carter retomó el tratamiento, disgustado por su respuesta—, parece no darse cuenta de que un asesino anda suelto por Brougharry. Si la sorprendo caminando por ahí sin compañía de fiar, soy yo quien le promete que la meteré en el primer

tren que salga hacia Londres, esposada si es necesario.

—Veo que insiste en utilizar métodos policiales para relacionarse conmigo.

—Si no me deja otra opción...

—¿De verdad no tiene otra, inspector?

Carter vio cómo se volvía hacia la puerta y desaparecía tras ella. Sacó la mano del bolsillo y se golpeó la frente. Un aguijonazo de dolor le recorrió el rostro desde la ceja herida. ¿Por qué siempre que se despedía de ella sentía que el corazón le galopaba en el pecho? Dio unos pasos por la acera y pronto lo engulló la niebla.

CAPÍTULO 24

1

Lo vio al salir del hostal, pero no pareció sorprenderse. Charles Carter, con la pipa entre los labios y absorto en la lectura del periódico, la aguardaba apoyado en una farola.

—Parece que encontrarlo a mi puerta está convirtiéndose en una costumbre, inspector.

—Buenos días a usted también, miss West. ¿Dónde iba?

—A Cricket's Lodge, tal y como me ordenó anoche.

Carter respondió a la malicia de la joven con una sonrisa.

—¿Y qué más le dije anoche? —Ella se limitó a mirarle con candidez—. ¡Que no anduviera sola por ahí! ¿No se acuerda?

—¡Ah, eso!

—Sí, exactamente, ¡eso!

—Tranquilícese. No pensaba ir sola.

—¿No? —Ella negó con la cabeza—. ¿Y puede decirme con quién tenía intención de ir?

Carter extendió los brazos y se giró hacia ambos lados, buscando a alguien más.

—Con usted, naturalmente.

Kate lo tomó del brazo y tiró de él en dirección al camino que llevaba hasta Cricket's Lodge.

—¿No pretenderá que me lo crea?

—¿Por qué no?

—¿Cómo podía saber que yo estaría esperándola esta mañana? ¿Acaso puede leer la mente?

—No —Kate aceleró el paso y él tuvo que apresurar el suyo para mantenerse a su lado—, pero es usted demasiado previsible.

La mañana era fría. La niebla no se había levantado por completo y cubría los campos que parecían el lienzo manchado por un pintor en los primeros estadios de su trabajo. Kate llevaba una chaqueta encerada que la aislaba de la humedad y gruesos guantes de lana. Carter, sin embargo, no tenía con qué proteger las manos, de modo que las había hundido en los bolsillos del impermeable.

—¿Comprobó la longitud del sedal?

Pese a que habló por debajo de la bufanda, una vaharada se elevó sobre la nariz de Kate. Carter asintió.

—El carrete que encontramos se comercializa con una longitud de 220 yardas. En la bobina del cobertizo quedaban 210,9 y el trozo que se utilizó para asesinar a Ben Robinson mide 9,1.

—Una suma exacta.

—No hay duda: el sedal se cogió de Cricket's Lodge.

—¿Y eso hace aumentar las sospechas sobre los Dawes?

Carter creyó vislumbrar cierta cautela en sus ojos.

—O sobre alguien que merodea por Cricket's Lodge.

—¿Lo cree así?

—Es lo que Herbert argüirá.

Ella asintió con la cabeza y caminó unos pasos en silencio junto a él. Los manzanos, desdibujados por la bruma, agitaban las ramas como espectros que luchaban por salir de sus tumbas, y el camino que se abría ante ellos parecía desembocar en un abismo a pocos pasos de sus pies.

—Debe comprenderlo —dijo.

—¿A Herbert?

—Son sus amigos. ¿Qué haría usted en su caso?

—Por lo pronto, no negar la posibilidad.

—Pero estoy segura de que, además, intentaría demostrar su inocencia.

—No estoy enfadado con Herbert, pero tengo que reprimir mis ganas de reprocharle su parcialidad. No sé si alguno de los Dawes es culpable o no, pero no puedo descartarlos porque sean amigos suyos. Las vidas de Ben Robinson y Betty Simpson importan más que cualquier amistad.

Ella no dijo nada.

—¿No está de acuerdo?

—La vida humana debería ser sagrada.

—¿Entonces he de entender que sí lo está?

Kate no contestó y Carter se percató de que había caído en uno de esos silencios introspectivos que tanto excitaban su curiosidad. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que ocasionaba aquella abstracción, no estaba dispuesto a permitir que ella volviera a escaparse y que él hubiera de sentir de nuevo que se encontraba a cientos de millas de distancia.

—No se preocupe. Si algún día asesina a alguien, haré todo lo posible por demostrar su inocencia.

—Si algún día asesino a alguien, inspector, seré culpable.

—En cuyo caso, me retiraré de la investigación.

Ella sonrió.

—Se lo agradeceré. Así no tendré que hacerle todo el trabajo y resolver el asesinato por usted.

Carter rio.

—¿Eso es lo que piensa? Creí que trabajábamos en equipo.

—Los miembros de un equipo no se ocultan información.

Él la observó desconcertado.

—¿Y nosotros lo hacemos?

—El señor Rush y usted ya habían localizado la caja de Betty

antes de que yo la encontrase.

—¿Por qué dice eso?

—Los dos se sorprendieron tanto cuando la abrimos que no fue difícil imaginarlo. Usted la descubrió y luego la puso allí de nuevo para que yo la encontrara. —La cojera del policía pareció acentuarse —. ¿Por qué?

Carter no respondió y miró hacia los campos, a los que la niebla seguía agarrada con tozudez. Kate no insistió y él supuso que se debía a que conocía la respuesta.

—¿Qué fue lo que les sorprendió tanto?

—Cuando la abrimos por primera vez, había un collar de diamantes y zafiros.

—¡Caramba! ¿Cuándo la descubrieron?

—Por la noche, durante los interrogatorios.

—¿Y cuándo la devolvieron?

—Ayer por la mañana. Antes de que llegáramos de Londres, Herbert la puso en el cobertizo de nuevo.

—¿Y en todo ese tiempo...?

—Estuvo en su habitación, a la que tiene acceso todo Cricket's Lodge y, además, no la abrió antes de llevarla de vuelta al cobertizo, así que tampoco sabemos con exactitud cuándo desaparecieron las joyas.

—¿Alguna idea sobre quién puedo cogerlas?

Él se encogió de hombros.

—¿Y usted, miss West?

—Todavía no —Se detuvo y lo miró a los ojos—, pero empiezo a atar algunos cabos.

—Y seguro que ya tiene claro cómo hará la lazada.

—Sí, creo que sí —dijo. Se desvió unos pasos del camino y arrancó una hoja de un arbusto—. Debo preguntarle al señor Rush qué tipo de planta es ésta. Es muy abundante en esta zona.

Carter la observó, atónito.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Pero es que no piensa contármelo?

—No sea impaciente. Deme un poco más de tiempo.

—¿Cuánto? —Carter miró su reloj.

—Hablaremos cuando usted vuelva de su excursión.

—¿Mi excursión?

—¿No es eso lo que va a hacer? Los hombres siempre se ocupan de las tareas divertidas y nos dejan a nosotras el trabajo duro.

Arrancó a andar y se alejó por el camino, mientras él la observaba marchar.

—¿No viene? —Kate apenas se volvió.

—¡Ja! Eso es lo que usted querría.

2

Rush esperaba a Carter en el recibidor de los Dawes, donde Ruth había llevado algunos termos con té y café caliente. Poco después, Despard y el agente Evans se reunieron con ellos. Hicieron dos grupos: Carter y Evans por un lado y Rush y Despard por otro. El agente había llevado consigo un par de mapas de la comarca y los dos grupos se repartieron el terreno que debían batir y los lugares en los que debían encontrarse para informarse uno a otro. Cuando todo estuvo listo, se marcharon. Kate y Ruth los despidieron desde la puerta principal de Cricket's Lodge. Carter se las había apañado para hacer un breve aparte con ella y pedirle que se portara bien. Kate se había reído y le había prometido que sería buena. Cuando los dos grupos se separaron y desaparecieron entre la bruma de la mañana, Ruth y Kate entraron en Cricket's Lodge y cerraron la puerta.

—Qué oscuro está —se lamentó la joven—. ¿Le apetece un té, miss West? Lo dejé sobre el hornillo, en la cocina, así que todavía estará caliente.

—Si me ofreces un café, Ruth, te lo aceptaré.

—¿No le gusta el té?

—Nunca fui una gran aficionada —admitió Kate mientras las dos mujeres se dirigían hacia la cocina—, pero hace años que no lo bebo y he perdido la costumbre. Ahora su sabor me resulta áspero y desagradable.

—Seguro que habrá quien no lo entienda.

—Lo sé, lo sé: soy un caso extraño. A todo buen inglés se le supone el gusto por el té.

—Si me permite que se lo diga —Ruth puso agua a hervir para hacer el café—, resulta usted bastante inusual.

—¿De verdad? —Kate se acercó a la ventana y se inclinó sobre la encimera para comprobar el ángulo que era visible desde allí. Ni el cobertizo de Ben ni el invernadero alcanzaban a verse—. ¿Por qué inusual? —Se volvió hacia la puerta de la cocina que daba al jardín trasero y la abrió. Desde aquel punto, el ángulo era mucho mayor y todo quedaba a la vista. Salió fuera.

—Es usted enérgica e independiente. Muchas mujeres no se atreverían a ser así.

—¿Con «enérgica e independiente» quieres decir varonil? —La voz llegó hasta la cocina desde el porche trasero.

—¡No! Oh, no es eso. Quiero decir resuelta y valerosa.

Kate apareció de vuelta.

—Hace un frío que pela y la niebla no levanta.

Ruth asintió.

—¿Lo quiere con leche y azúcar?

—Muy poco de ambos, gracias. ¿Dónde está la señora Wright?

—En su habitación. No se encontraba muy bien esta mañana. Le dije que yo podía ocuparme de preparar el desayuno y el señor Baker podía servirlo, y no protestó. Creo que realmente necesitaba descansar.

—Supongo que estos días están siendo muy duros.

—Sí. Ayer yo me eché unas horas, pero ella estuvo en pie toda la noche. Y sé que el domingo tampoco durmió mucho. La oí caminar en su cuarto y abrir la ventana varias veces. Hace un chirrido muy desagradable que me desveló.

—¿Y por qué abrió la ventana por la noche?

—Supongo que porque le costaría respirar. Tiene asma. —Ruth miró el reloj de cocina que colgaba sobre la puerta de la despensa, se puso en pie y sacó un servicio de té—. Me dijo que la despertara a las nueve, pero voy a llevarle el desayuno para que lo tome en su habitación, así podrá descansar un rato más.

Kate tomó el pan y partió un par de rebanadas que colocó sobre el fuego de la cocina.

—Yo se lo llevaré. Así tú podrás estar pendiente de los Dawes.

—No se preocupe. Sir Geoffrey ya se ha levantado, pero la señora y el señorito todavía tardarán en hacerlo.

—En eso te equivocas, Ruth. —Craig apareció por la puerta que daba a la escalera de servicio—. Aquí está el señorito, despierto, aseado, y con un hambre atroz.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Ruth—. ¿Ya se ha olvidado de lo que le dijo el doctor?

—¿Ese viejo búho, amigo de mi madre, que haría todo lo que ella le pidiese? Buenos días, miss West, ¿sería tan amable de ayudar a un pobre inválido? —Kate inclinó la cabeza a modo de saludo y le ofreció una silla para que se sentase.

—Avisaré al señor Baker de que está usted despierto y le servirá el desayuno en el comedor —dijo Ruth.

—No hay por qué molestarlo. Prefiero tomarlo aquí con ustedes, si es que admiten mi compañía.

—Por mí no hay ningún problema.

—De eso estoy seguro, miss West. Es usted una de las pocas personas en esta casa que no se siente perturbada por pasar unos minutos conmigo. ¿Me acompaña? —le preguntó, mientras señalaba el desayuno que Ruth le estaba sirviendo.

—No, gracias.

—Está usted muy flaca. ¿Se ha mirado últimamente al espejo?

—Cada día, al salir de la ducha.

Él levantó la vista del panecillo en el que estaba untando mantequilla y sonrió.

—Muy interesante.

—Pura rutina para mí.

—¿Y para ese detective del Yard?, si me permite la pregunta impertinente. Me han contado que anda usted con él de aquí para allá.

—Ciertamente, no es una pregunta oportuna, pero la aceptaré porque me faculta para plantearle otra de la misma naturaleza.

El joven Dawes lanzó una carcajada.

—Me encanta usted, pero eso ya lo sabe. Venga, dispare.

Kate miró a Ruth, que la observaba con el rostro sonrojado por el rubor.

—Tal vez quieras ir a comprobar si lady Olivia ya se ha levantado.

—Sí, miss West.

—¿*Et bien*? —preguntó él cuando la doncella se hubo marchado.

—¿Se acostaba usted con Betty Simpson, Craig?

—Dígame, ¿lo pregunta porque me considera un joven irreflexivo, inmoderado e incapaz de controlar sus instintos o porque se figura que no puede ser de otra forma, corriendo como corre por mis venas la sangre de mi padre?

—Lo odia usted mucho.

—No más que él a mí.

Kate se acercó a la mesa y le rellenó la taza de té.

—No ha contestado a mi pregunta.

—No.

—¿No se acostaba con Betty?

—No, miss West. Como no lo hago con usted. Y ahora, si me lo permite, la reñiré.

—¿Se ha sentido ofendido por mi pregunta?

—Sí, puesto que ha sido más impertinente que la mía. Que usted y ese inspector del Yard tuvieran un *affaire* no tendría nada de reprobable. Pero usted sabe que estoy prometido. Su pregunta, por tanto, ha ido más allá del simple atrevimiento. Ha sido insolente.

—Le pido disculpas.

—¿Las siente?

—Deme algún tiempo para pensarlo. Me cae usted bien, pero debo decidir si tomarme esta diatriba como una reprimenda merecida o como la desvergonzada excusa de un niño imprudente pillado con las manos en la caja de las galletas.

—¿Con imprudente quiere decir necio?

—Quiero decir incauto.

Craig asintió.

—¿De veras no quiere acompañarme?

—No, gracias, termine su desayuno con tranquilidad. Yo ya he acabado mi café y quiero subirle algo de comer a la señora Wright. No se encuentra muy bien.

Bertha Wright estaba sentada junto a la ventana de su dormitorio, cuyos cristales continuaban cegados por la espesa niebla de fuera. Se cubría los hombros con un peinador de color azul celeste, sobre el que caía una melena ondulada, de rizos amplios y oscuros en los que las canas comenzaban hacerse con el triunfo que otorga el paso del tiempo. De espaldas al tocador y con la mano exánime con que agarraba el cepillo sobre el regazo, la cocinera parecía el puro reflejo del desánimo. No se volvió cuando Kate llamó a la puerta, ni tampoco cuando la oyó abrirse. Probablemente pensó que se trataba de Ruth. Sólo reaccionó cuando Kate habló:

—Buenos días, señora Wright, me he permitido la libertad de traerle el desayuno en lugar de Ruth.

La cocinera se giró hacia ella sorprendida y se levantó como si tuviera acoplado un resorte.

—No debería haberse molestado, miss West.

—No es ninguna molestia. No se levante, por favor. Deje que por una vez sea otro quien le sirva a usted.

La señora Wright volvió a sentarse en la butaca, junto a la ventana, dejó el cepillo en la repisa y alisó el mantelito de la mesa camilla en la que Kate depositó la bandeja.

—¿Leche?

Ella negó con la cabeza y sus mechones se movieron libres del moño que los aprisionaba.

—Ruth no debería haberla dejado subir.

—No vaya a reñirla, por favor. Ha sido idea mía.

—Insistió en que no me levantara. En circunstancias normales, no la habría escuchado, pero…

No acabó la frase.

—Imagino que está siendo muy duro para usted. —Kate le acercó la taza y la cocinera la rodeó con las manos, pero no llegó a beber. Dejó que la mirada se sumergiera en el líquido oscuro y permaneció callada—. ¿Es su madre? —Kate tomó de la cómoda la fotografía de una mujer enmarcada en un portarretrato de alpaca, de rasgos recios, nariz recta y cabello ondulado, como el de la señora Wright. La cocinera asintió—. Tiene usted su pelo y su nariz. Una mujer muy bella.

—Era algo que solían decirle. Las penalidades de la vida, sin embargo, acabaron con todo rastro de belleza. Esa fotografía se tomó poco antes de que se casara con mi padre. Después llegaron tiempos duros. No por causa de él, no me malinterprete.

Kate asintió.

—¿Fue feliz?

—Eso creo, sí.

—Entonces debió de darlos por buenos.

La señora Wright esbozó una sonrisa que se extinguió tras el borde de la taza de té.

—Dígame, ¿puedo hacer algo por usted?

—Ya lo ha hecho. —La cocinera señaló la bandeja del desayuno.

—No me refiero a eso. Estos días en Cricket's Lodge también están siendo duros. Parece usted tan desdichada...

La mujer no contestó. No de inmediato, pero Kate atisbó un indicio en su rostro que le advirtió de que, tal y como había imaginado, algo más la angustiaba.

—¿Es por Betty? —preguntó—. ¿Hay algo que usted sepa y que no ha contado?

—No. No es por ella, pero sí por algo que hice cuando encontré su cadáver.

Las dos permanecieron en silencio unos segundos. Cuando la cocinera dejó la taza sobre el platillo y levantó la mirada, Kate supo que el secreto que guardaba había estado angustiándola hasta hacer de ella una mujer muy diferente a la que conoció cuando entró por primera vez en Cricket's Lodge.

—Fue un error —dijo—, pero aún dudo de si debería subsanarlo o dejar las cosas como están. Betty ya no puede volver.

—Pero sí puede hacérsele justicia y usted quizá encuentre la paz que ha perdido.

La mujer se levantó. Kate vio que las lágrimas que se habían acumulado en los párpados de la cocinera resbalaban en silencio por sus mejillas ajadas. Los bucles de su melena se balancearon dóciles con el movimiento intranquilo de los pasos que la llevaron hasta el armario. Rebuscó en su interior y al cabo de unos segundos le tendió una bufanda. Kate la tomó sin preguntar y esperó a que la señora Wright volviera a su asiento y se aferrara de nuevo a la taza de té.

—La encontré junto al cuerpo de Betty.

Kate desplegó la bufanda. No había nada especial en ella, salvo su olor. Se la llevó a la nariz y comprendió.

—Huele a Craig.

La cocinera asintió.

—Es suya.

—¿Una bufanda de Craig Dawes estaba junto al cadáver de Betty?

—Betty la agarraba con la mano. Supongo que he cometido un delito. ¿Cómo lo llaman? ¿Ocultación de pruebas?

—Pero, señora Wright, ¿por qué lo hizo?

—¿Se imagina el escándalo? La doncella de Cricket's Lodge

embarazada, asesinada por el señorito.

—¿Sabía que Betty estaba embarazada?

—No con total seguridad, pero lo sospechaba. Luego les oí hablar ahí fuera —Señaló la ventana con el mentón— a usted, al inspector y al señor Rush, cuando volvieron de Londres. —Hizo una pausa y se enjugó las lágrimas que aún le humedecían las mejillas—. Él no la quería, pero ella a él tampoco. Era un arreglo que beneficiaba a los dos. El señorito conseguía un placer prohibido y ella el dinero que necesitaba para marcharse a Estados Unidos con Zachary Gray.

—¿Cree que Craig la mató por el embarazo?

La cocinera se encogió de hombros.

—Quizá lo consideró una amenaza. Sé que Betty encargó a Ruth que echara una carta al correo.

—Y supuso que se trataba de un chantaje. ¿Pero por qué protege a Craig?

—No lo sé. Supongo que porque siglos de servidumbre no pueden borrarse de la sangre. La lealtad a los señores se lleva arraigada en el alma. ¿Se lo dirá usted al inspector?

Kate alargó la mano y cogió las de la señora Wright. Estaban frías y rígidas.

—Quizá pueda conseguir que no se enfade.

La mujer asintió y le pareció que murmuraba un «gracias». Sin embargo, no la miró. En sus ojos huidizos, Kate creyó atisbar que el secreto que ocultaba no se había desvelado por completo aquella mañana.

—Oh, querida, ha venido usted.

Lady Olivia apareció en la biblioteca de forma inesperada. Kate sabía que durante los últimos días se había recluido en su habitación durante la mayor parte del tiempo, quizá huyendo de las malas relaciones entre su marido y su hijo, de modo que no esperaba verla aquella mañana.

—Estaba repasando las últimas páginas mecanografiadas que me dictó sir Geoffrey.

Olivia se acercó hasta la chimenea y retocó los ramos de azucenas, ya lacias, que permanecían en los jarrones sin que nadie hubiera reparado en su triste estampa.

—Debe usted de aburrirse mortalmente con ellas —dijo mientras se limpiaba el polen sonrosado que se le había adherido a los dedos.

—No crea —Kate sonrió—. Su marido ha tenido una vida llena de aventuras.

—Espero que no me haya descrito como una de ellas. —Olivia inclinó la cabeza y acompañó la ironía con un breve cloqueo que no alcanzó a simular la risa que pretendía.

—En absoluto, *milady*. Su marido la tiene en gran estima.

—Estoy segura de que cualquiera que ande por aquí podría aclararle ese punto, querida, pero no seré yo. Prefiero imaginar que es usted tan ingenua como para creerlo.

Kate no contestó. Era obvio que la mujer pretendía continuar con ella una batalla probablemente entablada con su marido e interrumpida en algún momento no demasiado lejano en el pasado.

—*Ainsi est l'amour* —dijo volviéndose hacia ella y acercándose a la mesa en la que Kate trabajaba—. ¿*N'êtes-vous pas de mon avis, ma chère*?

—Si me permite la franqueza, lady Dawes: no, no creo que el amor sea así.

—Se la permito en honor de su juventud.

—Y, además, ahora estamos en paz.

—En efecto. Franqueza por franqueza.

Kate sonrió, pero tampoco contestó. No deseaba inmiscuirse en los sentimientos heridos de aquella mujer, por mucho que ella insistiera en invitarla a hacerlo con afectadas frases ingeniosas con las que ni siquiera pretendía ocultar su orgullo lastimado. Pese a la seductora tentación, no estaba dispuesta a introducir el pie voluntariamente en la trampa que le tendía. Se avenía al empate. Después de todo, no era tan mal resultado.

—¿Ha visitado la feria? —preguntó.

—Anne me ha pedido que vaya luego para ayudarla con la tómbola de la parroquia, pero no sé si es adecuado. ¿Usted qué opina?

—¿Por el luto?

Olivia asintió.

—Creo que no debería preocuparse por eso. Si le apetece, puede ser un buen pretexto para salir y airearse.

—Un pretexto disfrazado de obra de caridad.

—Si quiere verlo así.

—No es usted muy buena compañera de penas.

—Siento no ser de su agrado.

—Oh, no sea humilde. Sabe muy bien que me complace su compañía. Es la mía la que no agrada precisamente. Lo siento.

—No tiene por qué disculparse. Está pasando por una situación muy dura.

—Aun así, permita que me excuse. La amargura personal jamás debería imponerse a la buena educación. Si fuera usted tan amable de insistir...

—Me encantaría verla después en la caseta, *milady*.

Olivia sonrió.

—Gracias —dijo.

Kate la vio marcharse con paso lánguido. El orgullo tampoco



debería imponerse jamás a la piedad.

CAPÍTULO 25

1

Anne Bradley se quitó la pelliza de piel de cordero y la dejó sobre el mostrador de la caseta. No hacía una temperatura agradable, pero estaba sudando y su marido no había tenido tiempo de desempaquetar todas las bolsas y cajas que habían recibido como donaciones para la tómbola de la parroquia.

—Vas a acatarrarte.

—Espero que no, Olivia —se llevó el puño de la rebeca a la frente y la enjugó—. El chaquetón me molesta para trabajar. Además, estoy sudando.

—Por eso mismo.

—¿Dónde coloco estas cacerolas, señora Bradley? —Kate asomó la cabeza detrás del montón de ollas y pucheros que llevaba en los brazos.

—Ordénelos sobre aquel estante, si es tan amable.

Olivia se apartó, le dejó paso y buscó un lugar donde no molestar.

—¿Alguien quiere un té o un chocolate? —preguntó Abiline Campbell—. He traído algunos termos.

La señora Despard y la señora Rogers recibieron gustosas la oferta. Todas llevaban allí un buen rato y el viento se colaba por la parte delantera, cuyos portalones estaban levantados.

—Este año todo está manga por hombro —dijo Anne—. Peter no ha tenido tiempo de desempaquetar.

—No se lo reproches. Bastante trabajo tiene ya.

—En especial con el hijo de Thomasina. —Emma Rogers removió el azúcar de su té con la cucharilla y por un momento el tintineo que produjo fue todo lo que se oyó—. Ese Zachary da más trabajo que todo un batallón de soldados.

—Hablando de soldados —señaló Olivia—, tengo entendido que las botas militares de tu hijo están dando más de un quebradero de cabeza a la policía.

—Eso parece. He oído decir que persiguen al mendigo que ha andado por aquí estos últimos días porque las huellas de las botas aparecieron junto al cadáver de Ben.

—Y junto al cadáver de Betty.

—¿También? —Eve Despard y Emma Rogers enarcaron las cejas.

—Se lo oí decir al inspector del Yard la noche que nos interrogó en Cricket's Lodge. No podéis imaginar lo dantesca que fue, ¿verdad, querida?

Kate observó a lady Olivia. Le asombraba la indiscreción de la aristócrata. Quizá no se daba cuenta de que lo que estaba teniendo

lugar en su propia casa era una investigación por asesinato. Obviamente, Brougharry era un pueblo demasiado pequeño como para que las noticias no corrieran ligeras entre sus vecinos como el agua de un arroyo tras las lluvias, pero Olivia Dawes era una mujer demasiado inteligente para haber dejado escapar un comentario como aquel por casualidad.

—Si Edward supiera el destino que han corrido sus botas, me llevaría una buena regañina —dijo la señora Rogers.

—¿Por qué habría de enfadarse tu hijo? No hay nada de malo en que las cedieras a la parroquia.

—Pero Anne, querida, ese mendigo desconocido las está utilizando para asesinar a medio Cricket's Lodge.

—Desde luego, habría sido difícil que se moviera con tanta facilidad de haber ido descalzo.

Ahí estaba la razón del desliz. Kate observó a Olivia Dawes por encima del borde de la taza de chocolate. Quizá ella, como algunos vecinos de Brougharry, también pensara que el mendigo era el culpable de los asesinatos. Kate se preguntó si lo creía de verdad o conocía el secreto que la señora Wright le había revelado aquella misma mañana y trataba de alejar de Craig toda sospecha.

—No iba descalzo —dijo Anne Bradley—. Y todavía está por ver que sea culpable de las muertes.

—Eso es cierto —terció Eve—. Además, de momento el único detenido es Zachary Gray.

—No está detenido —la corrigió Anne—. Según el señor Rush, sólo lo tienen retenido para interrogarlo.

—¿Es que hay alguna diferencia?

—Legalmente, sí —dijo Olivia—. Pero si no se dan prisa, deberán soltarlo pronto. Según tengo entendido, en este país todavía está en vigor el *habeas corpus*.

Las mujeres dieron un sorbo a sus bebidas. Las ráfagas de aire frío penetraban en la caseta. Kate vio que Anne tiritaba y le tendió un chal que había sobre una de las pilas. La mujer del reverendo se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

—¡Pobre Thomasina! —dijo Abiline—. Pasa el día a la puerta del cuartelillo con este frío, y George ya no sabe qué hacer con ella.

—Lo más triste de todo es que parece que la policía anda a ciegas. —Olivia miró a Kate que, aunque sabía que el comentario iba dirigido a ella, no respondió. Apartó la vista y se giró hacia los portones. Al otro lado de la calle se encontraba la caseta de Ralph. La saludó con la mano y Kate apartó la taza de los labios y respondió con una sonrisa.

—Tu William está ayudándolos, ¿no?

—¿Ayudándolos? —Abiline meneó la cabeza—. Todo el mundo sabe que mi marido sólo está metiendo la nariz donde no debería, una

vez más.

Las mujeres rieron, incluso Olivia.

—¿Y dónde han ido esta mañana? Me han contado que William los acompañó.

—Han hecho una batida para buscar al mendigo.

—¿Tú sabes dónde está? —Olivia fijó la vista en la mujer del reverendo, como si no estuviera dispuesta a admitir una respuesta esquiva.

—Sí —contestó Anne—. Se encuentra justo detrás de ti.

Todas las mujeres se volvieron y observaron al hombre, que dio un paso atrás.

—Mi *dopa* —balbuceó—. Mi *dopa*. —Dio un par de pasos y se acercó hasta la mujer del reverendo—. ¡Mi *dopa*!

—Hola —Anne le tendió la mano e intentó tomarle por el brazo, pero él no se lo permitió.

Estaba sucio y demacrado. Kate le cogió la mano y ardía. Él la contempló con ojos vacíos y asustados, como si no estuviera viéndola. Se volvió y le sirvió una taza de chocolate.

—Tome —dijo—. Está caliente y le hará bien.

El mendigo cogió la taza y se la bebió de un sorbo. Luego se volvió hacia la señora Bradley e insistió. Quería su ropa.

—No puedo dártela. Está en casa. Pero si te quedas aquí, iré contigo un poco más tarde y te la daré. Podrás bañarte y cambiarte.

El mendigo cogió a Anne por el brazo y tiró hacia la puerta de la caseta.

—¡Mi *dopa*!

—Oh, por Dios —Lady Olivia se colocó junto a Anne y la agarró por el otro brazo—, que alguien la ayude. Este hombre está fuera de sí.

El mendigo dejó de tirar y observó a las dos mujeres.

—¡Señora mala!

—Cálmate. —Anne extendió las manos con las palmas hacia abajo y las movió lentamente—. Te prometo que te daré la ropa, pero ahora quédate con nosotras y luego iremos por ella.

—No, no. Señora mala.

Lady Olivia dio unos pasos atrás y se refugió en la esquina más alejada de la caseta. El mendigo se había excitado y ni Kate ni la señora Bradley eran capaces de calmarlo.

—¿Qué ocurre aquí? —el reverendo Bradley apareció al otro lado del mostrador.

—No grites, Peter, o lo pondrás más nervioso.

El hombre miró al reverendo. Al otro lado de la calle, Ralph los observaba inclinado sobre el mostrador de su librería ambulante. El mendigo se soltó de Anne, que había vuelto a cogerle por el brazo.

—¡Hombre malo, hombre malo!

Esta vez no había irritación en su voz, sino temor.

—Tranquilo —le susurró Anne, tratando de calmarle—. No hay ningún hombre malo aquí.

Kate vio a Carter, Rush y Despard, que se acercaban hablando entre ellos. Probablemente venían de la comisaría. Se preguntó qué harían cuando se percataran de la presencia del mendigo, al que habían estado buscando toda la mañana de forma infructuosa. Volvió la cara hacia él. Su rostro se había ensombrecido y los labios insistían en repetir aquellas dos palabras con las que se había dirigido al reverendo. Ahora que lo tenía delante y podía observarlo por sí misma, se dio cuenta de que el indigente era algo más que un menesteroso. En la mente de aquel pobre hombre debían de sucederse pensamientos confusos, mezclados con el temor que reflejaba su rostro y el temblor que le recorría de arriba abajo. Kate buscó en el reverendo una respuesta a la situación, pero Peter Bradley estaba quieto, con las manos extendidas hacia el hombre que lo insultaba, y tan perdido como ella. Por encima de su hombro, vio que Ralph también se había percatado de la presencia de los policías, que seguían caminado tranquilos entre el barullo de la gente que recorría la feria a aquellas horas. El mendigo volvió a revolverse y Anne lo sujetó por el brazo. La mirada que posó en ella le agitó el corazón. Era la de un niño pequeño que busca el refugio de los brazos de su madre.

—Tranquilo.

La voz de Anne seguía sonando suave, pero a Kate le pareció que su entonación ahora manifestaba premura, como si la situación estuviera a punto de írsele de las manos. Echó un rápido vistazo a la calle. Carter y el señor Rush ya lo habían descubierto y en aquel momento corrían hacia la caseta. Anne trataba de calmar al mendigo, pero éste también había visto a los policías y tironeaba para soltarse de ella. Logró desasirse de la mujer del reverendo y la empujó. Luego se dio la vuelta y trastabilló hacia la salida mientras Ralph salía de su caseta y cruzaba la calle en su dirección.

—¡Detenedlo! —dijo el reverendo.

Kate se abalanzó sobre él y logró agarrarlo por los hombros en el umbral. El hombre se revolvió furioso y también se deshizo de ella, que cayó sobre la tierra húmeda. A partir de ese momento, Kate sólo vio piernas: las del mendigo que echaban a correr, las de Carter, que llegaban trotando renqueantes, y las de Ralph, que se interponían en su camino. Carter chocó contra él y cayó al suelo, mientras el librero levantaba a Kate.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

Ella asintió mientras escuchaba el juramento de Charles.

—¡Maldita sea!

Estaba en el suelo, luchando por incorporarse. El reverendo corrió en su auxilio y le ayudó a levantarse, pero para cuando Carter echó a correr tras el mendigo, el hombre ya había desaparecido entre la muchedumbre. Poco después lo vieron volver. Venía solo.

—¿En qué estaba usted pensando? —le reprochó a Ralph cuando llegó junto a la caseta. El librero lo miró con desdén.

—En auxiliar a miss West. ¿No la vio en el suelo, entre las patas de animales enfurecidos?

—Ralph —ella intentó acallarlo, pero él no la obedeció.

—Es usted un policía negligente. No ha dudado en poner en peligro la integridad de una mujer por hacerse con un hombre viejo, incapaz de dar tres pasos seguidos sin la ayuda de un bastón.

El silencio se extendió alrededor del grupo, que permanecía paralizado, sin saber qué hacer ni decir.

—Podría detenerlo por obstrucción a la justicia.

—¿Qué obstrucción? ¿La de poner a salvo a miss West?

Carter se irguió ante el librero. Los dos tenían la misma estatura y se miraban con ojos desafiantes, pero Ralph era mucho más fuerte. Kate le puso la mano en el brazo. Sintió los bíceps contraídos, dispuestos a lanzar un puñetazo que habría dado con Carter en el suelo de nuevo.

—Señores —dijo el reverendo—, están ustedes dando un espectáculo. Les suplico que se dominen, aunque solo sea por tranquilizar a las damas.

Carter se dio la vuelta y se alejó a paso rápido, con una cojera más acusada de lo habitual. Kate lo observó hasta que lo perdió de vista. Ralph, sin embargo, se quedó junto a ella, con una sonrisa en los labios que no acabó de suavizar el sabor amargo que el rifirrafe había dejado en el grupo, sobre todo en los suyos.

—Debería ir a casa y cambiarse —dijo—. Se le ha humedecido la ropa y podría acatarrarse.

Ella asintió con un seco movimiento de cabeza.

—Le agradezco la intención, Ralph, pero me habría bastado para levantarme sola.

—¿Se va a poner de su parte?

—No había tantas «patas» a mi alrededor. Y, en cualquier caso, un par de ellas le pertenecían a usted.

—Pero las mías estaban ayudándola.

—¿Sabe que me he dado cuenta de que usted también calza botas militares?

—¿Como el asesino del jardinero y de esa joven que trabajaba en la mansión de allí arriba?

—Si el inspector Carter las ha visto, puede que le añada a la lista de sospechosos.

—Que lo haga. Yo soy fácil de atrapar. Siempre estoy ahí enfrente, en mi caseta.

Kate desvió la vista hacia la librería ambulante. Luego miró al reverendo, que había vuelto a la caseta de la parroquia. Las mujeres hablaban dentro, pero él se había quedado fuera, en el mismo sitio en el que estaba cuando descubrió la presencia del mendigo.

—Puede utilizar ese dato para congraciarse con su amigo, el policía.

—¿Cómo? —Kate volvió a fijar su atención en Ralph.

—Digo que puede contarle al inspector que llevo botas militares. Quizá eso le ayude a amansarlo.

—Parece que le gusta construir metáforas relacionadas con el mundo animal para referirse a él.

—¿Le molesta?

—Un poco.

—Entonces le presento mis disculpas y la animo a que me delate.

—Puede que lo haga.

—Prometo no tenérselo en cuenta.

Ralph se giró y dedicó una mirada altiva al reverendo y al grupo de mujeres que formaban un corro expectante y silencioso.

—Vuelva a su caseta. —Rush se interpuso entre ambos. Ralph no dijo nada, pero miró al expolicía con el mismo desdén. Apartó con el brazo a Despard, que estaba junto a Rush, y echó a andar.

—Señor Rush… —Kate señaló el fondo de la calle, por donde Carter había desaparecido.

—Ahora no. Déjeme antes hablar con él. Espérelo en The Dog and the Fox. ¿Sabe dónde está?

Ella asintió y Rush se dio la vuelta y siguió los pasos de Carter.

2

—Lo ha hecho aposta.

—Charles…

Él la miró enfurruñado, aunque el uso de su nombre de pila aplacó la ira que le abrasaba el pecho. El camarero de The Dog and the Fox les había servido una pinta de cerveza en la mesa del rincón del fondo, junto al ventanal que daba al jardín trasero del pub.

—No, no intente defenderlo. Quería hacerse el héroe con usted y lo ha conseguido.

—No lo ha hecho.

—Oh, sí, claro que lo ha hecho. Y no sólo eso. También ha conseguido que parezca un inepto. Ahora todo Brougharry estará burlándose del inspector del Yard que no es capaz de atrapar a un

mendigo viejo, cojo y extenuado.

Empezaba a sentir un aborrecimiento profundo por aquel hombre que conseguía una cita con ella sin ninguna dificultad y se las apañaba para dejarlo en evidencia ante todo un pueblo.

—Lo siento.

Carter movió la cabeza de un lado a otro.

—No, usted no tiene la culpa.

—¿Entonces por qué está enfadado conmigo?

—No estoy enfadado con usted.

—Pues lo disimula muy bien.

—Es este caso. Está empezando a... Bueno, no sé cómo definirlo, pero está empezando a...

—Ponerlo histérico, y una mente agitada no piensa bien.

Él bajó los ojos y calló durante unos instantes. Su respiración se volvió más sosegada y el color granate de su cara fue adquiriendo un tono más suave, como el de las mejillas sonrosadas de un bebé.

—Llevamos dos asesinatos y no tengo ni idea de por dónde coger el caso. Me he pasado la mañana recorriendo los campos en busca de ese mendigo para descubrir que estaba en mitad de Brougharry, delante de todo el mundo. No tengo nada con que agarrar a ese Zachary Gray y tampoco una prueba tangible que me conduzca hacia Craig Dawes.

—Y además su jefe lo está poniendo contra las cuerdas.

—¿Cómo sabe eso?

—Le oí hablar con él ayer. Las paredes de la comisaría no son muy gruesas.

Carter se reclinó en la silla y fijó la vista en el fuego que ardía en la chimenea, a unos metros de ellos.

—Usted debería llevar este caso.

Ella alargó el brazo y le rozó la mano con los dedos.

—No se haga la víctima, inspector. Me gusta mucho más cuando es usted mismo.

—Y, sin embargo, todo lo que he dicho no cambia un ápice.

—Por sí mismo no, pero nosotros podemos darle un sentido. Ya lo hemos hecho una vez. ¿Por qué no hacerlo otra?

—¿Sabe que su amigo llevaba botas militares?

—¿Se refiere a Ralph Tradeford?

—¿A quién si no?

—Está bien, inspector. Lo diré y así se sentirá más tranquilo y podremos ponernos a trabajar: no es mi amigo. Y sí, me he fijado en sus botas.

—Podría detenerlo por eso, aunque fuera sólo un rato.

—Pero no lo va a hacer. ¿Tiene papel y bolígrafo?

Carter sacó su cuaderno de notas y un lápiz.

—Bien —dijo ella—, empecemos.

3

Llevaba demasiado tiempo acechando en la oscuridad, pero ella no había dado señales de vida. Stuart Donelly tenía miedo. Temblaba sin que hubiera poder en la tierra para controlar el estremecimiento que se había instalado en su cuerpo desde que huyó de aquel policía, el que había llegado de Londres.

Sir Geoffrey se había encerrado en la biblioteca y llevaba cuatro brandis. Lo sabía porque lo veía a través de la ventana y los había contado con los dedos. También había visto al mayordomo, pero ni Ruth ni Bertha habían dado señales de vida. Stuart miró las ventanas de la parte superior. Dos de ellas estaban iluminadas. Las mujeres debían de haberse recogido pronto aquel día. Bertha abrió la suya y se asomó. La oscuridad allí abajo era demasiado profunda para que lo viera. Stuart silbó, pero había comenzado a llover de nuevo y el sonido se perdió entre el mar de gotas que derramaba el cielo. La cocinera aspiró hondo varias veces y luego cerró la ventana. Cricket's Lodge volvió a ser inaccesible. Estaba solo.

Se giró y contempló el cobertizo del jardinero. Quizá, si tenía suerte, la policía no habría descubierto aún la cajita que la doncella muerta ocultaba en uno de los estantes superiores. Había mucho dinero dentro. Lo había visto. Corrió bajo la lluvia y entró en el cobertizo. Subido a una carretilla, tanteó el lugar donde sabía que la joven dejaba su tesoro, pero no lo encontró. Bajó decepcionado y se apoyó en la puerta de la caseta. Se sentía confuso. Estaba enfermo y las emociones virulentas que lo embargaban se mezclaban con ideas embarulladas que no lograba ordenar. Solo, sin ropa, sin dinero; palabras que golpeaban su cerebro una y otra vez. Lloró. Las lágrimas cayeron abundantes por su rostro. Cuando el llanto diluyó la angustia, Stuart logró aislar un pensamiento. Era nítido e imperativo: ¡huye!

4

—¿Así que ha soltado a Zachary Gray?

Carter asintió.

—Despard le dio a Herbert una información que no teníamos, pero que le proporciona una coartada.

—¿Qué información?

—Zachary Gray tiene una relación íntima con su antigua novia, Rachel Ward.

—¿Se acostaba con su exnovia?

—Hacía algo más que eso: seguían manteniendo la relación romántica. Betty Simpson era sólo un medio para obtener el dinero que les llevaría a Estados Unidos, donde iban a montar su estación de servicio.

—Así que Zachary pensaba fugarse con Rachel. Quizá por ello le sorprendió tanto que Betty le instara a abandonarlo todo y a huir tan repentinamente.

—Y también fue Rachel Ward el motivo por el que guardó silencio durante el interrogatorio. Confieso que me cuesta admitirlo, pero Zachary Gray le echó agallas cuando calló el hecho de que estaba en el henil, con ella, mientras asesinaban a Betty Simpson. Tenía una coartada, pero se negó a darla a conocer. —Carter encendió la pipa y aspiró con fuerza. El delicioso olor a tabaco impregnó el lugar y el humo los envolvió durante un instante en una burbuja en la que sólo existían ellos.

—¿Y cómo sabía todo eso Despard?

—Los sorprendió una mañana, al amanecer, en pleno acto. Zachary lo amenazó con matarlo si decía algo. Supongo que le ha costado tomar la decisión de contárnoslo.

—En cualquier caso, la coartada de Zachary es débil. Rachel podría estar mintiendo por él.

—Es posible, pero he hablado con el ama de llaves de los Hughes. Dice que Rachel llegó tarde la noche en que mataron a Betty. Lo recuerda porque fue a buscarla a su cuarto y no la encontró. Supo que se había marchado de casa a escondidas y la esperó en la cocina hasta que llegó. Al día siguiente, cuando se enteró de la muerte de Betty, se sintió enferma al pensar que podía haber sido Rachel la que yaciera muerta en el camino.

—Entonces la coartada de Zachary se sostiene.

—Quizá tuvo tiempo de asesinar a Betty y luego volver al henil para encontrarse con Rachel.

—¿Lo cree así?

En la cara de Kate se reflejaba el escepticismo.

—No —dijo él—. No lo creo. Por lo que sabemos de Zachary, es un sinvergüenza, pero me cuesta creer que pudiera volver al henil y encontrarse con su novia después de haber matado a un ser humano. Aunque, por supuesto, no lo descarto. Él y el mendigo son los únicos sospechosos que tengo.

Carter giró la cabeza lentamente hacia Kate, que tenía los codos apoyados sobre la mesa por encima del cuaderno de notas. Aspiró su olor a lavanda tan característico, y durante un instante el recuerdo de Ralph Tradeford volvió hasta él. Apretó los labios y se sintió enrojecer.

—¿Qué le ocurre?

Ella estaba tan cerca que Carter sintió su aliento en las mejillas. Se echó hacia atrás.

—Nada —contestó.

—Espero que algún día confíe en mí lo suficiente para contarme esas incógnitas que aparecen de súbito, pero que guarda usted celosamente. En cualquier caso, voy a darle una alegría. ¿Sabe qué?, su lista de sospechosos es un poco más larga de lo que cree.

—¿Ah, sí?

Kate asintió. Alargó el brazo y tomó una bolsa que había dejado en la silla libre.

—Puede volver a poner en ella a Craig Dawes —dijo, mientras se la tendía.

Carter sacó de ella una bufanda.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El origen de las hebras que encontró el forense en la mano de Betty.

Él ladeó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados. Luego examinó la prenda.

—C.D. ¡Craig Dawes! —dijo al encontrar las iniciales del joven bordadas en la bufanda.

Kate sonrió y asintió.

—¿Pero cómo?

—¿Me promete que no se enfadará?

—¿Qué ha hecho esta vez, miss West?

—Aunque no lo crea, en esta ocasión no se trata de mí. Le pido clemencia para la señora Wright.

Carter volvió a entornar los ojos.

—Estuve hablando con ella esta mañana, mientras usted se daba el paseo por el campo con sus amigos...

—Muy sarcástica, gracias. Continúe, por favor.

—Me confesó que, al encontrar el cuerpo de Betty, vio que ésta agarraba la bufanda de Craig con la mano. Dijo que la cogió en un impulso y la guardó.

—Eso es un delito.

Kate movió las manos de arriba abajo.

—Por favor, inspector. Es casi una anciana.

—No es tan mayor.

—Pero ha pasado casi toda su vida al servicio de los Dawes. Póngase en su lugar.

—¿Me está pidiendo que pase por alto la ocultación de pruebas fundamentales para una investigación de asesinato?

—Sí.

—Vaya..., no se anda usted con rodeos.

—La señora Wright cometió un error, pero lo que interesa es

atrapar al asesino.

—Craig Dawes. A Herbert no le va a gustar.

—Y a usted tampoco, si se para un segundo a reflexionar.

—¿Por qué no me va a gustar?

—Usted mismo dijo que Craig no podía haber cometido los asesinatos porque tiene el pie como un balón de rugby.

Carter calló. Alargó el brazo y cogió el vaso de cerveza, del que dio un largo trago. Luego encendió la pipa y miró a través de la ventana. Fuera, el jardín trasero de The Dog and the Fox estaba tan oscuro que no se podía apreciar su belleza. Lo había contemplado el día anterior y, aunque difuminado por la niebla, le había parecido un paraíso en miniatura. Volvió la vista hacia Kate y sonrió.

—Veamos —dijo, y cogió el bolígrafo—, empecemos a pensar.

Los dos se inclinaron sobre el cuaderno. Quizá el caso no se presentaba tan oscuro como creía.

CAPÍTULO 26

1

Eve Despard se preguntó quién podría ser el que llamaba a su puerta tan temprano. Ni siquiera había tenido tiempo de vestirse y todavía estaba en bata. Dejó la tetera al fuego y fue a abrir.

Herbert Rush se quitó el sombrero y una ráfaga de viento lo despeinó.

—Buenos días, señora Despard, espero no haberla molestado. ¿Tal vez he venido demasiado temprano?

Eve negó con la cabeza al ver que el expolicía miraba de soslayo su bata.

—No, señor Rush, puede quedarse tranquilo. Es sólo que la mañana ha empezado un poco torcida. Pero pase, por favor. Supongo que viene a hablar con William. —Eve caminó de vuelta a la cocina, seguida por Rush.

—Sí, en efecto. Me preguntaba si podría acompañarme a hacer algunas visitas.

—Estoy segura de que cualquier otro día le haría extremadamente feliz. Sin embargo, hoy...

—¿Ha ocurrido algo?

—Mírelo usted mismo. —Eve lo invitó a echar un vistazo al jardín, a través de la ventana de la cocina. Fuera, William estaba cavando un agujero, del que ya llevaba un buen trecho. Apenas se le veían las rodillas. Tumbados junto a él se encontraban sus perros, Nelson y Wellington.

—¿Qué hace? —preguntó Rush.

—Cava una tumba.

—¡Cómo!

—Alguien ha envenenado a nuestros perros.

Rush clavó en la mujer una mirada interrogativa.

—¿Quién?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sabemos. William los encontró así esta mañana. No ha dejado de llorar desde entonces.

—¿Cree que sería conveniente...? —Rush indicó la puerta de la cocina, pidiéndole permiso a Eve para salir.

—Sí, usted le cae muy bien. Estoy segura de que le vendrá bien algo de compañía. Les prepararé un té para que entren en calor.

Despard se secó los ojos con la manga de la chaqueta cuando lo vio venir.

—¿Tiene otra pala, William?

—Señor Rush, no esperaba su visita.

—Espero que no le importune mi presencia.

—No, claro que no, pero no quisiera que se manchara.

—No se preocupe por eso. Nelson y Wellington bien lo merecen.

Los labios de Despard rompieron la sonrisa cuando sólo había empezado a esbozarla.

—¿Cómo puede alguien hacer esto a un par de pobres animales?

—Por desgracia para nuestra especie —contestó Rush mientras se remangaba—, hay almas oscuras a las que hacer el mal no les intimida. ¿Tiene idea de quién ha sido?

Despard negó con la cabeza y volvió a cavar, con los ojos bañados de nuevo por las lágrimas.

—¿Y de por qué?

—Tampoco, aunque no puedo quitarme de la mente el nombre de Zachary.

Rush saltó al hoyo y comenzó a cavar junto a él.

—¿Gray? ¿Por qué querría hacer daño a sus perros?

—Por lo que les conté. Sobre Rachel Ward, ya sabe.

Rush asintió. La tarde anterior, Carter y él habían ido a hablar con la doncella de los Hughes antes de volver a Brougharry, tras la batida. La joven les había confirmado la coartada de Zachary Gray para la noche del asesinato de Betty. Habían estado juntos después de que Betty Simpson se marchara de la granja de los Middleton, donde se había encontrado con Zachary. Cuando volvieron al cuartelillo y Carter ordenó que lo pusieran en libertad, Zachary Gray juró darle su merecido a Despard por haberse ido de la lengua. Rush sentía no haberle advertido, pero no tomó en serio las palabras del joven. Ahora, la muerte de los dos perros daba a entender que no había hablado en vano. Mientras sacaba paladas de tierra de aquel agujero se prometió que, fuese o no el asesino de Ben Robinson y Betty Simpson, Zachary Gray pagaría por lo que había hecho a Nelson y Wellington.

—¡Señor Rush! —Eve lo llamó desde la puerta de la cocina—, el agente Evans ha venido a buscarlo.

Los dos hombres la miraron por encima del hombro. Detrás de ella asomaba el rostro rubicundo del policía. Despard saltó fuera del agujero y ayudó a Rush a salir.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando llegó a la puerta.

—El inspector Carter me manda a buscarlo, señor. Ha vuelto a ocurrir.

—¿Qué, Evans? ¿Qué es lo que ha vuelto a ocurrir? Vamos, hombre, hable de una vez.

—Tenemos un nuevo cadáver, señor.

—¿De quién? —preguntaron los tres a la vez.

—Del mendigo. Jim Hoshland lo ha encontrado en el Risco del Borracho.

—¿Dónde está eso? —preguntó Rush.

—Es un pequeño barranco que se encuentra cerca del Roquedal —contestó Despard—. Está erizado de rocas afiladas. Sin embargo, todo el mundo lo conoce y hay un camino seguro por donde se puede transitar para rodearlo. No es peligroso, salvo si uno se acerca demasiado al borde y da un paso en falso. Por eso lo llamamos así: más de un borracho se ha despeñado allí.

—Vamos, Evans. ¿Nos acompaña, William?

Despard miró hacia el jardín. Sus perros seguían junto a la tumba que los aguardaba, pero no dudó.

—Deme un minuto para que me abrigue y estoy con ustedes.

2

Carter y Kate estaban esperándolos en el cuartelillo, junto a un hombre que llevaba una zamarra al hombro.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Rush sin llegar a recuperar el aliento.

—Aún no lo sabemos —contestó Carter—. Te presento a Jim Hoshland. Es quien ha descubierto el cadáver.

El hombre habló:

—Lo vi cuando iba hacia el aprisco donde recojo las ovejas por la noche. Ha caído por el Risco del Borracho.

—No sabemos si se trata de un crimen, Charles. Quizá no sea más que un accidente. —Rush se sorprendió a sí mismo considerando plausible la teoría que la señora Bradley había sostenido con respecto a la muerte de Ben Robinson. Miró a Jim Hoshland, en busca de su aprobación, pero éste se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. No he podido acercarme al cuerpo para comprobarlo. Se encuentra en un lugar inaccesible si no se dispone del material adecuado.

—¿Está seguro de que el mendigo está muerto? —preguntó Rush.

Hoshland asintió.

—Sí, lo está. Tiene el cráneo destrozado.

—Aquí está todo lo que necesitamos. —El sargento Campbell entró en la comisaría cargado con un rollo de cuerda y algunos pertrechos.

—Y yo he telefoneado al juez de guardia, que ya viene de camino, pero no lo esperaremos —dijo Carter, echando un vistazo al cielo, a través de la ventana—. Si nos damos prisa, tendremos tiempo de bajar hasta allí antes de que se ponga a llover.

—¿Viene usted con nosotros, William? —Rush miró a Despard, que había permanecido un poco apartado y en silencio, observando a unos y otros con cara de perplejidad.

—Si me lo permiten...

Carter asintió. Tal vez necesitaran ayuda para bajar hasta el cadáver. Luego se apartó unos pasos y llamó a Kate.

—¡Otra muerte! Esto se está convirtiendo en una costumbre ultrajante.

Kate le tocó suavemente el brazo con los dedos y él puso su mano sobre la de ella.

—Váyase al hostal —le pidió.

—Déjeme acompañarlo.

—Por favor, miss West, no vamos de excursión. Espéreme en el hostal y le prometo que iré a buscarla en cuanto vuelva.

—No será peor que la morgue y quiero verlo con mis propios ojos.

Rush leyó en ellos una determinación a la que Carter, pensó, no podría oponerse.

—No puede resistirse a poner a prueba su intuición, ¿verdad?

Caminaron a buen paso y no tardaron en llegar al Risco del Borracho. El cielo se había cubierto de nuevo con gruesas nubes oscuras y comenzaba a chispear.

—¿Lo ven? —preguntó Jim Hoshland, pese a que la respuesta era obvia. El barranco no era profundo y el cuerpo yacía hacia la mitad. El cráneo destrozado del mendigo era perfectamente visible desde arriba.

—Ayúdeme, sargento. —Carter tomó la cuerda y se dispuso a amarrarla a un recio árbol que había junto a la quebrada—. Echaremos un vistazo mientras llega el juez.

—No irá a bajar ahí. —Kate se acercó a él y se colocó entre Carter y el barranco.

—Claro que voy a bajar. Quiero ver la escena del crimen antes de que la lluvia me la destroce.

Rush los observó discutir una vez más, aunque percibió que en esta ocasión el tono de miss West era mucho más personal y se preguntó si Carter sería consciente de lo que ella trataba de decirle.

—Ni siquiera sabemos si es un crimen. Puede que el mendigo se haya caído y su muerte no sea más que una simple coincidencia.

—¿Eso es lo que le dice su intuición? —Carter la observó con escepticismo—. No me lo creo. Sabe tan bien como yo que esto no puede ser una coincidencia.

—Pero...

Detrás de ellos, Despard y el sargento Campbell estaban ocupados en asegurar al árbol la cuerda con la que bajaría Carter. Mientras tanto Rush, sin perder de vista a los jóvenes, se sentía como un viejo

fisgón. La frase que Kate había dejado en el aire alcanzó todo su significado a través de la mirada torpe que había dirigido hacia la pierna tullida de Carter.

—No se preocupe. —Carter se había atado la cuerda a la cintura y comenzaba a descender por el barranco. Antes de desaparecer por el borde, le dedicó una sonrisa—. Y sepa que su inquietud me halaga.

Lo vieron descender lentamente. Rush sabía que Carter era intrépido, pero no un suicida; desde arriba, observaron cómo calculaba muy bien cada paso. Al fin, llegó hasta el cuerpo.

—¿Qué? —gritó Rush desde el borde.

—El cuerpo ha quedado destrozado al golpearse con estas rocas afiladas, pero no parece haber ninguna señal que indique lucha.

Carter registró los bolsillos del mendigo y sacó un objeto que a los de arriba les fue imposible identificar. Sin embargo, los cuatro intuyeron que se trataba de algo importante. Luego comenzó el ascenso, que resultó mucho más penoso que la bajada, pese a que el sargento Campbell, Despard y Hoshland lo ayudaron tirando de la cuerda a la que estaba atado. Rush se acercó a Kate, que asomaba el rostro por encima del barranco más de lo que parecía prudencial. La cogió por el brazo y tiró suavemente de ella.

—No se acerque tanto. Usted no está asegurada con una fuerte maroma, y él, sí. Tranquilícese. No le ocurrirá nada.

—¿Es un inconsciente o un estúpido? —la voz de Kate sonó acerada.

—Ni lo uno ni lo otro. Le aseguro que sabe muy bien lo que hace. No tema.

La frente de la joven estaba húmeda por el sudor y Rush pensó que hacía demasiado frío para justificar aquella transpiración.

—¿Sufre de vértigo?

—Sí.

—Entonces retírese. Ya casi ha alcanzado el borde.

Kate retrocedió y buscó apoyo en el brazo de Rush, que la admiró por haber sido capaz de superar su temor a las alturas sólo para asegurarse de que Carter estaba bien.

—¿Asesinado? —Rush le dio la mano y tiró de él.

—No estoy seguro —Carter resopló—, pero no lo parece. Tal vez simplemente resbaló.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva ahí?

—No sé. Quizá toda la noche. Veremos qué dice el forense.

—¿Pero es nuestro hombre? —preguntó Rush.

—Hay un detalle que apunta a que sí —contestó Carter, que mostró los objetos encontrados en los bolsillos del mendigo.

Rush los cogió y estudió el contenido mientras Kate acercaba el rostro. Había unos cuantos peniques junto a una cadena de la que

colgaba un pequeño relicario que contenía la fotografía antigua de una mujer.

—Supongo que pertenecía a Ben Robinson —dijo Rush.

—Habrá que comprobarlo —respondió Carter—, pero tiene toda la pinta. La suela de las botas que calza coincide con las huellas encontradas junto al cadáver del jardinero. Sólo nos falta el bastón.

—Y está allí —Kate señaló un lugar no muy lejos de donde se encontraban.

Al borde del barranco había, en efecto, un bastón de campo con la punta de acero.

—Parece que sí tenemos a nuestro hombre —murmuró Rush—. ¿Había algo más?

Carter sacó del bolsillo una cartera de piel ajada y la abrió.

—Stuart Donelly —leyó en el carnet militar que había dentro—. Así que éste es su nombre. Primera Brigada de Infantería Acorazada.

—¡Ha sido soldado!

—Como casi todos en los últimos años —apuntó Carter con ironía.

—Déjalo ya, Charles. Ahora eso no importa.

—Hay algo más —dijo Kate, que había cogido la cartera y estaba examinándola.

—¿Qué? —Carter se inclinó sobre ella.

—Otra fotografía.

Los tres observaron el retrato de una mujer de rasgos vigorosos, pero que en conjunto formaban un rostro bello y enmarcado por un cabello suavemente ensortijado.

—Ahí viene el juez —dijo el sargento Campbell.

Su Señoría venía acompañado del forense y seguido de varios vecinos de Brougharry. Carter y Rush se acercaron para informarles. Mientras, Kate estudió el retrato de la mujer. Luego miró el bastón, abandonado y con paso inseguro se acercó al borde del barranco. Desde allí no podía ver con claridad el rostro del mendigo. Sólo se apreciaba un cuerpo tumbado en una posición antinatural. Quizá Charles Carter la permitiera acompañarlo a la morgue de nuevo.

3

—¿Luego es él? —preguntó Kate en el camino de vuelta a Brougharry —. El caso está resuelto.

Rush vio a Carter sonreír. Ambos habían percibido la exigua rotundidad con que la joven se había expresado.

—¿No está satisfecha con la solución, miss West?

—Cómo podría no estarlo, si todo parece tan claro.

—Y, sin embargo, su tono da a entender lo contrario.

—¿Tiene dudas? —preguntó Rush, pero ella no contestó—. Bien, reflexionemos. Todo parece encajar: las botas, el bastón, la cadena con el medallón de Ben Robinson.

—Y un nuevo muerto —apuntó ella.

—Entiendo —dijo Rush—. La muerte del mendigo le parece sospechosa. ¿Su duda sugiere que alguien lo arrojó por el barranco?

—Es una posibilidad —admitió ella.

—Sin embargo, su muerte puede ser fácilmente explicable. Supongamos que el mendigo es culpable. Ha cometido dos asesinatos, sabe que no puede continuar por la zona porque el cerco en torno a él se va estrechando y terminaremos por atraparlo, de modo que decide huir. No obstante, como forastero, no conoce estos parajes y se acerca al barranco, por el que cae y se mata. No había señales de lucha que indicaran que fuera empujado, tampoco hemos encontrado una huella cercana al borde...

—Ni siquiera las suyas —le interrumpió Carter.

—Pero la zona es tan pedregosa que es imposible saber si el mendigo estaba solo cuando cayó o alguien más se encontraba con él —apuntó Kate.

—¿Y lo empujó, quiere usted decir?

Ella movió la cabeza con un gesto que Rush no supo interpretar. La lluvia parecía querer darles un respiro y las nubes oscuras comenzaban a deshilacharse en jirones por entre los que se colaba la luz del sol.

—¿Pero por qué habría de empujarlo alguien? —William Despard los había alcanzado y caminaba unos pasos detrás de ellos. Carter hizo un gesto de disgusto por la intromisión del lugareño.

—Simplemente contrastamos opiniones y posibilidades, señor Despard. Le ruego que no infiera de nuestras palabras que creemos en la culpabilidad del mendigo.

—¿Entonces es culpable o no?

—Ya veremos —contestó Carter—, pero permítame que insista en su discreción. Le suplico que no extienda rumores.

—No lo haré, inspector. Sé muy bien lo que cuesta acallarlos después. Si me disculpan —dijo con delicadeza—, me adelantaré y les permitiré hablar con total libertad. Además —Despard miró a Rush—, tengo algo que hacer.

—¿A qué se refiere? —preguntó Carter cuando Despard se alejó de ellos.

—Alguien ha envenenado a sus perros esta noche —contestó Rush.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kate.

—¿Zachary Gray? —Carter volvió la mirada hacia el hombre, que

comenzaba a desaparecer por las curvas del camino.

—Eso es lo que piensa. Cree que Gray se ha vengado de esta forma por la información que nos dio sobre Rachel Ward.

—Tendremos que ajustarle las cuentas a ese joven —dijo Carter.

—Te ayudaré encantado —añadió Rush—. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Quién es nuestro sospechoso entonces?

—¿Cuál es el tuyo, Herbert?

—Zachary Gray o el mendigo.

—¿Y el suyo, miss West?

—No tengo ninguno.

—Lo cual significa —tradujo Carter— que el que tiene no nos va a gustar…

Ella no contestó, pero a Rush no se le escapó la sonrisa que esbozó.

—¿Y el suyo, inspector?

Carter respiró hondo, como si fuera a comenzar un discurso, pero no respondió.

—¿Tampoco nos va a gustar, Charles?

—¿Por qué deberíamos sospechar de Zachary Gray? —preguntó —. ¿Mató a Ben Robinson porque tuvo una pelea con él? ¿Es ése el motivo? ¿Y a Betty…?

—Porque le apremió a huir y eso daba al traste con sus planes — respondió Rush.

—¿De verdad ese tipo te parece tan violento como para cometer dos crímenes por razones como ésas?

—Es un hombre agresivo. Sabemos que maltrataba a Betty, además de aprovecharse de ella.

—Pero si el asesino de Ben Robinson es Zachary Gray, ¿qué hacía el medallón de Ben Robinson en el bolsillo del Stuart Donelly?

—Entonces tiene que ser el mendigo.

—¿Quién mataría por conseguir un objeto que no le reportaría más de unos chelines?

—Un mendigo lo haría —contestó Rush—. Para él, unas libras suponen una fortuna. Por otra parte —añadió—, si alguien lo empujó, ¿por qué lo hizo? No le robó, puesto que el medallón y el dinero de Ben Robinson seguían en su bolsillo.

—Tal vez porque el robo no es el móvil de este asesinato, como tampoco lo fue en los otros dos crímenes. Alguien lo empujó con ese objeto en el bolsillo para que creyéramos que el mendigo es el culpable y que se mató al resbalar por el barranco mientras huía.

—Admito que es una posibilidad, de acuerdo, y en ese caso mi sospechoso es Gray. Pero no descarto la posibilidad del mendigo.

—Y eso es lo que tenemos que averiguar.

Para entonces, los tres habían llegado al camino de gravilla donde

Ben Robinson había sido asesinado.

—¿Vuelves a Cricket's Lodge? —preguntó Carter.

—Sí, me esperan para comer y antes quiero descansar un rato. Ya no tengo edad para andar trotando de aquí para allá. Le deseo una buena tarde, miss West, ya que la mañana ha sido tan ajetreada. —Rush se acercó a ella para despedirse, pero resbaló en la gravilla húmeda otra vez y cayó de rodillas en el suelo—. ¡Demonios!

—¿Estás bien? —Carter lo ayudó a levantarse.

—Sí, es esta maldita gravilla. Es la segunda vez que la pruebo.

—¿Miss West? —Carter la llamó, mientras miraba a uno y otro lado. La joven parecía haberse esfumado.

—Estoy aquí.

Los dos hombres miraron a sus pies y la vieron en cuclillas, estudiando el lugar donde Rush acababa de resbalar.

—¿Qué ocurre?

—Nada —contestó ella, mientras dirigía una mirada pensativa a la carretera y se frotaba las manos para secar la humedad—. Tenga cuidado, señor Rush. El camino está muy resbaladizo.

—Lo tendré, se lo aseguro.

Los rayos de sol que se abrían paso a través de la capa de nubes ardían en la cabellera rojiza de Kate y entonces Rush supo a quién le recordaba aquella atractiva mujer: las ondas de su pelo azafranado, aquellos expresivos ojos verdes y los movimientos distinguidos de la silueta estilizada que se alejaba por el camino eran los de Katharine Hepburn.

Rush sonrió melancólico, anhelando su juventud y, antes de que se alejaran demasiado, se volvió para mirarlos una última vez. Marchaban juntos, sus figuras recortadas por el tenue sol de la mañana. Ambos eran esbeltos y de movimientos refinados. Incluso la cojera de Carter parecía suavizarse cuando caminaba al lado de miss West. O tal vez era que ella, pensó Rush, sabía adaptarse a él como un guante.

CAPÍTULO 27

1

El agente Evans los encontró a la entrada de Brougharry.

—Iba en su busca, señor. Le han llamado del Yard, quieren que vaya a Londres.

—¿Ahora?

—Eso han dicho.

Carter asintió. Evans saludó y caminó de vuelta a Brougharry.

—¿Puedo acompañarlo?

—¿Para qué, miss West? El cadáver de Stuart Donelly todavía no está allí. No pasaré por la morgue —Carter sonrió.

—No sea sarcástico. Supongo que es su superior quien demanda su presencia en Londres.

—No se equivoca.

—¿Y no desea compañía para el camino?

Él la miró. El sol le daba en los ojos y relucía en su cabello. Por un momento pensó que era demasiado bella para ser de verdad.

—Por supuesto que sí —dijo—, pero sería usted quien no desearía la mía, se lo aseguro.

—Un superior duro de roer, supongo.

—Peor que eso. Insoportable. Pero me las arreglaré. Mientras tanto, ¿me promete algo?

—¿Que no saldré sola? No, ya sabe que no puedo prometérselo. Además, el asesino está muerto, ¿no?

—No lo sabemos. En nuestra lista de sospechosos... —Carter hizo un inciso y señaló a ambos con el dedo—, siguen estando Gray y su amigo Craig Dawes.

—Lo tendré en cuenta, por si me encuentro con alguno de ellos en una de mis salidas intempestivas.

—Por favor —Carter la cogió por el brazo y la obligó a mirarlo de frente—, sea prudente. Puede que el asesino no haya dicho todavía la última palabra.

Ella mantuvo la mirada fija en la de él y asintió.

—Eso sí puedo prometérselo. Tendré cuidado.

2

Miss Yeats se levantó como impulsada por un resorte y se llevó el dedo índice a los labios. Carter se detuvo, sin atreverse a entrar en el antedespacho en el que trabajaba su propia secretaria. La vio acercarse de puntillas.

—Está ahí dentro —dijo señalando su despacho.
—¿Neil Chapman?
—Lleva esperándole más de una hora y no está de muy buen humor.
—Lo imagino. Tenemos otro muerto.
—Lo sé. Hablé con el agente Evans. Quería avisarle, pero ya se había marchado.
Carter se quitó el sombrero y el impermeable, y los colgó en la percha de la entrada.
—En fin… Habrá que echarle valor y enfrentarse a la fiera.
Miss Yeats le agarró por el brazo.
—Sea prudente. —Carter sonrió al escuchar esa palabra—. Sabe que podría arruinar su carrera.
—No se preocupe.
—¡Claro que me preocupo, inspector! Ya me he acostumbrado a usted y a sus manías, y no tengo edad ni ánimo para hacerme con las de otro joven temerario.
—Me congratula el desasosiego que le provoca mi situación, miss Yeats.
—Otra razón más para que vaya con pies de plomo. No todos los jóvenes temerarios serían tan avispados.
Carter ahogó una carcajada. Él tampoco quería acostumbrarse a otra secretaria que no fuera ella. Miss Yeats le dio unos golpecitos en el brazo, que él le agradeció con una sonrisa. Luego miró la puerta. Enlazó las manos y los nudillos crujieron.
—Ésa no es la actitud —dijo miss Yeats.
—De acuerdo. —Carter metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y la miró—. ¿Mejor?
—No. Denota engreimiento. Mejor deje caer los brazos a lo largo del cuerpo.
—Sí, señora.

Neil Chapman estaba sentado en la butaca de Carter. Tenía la mesa rebosante de papeles que estaba estudiando.
—Siéntese —dijo tras alzar la mirada.
Carter tomó asiento al otro lado de la mesa, una posición a la que no estaba acostumbrado. Él siempre se situaba en el lugar que ahora ocupaba Chapman, pero el jefe de inspectores no se lo iba a poner fácil. Forzarle a sentarse en aquel extremo era una forma de demostrar quién mandaba. Después de algunos minutos papeleando se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y fijó su mirada de hiena hambrienta en él.
—De modo que tenemos otro muerto en el caso Brougharry.
—En efecto.

—Un mendigo.

—Sí.

—He estado buscando alguna información importante sobre este hombre en sus informes, inspector, pero no he encontrado nada. De hecho, no hay ningún informe.

—Porque no los he escrito, señor.

—¿No conoce las ordenanzas?

—Estoy en mitad de la investigación, fuera de Londres.

—¿Y eso le exime de su cumplimiento? Dígame, ¿es capaz de llevar en la cabeza toda la información?

—Prácticamente.

—¡Admirable! —Chapman se echó hacia atrás, se apoyó en el respaldo de la silla y juntó las yemas de los dedos—. Veo que tengo como subordinado a un hombre de gran cerebro que podría hacer sombra al mismísimo Winston Churchill.

Carter no contestó y Chapman se inclinó de nuevo hacia la mesa.

—Y, dígame, ¿ni siquiera tiene un cuaderno de notas?

—Sí, señor. Lo tengo.

—Déjeme verlo.

Carter lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y se lo tendió. El jefe de inspectores lo ojeó despacio, en ese silencio que acostumbraba a utilizar y con el que sabía lacerar el ánimo de sus subordinados.

—¡Caramba! No imaginé que su letra fuera tan femenina. ¿En qué colegio se educó? —Carter enrojeció. Neil Chapman había descubierto las anotaciones que Kate West había realizado la noche anterior en The Dog and the Fox—. ¿En uno de monjas? No sabía que fuera usted papista, señor Carter.

—Y no lo soy, aunque no tengo nada en contra de los católicos ingleses. Sea cual sea su credo, siguen siendo súbditos de Su Majestad.

—Sabe muy bien a qué me refiero.

—Sí, señor, pero no voy a entrar en ese asunto.

—¿Ah, no? —Chapman enarcó las cejas.

—No.

—Claro que va a entrar, inspector. Va a explicarme qué arreglos tiene con cierta mecanógrafa a la que usted permite un acceso a la investigación totalmente prohibido por las normas.

—Miss West está resultando de gran ayuda para la investigación.

—Vaya, qué suerte tenemos. Aunque el más afortunado es usted. Me han contado que es una mujer muy bella... y sensual.

—¡Señor! —Carter se levantó y Chapman lo imitó.

—¿Qué?

—La alusión que acaba de hacer está fuera de lugar. Exijo que la retire.

—¿Que exige qué?

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación.

—Disculpen —Miss Yeats entró con una bandeja—, me he tomado la libertad de prepararles un té.

—Se lo agradezco —Chapman habló con una frialdad en la voz que a Carter le supo amarga, por su secretaria—, pero no será necesario. Ya me iba.

Cogió su abrigo, el sombrero y el bastón de la percha que normalmente utilizaba Carter, y se volvió hacia él:

—Un día, inspector. Tiene un día para resolver el caso o será apartado de él. Y asegúrese de que nadie que no sea policía mete las narices donde no debe. Cuando vuelva, hablaremos de su ineptitud. Buenos días, miss Yeats. Le deseo buena tarde.

Cuando oyó que el jefe de inspectores cerraba la puerta del antedespacho, miss Yeats apoyó la bandeja en la mesa y se sentó junto a Carter.

—Pues a nosotros nos va a venir muy bien este té. Lo he hecho fuerte. Imaginé que lo necesitaría.

—¿Estaba escuchando detrás de la puerta?

—Por supuesto. Ya le dije que no quiero tener a otro joven inexperto por aquí, ahora que me voy acostumbrando a usted. —Miss Yeats se levantó, salió un momento y volvió enseguida con un plato—. También he preparado unos sándwiches de queso y pepinillo. He supuesto que tendría hambre, aunque a él no iba a ofrecérselos.

Carter la miró enternecido.

—Gracias —dijo.

—Cómaselos. Aún están jugosos.

—No tengo hambre.

—¡Claro que la tiene! Lo que le ocurre es que se cree derrotado, pero no lo está.

—¿Ha oído lo que ha dicho de...?

—¿Miss West? Neil Chapman debería aprender a hablar como un caballero. Esas voces son más propias de un mozo de cuadra que de un jefe de inspectores.

—No tenía derecho a hablar así de ella.

—Sólo quería hacerle daño y usted es tan bobo que se ha dejado.

Carter se volvió hacia su secretaria.

—¿Pero cómo ha sabido de miss West?

—La mujer de Neil Chapman fue compañera de colegio de lady Olivia.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque he hecho los deberes que usted se ha saltado, como un mal alumno.

—Así que Olivia Dawes le ha hablado de miss West. ¿Por qué?

—Supongo que las cosas en Cricket's Lodge estarán muy tensas.

—Pero miss West no tiene nada que ver con ello.

—Si me permite decirlo, inspector, la cuestión es que ya van tres muertos.

—¿Usted también cree que soy un inepto?

—En absoluto, pero si me pongo en el lugar de lady Olivia...

—Ya.

—Acábese el té. Tengo algo más para usted y debe volver pronto a Brougharry si quiere resolver el caso en el plazo que le ha dado Chapman.

—¿Qué es lo que tiene?

—Un informe completo sobre Terry Sanders.

—¿Algo interesante?

—Valórelo usted. —Miss Yeats le tendió una carpeta—. Sirvió al mando del general Frank Messervy en la Séptima División Blindada desde marzo de 1943 hasta julio de ese año.

Carter elevó una ceja.

—¿Qué ocurrió? ¿Lo licenciaron?

La anciana movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Desertó.

—¿Y?

—Volvió a su pueblo hace pocos meses. Anduvo por allí, a la gresca. Luego despareció unos días y volvió con la cara hecha cisco.

—Debió de ser cuando fue a Cricket's Lodge y Ben Robinson le dio la paliza.

—Supongo. El caso es que uno de los vecinos lo denunció por desertor. Por lo que he podido averiguar, en el pueblo le tenían demasiado miedo para hacerlo, pero uno de ellos se hartó de los desmanes del joven Sanders y logró reunir el valor necesario para cursar la denuncia. Sin embargo, cuando la policía militar llegó, él ya se había esfumado. Lograron seguirle los pasos, pero le perdieron en Dover. Se embarcó hacia el continente y desapareció.

—¿Sabemos si llegó?

—Sí. He consultado con la aduana francesa. Entró en Francia a través de Calais.

—¿Y por qué no lo detuvieron?

—Para cuando la policía militar encontró el rastro y descubrió que se había embarcado hacia Francia, Sanders ya había cruzado la frontera.

—Bueno, otro hilo que se nos evapora. No había pensado mucho en él. Y, además, a miss West no le habría gustado como sospechoso.

—¿Por qué?

—Porque no cumple los cánones de una buena novela policíaca.

—Buena razón.

Los dos rieron.

—Por cierto, me debe una explicación.

—¿Acerca de qué?

Carter estiró los labios y frunció el ceño, aunque sabía que con eso no intimidaría lo más mínimo a su secretaria.

—¿Cómo se le ocurrió contarle a miss West lo de la institutriz victoriana?

—Es que me sorprendió que fuera tan diferente a como usted la había descrito.

—Lo hice cuando aún no la conocía.

—Es cierto, ahora lo recuerdo. Eso explica que hablara de sus caderas como si fueran las faldas de una mesa camilla.

—Ya, también tuvo que contarle eso.

—La chica merecía tener algo con lo que vengarse por lo de la visita a la morgue.

—Ella me lo pidió.

—Y usted aceptó. Después de todo lo que inventó para conseguir una cita con ella… Sí, sí, sé lo del *bobby*, y lo estropea invitándole a pasar una agradable mañana en el depósito de cadáveres.

—Son ustedes muy parecidas.

—Por eso me cayó tan bien. Ándese con cuidado, inspector, porque haga lo que haga me pondré de parte de ella.

—Lo suponía —Carter se levantó y comenzó a recoger los restos del almuerzo.

—Ande, deje eso y márchese. Tiene un caso que resolver.

Al alejarse de Londres se sintió mejor y decidió que, a pesar del plazo impuesto por Chapman, conduciría despacio, de manera que le diera tiempo a relajarse y a reflexionar. Un día y demasiadas posibilidades. Pensó en las que él y Kate West habían estado discutiendo en The Dog and the Fox. Tenía que ser una de ellas. No había otra alternativa. O quizá sí. Echó un vistazo al asiento del copiloto y se sintió solo. Le habría gustado tener a Kate allí, pero se felicitó por no haber accedido a su petición. No acertaba a imaginar cómo habría reaccionado al comentario de Chapman estando ella allí.

Aunque no con mucha fuerza, al menos lucía el sol y los campos de pasto habían cambiado el blanco sucio de la escarcha por un verde vivificador. Un coche le adelantó a toda velocidad y se perdió al fondo de la carretera. Alguien con prisa que no sabía disfrutar de lo que la vida ofrecía. Alguien con prisa, que no tenía tres muertes que resolver. Meneó la cabeza y, pese a sus buenos propósitos, aceleró.

CAPÍTULO 28

1

Después de comer, Anne Bradley colocó un par de tazas sobre la mesa de la cocina y se sentó frente a Kate, mientras hervía el agua para hacer café.

—Gracias por venir a hacerme compañía.

—Gracias a usted, señora Bradley.

—Por favor, llámeme Anne, creo que ya nos conocemos lo suficiente para concedernos el gusto de evitar los tratamientos.

Kate asintió. Habían comido solas. El reverendo no las había acompañado porque había viajado hasta Rochester para mantener una reunión con el obispo.

—¿De modo que finalmente Stuart Donelly era culpable? —dijo Anne.

—Eso parece a primera vista.

—Pero usted no está convencida...

—No lo sé. —Kate levantó la vista y la fijó en la mujer del reverendo—. Lo cierto es que estoy llena de dudas. Las pruebas apuntan hacia él. Encontraron el medallón y el dinero de Ben Robinson en sus bolsillos, pero me parece demasiado obvio.

—Lo cual no resta validez a las pruebas. —Anne se levantó y echó unas cucharaditas de café molido en la cafetera, que luego dejó sobre la mesa para que la infusión reposara.

—No, por supuesto.

Las dos mujeres callaron durante unos minutos. Fuera, el sol había logrado quebrar el muro construido por las nubes y brillaba con delicadeza, como si quisiera acariciar los tejados y jardines de Brougharry con sus rayos antes de ponerse. Un estornino, en cuyo plumaje negro se reflejaban tonos metálicos y verdes, se posó en el alféizar de la ventana y entonó un canto insistente. Anne sonrió.

—¿Me disculpa? —dijo—. Es Jerry.

Se levantó y cogió un platito en el que puso algunas migas de bizcocho. Luego abrió la ventana. El estornino levantó el vuelo y se posó a unos metros, sobre la rama de un rododendro. Cuando cerró la ventana y se sentó a la mesa, el pájaro volvió al alféizar. Se acercó pasito a pasito hasta el plato y comenzó a picotear.

—¡Qué simpático! —dijo Kate.

—Llegó hará unos tres meses. Acepta mi comida, pero todavía no consiente que me acerque.

—La confianza es cuestión de tiempo.

Anne se masajeó la frente con los dedos.

—Algo que no supe granjearme con Stuart Donelly.

Kate asintió.

—No se torture, Anne. No dispuso de tiempo para hacerlo.

—¿Le oyó llamarme mujer mala?

—Sí, pero no se lo tenga en cuenta.

—Por supuesto que no. Es sólo que me duele pensar que se sintió traicionado porque no le di la ropa. Su mente estaba enferma.

—Sí, me di cuenta en la caseta —admitió Kate—. Y es algo que me llama la atención. Stuart Donelly era un disminuido psíquico, pero estuvo en el ejército.

Anne enarcó las cejas.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. Tal vez se volvió así después.

El estornino volvió a entonar su canto y las dos mujeres lo miraron. Había acabado su comida y las observaba desde fuera. Cuando terminó la tonada, echó a volar y se perdió por encima de las copas de los árboles.

—¡Pobre hombre! —dijo Anne, que sirvió un poco más de café—. Peter ha ordenado cavar una tumba para enterrarlo aquí y también ha dejado abierta la iglesia para que se pueda velar su cadáver, aunque no sé si habrá mucha gente que quiera hacerlo.

—¿No lo han llevado a Londres?

—¿Para la autopsia?

Kate asintió.

—No. Según tengo entendido, el forense dijo que no era necesario. Ha establecido el accidente como la causa de la muerte.

—¿Ha habido dos asesinatos y resuelven esta tercera muerte así? —Kate no podía creerlo. Se preguntó si Carter lo sabría. Volvió a mirar por la ventana y pensó en la cita que tenía con el jefe de inspectores y en cómo le habría ido.

—Culpar a Stuart Donelly, un mendigo desconocido y que ya no puede defenderse, es una bonita forma de cerrar un caso. ¿Cree que es lo que pretenden? —preguntó Anne.

Kate se encogió de hombros. No podía creer que el sistema policial inglés actuara de esa forma. No cuando había tantos cabos sueltos y tantos interrogantes abiertos.

—¿Vendrá luego a echarnos una mano en la tómbola, Kate?

—Claro. Allí estaré.

Las dos mujeres acabaron el café y Kate se marchó. Quería estar sola para pensar. Volvió al hostal y se tumbó en la cama. Con la vista fija en el techo, comenzó a repasar el caso desde el principio. Sintió frío y se echó una manta sobre los pies que al cabo de unos minutos la adormeció con su calor. Se incorporó sobre los codos y meneó la cabeza. No debía dormirse. Volvió a echarse sobre la almohada y sintió que algo se le clavaba en el hombro. Era la nueva novela de

Ellery Queen que estaba leyendo. La dejó sobre la mesilla y tiró de la manta hasta taparse con ella por completo. El asesinato de Ben Robinson. Empezaría por ahí…

Unos minutos después, se había dormido.

2

—¡No lo hagas, William! —Eve Despard bloqueó la puerta de la calle con los brazos en jarra, mientras su marido cogía el abrigo del perchero.

—Sólo voy a preguntarle por qué ha matado a mis perros.

—Ya sabes por qué lo ha hecho. No necesitas ir para saberlo.

—Pero quiero que me lo diga a la cara. Apártate. —Despard dio un paso hacia la puerta, pero su mujer afianzó los pies en el suelo. La conocía de sobra para saber que no estaba dispuesta a dejarle salir. Sin embargo, esta vez no iba a dar su brazo a torcer. Quería afrentar a Zachary por lo que había hecho.

—Por favor, William, lo único que conseguirás es que te dé una paliza.

Despard cogió un bastón y se deslizó entre su mujer y la puerta.

—Que se atreva —dijo—. Y salió.

Thomasina Gray estaba sentada en un poyo, junto a la puerta trasera de su casa, aprovechando los rayos de sol que asomaban entre las nubes. Abrigada sólo con un chal que le quedaba demasiado grande, tenía encima de las piernas un azafate de porcelana descascarillada por el uso y estaba desgranando guisantes. Despard se fijó en las manos, deformadas por la artritis y por una vida llena de penalidades. Tenía la mirada fija en algún punto del suelo, más allá del azafate, y movía los labios sin emitir sonidos. Despard se preguntó si estaría rezando. Echó un vistazo alrededor y vio el desorden del patio trasero. Estaba sucio y lleno de malas hierbas. Hacía mucho que nadie lo limpiaba. Volvió a mirar a la señora Gray con tristeza. Ése ya no era un trabajo propio de su edad, pero obviamente Zachary consideraba que tampoco formaba parte de sus obligaciones. Durante un instante dudó entre seguir adelante o desistir. Aquella anciana no se merecía un disgusto más. Se quedó de pie junto al portillo de entrada. Iba a darse la vuelta cuando ella lo vio.

—Buenas tardes, William. ¿Qué te trae por aquí?

Despard no supo qué contestar.

—Pasa, por favor. ¿Quieres una taza de té?

—No, gracias, Thomasina. Sólo estaba dando un paseo.

—¿Sin tus perros?

Los jirones de una de las nubes que habían cubierto el cielo de Brougharry aquella misma mañana cruzaron el sol. El semblante de Despard se oscureció al mismo tiempo que el patio de la señora Gray parecía vestirse de luto.

—¿Está su hijo en casa? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué ha hecho esta vez?

Despard se percató de que un par de lágrimas brotaban, silenciosas y cargadas con una nobleza que no había contemplado en mucho tiempo.

—Nada, no ha hecho nada. Sólo quiero preguntarle algo. Ya sabe... —Despard sonrió—, soy el cotilla del pueblo.

—Pero también eres un buen hombre. No sé dónde está mi hijo. No estaba en casa cuando me levanté esta mañana.

Despard asintió.

—Entonces volveré en otro momento. No era nada importante.

Se dio la vuelta para marcharse, pero la mujer lo llamó:

—¿Crees que ha sido él?

—¿Ha sido qué?

—El que mató a Ben y Betty. Yo no puedo creerlo. Sé cómo es mi hijo, ¿pero un asesino?

—Estoy seguro de que todo se aclarará. Tú cuídate y abrígate. Este sol engaña.

Si no estaba en casa, ni tampoco en el Cuerno Celta, por donde había pasado para comprobarlo, Zachary Gray debía de encontrarse en la granja de los Middleton. Despard tomó el camino que salía de Brougharry hacia el Este y se encaminó al henil en el que Zachary tenía su nidito de amor. La tarde comenzaba a declinar, aunque aún habría luz durante un par de horas. Mientras caminaba, recordó el día en que sorprendió a Zachary acostándose con la que había sido su novia, Rachel Ward, en la granja abandonada de los Middleton. Se había quedado de piedra. Todo el mundo sabía que Zachary había dejado a Rachel por Betty. Retrocedió despacio hasta internarse entre la maleza y se marchó a su casa. Ni siquiera se lo contó a Eve, pero sí a Ben. Todavía podía recordar el rubor que acudió al rostro del jardinero. Apretó la lata de semillas que tenía en la mano con tanta fuerza que la hizo crujir y algunas pepitas salieron despedidas, como la tierra después de que un obús impacte sobre ella.

Anochecía. Dio la vuelta a un recodo del camino desde el que ya podían verse los tejados caídos de la granja. Salió del sendero. Las botas se hundieron en el barro y notó que le costaba más esfuerzo caminar. No importaba. Lo último que quería es que Zachary lo viera llegar.

3

Cuando se despertó, casi había oscurecido. La farola que se erguía a la entrada del hostal ya estaba encendida y su luz anaranjada teñía las paredes de la habitación de Kate del color del fuego suave. Se incorporó, furiosa consigo misma por haberse dejado vencer por el sueño, y apartó la manta. Se quedó sentada en la cama, mirando los cristales empañados. Después se levantó y frotó uno de ellos con el puño. Sintió el frío y la humedad del vidrio en la mano, que limpió en la pernera del pantalón. Fuera todo parecía tranquilo. Desde allí sólo se escuchaban los ruidos amortiguados de la gente, yendo y viniendo por las casetas de la feria.

Pensó en Stuart Donelly. Sólo un día antes él también había estado allí, vivo y asustado por un hombre y una mujer a los que creía malos. Recordó lo que le había dicho Anne Bradley sobre la iglesia, que su marido la dejaría abierta para que se pudiera velar al cadáver, e imaginó el silencio que envolvería el cuerpo del mendigo, entre la oscuridad apenas rota por unas velas, con el cráneo deformado por la caída y enmarcado por las leves ondas de su pelo, probablemente apelmazadas por la sangre seca.

—¡Un momento! —su voz resonó al chocar contra las paredes vacías de la habitación. Se llevó la mano a la barbilla y musitó, como en una oración, el último pensamiento que había cruzado su mente: «El cráneo deformado y enmarcado por las leves ondas de su pelo».

Sus reflexiones corrían atropelladas, como si estuvieran participando en una carrera de caballos. Una idea había estado rondándole la cabeza desde aquella mañana, cuando descubrieron el cadáver de Stuart Donelly, aunque no había sabido darle forma hasta ese preciso instante. Ahora las palabras de Anne Bradley aparecían nítidas ante ella: «Peter ha ordenado cavar una tumba para enterrarlo aquí y también ha dejado abierta la iglesia para que se pueda velar su cadáver, aunque no sé si habrá mucha gente que quiera hacerlo».

Se dio la vuelta y cogió el abrigo, la bufanda y los guantes casi a ciegas. Cuando salió, la luz del pasillo la deslumbró y tuvo que pestañear varias veces hasta que sus ojos se acostumbraron al desvaído brillo de la bombilla. La señora Talbot la saludó al verla pasar junto a la puerta del saloncito y Kate murmuró unas palabras ininteligibles antes de cerrar la puerta de la calle.

El cadáver de Stuart Donelly no estaría solo. Había alguien que iba a velarlo y ella quería llegar antes de que se marchara.

4

Se acercó agazapado hasta el lugar desde el que los había descubierto la primera vez. Una tabla de la pared que había caído al suelo, roída por el tiempo, crujió cuando la pisó. Despard se detuvo y escuchó. No quería delatar su presencia. Si quería tener alguna oportunidad con Zachary Gray, debía sorprenderlo desprevenido. Meneó la cabeza, disgustado consigo mismo. Puede que fuera un poco curioso, pero no hasta el punto de observar a escondidas a una pareja en mitad de una relación sexual. La otra vez había sido la casualidad la que le había llevado hasta allí. Ahora, sin embargo, era él quien la buscaba, aunque no por morbo. No era ese tipo de hombre. Sólo quería saber si la vida de sus perros no era un precio demasiado alto por haber descubierto una historia que, al fin y al cabo, venía repitiéndose desde los inicios de la humanidad. Betty Simpson estaba muerta. La infidelidad de Zachary ya no podía hacerle daño.

Le extrañó no oír los jadeos alocados de Rachel Ward y temió haberse equivocado. Si Zachary Gray no se encontraba allí, se le acababan las opciones. Ya no sabía dónde buscarlo y el anochecer comenzaba a cubrir de luto el día. Oyó un ruido a su espalda y el vello del cuerpo se le erizó. Se volvió con agilidad y atisbó entre las sombras. No vio nada. Aun así, permaneció quieto durante varios minutos, en tensión, sujetando el bastón con fuerza. Por primera vez desde que decidió buscar a Zachary Gray y pedirle explicaciones, pensó que tal vez no era una buena idea. Eve, una vez más, tenía razón. El joven Zachary no iba a andarse por las ramas con él. Si no había tenido empacho en matar a sus perros, tampoco lo tendría en asestarle una paliza.

Volvió la cara y miró por encima del hombro. Al fondo, más lejos de lo que le habría gustado, podía distinguir las luces de Cricket's Lodge que Adam Baker empezaba a encender. Calculó sus posibilidades. Había un largo trecho de camino que discurría entre un boscaje bastante frondoso. Luego, la senda se abría paso entre los campos de pastos. Allí ya podría empezar a sentirse seguro.

Se adentró entre los restos de tejado y la pared del henil de la granja de los Middleton sin reparar en si hacía ruido o no. Cuando alcanzó la puerta, echó un vistazo atrás. Por el lecho de paja en el que solía retozar la pareja correteaban los últimos reflejos del día y las primeras sombras de la noche.

Zachary Gray no estaba allí.

CAPÍTULO 29

1

Carter aparcó delante de la comisaría. Dentro, el sargento Campbell trabajaba en su despacho. Evans debía de estar haciendo la ronda.

—Buenas tardes, sargento.

—Hola, inspector. ¿Qué tal le ha ido por Londres?

—No demasiado bien. Tenemos un día para resolver el crimen. —Carter se detuvo un instante—. Tengo —se corrigió—. Si en veinticuatro horas no he dado con el asesino, me retirarán del caso. ¿Algo nuevo por aquí?

—Sí, pero no sé si le va a gustar. Llamé a su oficina, en el Yard, por si podía usted mover algún hilo desde allí, pero su secretaria me dijo que ya se había marchado.

—¿Más malas noticias?

—El forense local ha dictaminado que la muerte de Donelly se produjo por una caída accidental.

—¿No le van a hacer la autopsia?

Campbell negó con la cabeza.

—Lo siento, señor. Traté de convencerlos.

Carter cerró los ojos un instante y se frotó el puente de la nariz con los dedos.

—Bueno —dijo—, al menos no ha habido ningún nuevo asesinato... —Miró al sargento por encima de los dedos—. ¿No?

Campbell esbozó una sonrisa.

—No, señor. Al menos que sepamos...

—No sea agorero. ¿Ha estado por aquí el señor Rush?

—No.

—Entonces seguramente estará en Cricket's Lodge. Me pasaré por allí. Si me necesita, llámeme.

—Sí, señor.

Carter salió a la calle, pero se quedó parado delante de la comisaría sin saber qué hacer. ¿Para qué iba a ir en busca de Herbert? Si tuviera alguna información importante, se la habría hecho llegar. Lo que le apetecía era una buena pinta de cerveza, en un lugar tranquilo y con la compañía de Kate West. Ella era el bálsamo que podía suavizar sus heridas y animarlo lo suficiente para seguir adelante. Cambió de opinión. No iba a martirizarse yendo a Cricket's Lodge y aguantando a los Dawes. Echó a andar en dirección al hostal donde se alojaba Kate. La invitaría a esa pinta y tal vez ella pudiera abrirle la puerta a la solución del caso. Se sentía tan confuso e impotente que, en aquel instante, era la única esperanza que le quedaba.

—No está. —La señora Talbot solo abrió la puerta lo suficiente para que Carter pudiera ver parte de la entrada al hostal—. Se fue sin decir nada. Ni siquiera respondió a mi saludo.

—¿Adónde se fue?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Esa chica nunca cuenta nada.

—¿Y a qué hora se marchó?

—Tampoco lo sé.

—¿Es que no sabe usted nada?

—¿Cree que estoy pendiente de lo que hacen mis huéspedes?

Carter le dirigió una mirada en la que no había ambigüedad ninguna.

—Al atardecer —dijo la mujer—, pero no puedo precisarle la hora.

—Gracias.

Carter se dio la vuelta y se alejó. Sabía que los ojos de la señora Talbot estaban clavados en su espalda, tal vez acompañados de una mirada de desdén por su incapacidad de resolver el caso. Se detuvo bajo una farola cuya bombilla estaba fundida y encendió la pipa. Desde allí podía oírse el acordeón que tocaba un anciano, que ponía melodías a la feria. ¿Qué hacer? Volvió la cabeza hacia la pradera de entrada a Brougharry donde se habían asentado la mayor parte de las casetas. Había mucha gente, la mayoría procedente de los pueblos vecinos. Entonces recordó a la señora Bradley. Quizá Kate estuviera con ella en la caseta de la parroquia. A pesar de que el día había sido bueno, comenzaba a refrescar. Se subió el cuello del impermeable y echó a andar. Sí, seguramente Kate estaría allí.

—No. —La señora Bradley inclinó medio cuerpo por encima del mostrador y se acercó a Carter para que la oyera mejor—. Comió conmigo en casa y tomamos un café, pero después se marchó. Dijo que se pasaría por aquí, pero no lo ha hecho.

Carter miró al fondo de la calle. Hacía rato que el sol se había puesto. ¿Dónde diantres se había metido? Un escalofrío le recorrió la espalda. Si aquella endemoniada mujer se había atrevido a andar sola por los caminos... «¿Qué?», se preguntó. «¿Qué harías, Charles Carter? ¿Retirarle la palabra?» Dio las gracias a la señora Bradley y se volvió hacia la calle. De frente, se topó con la caseta de Ralph Tradeford. Estaba abierta, pero vacía. Se acercó hasta ella y miró por encima del mostrador. Tradeford tampoco estaba allí abajo.

—Se ha marchado a tomar una cerveza. —El feriante de la caseta de quesos que se encontraba a la izquierda de la de Ralph se acercó hasta él—. Me ha pedido que le eche un ojo, por si viene algún cliente. ¿Va a comprar algo?

Carter negó con la cabeza. Acababa de averiguar con quién estaba

Kate. Se dio la vuelta y se perdió calle abajo, de vuelta a la comisaría. Cogería el coche e iría a ver a Herbert.

2

No se había equivocado. Allí estaba ella, apenas iluminada por los cirios que rodeaban el ataúd donde reposaban los restos del mendigo.

Tal y como había previsto Anne Bradley, los vecinos de Brougharry no se habían tomado la molestia de ir a velar el cadáver de Stuart Donelly, aunque la mujer del reverendo no había acertado con respecto a una persona. Kate cerró la puerta de la iglesia y caminó por el pasillo central, despacio, sin hacer ruido. En el primer banco, hecha casi un ovillo, sollozaba la señora Wright.

Se sentó junto a ella y le pasó la mano por la espalda.

—Lo siento —susurró.

Berta Wright levantó la cara y la miró. De sus ojos, húmedos y abiertos, escapó una mirada desconcertada.

—Era su hermano, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha sabido? —La cocinera de Cricket's Lodge no acertaba a salir de su asombro.

—Vi la fotografía que llevaba en su cartera. —Kate señaló el ataúd—. Era la misma mujer que aparecía en el marco que hay en su habitación, señora Wright. Su madre.

Bertha apartó la mirada y la fijó en la caja de madera que presidía el presbiterio.

—Era mi hermano pequeño —dijo—. Nació especial... —Las lágrimas volvieron a caer, abundantes, y bajaron por sus mejillas hasta empapar el cuello del abrigo—. Mi madre se enfadaba con los críos que le llamaban subnormal. Me peleé muchas veces con ellos, hasta que comprendí que Stuart no sufría porque ni siquiera era capaz de entender su discapacidad intelectual.

—¿Cómo llegó aquí?

—¿Hecho un mendigo, quiere decir? Ha vivido con mi madre todos estos años, hasta que lo llamaron a filas. Cuando me enteré, luché por evitar que fuera a la guerra. Incluso le pedí a sir Geoffrey que intercediera, pero no dieron su brazo a torcer. Todavía no me explico qué clase de error cometieron o cómo pudieron tomar la decisión de mandarlo al frente. Mi madre murió poco después.

Bertha Wright se levantó y caminó hasta el ataúd. Pasó la mano por la frente de su hermano y lo miró con ternura. Kate la siguió y la rodeó con el brazo.

—Al principio recibía las cartas que mandaba un compañero de Stuart. Él no sabía escribir. —Volvió a mirar a su hermano y le subió

el sudario, como si quisiera arroparlo para que no cogiera frío—. Se llamaba Tim Stalt. Fue tan amable al ofrecerse a escribir para que mi hermano y yo estuviéramos comunicados... Nunca lo he llegado a conocer, pero no puede imaginar lo agradecida que estoy. Aunque supongo que jamás podré agradecérselo en persona. Un día, sin previo aviso, las cartas dejaron de llegar. No sabe la angustia que suponía soportar aquel silencio, miss West. Imaginaba todo tipo de situaciones por las que Tim ya no escribía ni respondía a las misivas que yo le enviaba. La guerra acabó y seguí sin saber nada de mi hermano. Investigué, claro. Acudí a la oficina de información del ejército a informarme, pero allí no tenían constancia de su muerte. Sí de la de Tim. Al menos había descubierto algo: las cartas dejaron de llegar porque Tim Stalt había muerto. ¿Pero qué había sido de mi hermano? La angustia me consumía. ¿Cómo encontrar a un hombre que apenas sabía su nombre?

»De repente, hace unas semanas, llegó a Cricket's Lodge. Era de noche y yo ya me había retirado a mi habitación. Estaba leyendo en la cama cuando noté que unas piedrecitas golpeaban el cristal. ¿Sabe lo que pensé? Que era Zachary Gray, intentando llamar la atención de Betty. Cuando me asomé a la ventana, dispuesta a reñirle, me encontré con él. —Bertha volvió la vista hacia el cadáver y lo acarició de nuevo—. No podía creerlo. Lo metí en la cocina y le di de cenar. Estaba tan sucio y tan hambriento... Calenté agua y lo lavé allí mismo. Luego lo llevé a la caseta de Ben, lo abrigué y le pedí que no hiciera ruido. Nadie debía saber que estaba allí.

»Pasé toda la noche dando vueltas, pensando en qué hacer. Incluso sopesé la idea de dejar mi trabajo y volver junto a mi hermano a nuestro pueblo. Tengo unos ahorros que, bien administrados, podrían habernos mantenido durante mucho tiempo. Sin embargo, la lealtad a los Dawes me lo impidió. No podía abandonarlos así, sin darles tiempo suficiente para que encontraran a alguien que me sustituyera. Por la mañana, me levanté antes de que amaneciera. Fui a buscarlo y lo llevé al Roquedal. Una zona bastante agreste que casi nadie frecuenta y que está llena de cuevas donde podía esconderlo hasta que encontrara una solución.

»Los primeros días fui yo quien se acercaba hasta allí para llevarle comida, pero temí que me descubrieran, así que le dije que pasara por Cricket's Lodge cada noche y esperara en la oscuridad a que lo llamara. Así lo hizo al principio, pero luego comenzó a salir también de día. No se acercaba por Cricket's Lodge, pero caminaba por los alrededores de Brougharry. La gente empezó a hablar de él. Incluso la mujer del reverendo le había atendido. Le dio esas dichosas botas militares del hijo de la señora Rogers, le proporcionó latas de conserva de la intendencia del ejército y le lavó la ropa que yo no había podido

lavarle para que nadie la descubriera en Cricket's Lodge. Me asusté tanto…

Bertha Wright calló y la iglesia quedó en silencio. Kate sólo podía oír el chisporrotear de los cirios que alumbraban, con una levedad fantasmagórica, el cadáver de Stuart Donelly.

—La noche anterior a la muerte de Ben pensaba reñirle —continuó la cocinera—. Era muy importante que se quedara en la cueva, que nadie le viera… Pero no apareció. —La señora Wright se volvió hacia Kate—. Sólo Dios sabe lo que sufrí haciendo cábalas acerca de lo que le podía haber ocurrido. Al día siguiente, Ben fue asesinado y la vida tranquila que había llevado hasta entonces se precipitó y puso mi existencia patas arriba, como si hubiera pasado un torbellino.

—Imagino cómo debió de sentirse —dijo Kate—. Ben, muerto; su hermano, desaparecido, y los vecinos de Brougharry acusándolo de asesinato.

La señora Wright asintió, mientras seguía acariciando la cara de su hermano. De repente se detuvo y se volvió hacia Kate.

—Creo que vio algo y por eso lo mataron.

—¿Cree que lo asesinaron?

—Mi hermano no era un borracho y tampoco estúpido. No se habría caído solo por aquel risco. Además —Hizo una pausa y buscó los ojos de Kate—, cuando encontré a Betty, Stuart estaba allí.

—¿Junto al cadáver?

—Sí. Apareció de la nada y me dio un susto de muerte. Di un grito y me abrazó. Estaba escondido entre los brezales y salió al verme. Le pregunté qué hacía allí. Señaló Cricket's Lodge y entendí que había ido a la casa en busca de su cena. Pensé que, al no verme salir, quizá habría decidido volver a la cueva y de camino se había topado con el cuerpo de Betty, pero no me parecía verosímil. No se habría marchado de Cricket's Lodge sin tirar sus piedrecitas a la ventana para avisarme de que estaba allí. La única explicación posible era que hubiera descubierto al asesino saliendo de la casa y lo hubiera seguido…

—¿De Cricket's Lodge?

La señora Wright asintió.

—Se agachó junto al cadáver y le arrancó una bufanda que Betty agarraba con la mano. Me la tendió y señaló hacia la carretera comarcal. «Hombre malo», dijo. Lo repitió varias veces, mientras insistía en que cogiera la bufanda que yo ya había identificado para entonces.

—¡Craig Dawes! Las pisadas desde Cricket's Lodge y su hermano acusándolo de asesinato con la bufanda como prueba. ¿Por qué no lo dijo antes?

La cocinera hipó y se volvió hacia el cadáver de su hermano de nuevo.

—Tenía miedo por él —dijo.

—Vamos —Kate la tomó por la cintura y tiró suavemente de ella —, tenemos que contarle todo esto al inspector Carter.

—Pero se quedará solo —gimió la señora Wright.

—Ya nadie puede hacerle daño, Bertha.

La mujer miró a Kate, como si despertara de un sueño profundo, y asintió.

—La acompañaré a Cricket's Lodge.

3

Estaba sólo a unas yardas de Cricket's Lodge. Lo había conseguido. William Despard respiró hondo y se detuvo un instante a observar las ventanas encendidas de la casa. El ruido de un motor que se aproximaba llamó su atención. Era el del inspector Carter, a quien vio cerrar la portezuela con rabia y subir los peldaños de la entrada de dos en dos. Adam abrió la puerta y le invitó a entrar. Durante un instante, Despard se sintió aliviado, como si todo el miedo que había pasado en el camino desde la granja de los Middleton hasta Cricket's Lodge se hubiera evaporado. A la sombra imponente de la mansión, se sentía seguro y acompañado, aun en la distancia, por el mayordomo y el policía, y las pisadas sobre las piedrecillas del camino que había oído detrás de él durante su caminata habían desaparecido.

La puerta de Cricket's Lodge se cerró y Despard tuvo la impresión de que el breve alivio se escapaba a chorro, como el gas de un globo al que se le suelta la cinta. La oscuridad parecía envolverlo todo de nuevo y los sonidos de la noche se acentuaron. Dio unos pasos en dirección a la casa. Diría que se le había hecho tarde y preguntaría al inspector si podía acercarlo a Brougharry, pero se detuvo. ¿En qué demonios estaba pensando? La noche tenía sus propios ruidos, pero no por ello era más amenazadora que el día. No podía ir corriendo a refugiarse en los brazos de un policía como si fuera un niño. Volvió sobre sus pasos y caminó en dirección a la carretera comarcal. Tomaría el atajo a Brougharry y estaría allí en menos de media hora.

CAPÍTULO 30

1

—¿Un día? —Rush silbó—. Está claro que Chapman te quiere fuera.

—Y me quiere degradado. Expulsado del Yard, si le es posible. —Carter se sentó junto al fuego, en el gabinete de sir Geoffrey que Rush le había pedido prestado—. Y no sólo eso. También la quiere a ella.

—¿A quién?

—A miss West.

Rush enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tu amiga Olivia Dawes le ha hablado a la mujer de Chapman de Kate West.

—¿Olivia?

—La misma. Y Chapman se ha tomado como una gran ofensa que una mecanógrafa ayude al Yard. Supongo que me abrirá expediente por compartir los secretos de un caso con alguien ajeno a la policía.

Rush vació la cazoleta de la pipa en el hogar y ofreció tabaco a Carter.

—¿Se lo has contado a ella?

—No la he visto.

—¿Pero se lo vas a contar?

—¡Claro que no!

—No te enfades conmigo.

—Lo siento. —Carter se recostó en el respaldo del sillón—. Estoy muy cansado, harto de Chapman y, además, no tengo una sola pista clara que seguir.

—Escucha, Charles, no se va a acabar el mundo porque no resuelvas un caso y lo haga otro en tu lugar, y Chapman no te va a echar del Yard. No sé qué hiciste para ascender tan rápido, pero estoy seguro de que, fuera lo que fuese, se trató de algo legal.

Carter no dijo nada. No podía hablarle de lord Cradock, ni de su hija. Se levantó y cogió su impermeable.

—¿Te vas?

—Sí, quiero meterme en la cama y olvidar este maldito día.

—Te acompaño al coche.

Rush asintió y los dos hombres bajaron la escalera, camino de la puerta de entrada a Cricket's Lodge.

2

La gravilla rechinaba bajo las suelas de sus botas y eso le erizaba la

piel. Desde que había dejado atrás Cricket's Lodge y las luces de sus ventanas se habían perdido en la distancia, el temor había vuelto a controlar sus instintos más primarios y estos le hacían ver lo que no existía y oír lo que no sonaba; o al menos rezaba para que así fuera. Despard levantó la vista y buscó la luna entre las ramas de los robles que se agitaban sacudidas por el viento. ¡Era de locos! ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Desde luego, nadie podría decir de él que era un hombre cobarde, aunque en aquel momento habría dado cualquier cosa por estar en casa, con la puerta cerrada y en compañía de Eve, la sensata Eve que siempre tenía razón.

Escuchó un sonido sordo que provenía de la maleza que se extendía más allá del camino y que, desdibujada por las sombras de la noche, no era sino una masa oscura e informe, ideal para esconder amenazas imprevisibles. Aguzó la vista, pero no podía distinguir nada más allá de cuatro o cinco yardas. El viento levantó unos remolinos de hojas que le envolvieron el rostro, acariciándolo con su fría humedad. Despard se estremeció. En aquel momento lamentaba profundamente la estúpida idea de haber salido en busca de Zachary. Se sacudió las hojas con las manos, con brusquedad y cierto histerismo, como si se tratara de un enjambre de avispas que estuviera atacándolo. Cuando se arrancó la última hoja que se le había quedado pegada a la cara y la arrojó con furia sobre el camino, exhaló aliviado y una vaharada de vapor se extendió por delante de él. Respiró varias veces seguidas con rapidez, como si el aire que inspiraba no fuera capaz de satisfacer las necesidades de sus pulmones, y trató de calmarse. Todo iba a ir bien. Estaba solo. No había nadie más allí. Se trataba de una impresión producida por la tensión a la que que habían estado sometidos todos ellos desde la muerte de Ben. ¡Dios santo, Ben! Había muerto allí mismo. ¿Por qué tenía que acordarse de él en aquel momento?

La brisa trajo hasta él un olor conocido. Se detuvo en seco y se giró con rapidez. Desde que abandonó la granja de los Middleton había tenido la sensación de que alguien lo seguía. Entrecerró los ojos y miró el camino que acababa de recorrer. La luna cabrilleaba sobre los guijarros, envolviéndolos en un juego de luz y sombras sobre los que dibujaba figuras amorfas a las que su imaginación daba formas sobrecogedoras. Despard se llevó la mano al pecho y respiró hondo. El olor había desaparecido. ¿Pero a qué le recordaba? Volvió a atisbar entre las sombras. Nada. Meneó la cabeza, sorprendido por su estupidez. Sólo faltaba el sonido de las campanas, doblando a muerto en una solitaria ermita junto a un cementerio. Afortunadamente, el reverendo Bradley no había tenido la ocurrencia de tocarlas, pese a que, según había oído, el cuerpo de Stuart Donelly reposaba en la iglesia, en espera del eterno descanso que debían darle al día siguiente. Echó una última mirada al camino, larga y profunda,

pretendiendo convencerse de que no se trataba de una tarea inútil. Luego se volvió y echó a andar con aire decidido, de vuelta a casa.

Buscó con la punta de acero de su bastón la tierra compacta que servía de base a la capa de grava que cubría el camino y la hundió con fuerza, en busca de un apoyo que le permitiera caminar con mayor rapidez. El relente de la noche comenzaba a humedecer los guijarros y el trayecto por el atajo que conducía a Brougharry se estaba volviendo peligroso. El vello se le erizó de nuevo: en cuanto comenzó a caminar, el crujido de la grava volvió a oírse a sus espaldas, pero esta vez Despard no se volvió y apresuró el paso. Las vaharadas que expulsaba con su aliento se volvieron más densas. Pronto, la caminata se transformó en una incipiente carrera. Y entonces sí, los pasos que le seguían se volvieron perfectamente audibles. Aceleró sin mirar atrás. Fuera quien fuese, incluso si sólo se trataba de su viva imaginación, no iba a atraparlo con facilidad.

Cayó de bruces. Detrás de él, alguien lo había zancadilleado. Despard se impulsó con las piernas, apoyándose en las manos, e intentó levantarse y correr, pero una patada en la espalda volvió a tirarlo sobre las piedras húmedas y punzantes que se le clavaron en la cara y en las palmas de las manos. La siguiente patada fue en el costado y lo dejó sin respiración.

Intentó volverse, aún tumbado, con la intención de patear y manotear como un niño, buscando protegerse con golpes alocados, pero una rodilla se apoyó con fuerza sobre su pecho y unos puños comenzaron a golpearle la cara sin piedad. Despard sintió que el hueso de la nariz crujía. Después lo hizo el de la mandíbula. Un golpe en los labios le hizo saltar un diente y la boca se le llenó de sangre. Comenzó a ahogarse.

Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, los golpes cesaron. La figura de un hombre se dibujaba en contraste con la luz de la luna. No había dicho una palabra. Ni una sola. Se había limitado a golpearlo con brutalidad, como si quisiera matarlo a golpes. Le costaba respirar. El hombre le miró desde arriba, pero Despard no logró identificarlo. Se preguntó si sería Zachary e intentó pronunciar su nombre, pero no pudo. Quizá se hubiera cansado. Quizá ya tendría suficiente. Primero había matado a sus perros y después lo había golpeado con una brutalidad inhumana. Entonces lo vio acuclillarse junto a él y retirarle el pelo ensangrentado que le caía por la frente, como si fuera una madre amorosa. Giró la cabeza para observarlo mejor y sonrió.

Despard podría jurar que lo vio sonreír y entonces supo que no había tenido suficiente.

Le vio estirar la mano y coger algo que había a su lado. Giró el cuello, impaciente por ver qué era. ¡Su bastón! El tipo había cogido su

propio bastón y se estaba poniendo en pie. Lo agarró como si fuera un palo de golf y se estuviera preparando para un *swing*.

El impacto fue brutal. Las costillas crujieron de nuevo y Despard sintió un terrible dolor que le recorrió el cuerpo. Después llegó otro, y otro, y otro..., hasta que se despeñó en las profundidades de una hondura negra como la muerte.

—¿Qué hace? —gritó Kate—. ¿Qué está haciendo?

La señora Wright la agarró por el brazo.

—¡Oh, Dios mío, miss West!

Las dos mujeres vieron cómo el hombre que sostenía el bastón en alto se detenía y las miraba. Un jirón de nubes cubrió la luna. Cuando la cortina se descorrió, el hombre del palo había desaparecido y sólo quedaba el bulto sobre el que había intentado asestar el golpe. Kate corrió hacia él, seguida por la señora Wright.

—¡Jesucristo! —exclamó—, es William Despard. —Apoyó el oído en el pecho y escuchó unos segundos—. Señora Wright, tiene que ir a Cricket's Lodge y avisar. ¿Podrá hacerlo?

La cocinera miró en la dirección en la que el hombre había desaparecido.

—¿No me seguirá?

—No. Su víctima está aquí. —Kate señaló el cuerpo de Despard—. Yo me quedaré con él.

—Pero entonces...

—No se preocupe por mí, pero, por favor, ¡corra!

3

—¿Cuáles van a ser tus próximos pasos?

Carter abrió la puerta del coche y se volvió hacia Rush.

—No tengo ni idea —dijo.

En la explanada que se abría ante Cricket's Lodge soplaba una brisa húmeda que se colaba por entre la ropa. Las ramas de los árboles se movían impulsadas por ella, bamboleándose de lado a lado, recostándose las unas sobre las otras como bailarines abrazados que se deslizaran lentamente al son de una triste melodía.

—No pierdas la esperanza. —Rush puso una mano sobre el hombro de su expupilo y apretó levemente—. Aún queda todo un día.

—Mañana a estas horas me habrán relevado del caso. —Carter se encogió de hombros—. Supongo que tengo esas veinticuatro horas para asumirlo.

—¡Señor! ¡Señor Rush! ¡Inspector!

Los dos hombres se volvieron hacia el lugar por el que se tomaba el

atajo que conducía hasta Brougharry. La señora Wright recorría las últimas yardas con el abrigo abierto y el pelo alborotado. Corría todo lo que sus piernas daban de sí y agitaba los brazos.

—¿Qué ocurre? —Carter caminó a su encuentro, seguido de Rush—. ¿Qué pasa, señora Wright?

—El asesino… —La cocinera se inclinó para tomar aire, sujetada por los dos hombres.

—¿Qué? ¿Hay otro muerto?

—Casi. —La señora Wright tomó una honda bocanada de aire—. Lo hemos sorprendido golpeando a William Despard. ¡Dios mío, qué paliza!

—¿*Hemos*? —Carter tiró de ella con suavidad hacia arriba y la obligó a mirarlo—. ¿Quiénes, señora Wright?

—Miss West y yo.

—¿Y dónde está ella? —Carter miró hacia el camino. La luz de la luna alumbraba la explanada, pero no la vio.

—Allí —La cocinera se volvió hacia el camino por el que había llegado—, en el atajo a Brougharry. Se ha quedado con William. Yo he venido a avisar tan rápido como he podido.

Carter la soltó y echó a correr.

—Llama a Campbell, Herbert. Di que acuda de inmediato y que llame a una ambulancia.

Rush lo vio alejarse, mientras sostenía a la mujer.

—Lo siento, señor Rush —dijo ella—. Miss West me lo pidió…

—No se preocupe. ¿Ha oído lo que ha dicho el inspector?

Ella asintió, aspirando ahora pequeñas bocanadas de aire.

—Pues vaya dentro y haga esas llamadas. Yo me voy con él.

—¿Cómo se encuentra, señor Despard?

Arrodillada a su lado, Kate había logrado inclinarlo un poco para que descansara sobre sus piernas. Sentía cómo el frío y la humedad de la gravilla iban penetrando a través de las perneras del pantalón y se le adherían a la piel, pero al menos no llegaban hasta el herido. Le apartó un mechón de pelo de la frente mientras él la miraba en silencio. Estaba bañado en sangre y el único sonido que emitía era una respiración ronca y entrecortada. Kate no se había atrevido a moverlo más. Debía de tener fracturas por todo el cuerpo y, sin embargo, él se las había apañado para doblar el brazo y cogerle la mano. Ella se la apretaba con dulzura, intentando trasmitirle un ánimo que no sentía. No quería apartar la vista de sus ojos y contagiarle su miedo. Temía que él se diera cuenta de que estaban solos. Miró por el rabillo del ojo y vio un bastón con punta de acero sobre la grava. Intentó alcanzarlo sin moverse demasiado, pero Despard gimió y desistió. Le acarició la frente con los dedos y le arrulló como se hace con un bebé al que se

quiere dormir. Cerró los ojos y musitó una plegaria. Estaban solos e indefensos.

—Tranquilo, señor Despard. La ayuda está en camino.

El camino de gravilla relucía como un arroyo plateado hasta perderse en la oscuridad. Un sonido a su espalda la sobresaltó y Kate volvió la cabeza. Un hombre estaba de pie, a unas yardas de ellos, mirándolos fijamente. Su figura parecía la de un espectro salido de la tumba. «El terremoto no queda satisfecho a la primera». Recordó el verso de Wordsworth que ella misma había recitado a Carter. Contuvo la respiración y apretó la mano que tenía enlazada con la de Despard.

—¡Miss West! —La voz de Carter llegó limpia hasta ellos—. ¡Kate!

—¡Estamos aquí! —Kate había girado la cabeza en la dirección por la que se acercaba Carter para hacerse oír. Cuando volvió la vista hacia el lugar donde se encontraba el desconocido, no había nadie—. ¡Aquí, inspector!

Carter empuñaba una Browning.

—¿Está bien? —Se arrodilló junto al herido, pero no lo miró.

—Yo sí, pero creo que él no.

Carter examinó a Despard.

—La ayuda médica está en camino —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—La señora Wright y yo íbamos camino de Cricket's Lodge. —«¿Por aquí? ¿A estas horas? ¿Es que no se acuerda de lo que le dije?». Kate leyó en los ojos de Carter todas esas preguntas y supo que el temor que aún sentía por el riesgo que las dos habían corrido era lo único que contenía sus reproches, aunque estaba segura de que los escucharía más tarde—. Al volver el recodo del camino, vimos a un hombre que estaba golpeando a otro. Le gritamos y huyó. Al acercarnos, descubrimos que el herido era William Despard. Le ha propinado una paliza terrible. —Kate bajó la mirada y volvió a acariciarle la frente—. Está muy mal —susurró—. Creo que...

Despard le soltó la mano y agarró a Carter por la solapa de su impermeable. Los dos jóvenes miraron al herido.

—¿Qué ocurre, William?

Despard abrió la boca, como si quisiera decir algo, pero de ella sólo salió un borbotón de sangre.

—No intente hablar —dijo Carter.

Pero el hombre lo ignoró. Tiró de él un poco más y Carter pegó la oreja a la boca del herido. Kate le imitó.

—Papel —dijo, estirando el cuello y levantando la cabeza unos centímetros.

—¿Papel? ¿Quiere una hoja de papel? —Carter tanteó el bolsillo interior de su impermeable y sacó el cuaderno de notas que Chapman había estado curioseando por la mañana. Durante un segundo recordó las palabras que había pronunciado el jefe de inspectores sobre Kate

West y se sonrojó, al tenerla tan cerca—. Ya tengo papel. —Levantó el cuaderno y lo puso ante los ojos del herido.

—T… rr… —ronroneó Despard, que volvió a recostarse sobre las piernas de Kate. Soltó la solapa del impermeable de Carter, dejó caer la mano sobre la tierra húmeda del camino y hundió los dedos en ella.

—Se ha desmayado —dijo Kate.

—¿T… rr…? —Carter levantó la vista y la posó en la joven, como interrogándola. Ella se encogió de hombros. Tomó con delicadeza el brazo de Despard y lo puso sobre el cuerpo del herido.

—Si no lo llevamos pronto al hospital, morirá —dijo, mientras le limpiaba el barro de la mano—. Está helado.

Carter observó en silencio cómo Kate deslizaba su pañuelo por entre los dedos de Despard. Estiró el brazo y la agarró por la muñeca. Ella lo miró, sorprendida.

—¿Tierra? ¿Es eso lo que intentaba decirnos?

Los dos jóvenes se miraron confusos.

—¿Papel? ¿Tierra? ¿A qué se refería?

Unas pisadas se acercaban desde Cricket's Lodge y Carter empuñó el arma de nuevo. Era Rush. Al otro lado del camino se oyeron gritos y la luz de una linterna llegó hasta ellos, vacilante. Alguien corría, llamándolos. Carter identificó la voz del sargento Campbell, que venía acompañado del agente Evans.

—¿Qué ha pasado? —El sargento iluminó al herido con la linterna.

—¡Dios mío, William! —Rush se arrodilló junto a él y acercó la oreja a los labios—. Respira, pero con mucha dificultad.

—Alguien ha querido matarlo a golpes —dijo Carter, que se levantó apoyándose en la rodilla buena—. Miss West y la señora Wright lo han impedido.

—¿Pero quién? —preguntó el sargento.

—Zachary Gray. —Todos se volvieron hacia Rush y lo miraron en silencio—. Anoche envenenó a sus perros —dijo, señalando a Despard — y hoy ha querido acabar con él.

—Por lo que nos contó sobre Rachel Ward —musitó Carter—. Hay que encontrarlo.

A lo lejos vieron venir más gente con linternas.

—Es el médico y algunos vecinos —aclaró el sargento.

—Bien —Carter guardó la Browning en la sobaquera—, ellos se harán cargo del señor Despard. Nosotros vamos a buscar a ese bastardo.

CAPÍTULO 31

1

—¿Qué quieres que haga? —Rush le preguntó a Carter cuando llegaron al coche, en la explanada delantera de Cricket's Lodge.

—Cierra bien todas las puertas y quédate aquí. No quiero más sorpresas. Usted, miss West, entre en el coche. Voy acercarla a Brougharry.

Kate obedeció en silencio. Carter no le había dirigido la palabra durante el trayecto de vuelta a Cricket's Lodge y ahora no la había mirado. Cerró la puerta del coche y vio que los dos hombres intercambiaban unas palabras más, pero no pudo oír lo que decían. Luego el inspector dio la vuelta por delante y también subió. Arrancó el coche. El motor rugió con suavidad y los faros iluminaron la zona de césped que se extendía delante de ellos. Kate vio que Rush permanecía quieto, a la puerta de Cricket's Lodge, observando cómo se alejaban. Con él se quedaba también el intercesor que habría hecho más llevadero el camino de vuelta.

—Lo siento —dijo ella después de pasados unos minutos, cuando ya marchaban por la carretera comarcal.

—Supongo que no lo suficiente como para obviar mis indicaciones y ponerse en peligro de muerte.

—No se ponga melodramático. No ha sido para tanto. —Kate calló acerca de la figura del hombre que había visto recortada a la luz de la luna, a sólo unos pasos de ella y de William Despard—. Han llegado ustedes enseguida.

Carter no contestó.

—Inspector, no lo pensé.

—¡Algo asombroso en una mujer tan inteligente!

—No sea sarcástico. Era tarde, lo sé, pero no quería que la señora Wright volviera sola a casa.

—¿Y usted, miss West? —Carter giró la cabeza un instante y le clavó una mirada tan aguda que a ella le dolió—. ¿Imagina lo que podría haber pasado?

—Pero no ha...

—Sí, no ha ocurrido, esta vez. —Carter se encogió de hombros—. Quizá haya más suerte la próxima.

—No diga eso.

—¿Le horroriza? Porque ésa es la sensación que me ha acompañado desde que la señora Wright me dijo dónde se encontraba hasta que la vi.

—No podía dejar al señor Despard solo. ¿No lo entiende?

—¡Claro que sí! Lo que no entiendo es lo que la llevó hasta allí.

Nos enfrentamos a un asesino. ¿No es consciente de lo que eso significa?

Las primeras luces de Brougharry se abrieron ante ellos a medida que el coche avanzaba. Kate contuvo la respiración. Él tenía razón. Habría sido muy fácil pedirle a la señora Wright que la acompañara hasta la tómbola y luego esperar en casa de Anne Bradley hasta que el reverendo hubiera podido llevarla a Cricket's Lodge en su propio vehículo. Pero no era eso lo que había pensado. Lo primero que le vino a la cabeza fue acompañar a una mujer a través de un camino en la oscuridad de la noche. Tenía que admitirlo. Había puesto su vida en peligro, y también la de Bertha Wright, por no pensar. Quizá no era tan inteligente como él creía. El coche se detuvo con un frenazo brusco ante la puerta de su hostal.

—Tengo algo que contarle.

—Y yo tengo que atrapar a un asesino.

—Por favor —Kate le puso la mano en el brazo y sintió que él lo tensaba—, es importante.

Carter apagó el motor y la miró.

—Diga.

Desde detrás de los visillos, la señora Talbot no podía distinguir qué estaban haciendo aquellos dos londinenses, pero desde luego no era conveniente que una joven permaneciera tanto tiempo a solas dentro de un automóvil con un hombre por la noche. Se mordió el labio con rabia. Si el policía hubiera aparcado un poquito más cerca, la luz de la farola le habría dejado entrever lo que ocurría dentro del coche. En cualquier caso, hablaría con miss West. Su hostal era un alojamiento respetable y no estaba dispuesta a consentir habladurías.

—¿Stuart Donelly era el hermano de la señora Wright? —Carter apoyó el codo en el volante y fijó la vista en Kate West—. ¿Y dice que fue él quien le dio a ella la bufanda de Craig? Pero eso señala al joven Dawes directamente.

—La señora Wright no dijo que su hermano hubiera visto a Craig. Fuera quien fuese quien asesinó a Betty, Stuart Donelly lo llamó «hombre malo».

—¿No es eso lo que le dijo al reverendo cuando fue a la caseta de la tómbola?

—Sí.

—¿Y no me dirá usted que cree que Peter Bradley es el asesino?

—No... —Kate miró a través del parabrisas, que comenzaba a cubrirse de vaho.

—¿Ha entrado en trance, miss West?

Ella salió del mundo en el que se había sumergido durante un

instante y lo miró.

—No, no.

—¿En qué estaba pensando?

—Sólo es una idea.

—Que no va a compartir conmigo.

—Déjeme darle un par de vueltas más.

—Pues tendrá que contármela mañana, porque he de irme. ¿Sabe que ha duplicado el trabajo? Ahora no sólo tengo que encontrar a Zachary Gray, sino también pasarme por Cricket's Lodge para hacerle unas preguntas a Craig.

—¿Es que no me va a dejar acompañarlo?

—¡Claro que no! Esta vez no se lo ha ganado.

—¿Ni siquiera con la información que acabo de darle? Escuche, inspector, una idea me ronda la cabeza y pienso mejor cuando estoy con usted.

—Muy halagador, pero no pico.

—Lo digo en serio.

Carter la miró fijamente.

—¿De verdad ha estado con la señora Wright todo este tiempo? —preguntó.

Ella pestañeó un par de veces.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Por nada. —Carter arrancó el coche.

—No, dígamelo, por favor.

—Da igual y, ¿ve?, ya lo ha conseguido: se viene conmigo. Pero quiero esa idea bien argumentada cuando volvamos de hacer el trabajo, ¿entendido?

—Sí, señor Carter.

2

Aún no se había recuperado de la noticia. Cuando el agente Evans vino a buscar a Eve Despard y les contó lo que le había pasado a William, Anne Bradley sintió que le temblaban las piernas. Ahora Peter había vuelto de cerrar la iglesia. Tal y como ella había sospechado, el cadáver de Stuart Donelly yacía solo.

—Peter... —El reverendo estaba guardando algunos objetos en unas cajas que tenían amontonadas en el suelo de la caseta—, vamos a cerrar.

—¿Ya?

—Sí, quiero ir a la iglesia y rezar algunas oraciones por Stuart Donelly.

—Ya lo he hecho yo, supongo que lo imaginas.

—Sí, pero aun así.

Peter asintió.

—Está bien. De todas formas, no creo que vayamos a vender muchos más boletos.

Ambos echaron un vistazo a la calle. Todavía había gente que recorría la feria, pero el frío y la humedad iban disuadiendo a los visitantes poco a poco. Frente a ellos, Ralph Tradeford también estaba cerrando la suya.

—Ese joven tiene la cara hecha un cromo —dijo el reverendo, mientras cerraba los portalones de la caseta.

—Su vecino, el del obrador, le buscó las cosquillas ayer y tuvieron una pelea.

—El mundo se está volviendo loco, querida.

—Y Brougharry parece haberse convertido en su capital.

El matrimonio cerró la puerta de la caseta y echó a andar hacia la iglesia. Al pasar junto a la casa de Despard se detuvieron un momento. Las luces estaban apagadas.

—Pobre William.

El reverendo asintió y tomó a su mujer por el brazo.

—Vamos —dijo—, hay mucho por lo que rezar.

3

—Si miss Yeats supiera que, después de llevarme a la morgue, me ha traído a un henil abandonado en el que las parejas de Brougharry tienen sexo, le denunciaría al Ministerio del Interior.

—Muy graciosa.

Carter alumbró con la linterna el interior del henil. Después de que Campbell les informara de que no había habido forma de encontrar a Zachary Gray en Brougharry, había decidido acercarse hasta la granja de los Middleton y comprobar que no se encontraba allí con su novia, Rachel Ward. A medida que barría el lugar con la linterna, los ratones y pájaros que pasaban la noche en su interior se movieron inquietos. Todo estaba sucio, lleno de polvo y de viejos trastos herrumbrosos. Sin embargo, algunas hierbas silvestres habían encontrado el lugar apacible para germinar y crecían a través de las tablas del suelo. Una escalera de mano se apoyaba sobre el desván, prácticamente caído, en el que alguna vez apilaron las pacas de paja. Cerca de uno de los rincones, bajo una ventana, había algo parecido a un lecho, formado con viejas mantas.

Kate se cerró el cuello del abrigo y se frotó los brazos. El frío comenzaba a dejarse notar.

—Es un lugar desapacible para...

—¿Tener sexo? —Carter miró detrás de unos viejos sacos, raídos por el tiempo.

—En efecto.

—Estoy con usted: Zachary Gray no sabe elegir un lugar apropiado para sus citas. No hay nadie —añadió, volviéndose hacia ella.

—¿Es que esperaba encontrarlo aquí?

—¿Cree que se ha escapado?

—Seguramente… —Kate se detuvo un instante—. Le contaré un secreto si no se enfada.

—No prometo nada.

—Entonces no se lo contaré.

—Vamos, miss West.

—Está bien, pero si oigo un sólo reproche, le contaré a miss Yeats nuestra aventura en el henil.

—No hemos tenido ninguna aventura.

—Será su palabra contra la mía. ¿Estaría dispuesto a un careo conmigo?

Carter movió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. Me vencería, aunque yo estuviera diciendo la verdad. Venga, empiece a hablar.

—Mientras esperaba en el camino con William Despard a que la señora Wright volviera con ayuda, un hombre se aproximó a nosotros.

Carter dio un paso hacia ella.

—¿Quién?

—No pude identificarlo. Su figura se recortaba contra la luna.

—¿Ni siquiera una ligera idea?

—No, pero si fue Zachary quien propinó la paliza al señor Despard, ¿de verdad esperaba encontrarlo aquí, gozando con su novia?

—¿Zachary?

Kate y Carter se volvieron al mismo tiempo.

—¿Quién anda ahí? —Carter levantó la linterna y alumbró la entrada del henil. Apenas fue un segundo, pero, antes de que desapareciera, reconoció a Rachel Ward—. ¡Espere! ¡Rachel!

Carter echó a correr detrás de ella, seguido por Kate. La joven era rápida, pero no lo suficiente. Al cabo de un par de minutos, la alcanzaron.

—¿Qué hace aquí? —Carter la cogió por los brazos y la sacudió con suavidad—. ¿No sabe que un asesino anda suelto?

Kate observó a la joven, iluminada por la luz de la linterna. Rachel no iba vestida para un encuentro sexual. Llevaba un abrigo abotonado hasta el cuello, guantes, sombrero y botas altas. Además sostenía una pequeña maleta en la mano e iba demasiado maquillada.

—Es Zachary —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—Quedamos en encontrarnos hoy en el henil. Le estuve esperando, pero no apareció.

—¿Iba a fugarse con él? —preguntó Kate.

La muchacha se echó a llorar.

—Me ha abandonado, ¿verdad?

Carter y Kate la observaron en silencio. ¿Qué se le podía decir a alguien que había sido burlada por un hombre al que había ayudado en su engaño con otra mujer?

—Tranquilícese. —Carter apoyó una mano en el hombro de la joven y ella se echó en sus brazos—. Vamos. La llevaremos a casa.

CAPÍTULO 32

1

Lucinda Broaster era el ama de llaves de los Hughes. Kate pensó que era una feliz casualidad haberla encontrado en la cocina cuando entraron por la puerta de servicio con Rachel Ward. Tenía el cabello de un color gris brillante, recogido en un moño. Aunque su aspecto era severo, Kate no se engañó, detrás de aquellas gafas de institutriz sabía que había una mujer dulce y compasiva. Pudo corroborarlo cuando, después de servirles un té y avivar el hogar del comedor del servicio, se llevó a Rachel Ward abrazada por la cintura, sin aspavientos, sin levantar la voz y dejando que la joven apoyara la cabeza en su hombro y sollozara.

—Esto es justo lo que necesitaba. —Carter se llevó la taza a los labios y aspiró el olor fuerte del té. Kate removió el suyo con la cucharilla, aunque no se había servido azúcar—. Ha empezado a llover —dijo él, señalando la ventana—. ¡Qué asco de tiempo!

Ella asintió.

—¿Qué tal su entrevista con el inspector jefe esta mañana?

El gesto de Carter se ensombreció.

—Prefiero no hablar de ello. Herbert dice que es un cretino. Yo iría algo más lejos.

—Supongo que la muerte de Stuart Donelly le ha enfurecido. Ya van tres.

—¿«Tú también, Bruto, hijo mío»? —declamó Carter.

Kate sonrió.

—No, yo estoy aquí para ayudarlo, así que no dramatice.

—Pues ayúdeme, porque estoy perdido.

—Volvamos a nuestra última conversación y repasemos las conclusiones a las que llegamos.

Carter sacó su cuaderno y lo abrió por la primera página de las notas que habían tomado en The Dog and the Fox.

—Quedamos en que podíamos mantener a Zachary Gray dentro de nuestro grupo de sospechosos. Según estableció el forense, la muerte de Betty se produjo entre las nueve y las once, y Despard nos contó que esa noche un hombre pasó junto al jardín trasero de su casa en torno a las once y que lo vio golpear con rabia un árbol.

—La pena es que no lo identificara.

—Sí, es una lástima. Pero al día siguiente, Zachary Gray apareció con un aparatoso vendaje en la mano.

—Ya, lo recuerdo —dijo Kate, que dio un pequeño sorbo a la taza de té y se quedó pensativa—. Dijo que se había herido en una pelea con uno de sus amigos, ¿no?

—Sí, y es factible que lo hiciera. El sargento Campbell preguntó entre la cuadrilla. La pelea tuvo lugar, aunque nadie recuerda si Zachary ya tenía la mano herida antes de ella o no. ¿Le pasa algo? ¿Ha vuelto a perderse en su mundo?

—No —dijo ella—, sólo pensaba...

—Bien, porque necesito que lo haga.

Los dos se quedaron en silencio durante unos minutos. Luego Kate tomó el cuaderno de Carter y echó un vistazo a la página por la que estaba abierto.

—No podemos descartar a Zachary. El rango de horas hace posible que cometiera el asesinato. —Volvió a mirar el cuaderno y señaló el nombre que aparecía debajo—. ¿Y qué hacemos con Craig?

Carter aspiró hondo y luego dejó salir el aire poco a poco.

—La información sobre Stuart Donelly y su hermana que me ha dado hace poco da nuevos aires al caso. El joven Dawes me parece más culpable que nunca.

—Pero no nos olvidemos de su pie. Usted mismo dijo que lo tenía demasiado inflamado para poder andar.

—Y así es. Ahora nos toca deducir la manera en que podría haber cometido los asesinatos aun teniendo el pie impedido.

—A mí se me ha ocurrido una —dijo ella.

Carter enarcó las cejas.

—Soy todo oídos...

—¿Recuerda el resbalón del señor Rush cuando volvíamos de investigar el cadáver de Stuart Donelly?

—Sí.

—Esa gravilla es una pequeña trampa para los caminantes descuidados. Está permanentemente húmeda. Lo sé porque todavía tengo las perneras empapadas. —Mostró las piernas y sacudió la arenilla que se le había quedado prendida mientras estuvo sujetando a Despard en el camino—. Supongamos que Craig Dawes no se hirió el pie la noche del viernes, cuando volvía de la fiesta con sus amigos. Supongamos que lo hizo el sábado por la mañana, después de cometer el asesinato de Ben.

—Resbaló y se hizo un esguince —dijo Carter—. Por eso lady Olivia no llamó al médico hasta el domingo y por eso las huellas que aparecieron junto a la carretera eran las de alguien que cojeaba, pero que no llevaba bastón. Bien. Craig ve a Stuart Donelly. Sabemos que las huellas que se alejaban del lugar del crimen entre la foresta pertenecían a él porque perdió una bufanda que le había entregado la mujer del reverendo, junto a las botas del hijo de la señora Rogers. Craig sabe que el mendigo lo ha visto y tiene que deshacerse de él antes de que lo acuse.

—Sin embargo, el lugar donde fue asesinado está demasiado lejos

de Cricket's Lodge para que Craig pudiera llegar. Para entonces, el pie ya no le permitía caminar.

—Lo cual hace imprescindible un cómplice.

—¿Zachary Gray? —Kate levantó una ceja.

—¿Qué unía a estos dos?

—Betty Simpson.

Carter asintió.

—Creo que Craig dejó embarazada a Betty y eso suponía un enorme problema. Quizá pensó que el asesinato era la única forma de solucionarlo.

—¿Pero para qué necesitaba a Zachary Gray? ¿Y por qué éste habría de prestarse a ayudarlo? Y, además, entiendo la muerte de Stuart Donelly porque había que quitarse de encima un testigo molesto, ¿pero la de Ben?

—Supongo que el señorito Dawes no tiene agallas suficientes para cometer un asesinato, así que acudió a Zachary Gray, su mejor aliado en ese momento. Si Zachary pensaba fugarse con Rachel Ward, Betty y su embarazo eran un obstáculo.

—No sé si me cuadra, inspector. Podría haberse fugado sin más.

—Supongo que un pequeño empujón monetario hizo el resto.

—Pero los Dawes están arruinados.

—Es posible que el dinero viniera de los Havering.

Kate levantó las cejas, sorprendida.

—¿Cree que Alberta Havering, la prometida de Craig, le proporcionó el dinero para que asesinara a una doncella a la que había dejado embarazada?

—La alianza Havering-Dawes es más que evidente, miss West. Los primeros obtienen un título y, los segundos, poder económico.

—Es usted muy poco romántico, señor Carter, pero puede que tenga razón. Sin embargo, sigo sin entender el asesinato de Ben Robinson.

—Despiste.

—¿Cómo?

—Mataron a Ben Robinson para despistar a la policía. ¿No lo ve?

Kate asintió.

—Dos asesinatos de criados de Cricket's Lodge. ¿Quién está yendo a por los pobres Dawes? ¿No es eso?

Carter cogió el cuaderno y estudió las últimas anotaciones que había hecho.

—Craig Dawes fingió un esguince que no tenía, lo cual implica premeditación, y Zachary Gray ha desaparecido. Bien, la historia tiene sentido. ¿Pero cómo demostramos que es cierta?

—Tenemos el testimonio de la señora Wright.

—Que no vale para nada. Un hermano, con una deficiencia

intelectual, que identifica al asesino como «hombre malo». Usted mejor que nadie sabe que Craig Dawes no me parece un buen tipo, pero no podemos llevarle sólo con eso ante un tribunal.

Kate se mordió el pulgar. Su mente parecía un avispero en el que había demasiado ruido para poder pensar con claridad. Tenía que aislar los detalles. Sabía que había una línea que los unía a todos y les daba un sentido completo. Sólo era necesario encontrarla.

La señora Broaster entró en el comedor del servicio.

—¿Cómo está? —La pregunta de Carter le sonó genuina a Kate.

—Muerta de frío y demasiado herida para ser consciente de lo que ha pasado. Le costará recuperarse, pero saldrá fortalecida y confío en que también con unos principios morales más arraigados.

—¿Va a contarles a los señores Hughes lo que ha pasado?

—No, inspector. ¿Qué lograría con ello? Rachel Ward no necesita un despido. Lo que está pidiendo a gritos es alguien que la consuele y la guíe. Intentaré devolverla al camino correcto. —La anciana miró a Carter y a Kate alternativamente y sonrió—. El té se ha quedado frío —dijo, tocando la tetera—. ¿Quieren que les prepare otro?

—No, gracias. —Carter se levantó—. Ya hemos abusado bastante de su hospitalidad. Es hora de que nos marchemos.

Kate también se puso de pie.

—Gracias por todo, señora Broaster.

—Gracias a ustedes. —El ama de llaves los acompañó hasta la puerta y les dio sus abrigos—. Disculpe —La anciana señaló la pechera de Carter—, lleva manchada la solapa del impermeable, inspector.

En efecto, un pequeño raspón sonrosado manchaba la solapa.

—No es nada. Es el maquillaje de Rachel —dijo, y lo sacudió—. Gracias de nuevo.

Carter agarró el pomo de la puerta de la cocina y la abrió. Seguía lloviendo.

—Vamos, miss West. Demos una carrera hasta el coche.

Pero Kate no se movió. Puso su mano encima de la de Carter y cerró la puerta.

—Papel, tierra…

Carter la observó extrañado, pero la joven se volvió hacia el ama de llaves de los Hughes.

—¿Podríamos utilizar el teléfono, señora Broaster?

—Claro.

Kate se volvió hacia Charles Carter.

—Tiene que hacer una llamada, inspector.

Después de que el sargento Campbell los telefoneara, tras realizar la pesquisa que Carter le había pedido, se despidieron de nuevo de la señora Broaster.

—Bien —dijo Carter cuando estuvieron sentados en el coche—: «El lector se encuentra en este momento, sin reserva alguna, en el recuento de *El misterio de Cricket's Lodge* plenamente consciente de todos los acontecimientos pertinentes para el descubrimiento de la persona culpable de los hechos, y a partir de un estudio suficientemente diligente de lo que ha pasado antes, debe permitirle deducir un claro entendimiento de lo que está por venir» —recitó.

Kate rio.

—¿Le gusta Ellery Queen, inspector?

—Estoy intentándolo.

—¿Eso debe hacerme sentir halagada?

—En efecto.

Los dos jóvenes se miraron. Kate se mordió el labio inferior y asintió levemente. Después se abrochó el cinturón de seguridad y contempló el parabrisas empapado por la lluvia.

—¿Nos vamos? —dijo—. Tenemos a un asesino que arrestar.

Carter arrancó el coche y los limpiaparabrisas despejaron la lluvia. Al otro lado, la noche se abría oscura, sin que la luna, tapada por las nubes, pudiera hacer nada por iluminarla. Kate se acomodó en el asiento y se dejó arrullar por el movimiento del coche. Sonrió. «Neil Chapman no tendrá queja», pensó.

CAPÍTULO 33

1

—¿Cómo está? —Rush preguntó a Olivia cuando ésta volvió de ver a Craig.

—Aburrido. Ni siquiera puede escuchar la radio por las interferencias de la tormenta. Espero que el teléfono no vuelva a estropearse.

Geoffrey se removió en el asiento y Rush supuso que el recuerdo de la otra avería evocaba un pasado que prefería ignorar.

—Si me disculpáis —Olivia se acercó y tendió una mano hacia el jarrón donde las azucenas languidecían en silencio—, voy a retirarme. Estoy muy cansada.

—Buenas noches —dijo Rush.

—Buenas noches, Herbert. ¿Geoffrey?

—Buenas noches.

Ella asintió. Su marido ni siquiera la había mirado.

—Deberías ser un poco más diplomático —dijo Herbert cuando ella cerró la puerta de la biblioteca.

—No estoy para delicadezas. ¿Y dices que ese tal Gray ha apalizado a William Despard?

—Eso creemos.

—¿El asesino de Ben y Betty?

Rush bebió un sorbo de brandi.

—No estamos seguros —dijo.

—O sea, que seguís a ciegas con el caso.

Rush no contestó. Prefería no tener que verbalizar la respuesta, aunque fuera obvia para todo Brougharry. Neil Chapman estaría frotándose las manos en aquel mismo instante, pensó, y el recuerdo le llevó hasta su expupilo. También era mala suerte que un cardo como Chapman se hubiera hecho con el cargo de jefe de inspectores y que Charles se le hubiera atragantado.

El timbre de la puerta sonó.

—¿Quién demonios será a estas horas? —protestó sir Geoffrey.

Sólo podía tratarse de una persona y a Rush se le encogió el estómago cuando pensó en ella.

—Buenas noches —Carter cedió el paso a Kate y saludó a los dos hombres.

—Miss West, inspector... —Sir Geoffrey los miró con la copa de brandi en la mano—. ¿Les apetece algo de beber?

Carter negó con la cabeza y tomó asiento en el sofá que sir Geoffrey le había indicado con la mano, junto a Kate.

—¿Qué les trae por aquí a estas horas y con este tiempo?

—Sentimos tener que molestarle, pero hemos avanzado algo en el caso y nos gustaría confirmar algunos datos. ¿Sería posible que su hijo nos acompañara?

—Claro. —Sir Geoffrey hizo un gesto a Adam, que abandonó la biblioteca—. Aunque no entiendo qué información piensa que puede darle mi hijo. ¿Cree que no le hemos contado todo lo que sabemos? Disculpe mi brusquedad, pero lleva usted ya unos días por aquí y lo único que tenemos son más y más muertos. Pensé que encontraría al asesino y protegería a mi familia, pero veo que no sólo no ha resuelto el caso todavía, sino que piensa que entre nosotros encontrará la solución. ¿Quiere que también llame a mi esposa? Se ha retirado hace un rato, pero si desea contrastar la información con ella, la despertaré.

—No es necesario, gracias. Su esposa ya viene hacia aquí.

El noble levantó una ceja y observó a Carter durante unos instantes. Luego se llevó la copa a los labios y la apuró. El sargento Campbell abrió la puerta de la biblioteca y cedió el paso a Olivia Dawes. Tras ella apareció su hijo. Rush se levantó y acompañó a la mujer hasta uno de los sillones. Craig se sentó junto a su madre. El círculo estaba cerrado, pensó Carter, que sintió sus miradas oscilando entre Kate y él mismo. La mujer se había acomodado a su lado y su respiración, pausada y tranquila, lo reconfortó.

—¿Qué haces aún vestida, Olivia? —Sir Geoffrey tendió la copa a Rush para que se la llenara. El expolicía dudó, pero el noble insistió con un brusco movimiento de la mano—. Suponía que ya estabas en la cama.

Olivia no contestó. Cogió la mano de su hijo y la apretó, mientras posaba en Carter una mirada inquieta.

—¿Por qué nos ha reunido, inspector? ¿Se trata de algún juego?

—Lamentablemente no. Se trata de un caso en el que se han cometido tres asesinatos.

—Y en el que cualquier miembro de mi familia puede convertirse en la víctima del cuarto. —Sir Geoffrey se echó hacia adelante, en el sillón, y apuntó a Carter con un dedo—. Tengo entendido que mi esposa ha comentado su incapacidad con la señora Chapman.

—Sí, señor. He recibido el mensaje.

—Veo que no ha surtido el efecto que buscaba. Supongo que tendré que hablar yo mismo con Neil.

Carter aguantó la mirada del noble, temblorosa por el alcohol, pero segura de su amenaza. Rush carraspeó y Carter le tendió la mano, pidiendo silencio.

—¿Ha revisado su correo de hoy, sir Geoffrey?

—El de la tarde, no. Adam lo ha llevado a mi gabinete. ¿Quiere que lo traigamos para que contraste información también con él?

—Quizá sea necesario más tarde. Ahora creo que lo que precisan son algunas explicaciones.

—Será muy amable por su parte. —Sir Geoffrey volvió a tender la copa a Rush, que se la llenó a medias—. Y más aún si lo hace con rapidez y nos deja en paz.

Carter paseó la mirada por cada uno de los miembros que formaban aquel círculo que empezaba y terminaba en el sofá en el que Kate y él estaban sentados. En un sillón próximo a ella, Rush se había hundido en un mutismo que lo decía todo. Tenía la mirada fija en algún punto de sus pantalones y con una mano sostenía la copa de brandi que no había probado desde que llegaron. A su izquierda, Craig estaba sentado en el borde de una silla de estilo victoriano. Movía el talón del pie sano de arriba abajo y le miraba fijamente, con la ansiedad dibujada en el rostro. Su madre, sentada junto a él, aún le tenía cogido de la mano, como si fuera un niño. Lady Olivia, apoyada en el respaldo del sillón, había adoptado una postura de rendición, como si supiera que el destino ya no iba a dar marcha atrás. Carter miró a su derecha. Cerrando el círculo, entre ella y él mismo, sir Geoffrey mostraba un ceño arrugado y se aferraba a la copa de brandi como si fuera el mástil salvador de un barco que zozobrara en el mar rugiente, embravecido por una tormenta. Carter se acomodó en el sofá, como si deseara encontrar una buena base antes de empezar su discurso. Al hacerlo, rozó la mano de Kate que extendió los dedos y los colocó encima de los suyos. El estímulo fue inmediato.

—Todo ha empezado a cobrar sentido desde el momento en que supimos que Stuart Donelly era el hermano de la señora Wright —dijo.

—¿Nuestra señora Wright?

Carter asintió.

—Después de volver del frente, llegó a Cricket's Lodge en busca de su hermana, la única persona que tenía en la vida. La señora Wright le acomodó en el Roquedal hasta que encontrara una solución para él pero, cada noche, Stuart Donelly se acercaba a Cricket's Lodge y su hermana lo alimentaba. La noche anterior al asesinato de Ben, sin embargo, no acudió a la cita. Al día siguiente, Ben Robinson murió y Stuart Donelly vio al asesino. Lo sabemos porque cerca del lugar del crimen se encontraron sus huellas y la bufanda del hijo de la señora Rogers que la mujer del reverendo le había dado, junto a las botas.

—Creí que esas huellas indicaban su culpabilidad, inspector, no su condición de testigo.

—Eso es lo que todo el mundo sostuvo, sir Geoffrey, pero no necesariamente lo que nosotros pensamos.

—¿Y para qué, entonces, toda esa feria de la batida con los perros policía?

—Stuart Donelly era una hebra más del caso y teníamos que

desanudarla si queríamos avanzar. Desgraciadamente, el asesino lo encontró antes que nosotros, aunque no lo suficiente como para evitar que el hermano de la señora Wright acabara por darnos la clave. Cuando su cocinera encontró el cadáver de Betty Simpson, Stuart estaba allí.

—¿También en esa escena del crimen? Parece un tanto extraño.

—No, si se tiene en cuenta que Stuart Donelly rondaba Cricket's Lodge cada noche. Cuando la señora Wright lo encontró junto al cadáver de Betty Simpson, pensó que su hermano había visto al asesino saliendo de Cricket's Lodge y lo había seguido. Supongo que ya saben que en esta ocasión también aparecieron huellas de un hombre que cojeaba. —Carter se detuvo un instante y miró el pie que Craig tenía apoyado en un escabel.

—Mi hijo no puede andar. —Olivia habló por primera vez—. Tiene el pie tan hinchado que es imposible que llegara hasta allí y matara a esa joven imprudente.

—Y también esta vez —Carter obvió las palabras de la mujer—, había una bufanda en la escena del crimen. —Volvió a fijar la vista en Craig, que hizo un esfuerzo por tragar la saliva que se le había acumulado en la boca—. Era su bufanda, Craig.

—Se está pasando de la raya, inspector. ¿Quiere hacernos creer que mi hijo es un asesino que va dejando bufandas en cada escena del crimen? Su exposición resultaría cómica y propia de una mala novela policíaca si no fuera porque está usted acusando a un miembro de mi familia.

—Es la bufanda de su hijo, sir Geoffrey. Cuando llegó a nuestras manos todavía olía a él y, además, ¿quién en todo Brougharry viste prendas de la marca Burberry? Podría recorrer el pueblo entero hasta encontrar al vecino que compra su ropa en Haymarket y sus pesquisas le traerían hasta aquí.

Sir Geoffrey se echó hacia atrás y esbozó una sonrisa quebrada.

—Ni siquiera sé si podré sostener esta familia el mes que viene. Tenga por seguro que el poco dinero del que disponemos no lo gastamos en Haymarket. —El noble miró al policía y estiró la sonrisa, hasta hacer de ella una mueca—. Estoy arruinado, inspector.

—Pero Alberta Havering, no. Ella se la regaló. —Carter se giró hacia Craig y vio que contraía los dedos de la mano con fuerza—. En cualquier caso, podremos demostrar que se trata de su bufanda cuando la policía forense compare los restos de hebras encontrados en la mano de Betty.

—La perdí —dijo—. Alguien me la robó.

—Supongo que esta explicación también forma parte de una mala novela policíaca.

—¡Charles! —Rush le llamó la atención como un padre que riñe a

su hijo pequeño por haber hecho una trastada. Carter aceptó la amonestación.

—Lo siento —se disculpó.

—¿De dónde ha salido esa bufanda? No estaba en el cuerpo de Betty cuando yo llegué —dijo Rush.

—La cogió la señora Wright. Betty Simpson la sostenía, pero Stuart Donelly se la arrancó y se la tendió a su hermana. Luego señaló el camino que conduce hacia la carretera comarcal e identificó al asesino, con el que se había topado en el camino...

Carter vio que su mentor tomaba aire y que la mano con la que Olivia sostenía la de su hijo perdía el color, como si la sangre la hubiera abandonado. El silencio se volvió expectante, hasta que Rush lo rompió:

—¿A quién identificó?

—A un «hombre malo» —contestó Carter.

—Ahora ya sí que no se lo consiento más. Fuera de mi casa. —Sir Geoffrey se puso en pie, pero su figura no pareció tan imponente como a él le habría gustado. Se tambaleaba por el efecto del alcohol y las manos le temblaban.

—Geoffrey —Rush también se levantó y se acercó a su amigo—, siéntate.

—No voy a sentarme mientras este individuo continúe bajo mi techo.

—Por favor, siéntate y déjale acabar.

—¿Acabar qué, Herbert? ¿Esta pantomima? —Geoffrey apartó a su amigo y se encaró con Carter—. ¡Antes ha dado a entender que el asesino procedía de esta casa!, y ahora sostiene que el tal Donelly se lo encontró por el camino. ¿Está tratando de incriminar a mi hijo porque no tiene otro candidato mejor?

—Lo que he dicho es que la señora Wright pensó que su hermano había visto al asesino saliendo de Cricket's Lodge y que lo había seguido, pero no fue así. Stuart Donelly estaba ahí fuera —Carter señaló con la barbilla los ventanales de la biblioteca que daban a la parte trasera—, aguardando a que Bertha Wright saliera con su cena. Sin embargo, usted se interpuso.

—¿Yo? —Sir Geoffrey estaba congestionado.

—Su mal humor, en realidad.

—¡Explíquese, joven!

—Usted y Craig tuvieron una bronca monumental aquella noche. Es imposible que la haya olvidado, sir Geoffrey, porque le lanzó a su hijo una figurilla de bronce que representaba a un soldado de caballería en plena carga. Afortunadamente para Craig, su puntería se ha deteriorado con los años y la estatua salió por la ventana, rompiendo el cristal. No es difícil imaginar el susto que debió de sentir

Stuart Donelly, un hombre con una acusada discapacidad intelectual, al que todo un pueblo consideraba sospechoso de un asesinato y que su hermana encubría con pocas probabilidades de conseguirlo durante mucho más tiempo. —Carter recorrió el pequeño círculo con la mirada. Todos ellos lo miraban expectantes—. No la esperó. Stuart Donelly decidió quedarse en ayunas y volver al refugio de su cueva. Fue de camino a ella cuando se encontró con el asesino de Betty y asistió a un nuevo crimen. —Carter se volvió hacia Olivia Dawes—. Sé que su hijo no pudo ir hasta el lugar donde encontramos el cuerpo de Betty Simpson y después huir hacia la carretera, dar todo ese rodeo y volver a Cricket's Lodge. Su pie y el tiempo que le habría llevado le avalan en este caso.

—Ya se lo dije: mi hijo es inocente.

Carter meneó la cabeza.

—No pudo ser el autor material del crimen, pero nada impide que fuera el intelectual.

—Entonces lo que está diciendo es que Craig tiene un cómplice.

—Tranquilízate, Geoffrey. —Rush puso la mano en el hombro de su amigo y lo obligó a sentarse de nuevo. El noble le dio un manotazo y se lo quitó de encima. Se inclinó hacia Carter y le gritó:

—Es usted un necio insolente que está jugando al gran detective con nosotros, pero que no tiene ni idea de quién ha cometido los crímenes. Mañana, a primera hora, Neil Chapman recibirá una llamada que le pondrá firme a él y a todo el Yard y que acabará con su carrera, señor Carter.

Craig sonrió por primera vez desde que había llegado.

—Le pido disculpas por el temperamento ardiente de mi padre, inspector, pero no puede dejar de admitir que tiene cierta razón. Su explicación está resultando entretenida. Dígame, ¿a quién tengo como cómplice? ¿Quién es ese «hombre malo» al que identificó un deficiente que parece estar en cada escena del crimen por casualidad?

—Cualquiera, puede ser cualquiera —dijo lady Olivia—. También llamó así al reverendo la tarde que se presentó en la caseta. Miss West puede atestiguarlo. Y no querrá que creamos que Peter Bradley es el asesino de Ben y de Betty. Es obvio que ese pobre hombre utilizaba esa expresión para referirse a cualquiera que no fuera de su agrado.

—Es posible —dijo Carter—. ¿Saben que Zachary Gray ha desaparecido? —Hizo una pausa y los miró de nuevo, de uno en uno, hasta llegar a sir Geoffrey, que resollaba como un caballo viejo después de un corto galope.

—¿El novio de Betty?

—Lo cierto es que salía con otra mujer, Craig. A Betty sólo la quería por el dinero que le proporcionaba y que iba ahorrando para fugarse con su verdadera novia.

—No, desconocía esa información, pero supongo que el hecho de que usted la mencione significa que considera a Zachary Gray mi cómplice.

—Lady Olivia, ¿qué día llamó usted al doctor para que atendiera el pie de su hijo?

Olivia levantó el mentón de forma casi inapreciable, pero lo suficiente para que Carter lo notara. Los Dawes empezaban a reaccionar ante su explicación de los hechos. El silencio y la sorpresa del principio se habían evaporado en los últimos minutos, como la gota de agua que cae sobre el asfalto en un día de verano.

—El domingo por la mañana.

—Pero su hijo se produjo el esguince el viernes por la noche, ¿estoy en lo cierto?

—Lo está y lo sabe, inspector.

—¿Entonces por qué no lo avisó el sábado?

—Porque Craig no quería asustar a su padre.

Carter asintió.

—Sí, esa fue la excusa que dio: no deseaba que su padre se enterara de que se había caído de la bicicleta la noche anterior, cuando volvía de beber con sus amigos.

—Charles —Rush volvió a intervenir.

—Eso fue lo que dijo, ¿no es verdad, Craig?

—Sí.

—Yo, sin embargo, tengo otra teoría. Creo que usted y su pie estaban perfectamente sanos el viernes por la noche y que también lo estaban el sábado por la mañana, cuando siguió a Ben Robinson en bicicleta. Creo que fue allí, en el camino de gravilla, donde resbaló y se torció el pie. Es una senda traicionera. Las rodillas de Herbert la han probado un par de veces.

—¿Adónde quieres llegar, Charles? —preguntó el expolicía.

—Para ser justo, ésta es una teoría de miss West. La mañana en que volvíamos de reconocer el cuerpo de Stuart Donelly resbalaste en la grava del camino y eso le dio la idea. —Carter volvió a mirar a Craig—. Usted estaba allí y vio lo que pasó. Le impresionó la muerte de Ben Robinson, ¿me equivoco?, y al volver hacia Cricket's Lodge resbaló y se torció el pie. Por eso en la parte de arriba, junto a la carretera, había huellas de un hombre que cojeaba, pero que no llevaba un bastón de punta de acero. Un detalle que también nos ha dado más de una preocupación, pero que ha quedado resuelto.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tanto en el caso de Ben como en el de Betty, el bastón de acero y las huellas de botas militares que lo acompañaban y que pertenecían a un hombre que cojeaba las dejó Stuart Donelly.

—¿Y eso no le acusa más que a mi hijo? Su teoría sí que cojea. La

mañana del sábado supe de su herida. Ya tenía el esguince a la hora del desayuno. Todos en Cricket's Lodge podrán confirmárselo.

—¿Acaso realizó una exhibición de su pie, Craig?

—¡Insolente! —Sir Geoffrey volvió a gritar.

—Todos en Cricket's Lodge podrán confirmar que usted tuvo una disputa con su hijo a cuenta del esguince, pero estoy seguro de que no encontraré a nadie que le viera el pie. Ni siquiera usted mismo, sir Geoffrey.

—¿Qué pruebas tiene de que Craig matara a Ben? —preguntó Olivia—. Era como un hermano mayor para él. Jamás le habría hecho daño.

—No he dicho que su hijo sea quien mató a Ben Robinson. Sabemos que el asesino pisó el cuerpo de Ben y dejó en él un resto de barro rojo. Quizá lo hizo mientras desabrochaba la cadena del jardinero, un acto que creímos que demostraba una prueba de afecto hacia el cadáver. Paradójico. El asesino es capaz de degollar a Ben Robinson, pero después le suelta la cadena con un cuidado casi fraternal.

—Aprovecha usted cada comentario que hacemos para volverlo en nuestra contra —le reprochó Olivia—. No utilice mis palabras para acusar a mi hijo.

—No es mi intención, lady Olivia. Sabemos que Craig no mató a Ben Robinson. De haberlo hecho, los restos de barro que encontramos en su ropa no habrían sido rojizos, sino oscuros, como la tierra que rodea Cricket's Lodge. El barro de color gredoso que encontramos en la ropa de Ben Robinson demuestra que el asesino procedía de Brougharry, una zona de tierra arcillosa.

—¿Entonces qué quiere decir con la mención a la cadena?

—Simplemente que el hecho de retirarla con tanto cuidado no escondía un afecto hacia él. Sólo era un ardid para acusar a otra persona.

—¿A quién? —Olivia preguntó de forma perentoria.

—A su hijo.

—¿A Craig? Imposible. ¿Por qué querría alguien hacer algo así?

—Oh, eso va a necesitar que les cuente otra historia.

—Hace tiempo que sobrepasó el límite de nuestra paciencia, inspector —dijo sir Geoffrey—. Sus historias no tienen ni pies ni cabeza.

—Le aseguro que sí, señor. Sólo deme unos minutos más. Puede saberlo por mí o por Betty Simpson. Y, sinceramente, creo que le será más fácil sobrellevarlo a través de mi versión.

—¡Acabe de una vez!

—Betty Simpson estaba embarazada de Craig.

—Eso no lo sabe —se defendió éste.

—No, pero sólo tenemos que pedir a Adam que nos traiga el correo de la tarde y encontraremos una carta escrita de su puño y letra, y dirigida a sir Geoffrey, en la que la propia Betty lo confiesa.

—Aunque así fuera, tampoco demostraría que el bebé que esperaba era de mi hijo.

—Y sin embargo, tanto él como usted lo creyeron.

—¿Yo?

—El viernes por la noche, después de volver de Brougharry borracho, Craig acudió a usted, lady Olivia. Le pidió que lo acompañara al invernadero. Tenía que contarle algo muy grave y no quería que sir Geoffrey los sorprendiera. Nadie los vio salir. Desde luego nadie de Cricket's Lodge, aunque sí alguien que estaba ahí fuera.

—Supongo que se refiere a Stuart Donelly.

—Supone bien, pero se trata de una suposición incompleta, sir Geoffrey. Había alguien más que escuchó la conversación en la que Craig le confesaba a su madre que Betty Simpson estaba embarazada de él y que le había amenazado con hacerlo público si no le pagaban cierta cantidad de dinero. Usted siempre ha sabido cómo proteger a su cachorro, lady Olivia, y aunque seguramente la información la impactó, le prometió a su hijo que le ayudaría a salir del problema. Le pidió que volviera a casa y se acostara. El asunto ya estaba en sus manos. Cuando Craig se marchó, usted comenzó a trabajar maquinalmente en su afición favorita, la jardinería. Cortó unas azucenas, mientras daba vueltas al problema en busca de posibles soluciones. Es probable que hubiera encontrado una menos cruenta si una de las dos personas que fueron testigos de aquella conversación no se hubiera acercado a usted y le hubiera propuesto un trato: él se desharía de Betty Simpson a cambio de una suma moderada de dinero. Y usted aceptó.

—¿Qué es lo que este hombre está diciendo, Olivia? —Sir Geoffrey la miró sin parpadear. Ella le devolvió la mirada, gélida y calmada.

—Estupideces, como las que lleva diciendo toda la noche.

—Sin embargo —continuó Carter—, asesinar a Betty directamente podría acarrearles problemas. En cuanto la autopsia descubriera que estaba embarazada, los rumores correrían por todo Brougharry y no hay nadie en toda la comarca que desconozca la facilidad que tenía Betty para llevarse a los hombres a la cama, incluido a su hijo. Así que idearon un plan: desviar la atención provocando otra muerte, la de Ben Robinson. ¿Saben? Éste es uno de los primeros motivos de asesinato que nos enseñan a considerar en la Academia: acabar con la vida de una persona que no tiene nada que ver con aquélla cuya muerte se desea realmente es un método muy útil para despistar a la policía.

»Sin embargo, lady Olivia, cometió un error de cálculo: al hombre que le propuso el trato no le movía el dinero. Desde luego, no descarto la posibilidad de que la suma que acordara no le resultara apetecible, pero su motivo iba más allá de lo meramente crematístico. A ese hombre le movía la venganza. No se encontraba en los alrededores de Cricket's Lodge por casualidad. Tenía motivos para vengarse de Ben, de Betty y también de su hijo. Por eso, la misma noche en que cerró el trato con usted, robó la bufanda que Craig había dejado olvidada en el invernadero, tras su conversación con usted, y la colocó en la mano de Betty Simpson para que nosotros la encontráramos. ¿Se acuerda de nuestra primera charla, Craig? Fue el domingo por la mañana y me invitó a entrar en el invernadero porque hacía mucho frío y no era capaz de encontrar su bufanda... Ahora ya sabe por qué.

—¿Tiene pruebas de todo lo que está diciendo? —La voz ronca de sir Geoffrey rompió el silencio que se había creado en la biblioteca después de las últimas palabras de Carter.

—¡Claro que no las tiene! —exclamó Olivia—. Sólo está imaginando cosas.

—No puedo decir que lo sienta, lady Olivia, pero sí las tengo. Cuando sir Geoffrey le explicó a Herbert lo que había pasado, le contó que usted acababa de llegar del invernadero con unos ramos de azucenas cuando recibieron la noticia del asesinato de Ben Robinson. Sin embargo, no era verdad.

—¡Sí lo era! —dijo el noble.

—No, sir Geoffrey. No acababa de volver del invernadero, sino de la cocina, donde había dejado los ramos en remojo la noche anterior. Puede preguntárselo a su propio servicio: tanto la señora Wright como Ruth Flox declararán que encontraron las azucenas en el fregadero, metidas en agua en un cubo de zinc, aquella misma mañana cuando se levantaron.

—Pero eso no demuestra que mi esposa hablara con un hombre e hiciera un trato con él para que asesinara a Ben y a Betty.

—El hombre con el que habló su mujer, sir Geoffrey, se manchó la chaqueta con el polen sonrosado de las flores. Son azucenas de Guernese —Carter señaló los ramos, ya totalmente pasados, que aún permanecían en sus jarrones—, un tipo de flor que no es propia de esta época y cuyos ejemplares, por tanto, sólo pueden cultivarse en invernadero.

—¿Cómo sabemos que no se está inventando todo eso? ¿Cómo podemos estar seguros de que ese hombre existe y de que se manchó con mis azucenas?

—Porque usted es la única que las cultiva en todo Brougharry y porque alguien vio a ese hombre con el polen de sus flores adherido a la solapa de su chaqueta el domingo por la mañana.

—¿Quién?

—Yo. —Todos los presentes se volvieron hacia el lugar de donde procedía la voz—. Yo lo vi —Kate sostenía la mirada de lady Olivia.

—Usted dejó las flores en remojo el viernes por la noche, lo que la sitúa en el invernadero, y el hombre con el que habló se manchó con el polen rojizo de las azucenas que sólo usted cultiva en Brougharry, lo cual le sitúa a él en su compañía ese mismo día, al anochecer.

—Olivia —Sir Geoffrey fijó en ella una mirada gélida—, ¿es eso cierto?

—Por supuesto que no. Ese hombre podría haber entrado en el invernadero y mancharse con el polen, pero eso no significa que yo estuviera allí. ¿No dicen que alguien cogió el sedal con que asesinaron a Ben de nuestro propio cobertizo? Dígame, inspector, ¿también fui yo quien se lo dio?

—Probablemente. Su hijo le contó a Herbert que había pasado toda la mañana del sábado solo en el invernadero, a excepción del breve espacio de tiempo en que usted lo acompañó mientras cortaba unos ramos de azucenas. Sin embargo, ya hemos demostrado que las cortó el viernes por la noche. Craig mintió y lo hizo porque usted se lo había mandado. Como mintió con respecto a lo de su pie. —Carter se giró hacia el joven Dawes—. Aquella mañana sorprendió a su madre hablando con Ben. La oyó pedirle que se acercara a Brougharry a poner un telegrama para avisar a su prometida de que no podría asistir a la fiesta que organizaba su padre en Londres esa misma noche porque se había hecho un esguince, y también la oyó pedirle que fuera por el atajo, a pesar de que la tormenta habría dejado el trozo de camino que transcurre desde la carretera hasta Brougharry embarrado, lo que dificultaría enormemente transitar por él en bicicleta. ¿Qué ocurrió, Craig? ¿Fue entonces cuando empezó a atar cabos, cuando comenzó a preguntarse la razón de que su madre le hubiera visitado aquella misma mañana en su dormitorio, antes de que bajara a desayunar, y le hubiera ordenado que contara la historia de que se había caído de la bici la noche anterior y se había producido una torcedura al volver borracho de Brougharry? Vamos, Craig, está claro como el agua: en aquel momento su mente se puso a trabajar y se preguntó qué habría ideado su madre para librarle del problema que suponía el embarazo de Betty. Y se alarmó. ¿Por qué le había pedido a Ben que fuera por el atajo? Los pocos minutos que podría ganar por él los habría perdido antes, en el camino embarrado. ¿Qué es lo que aguardaba a Ben en aquel maldito atajo?

—¡No! Se equivoca —gritó Craig.

—Entonces decidió seguirlo. Cogió su bicicleta y pedaleó con toda su alma para alcanzar a Ben. Al fin y al cabo, era como un hermano mayor para usted. Sin embargo, no lo logró. Cuando llegó al camino

de gravilla vio a Ben caer de la bicicleta, como empujado por una mano invisible. Lo vio en el suelo y aguardó a que se levantara, pero no lo hizo. Entonces vio a otro hombre, uno que saltó de entre los matorrales, como un conejo al que descubre el cazador, y corrió como alma que lleva el diablo, mientras otro salía de detrás de uno de los robles que recorren el camino, se acercaba al cuerpo de Ben y le quitaba algo del cuello. Fue entonces cuando comprendió lo que había ocurrido y echó a correr hacia la carretera, de vuelta a Cricket's Lodge, pero resbaló en la gravilla húmeda, como Herbert. Esta vez sí se cayó de la bicicleta y se torció el tobillo.

—No puede demostrar nada de eso. No puede probar que mi hijo cogió la bicicleta y siguió a Ben.

—Claro que puedo, lady Olivia. La última vez que la señora Wright vio a Ben Robinson con vida fue el sábado por la mañana, cuando el jardinero se dirigía al cobertizo para coger la bicicleta y acercarse a Brougharry con el fin de poner el telegrama dirigido a la señorita Havering. La señora Wright me contó que antes de sacar la suya, Ben guardó la de Craig, que su hijo había dejado apoyada sobre la pared de la caseta la noche del viernes. Sin embargo, si se asoma al jardín trasero, aún podrá verla allí. —Carter se volvió hacia el joven —. Dígame, Craig, ¿cree que le sería posible montar en bicicleta con ese pie?

El joven Dawes no contestó.

—La única explicación es que usted sacó su bicicleta después de que Ben la guardara, precisamente para seguirle. Al volver, cometió el error de dejarla fuera y ni su madre ni usted han reparado en la importancia de este detalle.

—¡Herbert! —Olivia se volvió hacia su viejo amigo—, comprendo que es tu expupilo, ¿pero vas a dejar que nos insulte de esta forma tan grosera sin abrir la boca?

Rush bajó los ojos un instante, pero enseguida posó la mirada sobre ella.

—Lo siento, Olivia, pero Charles está haciendo una exposición demasiado verosímil para calificarla de grosera. Los hechos...

—¡No hay hechos! —La mujer se puso en pie. Temblaba lo suficiente como para que todos se percataran de ello—. Son simples conjeturas.

—Siéntese, lady Olivia.

Ella se volvió hacia Carter.

—No se atreva a decirme lo que tengo que hacer.

Sir Geoffrey se levantó y se acercó a su mujer. Le pasó un brazo por el hombro, pero a Carter le pareció que más que consolarla intentaba sostenerla en pie. Olivia se agarraba al respaldo del sillón en el que había estado sentada y tenía los nudillos blancos.

—El lunes de madrugada —continuó Carter—, en un receso de nuestro interrogatorio al servicio, Herbert y yo encontramos en el cobertizo de Ben la cajita de metal en la que Betty Simpson guardaba sus ahorros. Había mucho dinero, algo que llamó nuestra atención, pero lo más sorprendente fue la gargantilla de diamantes y zafiros firmada por Fabergé que había dentro. ¿Qué cree que hacía una doncella en posesión de esa joya?

—¿Cómo voy a saberlo?

Sir Geoffrey se separó un paso de su esposa y la tomó por los hombros, girándola hacia él.

—¿Qué, Geoffrey?

—Su marido también está sorprendido, lady Olivia, porque no era una gargantilla cualquiera, sino la que la madre de sir Geoffrey le regaló a usted el día de su pedida matrimonial. ¿Sargento?

Campbell se acercó y le tendió un retrato enmarcado en plata. Carter lo mostró al círculo que lo rodeaba. En él, Olivia daba el brazo a sir Geoffrey. Ambos eran jóvenes y ella lucía el collar de diamantes y zafiros.

—Lo robó —dijo ella—. Es obvio que Betty Simpson lo sustrajo de mi joyero.

—Es posible, aunque aún quedan más sorpresas. Ese mismo lunes, después de volver de Londres, miss West, Herbert y yo descubrimos que la joya había desaparecido de la caja de latón y en su lugar alguien había puesto unas baratijas. Herbert se la había quedado en custodia y la tenía en su dormitorio, de modo que sólo un habitante de Cricket's Lodge pudo realizar el cambio. Acabamos de hablar con Ruth y ha admitido que le había cogido prestadas a Betty algunas piezas de bisutería y que, al ver la caja en la habitación de Herbert mientras la limpiaba, aprovechó para devolverlas.

—Entonces ya tiene a la culpable.

—Ruth Flox jura que no había ninguna gargantilla de diamantes dentro de la caja.

—¿Y la cree?

—Sí, lady Olivia. La creemos porque estamos seguros de que quien se llevó la joya fue usted.

—¿Cómo pueden estarlo? ¿Acaso alguien vio a mi esposa hacerse con ella?

—No, sir Geoffrey.

—¿Entonces?

—Sabemos que fue lady Olivia quien la cogió porque esa joya se encuentra ahora mismo en su bolsillo.

Sir Geoffrey parpadeó un par de veces antes de reaccionar y girarse hacia su mujer. Tanteó los bolsillos de su vestido sin que ella opusiera resistencia. Luego metió la mano en uno de ellos y sacó el

collar.

—¡Olivia! —Ella no dijo nada y el noble volvió a mirar a Carter —. ¿Cómo explica esto? —preguntó y extendió el collar, cuyos diamantes refulgieron a la luz de la lámpara.

—Ese collar fue el pago que su esposa hizo a cambio del asesinato de Ben y Betty.

—¿A quién? ¿A quién se lo pagó? ¿Dónde está ese hombre misterioso?

Carter hizo un gesto a Campbell, que salió de la habitación sin hacer ruido. Al poco, volvió en compañía del agente Evans y de un hombre al que sir Geoffrey no conocía. Estaba empapado. Del pelo, revuelto y pegado en mechones caprichosos a la frente, escurrían abundantes gotas que le caían por el cuello. Su aspecto desaliñado invitaba a pensar que acababa de salir de una trifulca. Las manos esposadas indicaban que había salido derrotado, pero su mirada era desafiante, al igual que la sonrisa que esbozaban sus labios.

—¿Quién es? —preguntó.

—Se hace llamar Ralph Tradeford —dijo Carter—. Hace un rato se asomó por esta misma ventana. —Señaló el ventanal de la biblioteca que daba a la parte delantera de la casa—. Ni usted ni Herbert lo vieron porque sus sillones están girados hacia dentro, pero lady Olivia sí lo hizo. —Carter se volvió hacia ella—. Imagino el terror que debió de invadirla cuando descubrió en la cajita de Betty la gargantilla de diamantes que usted había dado a ese hombre como pago por su propio asesinato. ¿Cómo había llegado hasta allí? Era imposible que lo supiera, pero al verle esta noche asomado tras los cristales intuyó que venía de nuevo a por su recompensa. Supongo que se excusó con el pretexto de que estaba cansada, aunque su auténtica intención no era la de marcharse a dormir, sino la de reunirse con él en el invernadero y volverle a entregar la gargantilla. —Carter recorrió con la mirada el círculo de personas que lo observaban expectantes—. A él lo atrapamos allí, antes de que lady Olivia llegara. Pero, y esto no podrá negarlo, señora —Se levantó y la miró de frente a los ojos—, usted fue al invernadero esta noche y nos encontró en él al sargento Campbell y a mí.

—¿Es cierto todo eso, Olivia? —Ella sostuvo la mirada de su marido, pero no contestó—. ¿Pero por qué?

—Porque el hijo que esperaba Betty Simpson era de Craig. Algo que habría malogrado su matrimonio con Alberta Havering. La noche del viernes, después de que mandara a su hijo a dormir, Ralph Tradeford se acercó a ella en el invernadero. Había escuchado toda la conversación que madre e hijo habían mantenido y le propuso un trato: él se encargaría de hacer desaparecer el problema. Sin embargo, le explicó que asesinar a Betty Simpson directamente podría atraer las

sospechas de la policía sobre los Dawes en cuanto descubrieran que estaba embarazada y hurgaran un poco en la relación entre ella y Craig, así que le propuso acabar con Ben a fin de desviar la atención del verdadero motivo del asesinato de Betty. La policía tendría dos crímenes de los que ocuparse e indudablemente deducirían que estaban relacionados. Unas muertes a las que sólo unía un hilo conductor: Zachary Gray.

»Todos los vecinos de Brougharry conocían la relación tempestuosa que unía a Betty y a Zachary. Sabían que él la golpeaba algunas veces. La propia señora Wright lo creyó cuando el sábado por la noche Betty volvió a Cricket's Lodge con la cara llena de golpes. Zachary habría matado a Ben. Los vecinos pensarían que era su forma de vengarse por la paliza que Ben le había propinado, a cuenta de los golpes que daba a Betty, pero también habría matado a Betty después de que ésta le confesara su embarazo. ¿Eso fue lo que este hombre le dijo, lady Olivia?

—Sí. —La mujer se desprendió de la mano con que su marido la agarraba y volvió a sentarse en el sillón—. Eso fue lo que me dijo.

—Me consta que es usted una mujer inteligente, ¿no le sorprendió que un hombre al que no conocía ni había visto nunca por Brougharry tuviera una idea tan clara de las relaciones entre Betty y Zachary Gray?

—No, no lo pensé en aquel momento.

—Se encontraba usted demasiado ofuscada para ello y el plan le pareció excelente: la liberaba de un problema enorme sin que su hijo se viera inmerso en los acontecimientos. Esa liberación bien valía su collar de pedida. Subió a su cuarto y se lo entregó al hombre que había venido a salvarlos.

—¿Pero cómo acabó el collar en la caja de latón y de vuelta a las manos de mi esposa?

—Debido al error de cálculo que ella cometió, sir Geoffrey, y que acabo de mencionar: no se detuvo un instante a pensar quién era aquel hombre. —Carter lo miró—. Se hace llamar Ralph Tradeford y se ha presentado en Brougharry como un feriante más, al frente de una librería ambulante. Sin embargo, nada de eso es cierto. Su nombre verdadero es Terry Sanders, el antiguo novio de Betty. —Carter hizo un inciso y sonrió a Kate, que le devolvió la sonrisa—. Un hombre del que ella sólo pudo escapar cuando fue llamado a filas. El señor Baker la trajo a Cricket's Lodge por petición de su hermana, de quien Betty era ahijada.

»Ralph, o Terry, es un hombre violento. Desertó del ejército y se escondió hasta el final de la guerra. Cuando le pareció prudente, volvió a su pueblo y descubrió que Betty ya no estaba allí. Supo dónde se encontraba y vino a Brougharry. A resultas de esa visita, tuvo un

encontronazo con Ben, en quien Betty se refugió. Su jardinero era un hombre valiente. Se enfrentó a Sanders y le apalizó de lo lindo. Este hombre tuvo que marcharse con el rabo entre las piernas y la cara magullada, pero no pensaba hacerlo para siempre. Estoy convencido de que volvió al poco tiempo. ¿Me equivoco, señor Sanders?

—En absoluto, inspector. Lo está haciendo muy bien.

Carter lo observó. Sanders le había hablado sin mirarle. Tenía la vista fija en miss West y por un momento sintió un estremecimiento.

—Este hombre estuvo rondando por Brougharry y por Cricket's Lodge siguiendo los pasos a Betty y a Zachary, pero también a su hijo, sir Geoffrey. Sabía que Craig mantenía una relación sexual con Betty y se juró que le haría pagar por ello. Por eso robó la bufanda que Craig había dejado olvidada en el invernadero y la puso en la mano del cuerpo de Betty Simpson. Por eso devolvió el collar a la cajita de la doncella, con la confianza de que alguien la encontrara y la policía acabara suponiendo que era el pago que Craig le había hecho para que callara el embarazo y se deshiciera de él.

»Lady Olivia, me temo que su trato con este hombre llevaba anexa una cláusula que usted desconocía: él asesinaría a Ben y a Betty, pero la culpa recaería directamente sobre Craig.

—¡No!

—Sí. Ésa es la razón por la que también tuvo especial cuidado al hacerse con la cadena de Ben. No la arrancó de su cuello, sino que se la quitó con delicadeza, aunque no había tenido ningún empacho en degollarlo minutos antes. Quería que creyéramos que, fuera quien fuera el que se la había quitado, apreciaba al jardinero. Probablemente pensaba colocarla en algún lugar que acusara a Craig, aunque después cambió de opinión y la puso en el bolsillo de Stuart Donelly, en un intento de alejar las sospechas de él. Miss West había visto la mancha que el polen de las azucenas de lady Olivia había dejado en su chaqueta y también le había curado la mano que se hirió cuando volvía de asesinar a Betty; una muerte que, aunque saciaba en parte sus deseos de venganza, le dolió tener que cometer. William Despard le vio golpeando con rabia el tronco de un árbol la misma noche que Betty fue asesinada. Es un hombre muy inteligente y sabía que miss West, a quien había visto conmigo haciendo cábalas sobre los asesinatos, acabaría por atar cabos. Era sólo cuestión de tiempo.

»Además tenía un problema añadido: Stuart Donelly había sido testigo de los dos crímenes y no podía permitir que lo atrapáramos vivo. Aunque el pobre mendigo ya nos había señalado la identidad del asesino y de quien lo había contratado. —Carter miró a Olivia Dawes —. La tarde en que usted bajó a la caseta de la parroquia para echar una mano, Stuart Donelly la señaló con su boca de trapo. Usted estaba allí y Sanders en su librería, al otro lado de la calle. Cuando habló del

«hombre malo» y de la «señora mala», no se refería al reverendo y su mujer, sino a usted y a él, a quienes había sorprendido en el invernadero maquinando las muertes de Ben y Betty mientras esperaba a que su hermana, la señora Wright, le llevara la cena.

»Se movió rápido y con astucia. Primero se las arregló para que Stuart Donelly escapara interponiéndose entre él y yo frente a la caseta de la parroquia. Tenía que evitar que lo cogiéramos para que no lo denunciara y también ganar tiempo para asesinarlo. Sin embargo, el círculo se iba cerrando y, como desgracia añadida, ese mismo día William Despard también lo había visto con la cara hecha un cromo tras la pelea que mantuvo con el repostero cuya caseta está al lado de la suya y con quien había tenido ya una trifulca el mismo día de su llegada, en la estación de tren. Junto a Ben Robinson, William Despard fue el único que conocía al auténtico Terry Sanders. Lo había visto meses atrás, cuando vino en busca de Betty y su jardinero le dio una paliza. Entonces su cara estaba tan magullada como ahora y Terry Sanders temió que Despard lo identificara. Así que envenenó a sus perros para obligarle a salir solo, sin la defensa de los canes, y esta misma noche intentó matarlo a palos. La providencial llegada de miss West y la señora Wright lo impidió. —Carter volvió a sentir el estremecimiento que antes le había recorrido la espalda, al imaginar a aquel hombre en el camino, mirando a miss West y al moribundo Despard—. Afortunadamente, llegamos a tiempo de evitar que le hiciera daño también a ella...

—En eso se equivoca, inspector —Terry Sanders lo interrumpió—. Usted no llegó a tiempo. Durante muchos minutos estuvo en mis manos —Apartó la mirada de Carter y la dirigió a Kate, que se la aguantó—, pero ella es demasiado hermosa. No quería destrozar esa belleza.

Carter apretó los labios.

—Esta misma noche, antes de que la ambulancia se lo llevara, William Despard también nos proporcionó la identidad del asesino. Creíamos que hablaba de la tierra, pero estaba diciéndonos su nombre: Terry, y cuando me pidió una hoja de papel, pensé que la quería para anotar algo, pero lo que William Despard estaba intentando indicarnos era su profesión, la de librero, y ese peculiar olor a papel que siempre le acompaña. Usted no estaba en Brougharry, así que sólo podía encontrarse aquí. Lo aguardamos escondidos en el jardín de Cricket's Lodge. Le vimos hacer la seña a lady Olivia, a través de la ventana del jardín y lo detuvimos antes de que ella se encontrara con usted.

»Lady Olivia, ha sido usted ingenua e insensata. Cogió la joya y se dirigió al invernadero para volver a pagarle. Pero Ralph Sanders no venía con la intención de cobrar sus servicios. —Carter sacó del

bolsillo de su chaqueta una navaja que abrió con lentitud, para que todos pudieran observar la longitud de su hoja—. Terry Sanders iba a matarla y después entraría en la casa y haría lo mismo con Craig. Sin sospecharlo, ha estado usted a punto de acusar a su propio hijo de dos asesinatos y de provocar el de ambos.

—¡No! —Olivia se llevó las manos a la cara y cubrió con ellas su llanto—. ¡No! —repitió.

Carter hizo un gesto y el sargento Campbell ordenó a Evans que se llevara a Terry Sanders. Luego se acercó hasta el corro al que Carter había expuesto la solución de los crímenes y se colocó tras el sillón en el que estaba sentada Olivia.

—Me temo que tendrá usted que acompañarme —dijo. Ella lo miró desconcertada—. Y también su hijo.

CAPÍTULO 34

1

Herbert Rush se descalzó y se tumbó vestido en la cama. Aparte de los criados, sólo él y Geoffrey permanecían en la casa, pero éste se había encerrado en su despacho con una botella de brandi. Al final, las cosas habían salido peor de lo que temía. Craig sería acusado de ocultación de datos y obstrucción de una investigación por caso criminal, pero Olivia... El expolicía se removió en el colchón. No podía creerlo. Olivia, la encantadora Olivia... Se giró y tiró de la colcha hasta cubrirse el cuerpo con ella. Hacía frío, pero no quería molestar a Adam para que le encendiera la chimenea del dormitorio. Probablemente cada una de las almas que habitaban Cricket's Lodge estaba expiando sus propias penas esa noche y soportando su propio dolor. Observó los cristales de la ventana del dormitorio, desnudos y abiertos a la oscuridad de la noche, que traía ráfagas de lluvia con cada soplido del viento. Era una noche que jamás olvidaría. Entonces escuchó el disparo.

Rush saltó de la cama. Corrió hacia la puerta del dormitorio, sin calzarse, y salió al pasillo. Por la escalera escuchó pasos apresurados que subían. Adam Baker apareció por ella.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Rush meneó la cabeza, sin quitar la vista de la puerta del gabinete de Geoffrey.

—Un disparo —dijo mientras echaba a andar hacia ella—. ¡Dios mío, un disparo! —exclamó y aceleró el paso.

Sintió el aliento de Adam Baker en su nuca, observando por encima de su hombro el cuerpo inerte de Geoffrey Dawes.

—¡Jesucristo! —Le oyó musitar.

—¿Puede llamar al cuartelillo, Adam? —Rush se giró lo suficiente para percibir el rostro pálido del mayordomo, que movió la cabeza de arriba abajo y marchó, con paso lento e inseguro, de camino al hall.

Rush cerró los ojos unos segundos, antes de adentrarse en el despacho de Geoffrey y acercarse al cuerpo de su amigo. La pistola había caído al suelo, justo por debajo del brazo que la había sujetado hacía tan solo unos instantes. El torso y la cabeza, en cuyo lateral eran obvios los estragos del disparo, reposaban sobre el escritorio en el que Geoffrey había tomado su última copa y escrito su despedida. Rush estiró el brazo y tomó el pliego de papel que su amigo había colocado a un lado de la mesa para que su propia sangre no lo manchara.

Querido Herbert.

Siento lo que estarás viendo ahora mismo, porque sin duda habrás

sido el primero en llegar. No voy a disculparme, sin embargo. ¿Qué otra opción me restaba sino ésta? No podría soportar ver mi nombre humillado y despreciado, de modo que busco en la muerte un alivio para mi espíritu que ya nunca podría encontrar en vida.

Dejo en tus manos mejorar en lo que te sea posible el destino de Olivia y de Craig, y también el de mis restos, para los que no deseo más que indignidad y deshonra: el descanso que espero encontrar para mi alma al otro lado de esta vida no lo deseo para el cuerpo que engendró un cobarde en las entrañas de una asesina. Por ello dispongo que mi cadáver sea enterrado en una encrucijada de caminos, de manera que nadie pueda cruzarla sin profanar mis huesos. Sea este *quadrivium* mi viacrucis.

Con afecto,

Geoffrey Dawes

2

Carter se marchó a Londres para hacerse cargo del papeleo referente al caso, pero miss West y Rush se quedaron en Brougharry. Ella se ofreció a ordenar y archivar los papeles de sir Geoffrey, y Rush se ocupó de los preparativos para el entierro y el funeral.

Aunque costó convencer a las autoridades, Rush fue fiel al último deseo su amigo y consiguió los permisos para que lo enterraran en un cruce de caminos próximo a Cricket's Lodge. Con la ayuda del incorregible William Despard, cuya naturaleza entrometida le había apremiado a asistir al funeral, a pesar del estado de sus heridas, eligió uno poco transitado y, dos días después de aquél en que la existencia de los Dawes se descompuso por completo, enterraron a sir Geoffrey tal y como él había pedido.

El cortejo fúnebre volvió lentamente a la casa, dejando atrás el cuerpo de Geoffrey Dawes expuesto a las pisadas de los transeúntes para toda la eternidad. Rush observó que Carter había llegado a mitad del sepelio.

—¿Vuelves de nuevo a Londres? —le preguntó.

—Sí. Quise acudir al entierro, pero tengo mucho trabajo allí.

—¿Y te llevas a...?

—¿Ella? —Carter lo interrumpió y desvió la mirada hacia el interior de Cricket's Lodge, donde Kate había entrado en compañía de la señora Wright y de Ruth Flox—. Sí. Quiero asegurarme de que por el camino no encuentra otro crimen que resolver.

Rush rio.

—Creo que lo que quieres es asegurarte de no perder la oportunidad de estar allí si lo encuentra.

Carter le guiñó un ojo con complicidad.

—Espero poder verla sin necesidad de que haya un cadáver de por medio.

—Señor… —Adam Baker los interrumpió con la exquisita educación con que sólo los mayordomos y los diplomáticos saben hacerlo—, las flores que me pidió.

Carter miró a Rush de forma interrogativa mientras el viejo policía tomaba el ramo de flores.

—Puede que Geoffrey haya querido humillar sus restos durante toda la eternidad —explicó—, pero no dijo nada de que no se honrara su tumba.

—¿Vas a llevarlas ahora? —preguntó Carter.

—Sí, he quedado en encontrarme allí con Despard. Él llevará una cruz.

—Te acompaño.

—Y yo —la voz de Kate se oyó en lo alto de la escalera y los dos hombres miraron hacia arriba—, si es que me lo permiten.

—¿Se plegaría a nuestros deseos si no lo hiciéramos? —dijo Carter.

—No.

Rush los vio sonreírse.

—Entonces sobra tanto circunloquio —añadió, mientras subía las escaleras para recoger la voluminosa bolsa en la que Kate transportaba su máquina de escribir.

Ante la puerta de entrada, Carter echó un último vistazo al vestíbulo y meneó la cabeza antes de salir.

—¿Te quedas? —preguntó a Rush.

—Unos días más. Aún tengo algunos papeles de los que ocuparme en nombre de los Dawes.

—¡Miss West! —Ruth llamó a Kate desde el lateral de la casa, mientras Carter y Rush acomodaban la máquina de escribir en el maletero—. ¿Querrá devolverle al inspector su pañuelo de mi parte? Lo he lavado y planchado.

—Por supuesto. —Kate cogió con delicadeza el lienzo doblado, en el que estaban bordadas las iniciales C. C.—. ¿Pero por qué no lo hace usted? Está ahí mismo.

—Es muy amable, pero ya he tenido bastante policía para toda la vida.

—No estoy segura de que el agente Evans apreciara escuchar precisamente de sus labios esa frase, Ruth.

—Oh, ¿él? —La joven criada se sonrojó—. ¿Cómo lo ha sabido, miss West?

—No resultó muy difícil. El amor es como el incendio de una casa. Se percatan antes del humo los que están fuera que los de

dentro.

—Tal vez debería ser más cuidadosa —murmuró la joven para sí.

—Sobre todo, asegúrese de que el agente Evans no le oiga nunca una confidencia como la que acaba de hacerme —rio Kate.

—Bueno, ¿sabe, señorita?, para mí él no es un policía.

—¿Viene, miss West? —Carter la llamó desde el coche.

—Y para usted, él —dijo la doncella señalando a Carter— tampoco, ¿verdad?

La joven sonrió a Kate y volvió a entrar en la casa, mientras ella se encaminaba hacia el coche con la cabeza ligeramente ladeada y los ojos entornados y perdidos en algún profundo pensamiento.

—¿No creéis que se ha impuesto un castigo severo en extremo? —preguntó Rush mientras los tres observaban desde la cuneta el cruce de caminos donde había sido enterrado sir Geoffrey.

—Sí —contestó Carter—, pero así lo quiso él.

—Al menos no ha pedido que le claváramos una estaca en el corazón.

Miss West miró horrorizada a Rush, y Carter, al verlo, esbozó una sonrisa.

—Antiguamente —le explicó—, la ley establecía que los asesinos monstruosos, causantes de crímenes atroces, fueran enterrados en un cruce de caminos o calles, un *quadrivium*, castigándolos con la profanación perpetua de sus cadáveres que les procuraban los viandantes y carruajes que transitaban por encima. Lo más llamativo de todo es que se los inhumaba con una estaca que les atravesaba el corazón.

—Debería usted escribir ese libro. Su cerebro es una biblioteca de crímenes y métodos terribles de castigo.

Carter rio ante la burla de miss Kate.

—Pero sir Geoffrey no fue un asesino monstruoso —se lamentó ella.

—No, pero ésta es la forma con la que quiso redimir su pecado.

—¿Qué pecado?

Carter bajó la voz para que Rush no le oyera contar a miss West el contenido de la nota de suicidio que había dejado sir Geoffrey.

—El de engendrar un cobarde en las entrañas de una asesina —dijo—, que no tuvo reparos en cometer un crimen para encubrir otro. Después, fue la causa de un tercer asesinato…

Kate asintió al recordar el cuerpo maltrecho de Stuart Donelly.

—… y finalmente forzó el suicidio de su marido, un auténtico *quadrivium* de muertes.

—Los Dawes nunca te gustaron —dijo Rush, que a pesar de todo había escuchado la conversación.

—No fue uno de ellos el que indujo a la consecución de los asesinatos —contestó Carter con la imagen de Olivia en la mente—. Para ti debería ser un consuelo saber que tu amigo Geoffrey fue un hombre de bien hasta el último instante de su vida.

—Sí —admitió Rush—. He de confesar que ello ha sido un alivio para mí.

—Dime la verdad, Herbert. ¿Sospechaste de él en algún momento?

—No sabría decirte…

—Si lo hiciste, nunca lo mencionaste.

Rush vio cómo su expupilo fijaba la mirada en Kate. Parecía interesado en su reacción.

—¿Me lo habrías dicho? —Carter fue conciso y directo.

—¿Qué?

—Si Geoffrey Dawes hubiera sido culpable y tú lo hubieras descubierto, ¿me lo habrías dicho?

—¿Quieres saber si habría situado mis afectos por delante de la justicia? —Carter no contestó, pero mantuvo la mirada fija en su mentor, que pareció meditar durante un instante—. Tal vez.

Carter meneó la cabeza y posó los ojos en Kate.

—¿Por qué insistir? —preguntó ella—. Lo que cuenta es la realidad.

Rush no la entendió, pero vio cómo su pupilo sonreía, al tiempo que metía las manos en los bolsillos del abrigo. El viejo policía siempre había sabido interpretar ese gesto y no quería decepcionarlo, de modo que se adentró en un terreno que le habría gustado evitar.

—No te satisface mi respuesta —aseveró.

—No. La justicia es un valor supremo al que se debe rendir cualquier necesidad de carácter personal.

—La amistad y el afecto también lo son.

—Pero nunca deben ponerse por delante de ella.

—Y en este caso no ha sido así. Mi respuesta no aclara mucho, lo sé —admitió Rush—. Sólo he dicho que «tal vez», porque no sé qué habría hecho de verme en semejante tesitura. Pero tú no deberías ser tan estricto, porque tampoco lo sabes.

—Sí lo sé.

—No, hasta que no tengas que decidirte por una u otra cosa. Y quiera Dios que no tengas que hacerlo nunca.

Los dos hombres callaron y sólo entonces ambos fueron conscientes de que no estaban solos. Junto a ellos se encontraba Kate, cuya presencia habían olvidado. Rush la observó sin que ella lo percibiera y le pareció que la mirada de la joven se esforzaba por penetrar en el corazón de Carter.

—¡Siento haberme retrasado! —Despard se acercaba renqueante

por el camino, apoyado en una muleta y en el brazo de su mujer—. Aquí está la cruz —dijo al llegar a su lado—. ¿Ha pensado ya dónde ponerla?

—Sí —contestó Rush—. Creo que aquel grupo de álamos próximos a la encrucijada sería un bonito lugar.

—Pues vamos —les invitó Despard.

Después de clavar la cruz firmemente, colocaron el ramo de flores y rezaron una oración.

—Descansa en paz, Geoffrey —murmuró Rush.

—Así sea. —La voz de miss West respondió a su plegaria y Rush le sonrió, agradecido.

—Debéis marcharos ya —dijo—. Londres no queda tan cerca.

—Sí, se está haciendo tarde —admitió Carter—. ¿Vamos, miss West?

—Ha sido un placer, señor Rush. —La joven le tendió la mano.

—El placer ha sido mío. Espero tener la oportunidad de volver a verla.

—Quién sabe.

—No creas que es fácil, Herbert —bromeó Carter mientras ambos se dirigían hacia el automóvil.

Rush y Despard los vieron subir al coche y comprobaron que Carter maniobraba para rodear la parte central de la encrucijada a fin de evitarla. Rush agradeció el gesto que su pupilo hacía para preservar el honor de su amigo. Luego, Despard y él se alejaron hacia Brougharry, al encuentro de la señora Bradley, que le había pedido que pasara a buscar una cesta con magdalenas.

—Nos quedan cincuenta millas por delante —dijo Carter cuando el coche tomó la carretera principal—. ¿Cree que serán suficientes para convencerla de que salga a cenar conmigo un día de estos?

—Creo que no.

—Pues el caso es que me gustaría que aceptara.

—¿Volverá a enviarme a un *bobby* si no lo hago, inspector?

—¿Tendré que hacerlo?

—Déjeme pensarlo…

Carter levantó una ceja y la miró interrogativamente.

—Tengo tiempo para decidir —contestó ella—. Aún quedan cuarenta y nueve millas.

Después de la lectura

Hola de nuevo, querido lector.

Espero que la segunda entrega de Crispin Horsfall te haya hecho pasar un buen rato. Si es así, ¿puedo pedirte un favor? Sólo te llevará unos minutos, que es poco esfuerzo para cumplir con tu buena acción del día, y a mí me ayudarás muchísimo: ¿te importaría dejar un comentario acerca del libro en Amazon? ¡No sabes lo mucho que una simple acción como esa impulsa nuestra carrera como escritores! Y, además, te conoceré, te leeré y tendré en cuenta tus sugerencias (eso también nos ayuda mucho).

Si, además, te apetece, puedes dejarme un comentario en el **blog** (www.anabolox.com) o a través de un **tuit** (@ana_bolox) o en mi página de **FaceBook** (https://www.facebook.com/AnaBolox/).

Muchas gracias y, si quieres estar al tanto de la publicación de mis próximas novelas, puedes unirte a mi **lista de noticias** en: **https://anabolox.com/suscripcion-mis-libros-ficcion/**. Por hacerlo, elige de entre mis libros el que más te apetezca y te lo regalaré. Además, prometo que no te daré mucho la vara ;–)

Otros libros de Ana Bolox

Ficción

Carter & West

Enmarcadas en la Inglaterra de la postguerra, las novelas de *Carter & West* nos llevan desde los crímenes metropolitanos que suceden en Londres hasta los que tienen lugar en la campiña inglesa, con sus pueblos típicos y su ambientación de época. A raíz del asesinato de un famoso novelista, Kate West, directora de una agencia de mecanógrafas, conocerá al inspector de Scotland Yard, Charles Carter, a quien acompañará en la investigación de los crímenes al mejor estilo británico de la novela clásica. *Carter & West* es el homenaje que la autora rinde a Agatha Christie y a las novelas propias de la *Golden Age*.

1. *Aracne* y *La muerte viene a cenar*.
2. *Quadrivium*.

Lo que los lectores dicen de la serie:

«Un fantástico Londres de la década de los 40 en el que no hay análisis de ADN, ni teléfonos móviles, ni Internet ni nada parecido, solo el ingenio y la capacidad de observar y deducir de los detectives».

«Novela policíaca y de espionaje excelentemente bien ambientada en el Londres de 1946. Personajes carismáticos y una atmósfera muy envolvente, al más puro estilo de cine negro de los años 40 y 50. La autora tiene una prosa elegante, precisa, brillante, muy británica».

«Esta novela me ha hecho disfrutar de una narrativa clásica que hacía tiempo no leía. Sus descripciones, el perfil de los personajes y la forma de conducir la novela, recuerdan a los clásicos».

«Si os gusta la novela policíaca clásica no os podéis perder *Carter & West*. Personajes redondos y tramas que enganchan desde la primera página. He disfrutado muchísimo con esta lectura. Me he quedado con ganas de más. La autora promete».

«Me parece una joya actual de la novela policíaca clásica. Bien ambientada en el Londres de posguerra, con personajes caracterizados

a propósito y tramas profusamente elaboradas. Se ve que su autora no ha escatimado esfuerzo al trabajarlo, empleando, además, un estilo exquisito y preciso, en el que no parece faltar ni sobrar nada. Dos historias que atrapan y te dejan un sabor de boca duradero».

Las cosas y casos de la señora Starling

Novelas policíacas que siguen el estilo clásico de la novela británica, pero que se desarrollan en el Nueva York de finales de los años 70. La señora Starling, profesora de Astrofísica en la Universidad de Columbia y casada con un diplomático inglés, vuelve loco al inspector Crawford, de la policía de Nueva York, en su afán por resolver crímenes y poner una pizca de distracción a su aburrida vida.

1. *Un cadáver muy frío*.
2. *Muerte en los Hamptons*.
3. *Crimen imprevisto*.

Lo que los lectores dicen de la serie:

«Un misterio que sorprende por su originalidad y una pareja de investigadores que me ha encantado. Atrapa, entretiene y te arranca sonrisas de vez en cuando con sus toques de humor».

«La pareja protagonista es de esas que no se olvidan... van a dar mucho juego esos dos. La historia está muy bien tramada, al más puro estilo de novela policíaca clásica. Perfecto para los amantes de Agatha Christie pero con el toque de humor y la relación entre los protagonistas de *Castle*».

«Después de disfrutar los dos primeros libros de *Carter y West* tocaba leer ya a la señora Starling. Tramas muy elaboradas y diálogos inteligentes, con lo poco que se llevan ahora, hacen que este libro esté a la altura de los anteriores y demuestra que hay una autora a tener en cuenta».

«Me lo he pasado fenomenal con esta novela. La creación de los personajes es todo un acierto, sobre todo el de la señora Starling, delicioso, irónico y cáustico en sus diálogos ingeniosísimos con el inspector Crawford, al que trae de cabeza,y algo más, con las incursiones detectivescas en el que lo involucra.La trama criminal bien

desarrollada y la calidad literaria estupenda».

Crispin Horsfall

Crispin Horsfall es un solterón impenitente que no está dispuesto a pasar por el altar con Ada Royceston, pese a la insistencia de su madre y de la mitad de los vecinos de Wettingham. Fiel a su propio estilo de vida y feliz tanto con lo que esta le ha deparado como con los amigos excéntricos con quienes comparte su tiempo, Crispin contempla el devenir de los días con parsimoniosa felicidad, hasta que el repentino despido de una doncella de la casa Royceston y el mandato inexorable de su madre para que se ocupe de que esta recupere su puesto de trabajo transformarán esa vida plácida en una inesperada investigación por asesinato. Con Crispin Horsfall se inicia una nueva serie de novelas policíacas al estilo de la Golden Age británica ambientadas en el bucólico pueblo de Wettingham, en la campiña inglesa.

1. *La tumba de Vera Thwait*.
2. *Asesinato en la mansión Bloodworth*.

Lo que los lectores dicen de la serie:

«No recuerdo cómo descubrí este libro ni a su autora, pero bendigo la hora en la que esto pasó. Como lectora voraz de las novelas de misterio, en especial de la Golden Age, este libro ha sido una maravillosa sorpresa. Está muy bien escrito y desarrollado, y, además, mantiene la intriga hasta el final. Pero por si eso fuera poco, también resulta enriquecedor como lectora en sí misma. Es un libro para disfrutar de él. La guinda: es muy, pero que muy *British*, vamos, que tiene todos los ingredientes de una novela de intriga. Solo puedo añadir: quiero más Crispin.».

«El protagonista es todo un personaje. "Costumbrismo" e intriga que poco a poco se acumula hasta que explota al final. Una buena novela que me ha dejado un regusto a "quiero saber más del señor Horsfall". Tiene una pizca de humor, de amor, de intriga, de entomología... Muy *cozy*».

«Me ha encantado esta novela corta policíaca *cozy* ambientada en la campiña inglesa de los años 30 del siglo pasado. El protagonista,

Crispin Horsfall, es todo un zángano, pero te hace reír y, por culpa de su capacidad de observación, acaba por implicarse en la investigación de un asesinato. Los personajes y el pueblo de Wettingham, las aficiones y fobias de Crispin, las excentricidades… todo se conjuga con mucho ingenio para hacernos pasar muy buen rato. ¡Quiero más Crispin!».

«Tenía miedo de encontrar una historia igual a las que ya había leído de ella y confundirme, pero Ana ha sabido dar el tono que se merece este nuevo personaje. Crispin es de otra época, es un solterón irreverente y curioso con inquietudes poco convencionales.
El título de la novela es muy evocador y tengo que confesar que pequé de impaciente porque el título sugiere un crimen, pero no se habla de la señora Thwait por ninguna parte. Lo cierto es que la historia, que durante todo el libro parece insignificante, empieza a envolverte de tal forma (solo como Ana sabe) que al final te da igual la tal Vera, tú lo que quieres es ver la conclusión de ese cuento sencillo y envolvente que te mete en otro mundo y hace que te evadas como solo una buena novela sabe hacerlo.
Ana Bolox es un valor seguro, y no me cansaré de recomendarla nunca».

Otros libros

Biografía novelada de *Jean-Claude Romand, Mentiras Asesinas*. Editorial Sekotia.

No ficción

Serie: **Biblioteca del escritor:**
1. *Los 4 pilares de la ficción.*
2. *Construye tu novela en 10 preguntas.*
3. *Cómo construir el escenario de tu novela.*
4. *Mentalidad de escritor.*

Sobre la autora

Ana Bolox es licenciada en Filología Inglesa. Ha ejercido como profesora de idiomas, español e inglés, durante más de veinte años y ha trabajado como traductora de textos científicos. Es escritora de novela policíaca y editora de su propio *blog*, *Detrás de un escrito*, donde imparte y ofrece tanto talleres de novela policíaca como servicios de mentoría para escritores.

En 2015 publicó en *ebook* su primer libro de ficción, una serie policíaca que se desarrolla en la Inglaterra de la posguerra y que lleva el título genérico de *Carter & West*, con el que recupera la novela de misterio al estilo *cozy* para el público de habla hispana. Publicado en papel un año después por Medianoche Editorial, comenzó también a crear la serie *Las cosas y casos de la señora Starling*, que, como en el caso anterior, sigue el estilo clásico de novela policíaca, pero en esta ocasión situado en el Nueva York de finales de la década de los 70. Dos series a las que ha añadido recientemente esta que, protagonizada por Crispin Horsfall, tienes entre tus manos.

Publica también libros de ayuda al escritor. Ha sido directora y presentadora del programa de radio *Vidas Asesinas*, en Radio Ya, un programa de acción que cuenta casos reales de personas cuyo instinto fue el de matar, y forma parte del equipo de redacción de la revista *MoonMagazine*, en la que, además de su tarea como redactora, se hace cargo de una sección fija, dentro del Club Literario, titulada *Construye tu novela con Ana Bolox*. Participa, además, y colabora activamente en *blogs* relacionados con el mundo de la escritura para los que escribe artículos.